

ABRIL LAÍNEZ

Cuando somos enemigos



ABRIL LAÍNEZ

Cuando
somos
enemigos

Copyright©2023 ABRIL LAÍNEZ

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Primera edición, marzo 2024

Título original: Cuando Somos Enemigos

Diseño de la portada: Adyma Design

Corrección: Cristina García.

Capítulo 1

Ashley

Los Ángeles, California.

—¡Ashley, repítelo! —me reclama mi amiga Kelsi en un tono de súplica desde el otro lado del teléfono.

—Kelsi, no seas pesada, te he dicho que se lo voy a decir esta noche —le confirmo después de suspirar de forma ruidosa mientras intento localizar la casa de Connor, mi... pareja. Claro que, a ese título, que no tengo muy claro si se ajusta a la realidad, le queda solo unas horas de vigencia.

—¿Quieres que lo hablemos otra vez? —insiste riéndose. Le gusta provocarme.

—¿Otra vez? —me quejo resoplando—. Kelsi, estoy conduciendo y no dejas que me concentre. Estoy intentando localizar su casa. No necesito que hablemos más del tema, lo tengo claro.

—Eso mismo dijiste el fin de semana pasado —me reprocha con un tono de resignación que me hace sonreír.

—El fin de semana pasado me resultó muy violento decírselo. Me trajo flores, se encargó de traer la cena... ¡Me dio pena! Y después, no nos hemos vuelto a ver. ¡No podía decírselo por teléfono o con un triste mensaje!

—¿Hoy no te dará pena? —ironiza. Está empezando a ponerme muy nerviosa.

—No, hoy se lo diré, sé que no puedo alargar esto más tiempo. Pero no es fácil decirle que hemos terminado... ¿Te he dicho que me da pena?

Detengo el coche, no puedo mantener esta conversación con Kelsi y buscar la dichosa casa al mismo tiempo. La calle no está muy bien iluminada y no conozco bien este barrio.

—Kelsi, ¿sigues ahí?

—Sí, estoy haciendo un esfuerzo por comprenderte.

—Pues no es tan difícil —protesto molesta.

—Normalmente hay que frenarte, Ashley, no empujarte. Esto es nuevo para mí. Me estoy intentando hacer a la idea.

—Y para mí. Esta es la relación más larga que he tenido nunca. Jamás he estado cuatro meses con nadie. ¡Cuatro meses! Nunca he tenido que decirle a nadie que lo nuestro se había acabado. Mis relaciones, por llamarlas de alguna manera, se han reducido a unas cuantas citas y poco más. Se terminaban cuando dejábamos de llamarnos o cuando ignoraba una llamada o un mensaje. ¡Con eso bastaba! ¿Lo comprendes ahora?

—Ashley, ese no es un motivo para que sigas con alguien que no te aporta nada y que lo único que te inspira es pena. Para seguir con una relación tienes que estar enamorada, al menos, un poco. Y es evidente que tú no lo estás.

—¿Tú lo crees?

—¿Eso es una pregunta?

—Es una broma, claro que no lo estoy, pero ya que lo has mencionado... ¿Cómo puedo estar segura? Creo que nunca he estado enamorada, ¿o sí?

—Eso se nota, se siente. No te preocupes que el día que te enamores te darás cuenta.

—Eso me tranquiliza —le digo echándome a reír—. Y... ahora ha llegado el momento de colgarte porque no puedo concentrarme en encontrar su casa.

—Pero... ¡No es la primera vez que vas a su casa!

—Solo he estado un par de veces y siempre acompañada de él. El problema es que todas las casas son iguales en esta zona. Vive en Westwood, no conozco muy bien este barrio.

—Yo tampoco. ¿No acabarás antes si lo llamas para que te dé la ubicación exacta?

—Prefiero encontrarla. No debe estar muy lejos. Estoy buscando alguna referencia —Emito un pequeño grito de satisfacción—. Acabo de recordar que, según me contó él, su vecino, el de la casa contigua, se había copiado de su naranjo y había plantado uno más grande en el jardín delantero. Tienen una especie de competición para ver quién tiene el jardín más bonito. También recuerdo que me dijo que le molestaba que el vecino se hubiera copiado de su seto en forma de arco.

—¿Esas conversaciones soléis tener?

—Esa es de las más profundas.

Kelsi se echa a reír y me contagia.

—¿Necesitas que repasemos otra vez lo que tienes que hacer esta noche? Ahora más que nunca empiezo a preocuparme.

—No necesito repasar nada. Necesito acabar con esto de una vez. Es muy buena persona y sé que alargarlo solo le va a hacer daño. Pero es el que el pobre es tan soso...

—Como no se lo digas hoy, lo llamaré yo...

—No va a hacer falta. Por cierto, ¿qué le digo? —le pregunto retomando la marcha, no puedo seguir aquí parada buscando naranjos.

—No me lo puedo creer... ¡Dile la verdad! —me dice resoplando.

—No puedo decirle que me aburro soberanamente con él.

—¿Le has dicho lo de Inglaterra?

—No, no le he contado nada.

—Eso confirma la profundidad de esa relación. Estás a punto de cumplir un sueño y no se lo has contado.

—Cuando me llamaron para darme la noticia, ya tenía intenciones de dejarlo, no merecía la pena hablarle de ese viaje. ¿Qué le digo? Esfuérzate, yo estoy en blanco.

—Veamos... —Hace una pequeña pausa que me hace resoplar—. Si no le has hablado del viaje antes, háblale ahora. Dile que te vas dentro de poco y que te ha salido una gran oportunidad. No le estarías mintiendo. Y añade cualquier cosa que se te ocurra relacionada con el viaje: «No quiero tener ataduras», «Necesito centrarme en esta oportunidad», «Prefiero que seamos solo amigos», «Te llamaré cuando vuelva...». Eso es infalible.

—Eso es lo que te dijo Aiden a ti—añado refiriéndome al único hombre que le ha roto el corazón.

—¿Lo ves? Para algo tenía que servir aquel estúpido discurso que me soltó. ¡Cópíatelo!

—A ti te hizo mucho daño...

—Mi relación con Aiden no tenía nada que ver con la que tienes tú con ese tío. Joder, Ashley, dile lo que quieras, pero sé un poco sensata.

—¡Ya he encontrado su casa! —le suelto aliviada mientras sonrío por su último comentario.

—¿Seguro que es esa?

—Seguro.

—Comprueba que haya un naranjo en la casa de al lado y un seto en forma de arco.

—Comprobado. —Me echo a reír.

—¿Cuál de los dos es más bonito?

—Pues... los dos son iguales —le digo bajándome del coche.

—Puedes buscar pelea diciéndole que te gusta más el naranjo del vecino, y el seto también.

Puede que con esa confesión te deje él... y así acabas antes.

Me echo a reír de nuevo.

—Connor no es tan simple, Kelsi, no seas malvada. Es buen chico. Es guapo, educado, detallista...

—¿Repasamos lo que tienes que hacer hoy?

—No, no hay nada que repasar. Ya he llegado. Te voy a colgar.

—¿Cuándo lo vas a dejar? —insiste.

—Hoy —le digo con determinación.

—¿Por qué?

—Porque es una relación plana.

—¿Hay alguna posibilidad de que hoy no se lo digas?

—Ninguna. Sea como sea se lo suelto.

—¿No te va a dar pena?

—Nada de pena.

—Vale, así me gusta. ¡Suerte!

Cuelgo el teléfono al tiempo que expulso aire, el mismo que he aspirado lentamente con la clara intención de serenarme.

Estoy algo inquieta, no querría tener que pasar por esto, pero sé que no puedo alargar más una situación que no nos conduce a ningún lugar a Connor y a mí.

Al principio, durante un par de meses, fue entretenido e incluso si me esfuerzo, podría afirmar que también, a veces, divertido, pero pasado ese tiempo la poca magia que había habido desapareció y pasó a ser una relación plana e inmensamente aburrida.

Ojalá no hubiera tardado tanto en decidirme a decírselo. Lo que más me ha frenado ha sido el no querer hacerle daño, pero solo voy a conseguir hacerle más. He sido cobarde y me he dejado llevar por la compasión, algo que no me gustaría que hicieran conmigo, así que... de hoy no puede pasar.

Después de pulsar suavemente sobre el timbre, hago movimientos circulares con los hombros. Hoy he puesto poco interés en mi atuendo y mi maquillaje: quiero estar a la altura de las circunstancias. En definitiva, voy echa un asco.

La puerta se abre y Connor aparece con una sonrisa de oreja a oreja. ¿Por qué va vestido de forma tan elegante?

Me mira de arriba abajo con curiosidad. Yo bajo la mirada. Necesito que repare en mi estado de ánimo, pero no parece importarle. Se acerca a mí y me besa suavemente en los labios. Me siento incómoda y bajo la mirada de nuevo. Sin decir ni una palabra, me sujeta rápidamente la mano y tira de mí hacia el interior de su casa. Parece tener prisa. Presiento que algo no va bien. Se comporta de una forma extraña.

Nada más abrir las puertas del salón escucho un coro de voces que gritan:

—¡Sorpresa!

Estoy confundida. No tengo ni idea de quién son todas esas caras sonrientes que me están mirando fijamente.

Soy incapaz de moverme, mucho menos de pensar. Giro la cabeza hacia Connor, pero se ha alejado unos pasos. ¿Qué es todo esto?

En medio de la confusión y de la lucha por soportar el escalofrío que me está recorriendo todo el cuerpo, Connor aparece con un micrófono en la mano. El silencio es absoluto. En este momento, me pasan mil cosas por la cabeza, pero la que más se repite es la de salir corriendo de aquí.

—Atención a todo el mundo —dice mientras su voz grave retumba de forma molesta en los oídos de todos—. Vaya, perdonad, creo que el volumen está muy alto.

Se escuchan unas risas y murmullos de fondo. Todas aquellas personas siguen en el mismo sitio, sonriendo, recorriéndome todo el cuerpo con la mirada.

La voz de Connor se escucha de nuevo, esta vez es menos molesta.

Sigo inmóvil. Sigo en *shock*.

—Quiero presentaros a Ashley, mi novia —dice sonriente—. Hace un tiempo que salimos y tenía muchas ganas de que la conocierais.

Las palmas de algunas manos se alzan a modo de saludo, otras chocan entre ellas para aplaudir.

¿Están aplaudiendo?

Puede que salir corriendo no deba quedarse solo en una idea, debería ejecutarlo.

Connor me acerca el micrófono a la boca y solo consigo decir un tímido y ridículo «Hola».

Veo como todos los presentes empiezan a acercarse a nosotros dos y yo solo soy capaz de mirar a Connor y preguntarme cómo voy a salir de esta situación.

Capítulo 2

Ashley

Hace más de media hora que he llegado a la «fiesta». Me he bebido dos cócteles y he seguido a Connor mientras me presentaba a todos sus amigos. Todos amables, todos sonrientes, pero todos mantienen la distancia conmigo.

—Deberías haberme avisado. —Es lo único que hemos hablado Connor y yo a solas.

—No te preocupes, estás guapísima.

¿Por qué ha interpretado que me refería a mi imagen? Supongo que porque es más que evidente que desentono con todo el mundo. Mis pantalones vaqueros, mi blusa blanca y mi cabello recogido en una desenfadada coleta alta contrastan con los vestidos de noche, el perfecto maquillaje y... todos esos detalles que denotan unas cuantas horas frente al espejo.

¿De dónde han salido tantos amigos?

Sigo pensando en salir corriendo, pero hay algo que me retiene aquí y aún no sé qué es. Puede que sea mi perplejidad por Connor. Se comporta de manera distinta, mucho más abierto y sociable de lo que se comportaba conmigo. Incluso su forma de vestir es distinta. Su ropa es más estrecha, marcando mucho más su cuerpo musculoso: acorde con el resto de cuerpos masculinos que se encuentran dispersos por la casa.

Empiezo a asfixiarme. Ni la curiosidad es capaz de hacerme sentir bien. Estoy muy confundida y me siento totalmente fuera de lugar, como si me hubiera colado en una fiesta sin ser invitada.

Sé que no es el momento de hablar con él, me parece muy cruel y fuera de lugar, pero tampoco soporto la idea de estar aquí mucho más tiempo sintiéndome tan incómoda como me siento.

Ni siquiera consigo conectar con sus conversaciones, que solo tratan de temas que solo ellos pueden entender.

—¿En qué trabajas, Ashley? —me pregunta una chica con unos ojos muy pequeños y una melena que le cubre la cintura.

Por fin, alguien parece querer entablar conversación conmigo.

—Soy restauradora de arte.

Ahí termina mi intervención. A cambio de desvelar mi profesión obtengo quince minutos, siguiendo un orden cronológico, de su historia laboral. Con detalles. A esta mujer nadie la escucha nunca... ¡Se nota que está necesitada!

Pero no voy a ser yo la excepción: estoy empezando a desesperarme. Busco con la mirada a Connor. Lo localizo no muy lejos de mí, justo cuando se dispone a entrar en la terraza.

Dudo entre seguirle o ir al baño... Gana la segunda opción. A ver si soy capaz de pensar con claridad. El baño es un sitio ideal para aclarar ideas. La chica de los mil trabajos no parece tener

intenciones de acabar, creo que todavía está narrando el trabajo de entrenadora de tenis que tuvo hace cinco años, así que me disculpo alegando que necesito ir al baño con urgencia.

Cuando salga del baño, buscaré una excusa y le diré a Connor que abandono su fiesta. ¡Sí! Eso es lo que pienso hacer. No tiene ningún sentido estar aquí. Yo he venido a hablar con él y a decirle que nuestra relación se termina. Si no puedo decírselo hoy, será mañana, pero tengo que largarme.

Entro a toda prisa, como si estuviera escondiéndome de alguien y me siento sobre el inodoro. Pasado un minuto, estoy más calmada y respiro mejor.

Rescato mi móvil del bolsillo de mi pantalón con la intención de comunicarme con Kelsi, pero tardo poco en abandonar la idea. No es el momento. La conversación se alargaría y en lo único que debo pensar es en salir de esta casa.

Cuando abandono el baño para volver al salón, siguiendo el mismo pasillo, paso delante de una habitación que tiene la puerta abierta. Paso de largo, pero algo que veo me hace retroceder. Me asomo con discreción. En la pared del fondo de la habitación, a través de un gran ventanal, veo la figura de Connor. Esa ventana parece que desemboca en la terraza. Está hablando con una chica mientras gesticula de forma exagerada con las manos.

Debería seguir mi camino, pero tengo demasiada curiosidad. A veces aparece en mi mente una diminuta esfera de color rojo intenso, seguida de un cosquilleo en la mejilla que no sé bien qué significa, y siempre, sin excepción, es sinónimo de que algo no muy bueno está a punto de ocurrir. Ahora está en mi cabeza.

He intentado averiguar de todas las maneras posibles qué puede significar, pero no lo he conseguido. Con más o menos sentido, siempre anuncia algo malo por lo que soy fiel a tenerla en cuenta. Ya estoy acostumbrada, hace años que he dejado de cuestionarme su significado, simplemente la acepto como algo que forma parte de mí. Es infalible.

Miro a mi alrededor al tiempo que me froto la mejilla para que desaparezca el cosquilleo. Cierro la puerta después de entrar y me pongo de rodillas para evitar que Connor, que no está muy alejado de la ventana, pueda notar mi presencia. Gateo hasta situarme debajo de la ventana y me encojo todo cuanto puedo. Estudio el mecanismo de apertura de la ventana y la abro lentamente unos pocos centímetros; lo suficiente para poder escuchar la conversación que Connor mantiene con esa chica.

Rezo para que no me hayan descubierto, sería un poco humillante. Solo dispongo de un sentido que me diga lo que está pasando, mi oído, así que me centro en agudizarlo.

Escucho la voz de Connor hablando con alguien a quien llama Megan. El resto de voces se escuchan lejanas por lo que deduzco que deben estar apartados del resto de invitados, en algún rincón de la terraza. Empiezo a dibujar un plano en mi cabeza.

¿Megan? Puede que sea casual, pero ese es el nombre de su exnovia, lo ha mencionado en alguna ocasión. Pero puede que esté equivocada. Si la memoria no me falla la dejó porque era muy celosa, o al menos eso es lo poco que recuerdo de las confesiones mortalmente aburridas que me hacía cuando se refería a ella. Pero... ¿qué sentido tendría que esa chica estuviera en la fiesta?

Sigo escuchando durante unos segundos más, pero no consigo encontrar sentido a sus palabras. Empiezo a impacientarme y a creer que ha sido una estupidez esconderme debajo de esta ventana, pero... mi suerte cambia. Por fin se escuchan sus voces; deben haberse acercado a la ventana.

—¿Es que no lo entiendes todavía, Megan? Lo he hecho por ti —le dice Connor un poco

alterado.

—¿Por mí tienes novia? Me estás tomando el pelo.

Es la primera vez que escucho la voz de ella y parece angustiada.

La esfera de color se presenta en mi cabeza de nuevo, esta vez es más intensa. Pero ya no la necesito, con lo que estoy escuchando sé que no voy a tardar en quedarme clavada al suelo, más de lo que ya lo estoy.

—Ashley no me importa nada, he salido con ella para que reacciones de una vez por todas. ¿Es que no lo ves, pequeña?

Trago saliva. Efectivamente me estoy clavando al suelo. ¿Pequeña?

—¿Por mí? —le dice «pequeña»—. Eso no me lo creo, Connor. No juegues conmigo.

—El problema es que no te has dado cuenta, mi amor. Me he vuelto loco buscando la manera de que reacciones, de que entiendas lo mucho que te quiero. Desde que salgo con Ashley pareces más receptiva.

No me puedo creer lo que estoy escuchando. Esto debe de ser una broma. Debe formar parte del espectáculo surrealista de esta fiesta inesperada.

—¿Por eso me invitas a esta fiesta? Connor, se la has presentado a todos como tu novia...

—No me importa ella y mis amigos ya lo saben. Solo quería darte celos. Llevo tiempo haciéndolo.

No me lo puedo creer. ¡Menudo cerdo! ¿Cómo puede decir todas esas sandeces juntas? Seguro que ella está alucinando. Al menos voy a escuchar cómo ella le insulta y lo pone en su sitio.

«Venga, Megan, alias «pequeña», dale, humíllalo», me digo empezando a sentir que se me espesa la sangre.

—¿De verdad que lo has hecho por mí?

¡No! No puede ser real. Esa mujer no puede estar preguntándole eso. ¿Vendrá ahora el comentario mordaz?

—Claro que lo he hecho por ti, pequeña, es que ya no sabía que hacer. Lo he intentado todo. El día que te vi en el cine no era casualidad. Logan me dijo que pensabas ir. Solo quería que te dieras cuenta de que no podemos estar separados. Si me veías con otra... Y en el restaurante mexicano también... Los Ángeles es muy grande para que nos encontráramos tantas veces. ¿Te das cuenta ahora?

—Pues ha funcionado tu plan, me he puesto celosa.

No sé qué está pasando, pero no doy crédito a lo que escucho.

Asomo ligeramente la cabeza para ver a qué se debe el silencio, temo que se hayan alejado.

No, no se han alejado. Siguen en el mismo sitio. La pareja que aparenta tener doce o trece años está abrazada.

¡Esto debe ser una broma! Ese diálogo no puede mantenerlo alguien adulto con un poco de cerebro.

Tengo que marcharme. Eso es lo que voy a hacer, pero antes decido escuchar de nuevo en cuanto oigo la voz de Connor. Ya que estoy aquí...

—A Ashley la dejaré en cuanto tú me digas lo que quiero escuchar. Solo he salido con ella para darte celos. Te aseguro que no ha sido fácil. No me gusta nada, de hecho, no la soporto. Es una chica... sin orden, no está centrada. No como tú, pequeña.

—Para ser tan patética... Sigues con ella... —le dice sollozando la pequeña, que al parecer es una mujer muy centrada.

¿Centrada? Será despreciable... Estoy empezando a cabrearme mucho... Esto no hay quién

lo aguante.

—Ni siquiera nos hemos acostado, Megan. Bueno, solo una vez, y fue porque no pude evitarlo, se puso muy pesada.

—¿Solo una vez? ¿No me mientes? Solo imaginar que la has tocado...

—No, te digo la verdad. Lo he pasado muy mal, pero esperaba que tú te dieras cuenta de que tenemos que estar juntos. Este sacrificio lo he hecho por ti. Sé que me quieres, nunca tendríamos que habernos separado.

—¿Solo te has acostado una vez con ella?

—Sí, te lo aseguro. Y prefiero no recordarlo, fue lamentable. No dejaba de pensar en ti... He vivido un infierno intentando recuperarte, pequeña.

—¿De verdad? Si solo te has acostado una vez... creo que puedo perdonarte. ¡Oh, Connor! Cuando te veía con ella me dolía tanto...

El siguiente silencio no me quedo para interpretarlo. Tengo náuseas y necesito volver al baño.

¿Una vez? ¿Se ha acostado conmigo una vez? ¿Pesada? ¿No me soporta? Esto es más de lo que puedo soportar. ¿A qué día del cine se refería? Teniendo en cuenta que en cuatro meses hemos ido unas treinta y tres veces... ¡A saber! Y el mexicano... Con razón insistió tanto...

¡Menudo cabrón! Es tan absurda la situación, tan lamentable, tan increíblemente estúpida que no soy capaz ni siquiera de pensar con claridad.

Esta vez sí que llamo a Kelsi. Tarda muy poco en contestarme, señal de que está impaciente por saber de mí. Le cuento lo ocurrido lo más brevemente posible.

—No sé qué decirte, no estoy muy segura de haberte entendido bien —me susurra—. ¿Dónde estás exactamente?

—En el baño, sentada en el inodoro, jugando con el papel higiénico y hablando contigo.

—¿Estás segura de lo que estás diciendo? ¿No será una bromita, Ashley?

—Te he hecho un resumen, cuando te lo cuente con detalle, te desmayas.

—Sal de ahí, Ashley. Lo poco que creo haber entendido es suficiente para que salgas de ahí a toda velocidad. Ni te molestes en decirle nada. Sal corriendo. Ven a mi casa y me lo cuentas bien.

—¿Quieres que me marche así, sin más? ¿Eso me estás pidiendo?

—Ashley... ¡Que te conozco! Sal de ahí, por favor.

—Luego te llamo, que se me ha ocurrido algo.

—Ashley...

Cuelgo el teléfono. Respiro hondo, dibujo una sonrisa traviesa y me dirijo al salón.

Al pasar junto a la habitación, compruebo que Connor y su chica pequeña y centrada ya están. Connor me debe estar buscando para decirme que me deja.

Aterrizo en el salón y me apodero del micrófono que hay situado junto al pequeño buffet de comidas y bebidas.

—Atención a todos. Quiero decir unas palabras.

Todos se giran hacia mí. Connor está junto a la entrada de la terraza, cerrando un círculo con la señorita «dignidad justita» y dos chicas más. Ni siquiera se ha molestado en buscarme, y llevo un buen rato desaparecida.

Todos están expectantes, incluso los que están en la terraza, que también unen a mi convocatoria.

Es mi momento.

—Tengo algo importante que anunciar. Esperaba decírselo en la intimidad a Connor, pero ya

que ha preparado esta fiesta, no se me ocurre mejor momento que compartirlo con sus amigos.

Todos los rostros muestran curiosidad, especialmente el de Connor que es el que más me interesa. Tiene el ceño ligeramente fruncido y muestra una media sonrisa algo forzada. Intercambia una mirada con la de la poca dignidad y después vuelve a mirarme a mí.

—Cariño, tengo que decirte que... —Hago una pausa— ¡Estoy embarazada!

Tras un murmullo colectivo, el silencio se vuelve sepulcral, acorde a la palidez del rostro de Connor.

—¡Enhorabuena! —dice tímidamente la chica de los mil trabajos, pero es la única que se pronuncia.

Connor se acerca a toda prisa a mí, pero se detiene para ver cómo su recién recuperada novia, la tal Megan, la pequeña, bordea el salón y se dirige a la puerta de salida a toda prisa. La poquita dignidad que le quedaba a la muchacha pequeña se derrama por el salón.

—¿Podemos hablar? —me dice tirando de mi mano y conduciéndome a la cocina, que se encuentra justo detrás del salón.

—¿No estás contento, cariño?

—Pero... ¿cómo se te ocurre? Tenías que haber hablado conmigo antes —me suelta furioso. Vaya, el chico está disgustado.

—Es que no podía esperarme, quería darte yo también una sorpresa. ¿No te ha gustado? ¿He hecho algo mal? Pareces enfadado... Vas a ser papá.

Connor me mira fijamente. Ha debido darse cuenta de que mi tono de voz no es el habitual, y también le habrá sorprendido mi sonrisa bobalicona; no está acostumbrado a verla.

Se pasea por la cocina negando con la cabeza y vuelve a dirigirse a mí algo más calmado.

—Ashley esto no me gusta nada... No sé cómo ha podido pasar.

Me apoyo sobre una encimera de mármol y empiezo a sentir que me invade una extraña serenidad poco acorde a la situación.

—Fue aquella vez que nos acostamos... Aquella única vez.

Se detiene y me mira con curiosidad. He conseguido confundirlo. ¿Lo habrá pillado?

—Esto no estaba en mis planes, Ashley. Somos muy jóvenes.

Pues no, no está confundido, ni lo ha pillado.

Guardo silencio. Dejo que camine por la cocina mientras me suelta un discurso tras otro. «Somos muy jóvenes», «¿Cómo pudo pasar si siempre hemos tomado medidas?», «Mi carrera profesional acaba de despuntar»... Y unas cuantas cosillas profundas más.

Estoy a punto de interrumpirlo para decirle que mis planes consistían en dejarle esta noche porque me aburría soberanamente con él, pero entiendo que no merece la pena. El que una vez me inspiró pena, ahora me da asco y solo quiero alejarme de él y de su maldita casa.

—No estoy embarazada.

—Es un tema muy... ¿Qué? —Se detiene bruscamente y me mira sorprendido—. ¿No lo estás? Entonces, ¿por qué lo has dicho?

—Para divertirme un rato. Antes de decirte que te vayas a la mierda, he pensado divertirme un poco. Al menos tendré un recuerdo divertido contigo, aunque solo sea uno.

—¡Estás loca! ¿Qué te pasa?

—Adiós, Connor. Vuelve al salón, tienes a tus amigos algo revueltos por la noticia. Y a la «pequeña», la que ha salido corriendo también. Tienes mucho trabajo por delante.

Lo miro fijamente, sonrío, paso por su lado, le doy un par de palmaditas en el hombro y me dirijo lenta y altivamente hacia la salida. Lo vi en una película y me encantó la escena. Ella salía

de la casa de él con la cabeza bien alta, triunfadora, dispuesta a comerse el mundo.

Pero no ha funcionado...

Nada de eso siento.

¿Para qué engañarme?

Ni triunfo, ni altivez, ni la sensación de haber ganado nada.

Me siento tan mal que antes de llegar a mi coche vacío el contenido de mi estómago sobre la rueda trasera. Al menos, ni los cócteles me llevo de recuerdo.

Pongo en marcha mi coche y paso por delante del seto del vecino. Me echo a reír y luego me echo a llorar.

Capítulo 3

Ashley

Dos semanas después. Los Ángeles.

Llevo más de media hora observando la mesa de mi cocina. A un lado, sobre un soporte de madera, se encuentra mi reserva de vuelo para viajar a Inglaterra dentro de catorce días. Al otro, mi móvil, en espera de la llamada de mi amigo Hank.

La reserva del vuelo es para mí como una obra de arte, no dejo de observarla sin apenas pestañear.

Mi tía Lucy, la mujer con la que me he criado, la que es como una madre para mí, y la persona que más quiero en el mundo, se ha encargado de hacerla valiéndose de su mejor amiga, la dueña de una agencia de viajes de Los Ángeles. Sospechaba que su insistencia se debía a que quería hacerse cargo de la factura, a pesar de mi oposición, pero ahora ya no me quedan dudas de que ha sido así.

Tía Lucy es así y no la voy a cambiar.

Vuelvo a centrarme en la reserva. Siento que los ojos se me llenan de lágrimas por todo lo que supone ese simple documento.

He trabajado muy duro, aunque confieso que también la suerte ha estado de mi lado, para tener la oportunidad de trabajar en Europa. España, Inglaterra o Italia siempre han sido los destinos con los que he soñado y por fin ha llegado el momento. En el destino ha influido mi amigo Hank. Él lleva dos años trabajando en un pequeño pueblo del sur de Inglaterra, Rye, en la restauración de un castillo, el de Bodiam.

Estudiamos juntos en la universidad la carrera de Historia del Arte, y ambos nos especializamos en Restauración y Conservación, aunque él se decantó por la escultura y yo por la pintura.

Hank es un gran amigo, me lo ha demostrado una vez más luchando para que pueda incorporarme en la fundación para la que él trabaja. Tendré la oportunidad de trabajar en la restauración de un fresco antiguo que se encuentra en el interior de una casa-palacio situada en Rye.

Observo de nuevo mi móvil. En Inglaterra deben ser las cinco de la tarde, la hora en que Hank termina su trabajo. No creo que tarde en llamarme. Estoy impaciente por decirle que ya tengo reservado el vuelo.

La diferencia horaria, la distancia, y el hecho de que Hank no haya vuelto a Los Ángeles desde que se marchó, han puesto algunos obstáculos en el ritmo que tenía nuestra amistad, pero hemos luchado para no distanciarnos y mantener siempre el contacto. No es lo mismo que poder abrazarnos, salir por la noche a divertirnos, o compartir cualquiera de las muchas cosas que compartíamos junto a Kelsi, pero sí ha sido suficiente para que nuestra amistad persista. Nos adaptamos a los horarios de trabajo y a la diferencia horaria e intentamos, en uno u otro

momento, encontrar algo de tiempo para escuchar nuestras voces, aunque debo admitir que en los últimos meses la frecuencia ha disminuido.

Aparto la mirada del móvil y la vuelvo a dirigir otra vez a la reserva del vuelo.

Suspiro de forma tan sonora que hasta consigo sobresaltarme.

Mi tía Lucy solía decirme que lo que elegí estudiar me llevaría lejos de Estados Unidos y tiene razón, pero solo será durante seis meses. Tengo intención de volver. Hay varias razones por las que no podría marcharme definitivamente.

En cualquier caso, es un sueño cumplido y no me puedo creer que quede tan poco tiempo para marcharme.

El timbre de mi móvil hace que me sobresalte. Me ha interrumpido mientras acariciaba por novena vez la reserva.

—Dime que no ha cambiado nada —me dice Hank nada más descolgar con su peculiar calma.

La frase ha tardado más de la cuenta en pronunciarla, pero solo se debe a que esa es la forma en la que Hank lo hace todo: sin prisa. Su paciencia, su autocontrol y su calma son cualidades con las que yo solo puedo limitarme a soñar.

—¿Qué quieres que cambie? Ya tengo mi reserva. El avión sale el día 19 de marzo a las seis de la mañana.

—Por un momento, he pensado que habría algún problema. Cuánto me alegra. Tengo ganas de verte. Dos años, Ashley, y ni siquiera te has molestado en venir a visitarme antes.

Me echo a reír, sé que está bromeando.

—El que se marchó fuiste tú, tendrías que haber hecho tú la visita.

—Y no me arrepiento.

—Ufffff, esas palabras me dejan claro que va a ser complicado que vuelvas.

—Nunca se sabe, Ashley, pero estoy muy bien aquí. De momento, me quedo. Ya sabes que mis padres viven ahora en España, están más cerca, no tengo razones para volver, mucho menos si tú aterrizas dentro de poco. También echo de menos a Kelsi, eso no puedo olvidarlo.

—Me ha prometido que vendrá a visitarnos en verano.

—Ojalá pueda hacerlo, pero siempre está muy ocupada.

—Encontrará el momento de hacerlo. Me ha dicho que se va a tomar unas largas vacaciones.

—Esperemos. Tendremos que recordárselo de vez en cuando.

—Te confieso que estoy muy nerviosa, Hank. Este trabajo es... muy importante para mí. Y todo gracias a ti.

—No, Ashley, no es gracias a mí. Los méritos son tuyos. Tu trabajo en el Museo de Arte de California es el que te ha dado la oportunidad. Eres jodidamente buena en lo que haces y ese ha sido tu pasaporte hasta aquí. Son las recomendaciones las que te han brindado la oportunidad. Yo solo hablé con la fundación para que tuvieran en cuenta tu candidatura en la plaza de intercambio con Estados Unidos, pero eso solo supuso que se agilizara el trámite, estoy seguro de que habrían contemplado tu solicitud de todos modos.

—Bien, pues, en ese caso, no te doy las gracias —bromeo—. Deben apreciarte mucho si tienen en cuenta tus recomendaciones...

—Pues... no me va mal. Mi jefe parece estar contento con mi trabajo.

—En cualquier caso, tengo que agradecerte el apoyo.

—No necesito que me des las gracias, me basta con que no pierdas ese vuelo.

—No lo perderé.

—Miedo me da.

—Hank, estoy más centrada en lo que a asuntos de puntualidad se refiere.

—¿Seguro? Te recuerdo que vienes a Inglaterra, aquí es algo sagrado, algo inviolable.

Conozco la fama de la puntualidad inglesa, pero la forma en que lo pronuncia Hank hace que me impresione. Sé que es una gran virtud y una señal de buena educación, pero ¿quién no se retrasa unos minutos alguna vez?

—No sé cuándo podremos vernos —Decido darle un giro al tema—. ¿Podrás ir a Londres? No había pensado ir a Rye hasta que empiece el trabajo. Me gustaría verte antes.

—Ashley, ¿has pensado lo que te dije sobre alojarte en Londres?

Odio que ese tema vuelva a salir. Me resulta complicado que Hank lo entienda.

—Hank, no he cambiado de opinión. Ya lo tengo todo planeado.

—Ashley, aún estás a tiempo de razonar, el alojamiento en Rye todavía está disponible. Hay dos plazas libres, me he informado. No tiene sentido que te alojes en Londres. Rye está a una hora de tren. No tienes necesidad de hacer ese trayecto a diario. Te cansarás.

—Hank, ya lo hemos hablado. Quiero pasar tiempo con Nicole y conocer Londres. Ya sabes que, si puedo elegir, prefiero la ciudad. No será para siempre. Nicole tiene pensado marcharse a Nueva York dentro de dos meses, quizás algo más. En ese momento, me plantearé otra opción. He hablado con el señor Carter —le comento refiriéndome al coordinador de mi intercambio en Rye—, y me ha dicho que no habrá ningún problema. Dentro de dos meses se marchan dos becarios que trabajan contigo en el castillo de Bodiam y su alojamiento quedará libre.

—No estoy tan seguro. Sé a quién te refieres y puede que continúen un tiempo.

—Seguro que encuentro algo. Me apetece estar con Nicole.

Nicole es otra buena amiga que conocí a través de las fiestas universitarias. Ella estudió un primer año de Historia, pero se marchó para cursar otros estudios relacionados con la organización de eventos, que fue lo que descubrió que más le gustaba. Ella, al igual que Hank, hace dos años que reside en Londres.

—¿De verdad te entusiasma pasar tiempo con Nicole?

Ni Hank ni Kelsi han tenido nunca mucho *feeling* con Nicole. Ambos la consideran una persona aburrida y «sin vida», como suelen expresar ellos mismos, pero eso se debe a que nunca se han conocido bien. Es cierto que Nicole tiene una personalidad algo frágil y suele tender a hacer un drama de... casi todo, pero también es divertida y le tengo mucho cariño. Llevamos mucho tiempo planeando estar juntas en este viaje y no voy a cambiar mis planes. Entiendo los inconvenientes que puede suponer, pero quiero estar con mi amiga un tiempo, antes de que se marche a Nueva York, su próximo destino. Aunque mi amistad con ella no es comparable a la de Hank o Kelsi, hemos compartido muchos momentos juntas y nos tenemos muchísimo cariño. No hemos perdido el contacto en estos últimos dos años y hemos hecho mil planes en las últimas semanas para que yo pueda conocer Londres de su mano.

—Hank, tú no la conoces bien. La respuesta es sí, sí me entusiasma pasar tiempo con ella. Además, está pasando un mal momento, está decaída, y me gustaría animarla.

—Vaya, pobrecita. No me imagino a Nicole sin un drama en su vida. Pero si es lo que quieres... A mí me parece una idea descabellada, pero ya lo verás por ti misma cuando tengas que hacer ese trayecto a diario. Además, Ashley, Londres es un puro caos, ten en cuenta que son más de ocho millones de habitantes, más del doble que en Los Ángeles. Avisada estás. Aun así, tienes tiempo para pensártelo.

—Me encantan las ciudades grandes, ya lo sabes. En cualquier caso, Hank, si en Rye pudiera estar contigo, sería diferente, pero no me apetece compartir casa con alguien desconocido, si

puedo evitarlo.

—Ojalá pudiéramos compartir casa, pero es complicado.

—Lo sé. ¿Sigues viviendo en la casita georgiana?

—Sí, claro que sí. Es una casa pequeña, pero muy bonita. El jardín es enorme. Me gusta que esté en las afueras, alejada del núcleo de Rye. Tiene varias habitaciones, pero solo dos están habilitadas como dormitorios.

¿Alejada del núcleo? ¡Por Dios! Rye solo tiene unos tres mil habitantes. Cómo ha cambiado Hank...

—Dile al dueño de la casa que me conformo con un colchoncito en algún rincón —bromeo.

—Ojalá fuera posible... —murmura afectado.

—Hank, solo bromeaba —le aclaro en cuanto, para mi sorpresa, parece angustiado con el tema—. Ya sé que la compartes con otra persona.

Tras un silencio que me sorprende, Hank cambia radicalmente de tema para hablarme de su trabajo en el castillo. Me comenta algunas anécdotas sobre el escudo en el que está trabajando y una vez más disfruto imaginando toda la belleza que le rodea diariamente.

Nos despedimos. A pesar de haber escuchado su pequeño relato, no he conseguido conectar totalmente. He tenido que hacer un esfuerzo para apartar una sensación que he tenido durante nuestra conversación. En algún momento, me ha parecido que Hank se sentía incómodo. Entiendo que no esté de acuerdo en que yo quiera vivir en Londres, pero me sorprende su reacción cuando hemos hablado del alojamiento en Rye, de su casa. Puede que se haya sentido comprometido porque crea que mis intenciones sean compartir casa con él en el caso de que me acabe en Rye después de Londres, algo que aún no tengo claro que suceda, pero... si es así está equivocado. Yo sé que está cómodo en la casa en la que se encuentra actualmente. Lleva más de un año en ella y la comparte con un amigo. Nunca le plantearía que hiciera cambios por mí. Yo solo estaré un tiempo en Inglaterra, seis meses, y después volveré a Los Ángeles. Por nada del mundo querría alterar su vida en ningún aspecto.

En cualquier caso, ya se lo aclararé cuando lo tenga delante, aunque creo que no será necesario. Pienso permanecer en Londres todo el tiempo posible. Quizás, con suerte, Nicole aplaze sus planes de marcharse a Nueva York. Además, por lo que tengo entendido, alquiló un apartamento impresionante y sé que esa opción es mucho mejor que compartir espacio en Rye con alguien que no conozco. Aunque no he visto el apartamento de Nicole, puedo imaginarme que debe ser lujoso. No me extraña, desde que sus padres ganaron una cantidad de dinero millonaria en unas apuestas de lotería, su vida ha cambiado mucho.

Me siento satisfecha de que Hank no haya mencionado nada relacionado con el asunto de Connor. Le hablé de ello hace una semana, en nuestra anterior conversación y ha sido más que suficiente. Hank es una persona práctica, discreta, un tanto reservada. Kelsi, en cambio, me pregunta constantemente, especialmente porque sabe que el tema me ha afectado bastante; según su opinión, más de la cuenta.

Aunque se lo he explicado varias veces, no consigue entenderme. No estoy afectada por la pérdida en sí, es evidente que mi tensión era dejar a Connor aquella noche. Eso es más que suficiente para que ya hubiera pasado página, pero me ha costado y me está costando lidiar con el hecho de que me utilizara para volver con su exnovia.

Descubrir que ni siquiera el tiempo que yo consideraba «especial» fue real me ha dejado un sabor muy amargo.

Él me engañó y, en cierto modo, yo también a él, o... a mí misma. Los dos primeros meses fueron buenos, en cierto modo estaba ilusionada mientras le iba conociendo, pero después de ese

tiempo nuestras citas eran cada vez más aburridas. Tardé demasiado en decidir que debía poner punto final; y aun habiéndolo decidido nunca encontraba el momento para hacerlo, motivo por el que se alargó un poco más. Me engañaba a mí misma, algo que no se me da del todo mal, creyendo que todo cambiaría, que debía esperar, que estaba siendo injusta con él, pero ahora entiendo que estaba muy equivocada. Yo no le utilicé, solo me desencanté de él, pero el tiempo que vivimos algo bonito para mí fue real y sincero.

Hace tres días recibí un paquete con su nombre. Me envió una caja reutilizada de zapatos con unas medias en su interior. En una ocasión se me rompieron y me las cambié por unas nuevas en el interior de su coche; y allí se quedaron.

La caja contenía una nota escrita a mano:

Es todo lo que conservo de ti. Supongo que no las necesitas, pero son tuyas.

Connor.

Me sentí burlada, me sentí con ganas de estrangularlo con las medias lentamente.

¿Era necesario enviármelas?

¿Acaso no fue él el que estuvo saliendo conmigo durante meses para que su novia se pusiera celosa?

¿Es eso normal?

Claro que, después de escuchar la conversación que mantuvieron en la terraza, no debería sorprenderme.

Puedo lidiar con muchas cosas, pero con la traición y la mentira...

Espero no volver a tener que enfrentarme a una situación parecida en mi vida. Sentir que alguien te ha utilizado es algo que no llevo muy bien.

Si tengo una historia de una noche, o de una semana, o de cuatro citas... al menos, que sea real mientras dure.

Sé que me olvidaré de esto en pocos días, cuando desaparezca toda la rabia que siento, pero me temo que alguna huella me va a dejar.

Puede que en un futuro cercano me cueste confiar en alguien con el que pueda empezar una relación... ¡Puede que no! Lo sabré cuando suceda. De momento, los próximos seis meses los tengo ocupados en otras cosas. Dudo mucho que tenga alguna aventura... mucho menos con un inglés.

Capítulo 4

Ashley

Mientras me dirijo a casa de Kelsi, me pregunto por qué no habré reservado mi vuelo mucho antes. Todavía quedan doce días y es demasiado tiempo, teniendo en cuenta que aquí no puedo hacer nada.

Terminé mi trabajo en el museo hace más de un mes, cuando todavía desconocía que me habían seleccionado para el intercambio con la fundación.

Si bien la emoción y preparación del viaje, así como el asunto de Connor, han mantenido mi mente ocupada, en este momento he dejado incluso de pensar. Pasan los días en blanco y se me están haciendo eternos. Incluso he pensado en adelantar el viaje. Esta noche se lo comentaré a mi tía Lucy para que lo hable con su amiga Grace, la de la agencia de viajes.

Puede que llegar antes a Londres y pasar más tiempo del previsto con Nicole nos anime a las dos.

Ni siquiera puedo pasar tiempo con Kelsi, ella siempre está viajando por el estado. Es representante en una empresa farmacéutica que le obliga a pasar mucho tiempo fuera de Los Ángeles.

Esta es la única semana en la que ella pasará dos días seguidos en Los Ángeles, por lo que se podría decir que es nuestra última cena hasta que vuelva de Inglaterra. Esa idea me produce una sensación muy amarga. Sé que la voy a echar de menos.

Kelsi me recibe con una gran sonrisa mientras sujeta una caja gigante de pizza.

Mientras coloca un mantel en el suelo, lugar donde nos gusta cenar cuando estamos en su casa, rodeadas de cojines, me anuncia que tiene una sorpresa para mí.

—¿Me vas a presentar a unos amigos? —le pregunto en honor al recuerdo de la fiesta de Connor.

—Estoy embarazada.

Durante unos segundos, antes de que se eche a reír a carcajadas, me hace dudar. A estas alturas todavía me creo sus bromas...

—Mi sorpresa es conjunta con tu tía, así que, en cuanto ella pueda, haremos una videollamada y te contaremos nuestra sorpresa. No creo que tarde, ya le he dicho que estás aquí.

Por mucho que me esfuerce, no voy a ser capaz de adivinar de qué se trata esa sorpresa, pero conociéndolas como las conozco a las dos, estoy segura de que será algo... poco común. Puede que hayan organizado alguna despedida...

Kelsi se abalanza sobre su ordenador portátil en cuanto escucha el sonido que anuncia la videollamada y se apresura a colocarlo en una buena posición para que ambas tengamos un buen ángulo de la pantalla.

—Hola, cariño —me dice mi tía sonriendo, como siempre hace.

—Hola, tía Lucy —le digo devolviéndole la sonrisa.

—Solo dispongo de quince minutos. Hoy tenemos una demostración de un tratamiento y hay varias clientas esperando.

Mi tía es la dueña de un salón de belleza en Pacific Palisades desde hace muchísimos años. El negocio siempre ha sido un éxito. Éxito que, junto a la herencia que recibió de mi tío Bruce, fallecido cuando yo era muy pequeña, le ha permitido llevar una vida muy acomodada; también a mí, que me he criado con ella. Es como una madre para mí. Cada día pienso que todo lo que he conseguido ha sido gracias a ella, en todos los sentidos. Ella siempre me ha animado a perseguir mis sueños.

—Díselo ya, Lucy —la anima Kelsi impaciente.

—Cariño, Kelsi y yo te vamos a hacer un regalo de cumpleaños.

—¡Quedan más de tres meses! —les aclaro sorprendida.

—Lo sabemos, pero en esas fechas seguramente no podemos celebrarlo juntas porque estarás en Inglaterra.

—Ajá —exclamo mientras asiento con la cabeza.

—Teniendo en cuenta que te has quejado muchas veces en los últimos días de que quedan muchos días para ese viaje, y también que estás algo mustia por... ese hombre —Se detiene para arrugar la nariz. Sin duda, está hablando de Connor—. Y, teniendo en cuenta que conocemos uno de tus sueños... ¡Hemos decidido que se cumpla! ¿Cómo? Regalándote un pasaje para viajar desde Nueva York a Inglaterra en un... ¿Te lo digo?

—En un ... ¿qué?

—Trasatlántico.

Antes de que me dé tiempo a procesar sus palabras, interviene Kelsi.

—Siempre has dicho que te encantaría hacer la travesía que hizo el *Titanic*: cruzar el Atlántico en un barco hasta Inglaterra.

La sangre empieza a subirme a la cabeza a pesar de estar sentada en el suelo.

—No sé si os he entendido —susurro temiendo lo que viene después.

—En vez de viajar en avión, viajarás en barco —aclarla sonriente mi tía—. Zarpa dentro de cinco días. Es una forma distinta de llegar a Inglaterra. ¿Qué te parece?

Guardo silencio incapaz de pronunciar una sola palabra coherente.

—¿No te ha gustado? —me pregunta Kelsi horrorizada, como si el regalo consistiera en un simple frasco de perfume.

—¿Es... es una broma?

Ambas se miran preocupadas.

—Cariño, ¿no te ha gustado? Siempre has dicho que querías hacer ese viaje, que te encantaría atravesar el Atlántico sola para disfrutar de una desconexión absoluta.

—¿Cuántas veces lo has dicho? —pregunta Kelsi enfadada—. Te lo hemos regalado por eso.

No soy capaz de pronunciar ni una sola palabra. Mi mente es un amasijo de ideas sin sentido que se mezclan entre ellas a demasiada velocidad y no sé qué debo hacer o decir.

—Yo... sí, alguna vez creo que lo he dicho, pero... no sé si es un buen momento ahora. No voy a Inglaterra por un viaje de placer, voy a trabajar y... no sé si ese viaje es conveniente. ¿Yo sola?

—Siempre has dicho que querías hacerlo sola —me aclara mi tía—. Kelsi y yo hemos pensado que te ayudaría a poner tus ideas en orden y a llegar allí fresca y dispuesta a empezar tu sueño.

Esa es la idea, pero en un vuelo que dura diez horas, no en un viaje de esas dimensiones.

—Y... ¿Cuánto tarda en llegar? —pregunto mientras empiezo a temblar porque presiento que la respuesta me va a impactar.

—Siete días —afirman al unísono.

Estoy a punto de marearme. La cifra es razonable. Es evidente que viajar de Estados Unidos a Inglaterra en barco no puede durar menos, pero me parece una eternidad.

—No sé qué deciros, yo... me mareo en los barcos... un poquito.

—¿Desde cuándo? —me pregunta extrañada Kelsi.

—Aquella vez, en el barco de Jhon...

—¿Te refieres a aquella vez que íbamos borrachas?

—Sí, puede que eso influyera. ¿Y mi avión? Ya tenía hecha la reserva, ¿recuerdas?

—Grace se ocupará de todo, por eso no te preocupes —me aclara satisfecha mi tía refiriéndose a su amiga.

—Ashley —interviene Kelsi—, es un trasatlántico, no te vas a marear, eso no ocurre en ese tipo de barcos gigantes.

—¿No? —le pregunto mientras sigo pensando cómo salir de esta.

—Cariño, me temo que no te ha hecho ilusión.

En este momento, las observo a las dos y solo veo su sorpresa mezclada con decepción. Y la ilusión que han puesto en el regalo. Y el hecho de que creyeran que me iba a volver loca de alegría. Y el hecho de que sea un regalo tan costoso... Si hasta lo han llamado sueño...

Forma parte de mi hacer afirmaciones como «Algún día haré esto», «Algún día visitaré lo otro», «Me encantaría hacer esto y lo otro...», «Esto es un sueño...». Es cierto que, en alguna ocasión, especialmente cuando me he sentido estresada, que ha sido muchas veces, he mencionado que me encantaría hacer ese viaje, pero me refería a que podría ser muy sanador estar sola durante una travesía de ese tipo y poder poner las ideas en su sitio. Pero nunca me lo he planteado en serio.

¡Cuidado con lo que deseas!

—Me da un poco de miedo... El *Titanic* se hundió.

Ambas se miran confundidas, pero enseguida se echan a reír. Tenía que intentarlo.

—¿Quieres ir o no? —me pregunta Kelsi mirándome fijamente.

Vuelvo a observarlas. Yo solo veo ilusión, decepción, cariño... La de molestias que se han tomado. Me conocen y están a punto de declarar oficialmente que no me ha gustado la sorpresa, así que tengo que apresurarme a sacarlas de su error; claro que, error, lo que se dice error... no es.

—Perdonad, es que no me lo esperaba. ¡Menuda sorpresa! ¡Guau! Viajar siete días en un trasatlántico... Sola... ¿Es directo? —pregunto sabiendo la respuesta.

—Es directo de Nueva York a Southampton. No hay escalas, solo océano. Y una vez que llegues al puerto, solo tardarás una hora y media en llegar a Londres en tren —me aclara mi tía.

—El regalo también incluye el vuelo hasta Nueva York, que es de donde Zarpa —añade Kelsi—. Entre el vuelo y la salida del barco solo tendrás que esperar cuatro horas.

—¿Seis horas de vuelo a Nueva York y cuatro de espera para a zarpar? Qué viaje más largo, ¿verdad? —suelto una risa absurda que hace que ambas se miren confundidas.

En un principio, se trataba de un viaje de diez u once horas desde Los Ángeles a Londres, ahora, si no fallan mis cálculos, teniendo en cuenta todos los desplazamientos, se va a largar a ocho días... ¡Genial! Claro que, puede que esto sea mejor que estar once días esperando a volar hasta Londres.

Mi cabeza se desbloquea y empieza a trabajar con rapidez: el océano, las comodidades de un barco, el tiempo que puedo dedicar a pensar y cargarme de energía...

No funciona. Necesito más argumentos para animarme, todavía veo demasiados inconvenientes en este viaje, pero no tengo tiempo. Puede que sus caritas decepcionadas tengan para mí más peso que cualquier otra cosa...

—Sois maravillosas —suelto sin darle más vueltas—. Cuánto os quiero, muchas gracias. Ha sido una sorpresa muy... sorpresa.

Me acerco a Kelsi y la beso efusivamente y después me acerco a la pantalla y pongo una mano sobre ella para recibir la de mi tía poco después. Es lo que siempre hacemos cuando estamos lejos y no podemos vernos en un tiempo; principalmente por sus viajes.

El ambiente se destensa y la decepción que he visto reflejada en sus rostros desaparece. Me he convertido en una gran actriz forzando un entusiasmo que no es del todo real. Necesito más tiempo para procesar el regalo.

—Os habrá costado una fortuna... No era necesario...

Ambas saben que soy muy ahorradora y suelo quejarme continuamente del coste de todo, por eso ponen los ojos en blanco. Aunque mi tía ha tenido una vida acomodada, siempre me ha intentado inculcar el valor de las cosas. Ella proviene de una familia muy humilde, supongo que eso ha sido un peso importante a la hora de intentar transmitirme esos valores.

—Yo solo he hecho una contribución simbólica —confiesa Kelsi—. Estoy ahorrando para comprarme un coche nuevo y alquilar un apartamento mejor que este cuchitril.

Me echo a reír por su característica sinceridad.

Kelsi se levanta y extrae de un cajón una carpeta con el logo de la agencia de viajes.

—Aquí encontrarás todos los detalles del barco.

La acepto sintiendo que me tiembla la mano.

—Tengo que dejaros, chicas. Ashley, ¿vendrás el fin de semana a casa? Te entregaré toda la documentación completa.

—Sí, claro.

Durante unos minutos más nos dedicamos a decirnos cuánto nos vamos a echar de menos y la manera en la que debemos comunicarnos para estar siempre conectadas. Me cuesta mucho seguir la conversación porque aún sigo aturrida, pero salgo victoriosa de la situación.

Mi tía desaparece de la pantalla y Kelsi, muy animada, se anima a aportarme más detalles sobre el viaje. Tengo que hacer un esfuerzo muy grande para que no se dé cuenta de lo aturrida que estoy.

—La reserva incluye unos cuantos extras que te van a encantar: un masaje, un tratamiento corporal con algas, un circuito de spa, una inscripción en el concurso de talentos...

Al ver su entusiasmo, me alegro de haber aceptado, pero.... ¡Un momento! ¿Qué es lo que ha dicho?

—¿Una suscripción de qué? —pregunto horrorizada buscando señales que me indiquen que está bromeando.

—Un concurso de talentos que se organiza en el barco —me aclara muy seria—. He pensado que te encantaría. Te he inscrito. Serás la segunda en participar. La segunda noche de viaje. Como no conocía bien tus talentos te he inscrito cantando. Es que no había categoría de pintura.

—No me lo puedo creer. ¿Cantando? ¿Concurso de talentos? Ahora mismo vas a anular la suscripción a esa gilipollez —le pido enfadada.

—Es una broma, Ashley —me dice muerta de risa.

Me siento ridícula y culpable por la forma en que he abordado el tema.

—¿Estás bien? Ese tipo de bromas suelen ocurrírsete a ti. Te noto algo estresada. ¿Ves cómo ese viaje te conviene? No sé por qué sigues pensando en ese idiota, pero lo que aún te quede dentro tienes que expulsarlo en el Atlántico.

—¿Por qué mencionas a ese idiota? —Aunque quiero que me lo aclare, me interesa seguir esa línea y que crea que mi estado de ánimo se debe a Connor y no a la impresión y confusión que me ha producido el regalo.

—Lo menciono porque sé que te sigue afectando y ya debería ser historia desde hace días.

—Lo sé, pero...

—Pero ¿qué? —me pregunta molesta.

—Me siento burlada, Kelsi, engañada. No era el hombre de mi vida, ni siquiera tenía intenciones de seguir con él, pero cada vez que me pasa por la cabeza lo que ocurrió, siento que he perdido todo el tiempo que estuvimos saliendo.

—Y lo has hecho. Al cuarto de hora de conocerlo ya deberías haberlo dejado, pero si te flagelaste con cuatro meses más... no debes darle más vueltas. Así es la vida, amiga.

—Cómo he podido estar tan ciega, encima me daba pena decírselo...

—Deja de castigarte con eso. Mi deber como amiga es decírtelo, pero eso no significa que mi historial sentimental sea un ejemplo, ni que yo no estuviera ciega mil veces. Menudo historial de gilipollas tengo yo...

Sonríó con el gesto infantil que me ha regalado.

—Es cierto, saliste con aquel... ¿Cómo se llamaba? El que tenía la manía de comer papel.

—Lucas, pero ese no fue el peor. Le superó el que solo se duchaba una vez a la semana: Harold. Y tú saliste con aquel que tenía una obsesión con la limpieza e iba limpiándolo todo a su paso, hasta el asiento del coche.

—Sí, ese era Jackson —afirmo muerta de risa—, se desvió una vez en la autopista para detenerse a limpiar dos veces más el asiento: «Ashley, ¿te importa que le dé un repaso a mi asiento, me incomoda la suciedad?». En ese momento, ya sospechaba que era un poco maniático, pero cuando detuvo el coche y vi el contenido de su maletero supe que era la última vez que tendría una cita con él. Llevaba toneladas de guantes, líquidos desinfectantes... Y en los bolsillos de la chaqueta y del pantalón, en vez de llevar llaves, cartera, móvil... llevaba paquetes de toallitas desinfectantes: toneladas. Hasta llegué a pensar que quería asesinarme y que ese arsenal era para borrar huellas...

Nos animamos a seguir con la lista y no dejamos de reír a carcajadas, especialmente porque nos damos cuenta de que la lista es demasiado larga.

Permanecemos entre risas durante una hora más. Eso conlleva seguir recordando anécdotas, no solo relacionadas con nuestra lista de conquistas.

Cuando llega el momento de despedirme de ella, me entrega un pequeño paquete envuelto en papel de regalo.

—¿Más regalos?

—Esto es supervivencia pura.

Lo abro lentamente y me encuentro con un paraguas de bolsillo. Me echo a reír.

—Allí no hay una media de veinte o veintidós grados como aquí, hay una media de cinco o seis. Y llueve, mucho, cada día, hasta conseguir que la gente se tire por la ventana.

—Eres única dando ánimos.

—Avisada estás.

—No llueve cada día.

—No, pero llueve unos doscientos cuarenta días al año.

—Bueno...

—No, no te hagas ilusiones, en la época que tú vas no se encuentran esos ciento veinticinco días soleados. Y hay riesgo de heladas por la noche.

Me echo a reír de nuevo y me lanzo a abrazarla.

Permanecemos así más de diez minutos, rompiendo el silencio de vez en cuando para jurar que no vamos a llorar, a pesar de tener las dos el rostro lleno de lágrimas.

Cuando salgo de su casa me dirijo al coche con todo el peso de una despedida. Sé que durante los próximos seis meses no nos vamos a ver.

Y... me voy en barco a Inglaterra.

Siete días.

Seis horas de vuelo a Nueva York, más cuatro de espera.

Sola.

Y allí... llueve cada día.

La pizza centrifuga en mi estómago y la rueda trasera de mi coche recibe todo el cóctel de emociones que llevo dentro.

Capítulo 5

David

Hoy no he tenido un gran día, por eso me pregunto por qué no he anulado la dichosa cena que todos los viernes mi madre se empeña en celebrar en familia.

¿Familia?

Seguro que habrá muchos tipos de familias, pero la mía es, sin duda, la que menos honor le hace a su significado, a menos que hablemos de una simple relación consanguínea.

De las tres propuestas que recibo al mes por parte de mi madre, vía telefónica, reforzadas con su correspondiente mensaje insistente, suelo rechazar dos. Y hoy, para mi inmensa alegría, es la restante.

Mi madre está aferrada a la idea de que esta cena, aunque solo sea una vez al mes y no se alargue más de una hora, es sinónimo de mantener una buena relación; no importa si la mayoría de ellas acaban con malas caras o con alguna discusión entre mi padre y yo... El caso es que nos veamos durante una hora al mes. Eso significa para ella mantener viva la llama familiar.

La única ventaja que tiene cenar con ellos es saborear las maravillas con las que nos deleita siempre Eleanor. Ella es la cocinera y la que se encarga de casi todo en la casa, con la ayuda de dos personas más. No sé qué hará mi madre cuando ella se retire, ya no debe quedar mucho tiempo. Creo que de las personas que trabajan en su preciada casa, Eleanor es la única que de vez en cuando, y solo de vez en cuando, recibe algún halago.

Me adentro en el barrio de Kensington, uno de los más señoriales de Londres. El elegido por mis padres para fijar su residencia en los últimos ocho años.

Expulso todo el aire que retengo en mis pulmones y me dispongo a enfrentarme a la maravillosa velada que me espera.

Me pregunto si hoy tocará cenar en silencio, o tocará discutir o, por el contrario, será de las pocas cenas que son soportables; palabra que utilizo para definir aquellas veladas en las que tengo que escuchar mil historias sobre personas que forman parte de su círculo de amistades y no conozco apenas. Pero eso es preferible a escuchar a mi padre metiéndose en mi vida sin haber sido jamás invitado a ello. Siempre tiene algo que decir.

Por suerte, después de cenar, me encontraré con Andrew, mi mejor amigo, en Sway, su local de copas preferido. Después de un largo día en el trabajo, además de infernal, y una cena con mis padres, será la mejor terapia.

Entro en la casa de mis padres con la misma sensación de siempre: la de adentrarme en un iceberg. Así es todo lo que me une a mi familia: frío, superficial, lejano.

Ambos se encuentran junto a la chimenea con una copa de vino en la mano, perfectamente

vestidos para la ocasión.

Me acerco a ellos. A mi madre le doy un beso en la mejilla, a mi padre le tiendo la mano para estrechársela. Ambos sonríen con cordialidad. Solo mi madre me hace un gesto cariñoso frotándome en la espalda y brindándome su segunda sonrisa. No es que mi madre se haya excedido jamás en gestos cariñosos... No es ese tipo de madre, pero de vez en cuando muestra algo de cercanía y se puede mantener una conversación normal con ella, especialmente si solo estamos ella y yo. Puede que ese sea el motivo por el que todavía me deje convencer para asistir a estas cenas.

Cuando me dispongo a salir del salón para saludar a Eleanor, mi madre me indica que Eleanor está enferma. Nada grave, solo una pequeña lesión en el tobillo que la alejará de su trabajo unas semanas.

Anoto mentalmente que mañana la llamaré por teléfono. Ella forma parte de la familia. Con ella he pasado más tiempo que con mi propia madre.

Unos pocos minutos después, nos sentamos alrededor de la mesa dispuestos a cenar.

La cena sigue pareciéndome deliciosa, quien se haya encargado de ella sigue teniendo buena mano para cocinar y así lo digo en voz alta.

—Se trata de una sobrina política de Eleanor que se ha incorporado hace poco. Es estupenda. ¿Halagos? Vaya, mi madre sigue teniendo la capacidad de sorprenderme.

—David —interrumpe mi padre—, supongo que habrás considerado la decisión que tomaste en tu trabajo.

—No ha cambiado nada —le contesto molesto por tener que hablar de ese tema—. Es una decisión firme.

—Te equivocaste, David, pero eso no significa que debas salir huyendo —me comenta con un tono conciliador de padre preocupado que no va con él en absoluto. Conozco ese tono y sé que el maldito tema no va a acabar así sin más.

Suelto el tenedor provocando un sonido molesto y lo miro fijamente.

—Ni me equivoqué entonces, ni huyo de nada. No espero que lo entiendas, pero es mi trabajo y mi decisión.

—Si no eres más ambicioso, no llegarás a ninguna parte.

Estoy dudando. No sé si soltarle algo acorde a su comentario, ignorarlo, o levantarme y marcharme. Mi madre es la que me ayuda a decidir.

—¿Podemos cenar en paz? David, Richard, ¿podéis dejar a un lado vuestras diferencias?

—Por supuesto, Katherine —La complace mi padre con un gesto de rabia que no puede disimular—, solo pretendía que nuestro hijo me escuchara, aunque solo fuera una vez. ¿Qué tiene de malo que intente que razone?

—Soy mayor para decidir en mi trabajo y en mi vida. Cuando necesite un consejo, te lo pediré.

Dudo si voy a ser capaz de seguir comiendo algo, se me está atravesando en el estómago.

—Lo único que lamento es haber movido tantos hilos para nada. Es evidente que no valoras lo que tienes ni el esfuerzo de los demás por proporcionarte un puesto digno.

Me levanto bruscamente, no doy crédito a lo que estoy escuchando. Suelo mantenerme bastante al margen de sus comentarios, casi siempre me inclino por ignorarlo: hace tiempo que aprendí a hacerlo, pero hay ocasiones, como esta, que no puedo contenerme.

Mi madre protesta al ver cómo me levanto, pero ni él ni yo la escuchamos.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué hilos? —le pregunto desafiante.

Mi cuerpo empieza a sentir un ligero temblor. Temo su respuesta.

—¿Cómo te crees que conseguiste esa plaza? —Me dice poniéndose también en pie— ¿Por tus méritos?

—Dime tú cómo la conseguí...

—Moviendo hilos, acudiendo a contactos... ¿Me convierte eso en una mala persona? Mirar por los intereses de...

—Eso no funciona así en mi trabajo —interrumpo su aburrido y falso discurso—, no es así como se consigue una plaza.

—Todo en la vida funciona así, no seas ingenuo.

—Richard, David estaba preparado para ocupar ese puesto... —me defiende mi madre levantándose también.

—No lo dudo —se defiende mi padre—, pero sin mi ayuda no hubiera conseguido esa plaza. Y lo único que ha hecho es tirar por la borda esa oportunidad por no saber mantener la boca callada y por no aguantar las presiones que él solito ha creado.

Cuando escucho la forma tan despectiva que tiene de resumir todo lo que he vivido en los últimos meses, se me revuelve el estómago.

Me gustaría decir muchas cosas, pero a estas alturas no vale la pena.

—David, siéntate, por favor —me pide mi madre lanzándole miradas asesinas a mi padre—, continuemos con la cena.

—Será mejor que me marche —le digo dirigiéndome a la puerta.

—No te vayas así, David —me pide mi madre siguiéndome a lo largo del salón—. Yo estoy muy orgullosa de ti, y tu abuelo también lo estaría.

Ha tocado una tecla delicada que no era necesario tocar. Sería mejor que empleara sus fuerzas en decirle a mi padre que se comportara y se metiera en sus asuntos.

—El abuelo —interviene mi padre con sorna— si pudiera verte, se echaría las manos a la cabeza. Dudo que hoy tomara la decisión que tomó con respecto a ti.

—Eso es lo que más te fastidia —le recrimino retrocediendo unos pasos para acercarme a él—. Eso es lo que no te deja dormir.

—Richard, por favor. ¡Basta ya! —le ordena mi madre, pero sé que no le va a hacer caso.

—Ojalá estuviera aquí el abuelo —continúo diciendo—. Estaría orgulloso de ver que los valores que me enseñó los he puesto en práctica, pero tú eres incapaz de entender eso.

—¿Llamas valores a cargarte tu carrera?

Lo miro con desprecio. Miro a mi madre que está al borde de las lágrimas. No merece la pena seguir aquí.

Beso a mi madre en la mejilla.

—David... No te vayas así...

Salgo a toda prisa.

Expulso aire nada más entrar en contacto con el exterior.

Me subo a mi coche dispuesto a encontrarme con Andrew. Compruebo que me ha enviado un mensaje indicándome que se encuentra en el local.

No tengo ninguna duda sobre la decisión que he tomado en el trabajo, pero si así fuera, la habría resuelto esta noche.

Ahora más que nunca siento que debo marcharme.

Capítulo 6

Ashley

Terminal de cruceros de Manhattan, Nueva York.

—¿Y si me mareo? —le pregunto a Hank mientras hablamos por teléfono y respiro aliviada por haber encontrado la dichosa pasarela de embarque, después de estar más de media hora perdida entre los amplios vestíbulos de la terminal. La misma pasarela por la que tendré que avanzar dentro de media hora.

—No te preocupes, hay servicios médicos a bordo, te atenderán encantados —me contesta con su peculiar calma.

—¿No deberías decirme que en los trasatlánticos no se marean las personas?

—No puedo afirmar algo así porque no tengo ni idea. A mí se me ocurrió la idea descabellada de viajar hasta aquí en avión... Soy así de raro.

—Eres muy gracioso, como si hubiera sido idea mía...

—Tú aceptaste, ahora no te quejes.

—No tenía otra opción, Hank. ¿Qué podía hacer? Por un lado, me daba mucha pena porque le pusieron mucha ilusión; por otro lado, no es un regalo cualquiera, esto vale mucho dinero.

—Ashley, la reserva no estaba cerrada —me informa en un tono que no consigo interpretar—. Tu tía y Kelsi esperaron a darte el regalo para ver qué te parecía.

Habría preferido no tener esa información. ¿Cómo di por hecho que estaba pagado y confirmado?

—¿Tú cómo sabes eso?

—Porque me lo dijo Kelsi. Yo sabía que te iban a regalar el crucero.

—¿Por qué no me avisaste?

—Porque no era asunto mío. Es un regalo de ellas, ¿cómo pretendías que rompiera la sorpresa?

—¿No te sorprendió?

—Sí, pero te vuelvo a decir que no era asunto mío.

No sé por qué me molestó en hablar este tema con él, como si no lo conociera. Hank es práctico y reservado y no suele pronunciarse si no es necesario. Si me ha comentado algo del viaje es porque sabe por mis propias palabras que no es algo que me entusiasme en exceso.

Respiro hondo. La información que me ha dado me vuelve a hacer sentir ridícula.

—Quedaban pocos días, pensaba que ya estaría cerrado...

—Deberías haber preguntado.

—No me confundas más, ahora es tarde. Me dejé llevar por...

—Por la pena, lo sé. Últimamente todo te da pena —Me suelta refiriéndose también a Connor—. Me preocupa, Ashley. Si ahora todo te da pena, no quiero pensar qué será de ti después de convivir con Nicole una temporada... Deberías planteártelo de nuevo.

—Nicole ha cambiado, no es la misma que tú recuerdas. Yo he hablado muchas veces con ella desde que se marchó hace ya dos años y... es más positiva.

—Tendré que creerte.

—Hank... ¿Y si me caigo por la borda?

—Te lanzarán uno de esos botes salvavidas.

—¿Y si no se dan cuenta?

—Entonces procura agarrarte siempre a la barandilla con fuerza, y también haz amigos, así estarás acompañada.

—¡Dios mío! No se darían cuenta de que he desaparecido. Vosotros pensaríais que estoy disfrutando de un crucero y puede que estuviera en el fondo del océano. El *Titanic* lo encontraron a dos o tres millas de profundidad.

—Ashley, ahora ya no se hace esa misma ruta.

—¿Y eso debería tranquilizarme?

—No, solo pretendía que lo supieras. En cualquier caso, si te caes por la borda, también puedes acabar a unas cuantas millas de profundidad. Aunque... en el caso de una persona no estoy seguro de que se sumerja a esa...

—Déjalo, Hank —le interrumpo—, no hace falta que me des tantos detalles. A mí solo me preocupa que no os enteraríais.

—Creo que en el desembarque se darían cuenta. No sé cómo funciona, pero de una u otra forma lo sabrían, así que no padezcas. Puede que no nos enteráramos justo en el momento, pero antes o después nos informarían de la tragedia.

—¿Y si la muerte es por aburrimiento?

—Entonces nos enteraríamos cuando ocurriera.

—No me tomas en serio.

—¿Debería? No dices más que tonterías...

—Voy a estar incomunicada, no podré llamaros. Tengo que acabar de informarme, pero si no hay escalas y no estás en tierra, es complicado... y muy costoso.

—Puede que tengan servicio de telegramas...

—Hank...

—Dime algo que te preocupe y que tenga sentido.

—Puede que... ¡No importa!

—¿Qué te preocupa, Ashley? Estás muy rara. Supongo que la ilusión por el trabajo la tienes...

—Claro, ya sabes que eso es lo que más deseo.

—Entonces...

—Lo único que me inquieta es... que voy a pasar fuera mucho tiempo y... Me preocupa que... ya sabes, que les ocurra algo y yo... tan lejos... ¿Y si no consigo comunicarme?

—Ashley no va a pasar nada —me calma sabiendo a qué me refiero—. Todo seguirá igual que siempre. Tu tía está más cerca. Todo seguirá como hasta ahora. Tendrás noticias como siempre.

—Lo sé, eso mismo me ha dicho mi tía. Pero ella viaja mucho y yo... estaré lejos y... si las dos estamos lejos y... ocurriera algo y no nos enteráramos o no pudiéramos ir...

—Ashley —me interrumpe— no pasará nada, deja de darle vueltas. Desconecta, relájate y disfruta de todo lo que te ofrece ese barco, que será mucho.

—Tienes razón —le digo intentando no pensar en que la esfera de color rojo ha aparecido en mi mente. Y también la punzada en la mejilla. ¡Otra vez esa maldita sensación!

Después de despedirnos, cuando reparo en que una azafata está llamando mi atención, me apresuro a recorrer la pasarela arrastrando mis dos maletas.

Camino lentamente hasta desembocar en el interior del barco. Mientras me solicitan la documentación y me dan la bienvenida, un empleado uniformado me pide el equipaje y me indica que me guiará hasta mi camarote.

Las palabras de Hank aparecen en mi mente. Tiene razón, puede que últimamente esté demasiado sensible y me deje llevar demasiado por las emociones. Kelsi, aunque de otra manera, también me comentó algo.

Desconozco qué me ocurre, pero yo también me siento distinta.

Conforme avanzo por los pasillos, me digo a mí misma que este viaje es una oportunidad de poner en su sitio lo que sea que se ha estropeado. Fuera las penas y los miedos. Voy a disfrutar de esta maravilla y valorar que es una preciosa experiencia.

Con una sonrisa de oreja a oreja entro en mi camarote después de que el amable empleado me diera de nuevo la bienvenida y algunas indicaciones más sobre mi estancia en el barco.

Nada más cerrar la puerta, antes de poder apreciar lo confortable y amplio que es, me siento mareada. Mi estómago empieza a revolverse y mi cabeza parece estar metida dentro de una nube.

Si el barco ni siquiera se ha movido... Aún no hemos zarpado y ya siento que todo me da vueltas.

Corro hacia el baño y dejo que se vacíe mi estómago.

Me quedan siete largos días por delante.

Sola.

Incomunicada.

La esfera roja...

¿Será una señal de que se va a hundir el barco?

¿Por qué estoy tan mareada?

Capítulo 7

Ashley

Puerto de Southampton, Inglaterra. Siete días después.

El barco no se ha hundido, pero queda muy poco de la persona que se subió a él siete días atrás.

Mientras observo el vestíbulo de salida, a la espera de que nos permitan desembarcar, me doy cuenta de que tengo la sensación de que la primera vez que lo pisé fue hace un mes y no una semana.

Escucho los lamentos de muchos pasajeros por tener que dar por finalizado el viaje, incluso algunos derraman alguna que otra lágrima. Yo soy la única que luce una sonrisa de oreja a oreja porque no veo el momento de pisar tierra.

Cuando se abre el acceso a la pasarela, siento que estoy flotando, aunque pude deberse también a los dos kilos que he perdido durante la travesía.

He pasado el noventa por ciento del viaje metida en el camarote, entre la cama y el baño. El mareo me ha acompañado durante todo el tiempo que he permanecido sobre ese monstruo flotante.

A pesar de los intentos del servicio médico y de Harry, otro pasajero, un señor de mediana edad, médico también, de hacer desaparecer la sensación de que todo daba vueltas a mi alrededor, no lo han conseguido.

Cada intento por salir a cubierta para recibir un poco de aire fresco era peor. En todos ellos acababa en un rincón, con los ojos cerrados, echa un ovillo sobre mi cuerpo, con una manta que Harry, se encargaba de conseguir.

«Fija la mirada en un punto», eso era lo que me aconsejaban. Y no solo el médico del barco, o Harry, sino también todos los curiosos que al pasar por mi lado interpretaban la situación. Pero fijar la mirada ha sido casi imposible porque desaparecía la nitidez en su totalidad y todo lo que tenía delante se volvía borroso.

Cada ola parecía decirme algo, como si el barco estuviera bailando con el océano y yo intentara seguirle el ritmo, pero lo único que sentía es que se estaba burlando de mí.

He lucido el cabello hecho una maraña durante todo el viaje porque era incapaz de darle forma. Permanecer frente al espejo requería unas fuerzas que no tenía.

He permanecido tanto tiempo en el camarote que no puedo describir otro rincón del barco, excepto una parte de la cubierta, las instalaciones médicas, los baños que encontraba camino del camarote, y poco más.

A veces sentía que apretaba los pies sobre el suelo del camarote en un intento de luchar contra un vaivén que solo existía en mi cabeza.

Ha sido una pesadilla.

He desayunado, almorzado y cenado en el camarote, aunque muy poca cantidad. Solo una

vez hice un intento de acudir al restaurante, pero me marché antes de que me sirvieran el primer plato.

Solo he podido aprovechar el masaje, que no me fue del todo mal, pero en vez de una hora, tuvimos que reducirlo a media: el tiempo que fui capaz de resistir sin que me diera vueltas la cabeza.

Cuando conseguía restablecerme, solo era capaz de tener la cabeza despejada durante un par de horas. Cualquier intento por hacer algo diferente a estar tumbada sobre la cama era un auténtico fracaso.

Harry, que lo conocí en mi primera y triunfante salida a cubierta, me ha visitado y cuidado constantemente. Su compañía, sus atenciones y mi esperanza por recuperar el control y pisar tierra firme han sido mis compañeros de aventura.

Aunque no es frecuente que alguien sienta ese tipo de mareos durante todo el trayecto, me ha consolado saber que no he sido una excepción. Los fármacos no han hecho mucho efecto, excepto producirme somnolencia. Así que mi cruce por el Atlántico se puede resumir entre dormir, vomitar, estar mareada, y sentir que el reloj no avanzaba, que se había congelado en alguna parte del océano.

¡Qué viaje más largo!

No tengo palabras para describirlo. Y lo más curioso de todo es que el mareo ha empezado a remitir hasta casi desaparecer justo en el momento que han anunciado que quedaban seis horas para llegar al puerto. Mi querido cerebro, en cuanto ha escuchado que íbamos a pisar tierra, se ha relajado.

Nunca he tenido problemas al navegar, excepto algunas molestias propias del inicio de un paseo en una embarcación pequeña. Me he subido muchas veces en un barco... ¡Vivo en Los Ángeles! No lo entiendo.

Cuando abandono la pasarela y salgo al exterior me enfrento a algo que no esperaba.

Llueve.

El cielo tiene un color deprimente y la claridad es inexistente, pero no permito que enturbie la alegría que siento por pisar tierra firme. Si no fuera porque estoy rodeada de personas, y ya bastante he llamado la atención en el barco, me pondría a saltar. Tampoco el suelo resbaladizo es de ayuda.

Aun así, piso fuerte varias veces.

—¿Esa sonrisa se debe a que estás en tierra?

Me echo a reír cuando descubro que es Harry, mi amigo el médico, el que ha hecho el comentario.

—Necesitaba tocarla. Tú eres testigo de lo mucho que lo necesitaba.

—Hoy te encuentras mejor, ¿cierto?

—Sí, algo cansada, pero muchísimo mejor.

Harry me anuncia que él también viaja en tren hacia Londres y decidimos hacernos compañía.

Mi entusiasmo por estar pisando Inglaterra no le pasa desapercibido. A pesar de que, durante la accidentada travesía, he tenido tiempo de explicarle la historia de mi viaje, incluida la oferta de trabajo y el sueño que supone, me veo más animada y en condiciones de ampliar la historia.

Harry es inglés, londinense, y se ha tomado unas vacaciones para desconectar de una vida

estresante, motivo por el que se animó a hacer el viaje. En su caso ha sido de diecinueve días, ya que partió de este mismo puerto hace más de dos semanas con destino a Nueva York. Tras una escala de cuatro días para visitar la ciudad, ha vuelto a hacer el viaje de retorno.

No consigo entender cómo alguien puede encontrar atractivo ese viaje, mucho menos ida y vuelta. Claro que, de no haber estado colocada todo el viaje, puede que me hubiera divertido.

Harry me guía durante el trayecto hasta la estación de tren mientras charlamos. Me pregunto por qué solo yo me he quejado de la lluvia.

Antes de abandonar la terminal me giro para mirar el barco antes de perderlo de vista para siempre.

Sonrío, le lanzo un beso al aire y maldigo en voz baja.

Lo importante es que me he recuperado, aunque me siento muy cansada, y que acabo de pisar Inglaterra. Eso es lo que me importa en este momento. Quiero olvidarme del viaje. Lo único que lamento es que gastaran tanto dinero... Pero prefiero no pensarlo, no es culpa de nadie.

Envío un mensaje a Kelsi y otro a mi tía para anunciarles que he llegado a mi precioso destino.

No he hablado con ellas en toda la semana, pero sí les hice llegar un mensaje a través de un paquete especial que tenía contratado Henry diciéndoles que estaba feliz y disfrutando mucho del viaje. No quise hablarles del estado en que me encontraba, era innecesario, solo habría conseguido preocuparlas.

Miro al cielo y dejo que me moje la cara. No me importa. Me reconforta.

Empieza mi sueño.

Capítulo 8

Ashley

Londres, Inglaterra.

Volver a ver a Nicole ha sido muy emotivo. Me ha recogido en la estación, después de despedirme de Harry e intercambiar nuestros teléfonos con la promesa de volver a encontrarnos para tomar un té. No sé si eso será posible, odio el té, pero a él me gustaría volver a verlo.

El coche de Nicole es impresionante. Me he sentido extraña ocupando el asiento del copiloto, en el lado izquierdo, pero es algo a lo que tendré que acostumbrarme. En un principio, durante el trayecto, me he preguntado si conducir por la izquierda podría suponer un problema para mí y he dudado de si tendría oportunidad de comprobarlo, pero he salido de dudas en cuanto Nicole me ha ofrecido su coche para todo lo que desee entregándome un juego de llaves. Ella no lo utiliza a apenas, me ha confesado.

No sé si será necesario, pero puede que algún día me anime a vivir la experiencia.

Hace apenas una hora que he llegado a su apartamento y ya estoy sumergida en su mundo.

El salón es más pequeño de lo que me había imaginado, pero todo él es confort y lujo. Los muebles son modernos, al igual que la decoración, y lo mejor son las vistas a la ciudad.

Me ha llamado la atención el tamaño de la alfombra, que casi cubre el salón en su plenitud, y también el grosor. Es tan mullida que invita a lanzarse de cabeza.

No me han pasado desapercibidas la gran cantidad de fotografías que decoran las vitrinas del salón, todas ellas de sus padres. Es evidente que los añora.

Ese detalle hace que sienta una pequeña punzada de dolor en el pecho, aunque intento apartarlo de mi mente bruscamente y lo consigo.

Tras abrazarnos efusivamente durante un buen rato, me muestra mi dormitorio y el resto del apartamento. Todas las estancias están decoradas con muchos detalles originales y modernos.

Me encanta este lugar, sé que me voy a sentir como en casa.

Después de vaciar solo parte de mi equipaje, el suficiente para acomodarme y no perder demasiado tiempo, una ducha y una explicación breve de mi trabajo en Rye, el que empezaré dentro de diez días exactos, nos sentamos a cenar en una pequeña mesa de cristal. Ha elegido un surtido de pasta italiana traído por un restaurante de servicio a domicilio, uno que me ha asegurado ser el mejor de la ciudad.

Me sorprende su elección. Este tipo de alimentos no son buenos aliados para una persona diabética como lo es ella, pero decido no hacer ningún comentario. Siempre ha sido muy estricta con su dieta.

Me dejo llevar por el aroma que desprende cada plato y consigo que se me abra el apetito.

Mi estómago ha permanecido medio vacío durante demasiados días.

Me entretengo en relatarle mi aventura en el barco y consigo que sonría, algo que apenas se ha producido desde que he llegado. A pesar de lo que opina Hank y Kelsi, Nicole siempre ha sido una persona animada. Algo tímida, algo frágil, muy dada a dramatizar por pequeñas cosas, pero, yo he conocido su mejor versión: la divertida. Y es esa versión la que nos ha hecho pasar muy buenos momentos. Pero esa versión, al menos hoy, parece muy lejana. Está apagada. Parece cansada y preocupada. Tal y como me había comentado días atrás, no está en su mejor momento. Presiento que debe tratarse de trabajo, de ahí que me anunciara que tenía intenciones de marcharse a Nueva York.

Entre bocado y bocado, decido abordar el tema directamente y Nicole me confiesa el motivo de su estado de ánimo: un hombre.

¡Vaya! Eso no lo esperaba.

—Era el hombre de mi vida, Ashley. Lo supe en cuanto lo vi. Era perfecto, el mejor hombre que he conocido. Le quiero tanto...

—Vaya, Nicole, lo siento. No sabía que salieras con alguien.

—Llevábamos tanto tiempo felices... Me ha roto el corazón.

Nicole baja la mirada, sus ojos se llenan de lágrimas. Se muerde el labio, como si con ello pudiera frenarlas. Después de un suspiro profundo, continúa:

—Pensé que éramos el uno para el otro, Ashley. Hicimos planes, soñamos juntos. Pero de repente, todo cambió. Como si alguien hubiera decidido que nuestra historia tenía que terminar. Me ha partido el corazón en pedacitos.

Madre mía, qué profundidad. ¡Pobrecilla! Se ve que está muy afectada. No tenía ni idea de que mantuviera una relación, mucho menos tan intensa.

—No me habías hablado de él —le digo intentando comprender por qué las veces que hemos hablado en los últimos meses no lo ha mencionado, mucho menos si era algo tan... intenso.

Sus manos empiezan a jugar con la servilleta, como si ella pudiera consolarla.

—No me esperaba un final, Ashley —continúa su relato ignorando mi comentario—. Fue como un golpe repentino que me dejó sin aliento. Lo peor es que no entiendo por qué. Yo sé que él me quiere, pero no ha sido claro conmigo.

Me sorprende esa forma de expresarse, me parece demasiado poética. Incluso su acento americano ha desaparecido un poco, algo que no noté las veces que hablamos por teléfono. Es un acento más... inglés.

—¿Qué motivo te dio?

—Ninguno, solo que la vida nos llevaba por caminos distintos. Me anunció que aquella noche... sería la última.

También el chico parece ser poético hablando, puede que se le haya pegado a ella.

—¿Cuándo habéis roto?

—Hace un mes.

Vaya, eso me preocupa. No es que sea demasiado tiempo para algo tan intenso, pero no parece haberlo superado ni siquiera un poquito. Claro que, yo nunca he sentido algo igual, así que tampoco tengo una medida buena para ello. Kelsi sufrió mucho con su novio, pero al mes de dejarlo no dejaba de insultarlo y lanzarle maldiciones, era un caso distinto.

—¿Cuánto tiempo duró la relación?

—Mucho, Ashley, una eternidad. Creía que íbamos a estar juntos siempre, que nos

casaríamos, tendríamos una familia... Habíamos hecho tantos planes... —me confiesa mientras se echa a llorar desconsoladamente.

La abrazo y dejo que se desahogue. Debe estar muy pillada de ese hombre... de... ¡Vaya! Ni siquiera ha dicho su nombre. De hecho, no me ha contado nada de él. Pero ahora poco importa.

Nicole se deshace de mis brazos sonriéndome y siento alivio al ver que se encuentra mejor, pero la tregua dura poco.

—Es el hombre de mi vida, es perfecto. Guapo, inteligente... Un caballero.

¿Un caballero? Esta no es la Nicole que yo recuerdo.

Debo encontrar la forma de animarla un poco, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo, quizás solo necesite que la escuche.

—¿Qué tal si tomamos una copa? —Me sorprende preguntando.

Asiento con la cabeza y la sigo con la mirada mientras sirve dos vasos de un licor verde que... no tiene muy buena pinta.

—Prefiero vino, ¿tienes?

Nicole asiente con la cabeza y atiende mi petición en pocos segundos.

Junto al vino ha traído una bandeja de pasteles.

Por un lado, me siento halagada, sé que se ha acordado de que soy increíblemente golosa, pero, por otro lado, me desconcierta que se lance a devorar uno de ellos, el más grande; uno que rebosa azúcar en cantidades prohibitivas.

¿Y su diabetes?

El licor tampoco parece apropiado.

—Nicole, no deberías comerte eso. Has comido mucha pasta... y ahora pasteles... El licor...

—Está controlado, Ashley. Cuéntame cómo te va la vida en Los Ángeles.

No es lo que parece, pero puede que esté sometida a un tratamiento que desconozco. La Nicole que yo conocía era muy estricta con su alimentación. Entiendo que debe saber lo que hace, pero, aun así, me sorprende.

Un rato después, cuando ambas mostramos señales más que evidentes de cansancio, decidimos que ha llegado la hora de dormir.

Permanezco despierta durante más de dos horas. Soy incapaz de conciliar el sueño. Sé que puede ser algo egoísta, pero no esperaba que Nicole se encontrara en ese estado. Supongo que se irá animando y que hoy solo ha sido un primer contacto para desahogarse. No quiero ni pensar que siga en ese estado muchos días.

Sí, es egoísta, sé que está sufriendo mucho por ese tío, pero... yo esperaba algo más... animado. Después de ese dichoso viaje, no esperaba envolverme de lágrimas.

Me digo a mí misma que conseguiré animarla y hago un nuevo intento por conciliar el sueño. Estoy algo aturdida y sé que no va a ser fácil, pero lo consigo.

Me despierto cuatro horas después.

Escucho un ruido en el salón y deduzco que Nicole se ha levantado a buscar algo.

Después llega de nuevo el silencio e interpreto que se ha vuelto a acostar.

Media hora después escucho a Nicole gritar mi nombre.

Salgo de prisa de la cama y corro hasta el salón y la encuentro recostada en el sofá con un vaso vacío en la mano.

Me acerco a ella temblando, presiento que algo malo está ocurriendo, y esta vez no necesito a la esfera roja para saberlo.

—Nicole, ¿qué te ocurre?

—Llama a emergencias, me encuentro muy mal —dice con una voz temblorosa.

¿Emergencias?

En cuanto le toco la cara y noto que está empapada de sudor frío y noto que tiene dificultades para respirar, corro en busca de mi móvil.

Presiento que los excesos de la cena de ayer tienen algo que ver.

¿Cuál es el número de emergencias en Inglaterra?

—El 999 —me dice como si me hubiera leído el pensamiento.

Lo hago, marco rápidamente y explico a la operadora lo ocurrido.

¡La situación no podría ser peor!

O sí.

Se convierte en peor cuando la ambulancia, que solo llega doce minutos después, se lleva a Nicole y no me permiten acompañarla. Solo me indican el nombre del hospital y me sugieren que llegue por mis medios.

Y eso es lo que voy a hacer.

En cuanto se cierra la puerta se me ocurre la descabellada idea de vestirme, coger las llaves del apartamento, que cuelgan de la pared, las llaves del coche que me ha ofrecido Nicole y salir por la puerta dispuesta a llegar al dichoso hospital... en coche.

Prefiero no pensar.

Si el barco me pareció una mala experiencia...

Capítulo 9

Ashley

Mientras sujeto el volante y sigo las indicaciones del navegador, me doy cuenta de la locura que he cometido.

Vuelvo a ser yo.

Esto de lanzarme sin pensar demasiado en las consecuencias es muy propio de mí. Ya se ha acabado la etapa mustia, reflexiva, de darle mil vueltas a todo antes de actuar.

Debería haberlo pensado antes de subirme a este coche, que tiene el volante a la derecha. Además, aquí conducen por el lado izquierdo...

Y está empezando a llover...

Y me estoy alterando mucho al escuchar esas bocinas impacientes en mi honor.

Debería haber llamado a un taxi, pero ahora ya no puedo remediarlo. Según el navegador, me supone casi la misma distancia recorrer camino hasta el apartamento de Nicole que llegar hasta el King's College, el hospital donde ella se encuentra.

Algunas señales de tráfico no me resultan familiares. No puedo detenerme a leer algunos indicadores porque no puedo apartar la vista del navegador y de la carretera... y no es buena combinación.

Unos minutos después, que se me hacen eternos, por fin, leo un cartel que indica un desvío para el hospital.

Sonrío satisfecha y siento algo de euforia por haberlo conseguido. Confieso que he pasado miedo conduciendo y que he jurado un millón de veces no volver a subirme a un coche mientras esté en este país. Pero... ya que lo he conseguido, puede que lo intente otra vez. Al fin y al cabo, tendré que volver al apartamento conduciéndolo... No creo que Nicole esté en condiciones de hacerlo.

Ni siquiera sé cuánto tiempo permanecerá en el hospital. No puedo saber su gravedad porque los sanitarios que se la han llevado en ambulancia no me han proporcionado mucha información. ¿Dónde se ha visto eso? Solo me han dicho que estaban intentando controlar su respiración.

Quince minutos después, estoy a punto de desesperarme. No encuentro el acceso al parking del hospital. Está señalizado de una forma que no comprendo y he probado todas las formas posibles.

Otros quince minutos después, mi desesperación está llegando al límite. Estoy a punto de detener el coche en medio de la carretera y salir corriendo. He dado unas doce vueltas al recinto del hospital intentando localizar el acceso, pero cada vuelta que doy es peor... Hay mucho tráfico y la lluvia impide que pueda concentrarme en lo que me rodea... ¡Lo he probado todo!

Respiro hondo e intento calmarme. Me digo que voy a intentarlo de nuevo y que lo voy a

conseguir. No puedo ser tan difícil encontrar el parking de un hospital tan grande como este.

El navegador no es de gran ayuda, tiene menos idea que yo, en todo momento indica un punto por el que no se puede acceder por mucho que se empeñe.

Cuando estoy a punto de gritar y de llorar debido a la impotencia, me fijo en un acceso en el que antes no había reparado.

Claro, lo tenía delante de mis narices y no lo he visto.

Me encuentro con una rampa pronunciada y desciendo por ella satisfecha.

Al llegar al final me topo de bruces con un gran cartel: *Reservado solo para personal médico del hospital.*

¡Vaya! Con lo que me ha costado llegar hasta aquí. ¿Por qué no lo indican en el desvío? Claro que, puede que esté indicado y yo no lo haya visto. ¡No puedo concentrarme!

El parking no es demasiado grande.

Hay una salida a la derecha que debe conducir al exterior, debería seguirla, pero... sigo recto. No hay una barrera que lo impida.

Doy varias vueltas y descubro que solo hay tres plazas libres. Una no es muy amplia y me va a resultar complicado encajar el coche en ella. No me puedo olvidar que el coche no es mío y que debo cuidarlo. Una cosa es que Nicole me lo ofrezca amablemente y otra distinta que se lo destruya.

Las otras dos plazas son contiguas y mucho más amplias.

Detengo el coche frente a una de ellas. Medito dos segundos antes de decidir si debo o no hacerlo. Empiezo la maniobra de aparcamiento. No voy a volver a pasar el calvario de seguir dando vueltas. Es una cuestión de integridad física. Tengo las bocinas incrustadas en el cerebro. Creí que los ingleses eran más pacientes, eso es lo que siempre me dice Hank.

En cualquier caso, ya está decidido, me niego a dar más vueltas. Puede que sea más sencillo de lo que creo, pero mis circunstancias no son favorables en ningún sentido y no puedo perder más tiempo.

Si me descubren, me avisarán por megafonía, al menos es lo que hacen en Los Ángeles. Además, siempre puedo utilizar el recurso de la extranjera despistada que acaba de llegar y no se aclara.

Además, se trata de un hospital, no de un centro comercial, no creo que el médico al que le esté usurpando la plaza se enfade demasiado. ¿O sí?

Cuando estoy a punto de iniciar la maniobra, reparo en la figura de un hombre de mediana edad que sostiene un maletín y luce una barba muy poblada. Se detiene justo delante de mi puerta.

Me mira detenidamente. Sé que se me ha acabado la posibilidad de aparcar. Espero que no sea el dueño de la plaza. Interrumpo la maniobra y bajo la ventanilla.

—Disculpe mi curiosidad, señorita... ¿Le han asignado esta plaza?

¡Vaya! Se acabó mi suerte. Es una manera educada de decirme que me ha pillado.

—Yo... lo siento, es que... En realidad, estaba algo despistada, solo voy a estar un rato y no... pretendía molestar. No conozco la ciudad y... ¡Lo siento! Me marcho enseguida.

Me sorprende a mí misma de lo que he dicho, principalmente porque no estoy actuando.

—No, no se preocupe. Esta plaza no la va a ocupar nadie, de momento. Le he preguntado porque he sentido curiosidad. No se inquiete más, si solo va a permanecer unas horas, no habrá problema. Procure aparcar en esta, esa otra —me informa refiriéndose a la contigua— sí está reservada.

—Gracias, así lo haré. Se lo agradezco.

El inglés amable me sonríe y continúa su camino. Estoy encantada. Ya no debo preocuparme, tengo permiso para aparcar.

Cuando decido continuar con la maniobra, observo un coche que aparca rápidamente en la plaza contigua. Mientras continúo con mi propósito de aparcar de una vez por todas, el dueño de ese coche, un hombre joven, alto y con cara de pocos amigos, se acerca hasta mi puerta.

La ventanilla ya está bajada, por lo que me limito a mirarle en cuanto escucho su voz grave.

—¿Hay alguna razón para que esté utilizando esta plaza?

Pero qué ocurre en este sitio, es que esa plaza es del interés de todos. ¿Y esa cara de asco es normal?

—Yo... me han dicho que no está ocupada y solo... —Me detengo para mi sorpresa. Estoy nerviosa, ese hombre me está alterando y no sé cómo continuar.

—Es una plaza reservada para médicos, no para estudiantes. ¿Me ha comprendido?

¿Estudiantes? ¿Eso es lo que ha pensado? ¿Tengo pinta de estudiante?

—Me han dicho que está vacía y me estoy volviendo loca para aparcar, puede que...

—Oiga, tengo prisa, no necesito que me explique nada. Aquí solo aparca personal médico del hospital. Debe marcharse. Es muy sencillo, ¿no?

—Pero hay una persona que me ha dicho que...

—¿Tan complicado de entender le resulta lo que le he explicado? —dice en un tono seco y un poco alto para mi gusto.

—No hace falta ser tan borde.

—Ni tampoco dar tantas explicaciones porque se lo he dejado claro con pocas palabras.

¡Menudo gilipollas! Seguro que le importa muy poco quién aparque, de lo contrario el otro señor me lo habría comentado.

—¿Alguna duda? —continúa alzando ligeramente la voz.

—Ya me marchó, no grite... —le digo en el mismo tono desagradable que está empleando —. Yo de usted me apartaría.

Se aparta rápidamente y sigue su camino como si le hubieran pegado algo en la espalda.

Mientras doy una vuelta para localizar la salida, le veo desaparecer por una puerta doble.

¿Y si aprovecho que no está para aparcar?

Lo pienso y lo hago. Dos segundos de meditación le he dedicado.

No puedo entretenerme en pensar si debo o no debo, si puedo o no puedo... ¡Solo quiero saber cómo está Nicole!

Aparco a una velocidad récord y me bajo algo malhumorada, todavía afectada por la actitud de ese tío. ¡Qué antipático! Se pueden decir las cosas de muchas maneras...

El caso es que era guapo. Hubiera ganado mucho si fuera un poco más agradable.

Al abrir la puerta, noto que esta frena bruscamente. Le he dado a la puerta del coche de al lado, al del tío borde.

¡Oh, no!

No sé si meterme dentro del coche, salir huyendo o tirarme por la ventanita que tengo en la pared de enfrente, a pesar de estar enrejada...

Intento olvidarme de la puerta... Estas cosas pasan a diario. ¿A quién no le han rallado el coche en un parking público por un vecino desconsiderado?

No sé si lo que acaba de pasar se ajusta a la normalidad como yo pretendo convencerme a mí misma, pero me sirve para no acabarme de desesperar.

Necesito tranquilizarme.

En cuanto pueda me llevaré el coche a otro sitio, pero antes necesito saber cómo está Nicole y también que alguien con un poco más de paciencia me diga cómo encontrar otro aparcamiento sin volverme loca.

Miro de reojo el coche de al lado cuando estoy a punto de alejarme. ¡No parece grave! Seguro que apenas se nota.

Satisfecha, intento olvidarme del incidente y me dirijo a la misma puerta por la que han desaparecido las únicas dos personas con las que me he cruzado.

«Acceso al hospital. Solo personal», leo antes de abrir la puerta.

¡Genial!

Capítulo 10

David

Sin duda, hoy no va a ser un buen día. Soy consciente de ello y aún no son las nueve de la mañana.

Me han asignado a un grupo de estudiantes de cuarto curso. Eso conlleva tener que hacer una ronda de visitas a pacientes de urgencias que no me corresponde, pero no voy a pronunciarme al respecto. Mis horas de formación a estudiantes ya están cubiertas, pero, como viene siendo habitual en los últimos meses, no voy a discutirlo. No vale la pena. Igual que no valía la pena discutir con esa mujer que ha ocupado la plaza equivocada. ¿Quién me manda a mí meterme donde no me llaman? Me habría ahorrado el comentario que me ha regalado: «No hace falta ser tan borde».

Pero ¿qué quería? ¿Que estuviera diez minutos explicándole que no podía aparcar en esa plaza? Se lo he dejado bien claro, no era yo el que tenía ganas de perder el tiempo.

Sé perfectamente que esa plaza no se va a ocupar, al menos en un tiempo, por ello he sentido curiosidad de saber a qué se debía su presencia allí. Cuando he comprobado que lo único que ocurría era que pretendía aparcar sin más... me ha molestado. ¿Por qué? Pues no lo sé bien, supongo que porque mi humor no es muy bueno desde hace días.

No es inglesa, sino americana. Reconozco perfectamente ese acento.

En cualquier caso, debo intentar serenarme. Me quedan pocos días para olvidarme de este lugar, pero si no consigo relajarme un poco, se me van a hacer todavía más largos. Prueba de que no estoy centrado es que tengo que volver a bajar al parking en busca de mi móvil: lo he olvidado. Probablemente, esa mujer me ha despistado.

Cuando llego a la altura de mi coche, no doy crédito a lo que veo.

Es el coche de esa mujer.

¡No puede ser!

No puedo creerme que finalmente haya aparcado. ¡Qué cara más dura! Y encima me llama borde. Es increíble que haya tenido la desfachatez de esperar que me marchara para aparcarlo, a pesar de lo que le he dicho.

Recupero mi móvil mientras mi mal humor aumenta. Y empeora cuando me doy cuenta del golpe que ha recibido la puerta. Ha sido lo suficientemente fuerte para hacerle una buena marca a la pintura. ¿Cómo ha abierto la puerta? Hay distancia más que suficiente para que ambos coches queden bien separados. ¿Por qué se ha acercado tanto a mi plaza? ¿Lo ha hecho a propósito? Está claro que sí.

Consulto mi reloj. No puedo perder más tiempo con esto. Voy a llegar tarde a la ronda con los estudiantes y no me conviene.

Si tuviera más tiempo haría lo mismo con su puerta, pero... esto puede acabar en una

masacre de puertas rayadas.

Me molesta que este incidente quede impune, pero no puedo hacer mucho más. Lo mejor es olvidarme de este incidente, pero estaré atento por si hay suerte y me la encuentro en el hospital.

Capítulo 11

Ashley

Menuda odisea de pasillos. El ascensor del parking solo conduce a zonas médicas reservadas y no funciona si no se pasa una tarjeta por un lector colocado en el exterior. Tiene sentido: si el parking es solo para médicos, el acceso al hospital desde ese lugar, también.

Por suerte, las puertas se han abierto un par de minutos después de encontrarme con ese inconveniente. El hombre que me ha saludado con un «Buenos días», me ha salvado de tener que dar más vueltas.

Estoy hecha un lío. Este hospital es muy grande y no consigo salir de aquí sin encontrarme con zonas restringidas por una u otra razón.

Sé que no estoy en la zona correcta, pero mis intenciones son salir y encontrar un punto de información para los visitantes.

Finalmente, consigo la información, pero me ha costado más de veinte minutos. Debo dirigirme a una planta superior, permanecer en la sala número dos, letra B, zona izquierda, y esperar a que el doctor Ellington o un miembro de su equipo se ponga en contacto conmigo.

Solo tardo doce minutos en localizar la sala que me han indicado.

Me dejo caer en el asiento con desgana. No hay nadie más en la sala. Claro qué, solo hay seis asientos más.

Me masajeo las sienes con delicadeza. Empiezo a sentir las señales de cansancio. Por mucho que ayer me viniera arriba, tras desembarcar, mi cuerpo no puede estar recuperado después de un viaje en barco tan espantoso como el que he tenido.

Apenas he dormido. Y si le sumo que han transcurrido más de dos horas desde que salí del apartamento de Nicole dando vueltas y vueltas por todas partes... todavía puedo considerar que estoy mejor de lo que podría estar.

Harry, el médico que conocí a bordo del monstruo flotante, me aconsejó que me hidratara constantemente, pero apenas he podido tomar ni siquiera un café.

Hank me habló de lo mucho que se toma el té en Inglaterra, pero, sabiendo lo mucho que lo odio, me tranquilizó informándome que cada vez se consume más café y que encontraría muchas cafeterías donde degustarlo.

La máquina que tengo enfrente ofrece café. Será suficiente para que algo caliente entre en mi cuerpo.

Hay ocho opciones distintas de té, una de agua caliente y una de café. La máquina todavía no está al día en ese aumento de consumo de café que me indicó Hank.

Elijo café.

Espero.

En breve, aparece un vaso de cartón diminuto con un mejunje espeso y oscuro.
Está caliente, odiosamente amargo, pero puede servir para calmar mi estómago.

Sé que el café que adoramos en Estados Unidos es muy suave, pero no esperaba algo tan espantoso y amargo.

Aprieto los labios, arrugo la nariz, me sujeto a la silla y consigo beberlo. Unos segundos después escucho un ruido que proviene de la misma máquina. Expulsa lo que parece ser un sobre de azúcar junto a una cucharilla envuelta en papel transparente.

Suspiro. Ya no sé qué más puede pasarme hoy, y apenas ha despuntado el día.

Tic, tac...

Media hora y nadie aparece en esa sala.

Media hora más...

Nada. Silencio absoluto. Ni siquiera otro familiar que me haga compañía.

Media hora más.

¡Se acabó! Ya no puedo más.

Descorro el pasillo por el que he llegado hasta la sala. Me encuentro que las únicas opciones son accesos destinados solo al personal del hospital, pero no pienso esperar más en esa sala ni quedarme de brazos cruzados.

Sé que no funciona así, que la espera es la única opción, pero estoy cansada, la paciencia es incompatible conmigo y estoy preocupada por Nicole. No tenía buena pinta cuando se la han llevado esta mañana.

Me haré la despistada y preguntaré por el doctor Ellington.

Me inquieta no haberme encontrado ni a un alma desde que me dirigí a esta planta... Eso solo confirma que estoy aquí olvidada y más que olvidada. O me muevo yo, o me muero esperando.

Una puerta con dos ojos de buey grandes me impide el paso, o más bien me sugiere que no entre a menos que sea personal del hospital.

Empujo suavemente y cede.

Me olvido de la sugerencia.

Entro sigilosamente.

Tres pasillos después y dos mesas con tres enfermeras manteniendo una conversación entre ellas, pregunto por el doctor. Me dan unas indicaciones rápidas sin cuestionarme y desaparezco rápidamente.

De momento, no me han echado.

Desemboco en una sala donde hay un grupo de médicos, a juzgar por su indumentaria, hablando entre ellos haciendo un pequeño círculo. Algunos parecen muy jóvenes. Puede que se trate de estudiantes.

El tío borde del parking mencionó algo de los estudiantes.

Una idea se me cruza por la cabeza y hace que me tiemblen las piernas.

Tal y como me temía, el tío borde se encuentra al final de la sala, casi de espaldas, pero he conseguido reconocerlo.

Un hombre muy delgado, me mira y me hace un gesto con la cabeza que no entiendo.

—Busco al doctor Ellington —digo en voz alta.

Se hace un silencio y todos se giran hacia mí.

Por la sonrisa irónica que me regala el tío borde del parking, sé que lo he encontrado.

Capítulo 12

David

No puedo decir que me sorprende ver a esa mujer aquí. Tal y como había sospechado en el parking, se trata de una estudiante. Acabo de comprobar que falta una en el grupo, una tal Sarah... ¡No recuerdo el apellido! Es la que faltaba para completar el grupo de seis que me han asignado.

¡Qué casualidad!

Me parece maravilloso que la hayan asignado a mi grupo. Debería haberse pensado antes lo de aparcar en esa plaza y rayarme el coche...

A juzgar por su pálida y perpleja expresión, deduzco que debe estar pensando lo mismo.

Me acerco a ella lentamente borrando la sonrisa maliciosa que le he regalado.

—Llega tarde.

—¿Yo? —pregunta con timidez—. No, creo que...

—Llega diecisiete minutos tarde y además se presenta sin ir uniformada. Deduzco que no ha hecho el registro. Empieza bien. Claro que —Bajo la voz porque el resto de estudiantes están pendientes del desencuentro—, rayarme el coche y vacilarme en el parking tampoco está muy a su favor.

Me pregunto si está sopesando lo que va a decir, me sorprende que guarde silencio.

Cuando estoy a punto de intervenir con brusquedad, se anima a hablar.

—Llevo mucho rato esperando, estoy muy nerviosa. Me han dicho que el doctor Ellington me podría informar.

No entiendo bien a qué se refiere. Esta mujer es muy rara. Si antes hubiera tenido alguna duda de si era o no americana, ya no la tendría. Su acento es inconfundible. Cursé un año de postgrado en un intercambio en Harvard, en Boston, Massachusetts, y lo reconozco bien. También tengo un amigo americano.

—¿Informar? Es lo que estoy haciendo. No vamos a esperar a que esté preparada, si no está lista en dos minutos no le permitiré que se una al grupo.

Me mira agrandando mucho los ojos, pero permanece inmóvil.

En este justo momento, entra otra joven, uniformada.

—Siento llegar tarde. ¿El doctor Ellington? Soy Sarah Foster.

Si esa es la tal Sarah, ¿quién narices es la mujer americana?

Le hago una señal a Sarah para que se una al grupo y salgo de la sala mientras le indico a la intrusa que me acompañe. Esa mujer tiene que aclararme qué está pasando.

Cuando atravesamos la puerta, descubro que Andrew se encuentra a pocos metros de nosotros. Se detiene y nos observa, puede que mi expresión le haya llamado la atención.

—¿Se puede saber quién es usted y qué está haciendo aquí?

La intrusa está delante de mí. Me mira fijamente, desafiante, pero tarda poco en suavizar su expresión. Me llama la atención el tamaño de sus ojos: son grandes y un color azulado poco habitual.

—Oiga, yo solo quiero saber cómo se encuentra mi amiga, solo quiero que me digan algo. La han traído esta mañana en ambulancia. Es diabética y le ha pasado algo... no sé qué, pero estaba medio inconsciente.

—¿Su amiga? Pero ¿de qué está hablando? —le digo confundido—. Oiga, no sé qué está pasando, pero esto es demasiado. Aparca donde le da la gana, a pesar de mis advertencias, me raya el coche e irrumpe en esta sala haciéndose pasar por estudiante... Y ahora me pregunta por su amiga, quien quiera que sea...

—No, yo no me he hecho pasar por estudiante, se ha confundido usted. Yo... estoy muy nerviosa por saber cómo se encuentra mi amiga y me han dicho que el doctor Ellington me diría cómo está, que...

—Sí, soy yo, pero no funciona así. Si le han dicho que le informaría yo, también le habrán explicado que debe esperar en una sala... No puede irrumpir aquí. ¿Dice que es su amiga?

Asiente con la cabeza.

—Pues lamento comunicarle que no proporcionamos información de un paciente, a menos que sea un familiar directo.

—Pero... su familia vive en Estados Unidos.

—No le voy a dar ninguna información a menos que me autorice la paciente o, en caso de que no pueda hacerlo, comprobemos que no tiene familia o esta no se puede localizar. La lista de opciones es más larga, pero con esta información creo que será suficiente.

Intercambio una mirada con Andrew y él baja la cabeza. No puedo ni quiero interpretar ese gesto, solo quiero desaparecer. Cuando estoy a punto de darme la vuelta, después de observar la perplejidad de la intrusa, escucho su voz, más alterada que en su intervención anterior. El brillo de sus ojos me sorprende y me intimida a la vez.

—Escúcheme. Siento haberle rayado el coche, pero... yo no he visto que sea para tanto. He aparcado ahí porque estaba desesperada y he dado mil vueltas. No soy de aquí, soy americana, acabo de llegar desde Nueva York... ¡En barco! En un puto barco y ha sido un desastre de viaje. Nada más llegar, mi amiga ha sufrido un... un lo que sea, un ataque de algo. Es diabética y... supongo que los pasteles de ayer por la noche no le han sentado muy bien. Está aquí desde hace horas. Ha venido en ambulancia y no me han dejado acompañarla. He llegado como he podido. No me desenvuelvo bien conduciendo por la izquierda ni tampoco conozco esta ciudad, así que me he metido donde he podido —Hace una pausa, por fin, pero dura poco—. Solo quiero que me digan cómo está. He estado horas y horas dando vueltas y en esa sala de espera... Solo quiero un poco de información.

—Siga en la sala de espera, puede que en las próximas horas alguien le proporcione información de... su amiga, pero no se lo garantizo, ya le he hablado del protocolo.

—En este momento, estoy en desigualdad de condiciones. Usted no necesita nada de mí, yo sí de usted, por eso me voy a callar y no le voy a decir lo que pienso.

Se da la vuelta, pero se detiene.

—Y... que le quede claro que yo no me he hecho pasar por estudiante... debería estar más atento.

No me puedo creer que se permita ser tan insolente.

Niego con la cabeza. Miro a Andrew, que sigue observando a pocos metros y espero a que se acerque.

La intrusa desaparece por el pasillo.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Supongo que algo has escuchado. Esa mujer no está bien de la cabeza...

—¿Por qué no le has dicho cómo estaba su amiga?

—¿Cómo? No me puedo creer que me digas eso. Tú sabes perfectamente que el protocolo...

—Vamos, David, ahórrate ese discurso. Sabes perfectamente que no venía al caso decirle eso por mucho que lo dicte el dichoso protocolo.

—Andrew, aunque nos hayas escuchado hablar, no sabes lo que ha pasado.

—Sé lo suficiente para entender que es una persona desesperada por saber el estado de una paciente que... deduzco que debes llevar tú. No te costaba nada proporcionarle algo de información. Estás muy raro, tío.

—¿A qué viene tanto interés? Es muy guapa, ¿verdad?

—Gracias por otorgarme tanta profesionalidad, tío, estoy emocionado.

—¿Es que no la has escuchado, Andrew? No dice más que tonterías. Se ha metido en... ¡Es igual! No tengo ganas de pensar en eso. Esa mujer es muy rara, ¿es que no la has oído? Dice que ha venido en barco desde Nueva York, no parece muy centrada.

—Tú no eres así, David. Esto te hubiera parecido divertido y hubieras sido más amable con ella. Incluso cuando quieres echar una bronca eres más suave... No puedes seguir así.

Esas palabras me llegan muy dentro. Puede que Andrew sea la persona que más me conoce en este mundo y la única que sabe cómo dispararme dándome en el centro de la diana.

—Estoy asqueado, Andrew —le confieso en una actitud más calmada—. Estoy deseando de marcharme. ¿Qué te parece? Me han asignado a un grupo de tercero...

—Desde que anunciaste que te marchabas no tienen mucha consideración.

—¿Por qué? Porque me aprecian, porque sienten que me marche...

—Algunos sí, y mucho.

—Pero no puedo seguir aquí, y lo sabes.

—La reunión con tus padres te afectó, David. No es lo que suele pasar, ya deberías estar acostumbrado, pero el otro día estabas demasiado agobiado cuando saliste de su casa.

—Puede que sí, me molestó que me dijera que este puesto lo he conseguido gracias a él y sus contactos.

—Tú sabes que eso no es cierto. Puede que lo intentara, pero la decisión final no se tomó por sus intentos de influencia ni sus contactos.

—Después de lo que he vivido aquí, ya no me sorprende nada.

—En cualquier caso, llevas mucho tiempo. No sé quién te abrió la puerta, pero eres tú el que la ha mantenido abierta.

Asiento con la cabeza y empiezo a caminar dispuesto a volver entrar.

—David, dile algo a esa chica.

—A ti te ha gustado... No sé a qué viene esa insistencia.

—Joder, David. Es que no te reconozco...

—Ni siquiera sé de quién me habla. ¿Quién es su amiga? No he empezado la ronda aún, no puedo informarle del estado de nadie. Y a este paso, no voy a empezar nunca. No ha dicho quién era su amiga.

Andrew me regaña con la mirada, es un gesto que solo yo puedo entender.

—Está bien. Veamos quién hay aquí... —le digo de mala gana.

Consulto la tableta que sujeto en la mano desde hace un buen rato, notando que una de las hebillas de la funda que la protege se me ha clavado en la mano dejándome una marca. Eso solo

significa que estaba demasiado tenso.

Me preocupa estar así, llevo demasiado tiempo. Puede que Andrew tenga razón.

—Veamos —suavizo mi tono—, aquí hay ocho pacientes...

—Ha dicho algo de... ser diabética —aporta Andrew.

—Ha dicho amiga, ¿cierto? ¿O amigo?

—Amiga —me aclara con desgana Andrew.

—Solo hay dos mujeres y esta no puede ser, no tiene que ver nada con lo que ha dicho de...

Me detengo y el corazón empieza a latirme muy deprisa.

—No puede ser, Andrew, no me lo puedo creer...

Le entrego la tableta para que lo compruebe él mismo.

—¿Qué? ¿Nicole? —Me mira abriendo la boca—. ¡Increíble!

—Por aquí no paso. ¿Ves? Ves como esa mujer no está bien, es la amiga de Nicole, yo... No quiero ni seguir hablando de esto. Esto es superior a...

—Tranquilízate, David —me interrumpe cuando ve que estoy empezando a agobiarme de nuevo—. Yo me encargo de esa visita y de informar a esa chica.

—No sé si es buena idea... No puedo pasarte a Nicole sin más. Deberías...

—Me las ingeniaré —me interrumpe—. Déjalo en mis manos. Pásame esos datos y yo me ocupo. Hablaré con Abigail. Ve a hacer la ronda de los otros pacientes con esos chicos que están esperando.

—¿Estás seguro? —le digo resignado.

Me responde con un apretón en el hombro.

Cuando entramos en la sala, antes de separarnos, ambos nos giramos en la dirección en la que una voz nos ha llamado la atención.

Cuando comprobamos que nuestras sospechas eran ciertas, intercambiamos una mirada de complicidad.

El doctor Fitzroy se encuentra a pocos metros de nosotros, hablando de forma animada con dos de las enfermeras de esta planta. Ellas parecen encantadas con su visita.

—¿Qué hace aquí? —le pregunto a Andrew, que es el que suele estar siempre al corriente de todo lo que sucede en el hospital.

—Tengo entendido que se trata de algún trámite administrativo —me dice mientras me vuelve a poner la mano en el hombro—. Estará haciendo la ruta de cortesía, sigamos con lo nuestro.

No tenemos más remedio que pasar cerca de donde él se encuentra, así que lo hacemos a paso ligero.

Al llegar a su altura, el doctor se gira ligeramente y nos dedica una cordial media sonrisa.

—Doctor Ransey... —susurra manteniendo un poco más la sonrisa.

—Doctor Fitzroy... —le contesta Andrew.

Como es de esperar, a mí no se dirige, algo que agradezco enormemente, pero su presencia no puede pasarme desapercibida, especialmente porque no ha sido así para los demás. Hay varios compañeros en la sala que en cuanto reparan en nuestro fugaz encuentro intercambian miradas entre ellos para luego clavarlas en mí.

Debería estar acostumbrado, pero no es así. Esta situación solo hace que reforzar mi decisión.

En este momento, si pudiera, saldría por la puerta para no volver jamás.

Y para que el día no sea peor de lo que ya en sí lo está siendo, consulto mi tableta para memorizar el box donde se encuentra Nicole y así evitar entrar en él por error.

Capítulo 13

Ashley

He empezado a pensar que nadie me iba a informar y no dejo de pensar en la mala suerte que he tenido de que sea precisamente el tío borde el que se encargue de Nicole.

¡Menudo estúpido!

Reconozco que soy impaciente, sí.

Y que he aparcado donde me ha dado la gana a pesar de sus «amables advertencias».

Y que le he rayado el coche, pero habría que verlo con un microscopio.

Y... sí, estoy demasiado nerviosa para actuar con sensatez y no dejo de meter la pata, pero... ¿Negarme la información porque no soy un familiar?

Ni que tuviera que pedirme permiso para una intervención quirúrgica o un trasplante... Solo le he pedido información de su estado.

Ni que Nicole fuera una personalidad famosa y yo una periodista husmeando...

¿Así funciona aquí?

Espero que sea lo único que me sorprenda y fastidie tanto.

Si no me quiere informar... Ya me puedo olvidar de visitarla.

Abandono la sala de espera y recorro el pasillo una y otra vez hasta que veo acercarse a alguien. Rezo para que sea el médico borde que viene dispuesto a informarme, pero me equivoco. He visto a ese hombre antes, pero no recuerdo dónde.

—Hola. Soy el doctor Andrew Ransey, la he escuchado mientras hablaba con el doctor Ellington.

Asiento con la cabeza al recordar de qué me sonaba. Sé que no es el momento, pero mi cabeza se empeña en preguntarse si todos los médicos de este hospital son guapos o solo los que he conocido.

—Él no puede atenderla en este momento, me haré cargo yo.

Asiento de nuevo centrándome en lo que dice. No me puedo creer que esté pensando en si son o no guapos, mucho menos el borde.

—Lo agradezco. ¿Siempre es así de amable?

—Nunca es así de «no amable» —me dice sonriendo—. Hay días complicados en el hospital.

—Solo quiero información.

—No nos ha dicho el nombre de su amiga...

Me llevo la mano a la boca.

—Lo siento, es que... no me he dado cuenta. ¿No lo he dicho? Nicole Donovan.

—Lo he deducido por la mención que ha hecho a la diabetes.

—¿Cómo está?

—Está estable. Ha sufrido una hipoglucemia importante, pero hemos conseguido estabilizarla.

—Vaya...

—¿Estaba usted con ella cuando sufrió este episodio?

—Yo... la encontré así, me levanté de la cama al escuchar que me llamaba pidiendo ayuda.

—¿Sabe si durante el día de ayer se administró la insulina que le correspondía?

—No lo sé. Yo acabo de llegar a Londres y nos vimos por la noche. Sé que comió... —Me detengo a sopesar lo que le voy a decir.

—Continúe.

—Ayer, no se ciñó mucho a su dieta, comió pasteles, hidratos...

—No creo que se deba a eso, pero hablaremos con ella cuando esté más despierta.

—¿Cuándo podrá marcharse?

—Deberá estar en observación unos cuantos días. Es la tercera vez en un mes que ingresa por el mismo motivo.

—¿Tres veces? —pregunto horrorizada.

—¿No lo sabía?

—No, como le he dicho, he llegado hoy. No me ha contado nada relacionado con esos ingresos.

Evito decir que lo único que Nicole refirió respecto a ese tema era que lo tenía controlado.

—¿Ha dicho que su familia vive lejos?

—Sí, en Los ángeles, ¿por qué?

—¿Lo saben?

—No.

—Hablaremos con ella, pero puede que... cuando le demos el alta médica le convenga estar acompañada. No sé si usted...

—Yo..., no sé qué decirle, todo esto me confunde mucho. Viviré en su casa, pero mi trabajo... ¿No se va a recuperar?

—Sí, claro que sí, no se preocupe ahora por ello. Le iremos informando. Dentro de un par de horas podrá visitarla, ahora todavía está un poco aturdida.

—¿Qué ha sido del protocolo que su amable compañero me recordó?

Por un momento, temo haber hablado de más, pero me relajo cuando se echa a reír.

Se acerca a mí para hablarme al oído.

—Yo me lo salto de vez en cuando... Mi compañero hoy tenía un mal día.

Se va sonriendo, pero se detiene a unos metros de mí.

—Por cierto, debe acudir a la primera planta, en la recepción de visitantes, para que le den permiso de visita. Si me indica su nombre podré autorizarla.

—Ashley Evans.

Hace una señal con la mano y desaparece.

Algo más aliviada, pero sin dejar de estar aturdida, me dirijo al lugar que me ha indicado y consigo mi autorización para visitarla después.

Lo único que deseo es entrar en el apartamento de Nicole y darme una ducha, desayunar algo sólido y dejar su coche bien aparcado en su garaje. No pienso volver a subirme a él. Si algo tengo claro es que volveré en taxi.

Como viene siendo habitual, me cuesta acceder al parking, pero, una vez más, he tenido que esperar y aprovechar el acceso de otra persona para colarme.

Cuando llego a la altura del coche veo que han colocado un pequeño cepo que impide que pueda moverlo de la plaza.

¡Esto no puede estar pasando!

Una nota pegada a la luna delantera me indica los trámites que debo seguir para liberarlo. Empiezan acudiendo al departamento de seguridad del hospital, que se encuentra en... ¡Qué más da!

Por rápido que sea el trámite, me va a llevar un tiempo y voy a tener que cambiar todos mis planes. No puedo marcharme, tal y como tenía pensado hacer, y volver después para visitar a Nicole.

Me siento tan cansada que cuando me apoyo sobre el coche siento que no voy a ser capaz de moverme.

Me resbala una lágrima por la mejilla.

Me siento frustrada y saturada. ¿Qué más me puede pasar hoy?

Capítulo 14

Ashley

¡Ciento noventa libras!

Esa es la cifra, gentileza del departamento de policía con sede en el hospital, que he tenido que abonar para recuperar mi coche. Me parece un precio abusivo, pero si le añado la cantidad de vueltas que he tenido que dar para realizar el trámite... y las otras tantas para localizar el parking donde sí puedo aparcar...

Ese médico no ha parado hasta que ha conseguido que me lleve un buen recuerdo del incidente del aparcamiento. ¡Menudo energúmeno! No era necesario tomarse tantas molestias: él sabía perfectamente que solo iba a permanecer unas pocas horas en esa dichosa plaza de aparcamiento. Puede que haya querido asegurarse de que no volveré a aparcarlo. ¿Acaso la plaza es suya también?

Y si ese fuera mi único problema, no estaría tan desmoralizada como lo estoy ahora.

Acabo de visitar a Nicole y, aunque no tiene mal aspecto como cuando la he encontrado tirada en el sofá, parece muy cansada. Estaba muy adormilada y apenas he podido intercambiar cuatro palabras con ella.

¡Pobre Nicole! Si no tenía bastante con la ruptura con su novio...

Y... todavía no se acaba la lista de alegrías.

Su madre me ha llamado para decirme que no puede localizar a Nicole y he tenido que mentirle. No podía delatarla sin hablar antes con ella; desconozco si quiere o no que lo sepan sus padres. ¿Qué voy a hacer? Seguro que vuelve a llamar en cuanto pasen unas horas y Nicole no se ponga en contacto con ella.

No dejo de pensar en lo que me ha dicho el doctor... el más amable, respecto a que debía permanecer ingresada varios días y que después necesitaría algo de ayuda. ¿A qué se refería? ¿Qué tipo de ayuda?

¿Cómo es posible que haya ingresado en el hospital tres veces en un solo mes? Eso significa que algo no va bien.

Miro a mi alrededor. El restaurante del hospital empieza a llenarse y decido que es hora de abandonarlo. El *Sandwich* de queso, aunque no tenía un sabor muy agradable, me ha sentado bien, es lo único sólido que ha entrado en toda la mañana en mi estómago y ya empiezo a notar lo agradecido que está.

Ahora toca enfrentarme a la aventura de volver al apartamento de Nicole en coche, pero al menos no me costará localizarlo ni me llevaré sorpresas: ahora está a salvo, bien aparcado.

Al salir del restaurante, como viene siendo habitual, dudo de hacia dónde debo dirigirme.

A la izquierda.

No, a la derecha.

Debo encontrar el ascensor que hay situado junto a dos columnas para bajar a la planta subterránea... ¿Dónde narices está?

Me dejo llevar por mi instinto, ese que tanto falla, pero que suelo serle fiel, y me decanto por la derecha. Planeo mentalmente el recorrido cuando me doy cuenta de que puedo estar equivocándome y rectifico dándome la vuelta bruscamente.

Tropiezo con alguien que lleva un vaso de plástico grande en la mano. Es evidente que el vaso no está cubierto, de ahí que se estrelle en su pecho antes de caer al suelo.

Los daños principales los ha recibido una bata.

Una de un blanco inmaculado.

La de un médico.

¡¡¡El borde!!!

No me sorprende que me ocurra algo así, es el complemento perfecto para un gran día como este.

—¿Se puede saber qué hace? —grita con desprecio.

He estado a punto de disculparme, pero ese tono de voz me lo impide.

—Se llama accidente —le digo mientras le miro desafiante.

—¿Accidente?

—¿Qué otra cosa puede ser?

—La he visto ahí y después darse la vuelta...

—Pues... eso: un accidente.

No estoy dispuesta a seguir hablando con ese hombre y bordeo el líquido derramado en el suelo con la intención de seguir mi camino.

—Una disculpa no habría estado de más.

Me detengo, no me puedo ir sin más.

—¿Disculparme? Me denuncias para que me bloqueen el coche en el aparcamiento, pierdo una hora para conseguir que quiten ese maldito cepo, tengo que pagar doscientas libras y ¿quieres que me disculpe por un simple refresco que se ha derramado accidentalmente? Eso sin contar que eres la misma persona que se ha deshecho en amabilidad cuando lo único que pretendía era tener información de una paciente... ¡Tuya! —He decidido tutearlo, ya me he cansado de formalidades con ese estúpido.

—El que se ha deshecho en amabilidades confieso que he sido yo, el que te ha... ¿denunciado? No, eso no he sido yo. ¿Doscientas libras? ¿Te lo han inmovilizado? No dirás que no te lo avisé.

Me parece ver cómo dibuja una sonrisa, pero es tan fugaz que no podría asegurarlo. ¿Se está divirtiendo?

—No lo diré nunca...

—¿Por ese motivo te has querido vengar con el refresco?

No me puedo creer que se esté burlando de mí.

—Claro. No ha estado mal la venganza, ¿cierto? Es que no he tenido mucho tiempo para planear otra más cruel.

—Es bastante ridícula. Lástima que no hayas tenido más tiempo.

Reconozco que el cansancio, la sorpresa, la impotencia y dos mil razones más, son las que hacen que me aleje de ese hombre sin decirle ni una palabra más.

Cómo me hubiera gustado estrangularle, pero lo más sensato es alejarme. Puede que incluso me haya excedido teniendo en cuenta que es el médico de Nicole. Que no me haya informado, no

quiere decir que deje de ser su médico y disfrute poniéndome obstáculos.

Antes de perderlo de vista, me doy la vuelta y veo que sigue en la misma posición sin dejar de mirarme.

Tardo un rato en quitármelo de la cabeza, aunque me cuesta, pero es lo que debo hacer si quiero llegar sana y salva al apartamento de Nicole.

Una hora después lo consigo.

No ha sido tan complicado como esta mañana, pero hay tanta tensión en mi cuerpo que camino como si me hubiera empezado a petrificar.

Planeo todo lo que deseo hacer antes de caer inconsciente en la cama, pero llego a la conclusión que solo voy a ser capaz de darme una ducha.

Hasta mañana no podré volver a visitar a Nicole, así que debo dedicar el resto del día a descansar y poner mis ideas en su sitio. Si no consigo que mi cuerpo y mi mente se centren, la que va a acabar en una cama del hospital, voy a ser yo.

Abro el frigorífico en busca de alguna bebida fresca que me calme la sed.

Antes de cerrar la puerta, me llama la atención la bandeja de pasteles.

No comprendo como solo queda uno de ellos. Yo solo me comí uno, Nicole otro... ¡Al menos había diez!

¿Se los comió Nicole?

Eso me desconcierta. No consigo entender nada.

Corro hacia la ducha, es la única que ahora puede hacer milagros sobre mi aturdida mente.

Capítulo 15

Ashley

Han transcurrido tres días desde que Nicole ingresó en el hospital y, aunque he recuperado algunas fuerzas y Nicole está mejorando, sigo algo confundida con la situación.

Sus padres llegaron ayer por la mañana después de que me viera obligada a confesarles lo que estaba ocurriendo. Nicole no se mostraba muy receptiva cuando le preguntaba qué debía hacer al respecto y yo no podía seguir mintiéndole a sus padres.

Desde que llegaron, han sido ellos los que se han encargado de visitarla y estar pendiente de su estado. Por suerte, se han alojado en un hotel, así que he podido disfrutar de privacidad en el apartamento.

«Le vendría bien tu visita», son las palabras que ha pronunciado la madre de Nicole esta mañana a primera hora. Palabras que han hecho que cambie mis planes y me dirija al hospital. No es que no quiera visitarla, pero ese lugar solo me produce malestar y desde que ellos llegaron no lo he pisado.

También me ha informado de que dentro de tres días Nicole podrá volver a casa, ya que está prácticamente recuperada.

¡Cuánto me alegro! Llevo menos de cuatro días en Londres, pero tengo la sensación constante de acabar de llegar, como si el momento en el que llegué a la estación Waterloo, acompañada del bueno de Harry, se hubiera producido hace solo unos minutos. No sé a qué se debe esa sensación, pero parece que todo ha ocurrido en un instante y, sin embargo, han sido días largos y agobiantes.

La voz del taxista me anuncia que estamos a punto de llegar. Recibo un mensaje de Kelsi en el que me muestra una fotografía en la que aparece un pedacito de cielo azul muy iluminado. La ha hecho desde la terraza de su apartamento y es su manera de decirme lo que me estoy perdiendo. Eso se debe a lo mucho que me he quejado de la lluvia; desde que llegué no he visto ni un solo momento el cielo despejado. ¡Es deprimente!

Sonrío al ver la foto y me bajo del taxi mientras suspiro y pienso en lo mucho que la echo de menos. Ella es la única que está al corriente, con detalles, de todo lo que me ha ocurrido desde que abandoné Los ángeles. Mi tía y Hank desconocen lo ocurrido. A mi tía le he contado una versión edulcorada, y a Hank, aprovechando que se encuentra de viaje, no le he contado nada. Y seguiré sin hacerlo hasta que todo vuelva a su sitio. Empiezo a trabajar dentro de siete días y la idea empieza a inquietarme. Me siento como si estuviera nadando en un caos absoluto, pero ahora que sé que Nicole vuelve pronto a casa, empiezo a animarme. Por suerte, sus padres permanecerán en Londres una temporada, hasta que se aseguren de que Nicole está recuperada del todo.

Me alegro que su madre me haya pedido que la visite porque dentro del apartamento mi

cabeza da demasiadas vueltas y prefiero tenerla ocupada. Me queda menos de una semana para incorporarme al trabajo y siento que estoy clavada al suelo. El ingreso de Nicole ha cambiado todos nuestros planes y, aunque lo importantes es que ella se recupere, no dejo de preguntarme qué estoy haciendo aquí, especialmente desde que sus padres llegaron. Pero... ¿qué otra cosa puedo hacer?

Cuando llego al hospital, me dirijo a uno de los ascensores. Ya no me pierdo, está todo bajo control.

Me encuentro frente a una serie de cuatro ascensores, y ninguno de ellos abre sus puertas. Subiría por las escaleras si Nicole no se encontrara desde hace dos días en la octava planta.

Sigo esperando.

Una voz a mi espalda me sobresalta.

—¡Hola! —me dice sonriente el doctor Andrew Ransey, el amable—. ¿Cómo estás?

Vuelvo la sonrisa.

—Bien, gracias, esperando que un ascensor se apiade de mí y me abra las puertas.

—A veces tardan mucho —dice mientras introduce una llave en un panel de uno de ellos; el último, el que indica que es solo para personal del hospital.

Cuando este se abre me invita a pasar con la mano.

—Utiliza este, llegarás antes. ¿A qué planta vas?

—A la octava.

—Sé que tu amiga se encuentra mejor... me dice nada más entrar.

El ascensor se detiene en la planta segunda y cuando se abren las puertas entra el doctor borde. ¡La última persona que me apetece ver!

—Vaya, veo que es mi día de suerte —dice nada más entrar—. Andrew...

—David...

Ignoro su comentario, sé que va dirigido a mí. El ascensor reanuda la marcha y el doctor Ransey sigue hablando:

—Tengo entendido que hoy abandona el hospital.

—¿Qué? ¿Hoy? ¡Eso no puede ser! —suelto confundida, un poco más alterada de lo que me habría gustado mostrar— ¿Seguro?

Los dos médicos clavan su mirada en mí. La madre de Nicole me ha dicho que aún permanecería unos días más y solo hace una hora que he hablado con ella. ¡No entiendo nada!

—No parece muy contenta... —señala el borde sin que nadie le haya invitado a participar—, puede que después de todo le hayas cogido cariño a estar aquí.

No sé a qué viene ese comentario y mucho menos ese tono irónico, pero hoy no toca «ignorarle». ¡Hoy no!

—Tienes razón, pero no ha sido al hospital al que le cogido cariño sino a encontrarme con alguien tan arrogante como tú...

—¿Arrogante yo? —pregunta con una sonrisa de satisfacción.

—¿He dicho arrogante? Sería más acertado decir que eres un auténtico gilipollas.

El ascensor se detiene. Me hago paso entre ellos y me giro hacia el doctor Ransey.

—Gracias por todo, ha sido un placer conocerle.

—¿Y a mí no me lo dices? Eso es injusto —dice el auténtico gilipollas mientras se cierran las puertas.

¿De qué va ese tío?

¿Borde, gracioso, gilipollas? Es completo el doctor.

Entro en la habitación de Nicole y enseguida me olvido del incidente del ascensor. Está sola, sentada en una silla.

—¿Dónde están tus padres?

—En el restaurante. Me marchó en un par de horas.

—Eso es estupendo, Nicole. ¡Qué ganas tenía de que salieras de aquí! Tienes muy buen aspecto.

Nicole me toca la mejilla.

—Gracias, te has portado muy bien conmigo.

—Somos amigas, no me des las gracias.

Quiero hablar con ella de muchos temas, pero debo esperar a que abandonemos el hospital y se encuentre en un ambiente más tranquilo.

—No ha venido a verme, Ashley. Llevo aquí cuatro días y no me ha visitado. Le echo tanto de menos, le quiero tanto...

Me sorprende mucho. A pesar de su buen aspecto, ha vuelto esa expresión sombría al hablar de ese hombre. Sé que se refiere a él.

—Nicole, puede... que ni siquiera se haya enterado —le comento sin saber bien cómo abordar ese tema. Si han roto, no tiene mucho sentido que reclame su visita, mucho menos después de una ruptura algo brusca y... dramática, al menos para ella.

—Sí, lo sabe, me consta. Trabaja aquí, Ashley. Es médico.

Esas palabras me confunden. No acabo de entenderlo bien.

—¿En este hospital? ¿Trabaja aquí?

—Sí, David es médico. Sabe que estoy aquí, pero no ha pasado a visitarme.

Siento un escalofrío al escuchar ese nombre.

—¿David? ¿Cuál es su apellido? —le pregunto mientras empiezo a ver la esfera roja sobre mi cabeza y cierro los ojos para que mi presentimiento no se cumpla.

—David Ellington.

Me dejo caer sobre la cama y siento como el sudor frío y la dichosa esfera me inundan la cabeza.

—Mañana me voy a Los ángeles con mis padres y ni siquiera me ha visitado.

Esas palabras son la estocada que le faltaba a mi estancia en Londres. Por un momento, siento que la habitación está dando vueltas.

Capítulo 16

David

—¿A qué viene esa cara de felicidad? —le pregunto a Andrew cuando se cierran las puertas del ascensor, tras desaparecer esa odiosa mujer.

—Es que... estoy pensando que yo llevo días queriéndote decir lo mismo que te ha dicho ella.

Niego con la cabeza mientras permito que una sonrisa se dibuje sin poner objeción.

—¿Auténtico gilipollas? ¿Eso es lo que te querías decirme? Ella no se ha cortado, no lo hagas tú tampoco

—Te lo mereces —afirma Andrew sin ocultar lo mucho que le divierte.

—¿Qué motivos tiene para llamarme así?

—Puede que tu comentario haya ayudado. ¿A qué venía eso?

—¡Eh! ¡Alto! Pareces empatizar mucho con la amiguita de Nicole, ¿me he perdido algo?

—No seas absurdo.

—Te gusta. ¿Le has pedido ya que salga contigo?

—Ahora entiendo por qué te ha llamado gilipollas... He hablado dos o tres veces con ella y me parece encantadora, tal y como te he dicho. Nada más. Y seguro que lo es más todavía, pero teniendo en cuenta que estamos en un hospital y las circunstancias en las que se encuentra...

—Tu experiencia con ella y la mía son diferentes. La encontré aparcando en la plaza del doctor Fitzroy, le avisé de que no debía aparcar, pero lo hizo de todos modos en cuanto me marché. No debió gustarle lo que le dije, porque aparcó muy cerca de mi coche, suficiente para que al abrir la puerta con muy mala intención me rayara el coche. Se hizo pasar por una estudiante y me dejó en evidencia delante de los demás. Me la encontré en el pasillo, fingió tropezar conmigo y me echó el refresco por encima. Me acusó de ser yo el que le había denunciado para que le pusieran un cepo en el coche... ¿Sigo? Muy bien no me cae la chica, pero creo que tengo motivos de sobra.

—Te falta el más importante, que es amiga de Nicole... ¿O no?

—Eso le proporciona muchos puntos. ¿Crees que lo de tropezar y rayarme el coche fue accidental? ¿Casualidad?

—Puede que no, pero debes reconocer que fuiste bastante duro con ella antes de saber que era amiga de Nicole.

—Andrew, no te voy a negar que estoy agobiado y que no soy yo, pero te aseguro que me esfuerzo.

—Lo sé, pero no me gusta verte así.

—A mí tampoco. ¿Es cierto que hoy le dan el alta a Nicole? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Me acabo de enterar, David, me lo ha dicho el doctor Percy —me informa refiriéndose al

especialista que lleva días atendiéndola.

—Evelyn me ha dicho que estaba preguntado por mí y que ha pedido que me avisaran varias veces —le comento de mala gana refiriéndome a la enfermera que trabaja en la planta donde Nicole está ingresada.

—¿Y te ha sorprendido?

—No sabría contestarte a eso. Puede que no, ya pocas cosas me sorprenden. Y... no quiero seguir hablando de ella. No quiero que mi humor empeore, bastante mal está ya.

—¿A que «ella» te refieres?

—A Nicole... Y a la otra también. Solo me faltaba perder tiempo con esas dos. Por suerte, hoy se largan.

—No estás bien, David, lo sé, pero ya queda poco.

—Estoy contando los minutos.

Andrew me pone la mano en el hombro, como suele hacer siempre que quiere dejarme claro que está a mi lado, en todos los sentidos, y nos despedimos.

Antes de tomar direcciones distintas, Andrew, como no podría ser de otra forma, me regala un comentario.

—No puedes negar que es muy guapa.

Le ignoro. Sé de quién está hablando, de esa odiosa mujer del aparcamiento.

Pero... Tiene razón, no puedo negárselo. Es preciosa.

Si tuviera que destacar algo de ella, diría que sus ojos, grandes y de un azul poco común, llaman la atención. Tampoco está nada mal esa melena larga y castaña ligeramente ondulada...

Tiene un bonito cuerpo y unas piernas largas que...

Me detengo.

¿Por qué estoy pensando en esa mujer?

Sí, es atractiva, pero me cae mal y es amiga de Nicole. Debo estar peor de lo que creo si pierdo el tiempo pensando en ella. Probablemente, no vuelva a verla nunca más, y con suerte tampoco a su amiga.

Capítulo 17

Ashley

Me siento culpable por no estar atenta a todo lo que Hank me está contando al otro lado del teléfono. En otras circunstancias estaría embobada escuchando todos los detalles del trabajo que ha realizado en el castillo, pero me cuesta mucho concentrarme, mi cabeza es incapaz de procesar otra cosa que no sea la situación en la que me encuentro.

—¿Por qué tengo la sensación de que no me estás escuchando?

—No lo sé, es tu sensación, tú sabrás por qué la tienes.

—¿Me equivoco?

—Es que... me cuesta centrarme.

—¿Estás nerviosa? Solo quedan cuatro días para que empieces en el palacio de los Lyndhurst. Ayer pasé delante de él y vi que había mucho movimiento en el exterior.

—No estoy nerviosa por empezar a trabajar, estoy deseando de hacerlo.

—Entonces... ¿Qué te pasa? ¿Problemas con Nicole?

—Es una larga historia, Hank. Nicole ha estado ingresada en el hospital desde que llegué a Londres.

—¿Desde que llegaste? ¿Es grave?

Dedico unos minutos a contarle lo sucedido de forma resumida.

—Vaya, menudo panorama. ¿Dices que le dieron el alta? ¿Ahora se encuentra bien?

—Se fue ayer a Los Ángeles con sus padres. La convencieron de que regresara a casa. Según su madre, es lo mejor para ella. Quieren que la visiten los mejores especialistas de Los Ángeles.

—¿Y ella quería marcharse?

—No lo sé bien. Apenas hemos hablado. Cuando salió del hospital se fue al hotel en el que se alojaban sus padres. Esa misma tarde aparecieron sus padres dispuestos a recoger sus cosas y se llevaron cuatro maletas. Me despedí de ella por teléfono.

—¿Estás así porque se ha marchado? ¿Dónde estás?

—En su apartamento. Cuando se despidió de mí, me dijo que podría permanecer aquí durante dos meses más, el tiempo que le quedaba de contrato. Ya estaba pagado.

—Pero...

—Pero la dueña del apartamento me dijo ayer que tenía dos días para abandonarlo. Una vez que se ha marchado Nicole, el contrato queda rescindido. Ya lo tiene reservado a nuevos clientes...

—¿Y ahora qué?

—Ahora tengo solo dos días para encontrar algo en esta ciudad, pero está siendo complicado. Llevo todo el día buscando en...

—¿Estás buscando alojamiento en Londres? —me interrumpe.

—Sí, en Rye no hay nada disponible, ya lo he descartado. He hablado con el señor Carter. Me ha dicho que está todo ocupado hasta dentro de dos meses.

—Ahora que no está Nicole, no tiene sentido que sigas en Londres.

—He buscado en los alrededores de Rye, Hank, pero tampoco he encontrado. Solo hay disponibilidad para días concretos, no hay alojamiento permanente.

—Ashley... —me regaña.

—Ya lo sé, me he equivocado, no tendría que haber renunciado al alojamiento de la fundación Lyndhurst, pero no pienso perder tiempo lamentándolo. Estoy en la calle y tengo que encontrar una solución.

—El alojamiento en Londres no te suponía coste alguno, igual que el de la fundación... ¡Ahora vas a tener que costeártelo tú!

—Lo sé, pero solo serán dos meses. Encontraré algún lugar que sea asequible hasta que la fundación me permita ocupar uno de los alojamientos que custodian: el de estudiantes, o becarios, o empleados... Cualquiera de ellos.

—Yo no vivo solo, de lo contrario...

—Hank, esto no tiene nada que ver contigo. Sé perfectamente que compartes casa con un amigo y te aseguro que no pretendo alterar nada en tu vida, ni siquiera me lo he planteado.

—En la casa donde vivo solo se pueden alojar dos personas, aunque es grande solo hay dos dormitorios, el resto de estancias están habilitadas para otras cosas. El dueño es muy especial.

—No es necesario que me hables como si te estuvieras justificando.

—No lo hago, solo quiero que entiendas que me encantaría compartir espacio contigo.

—Hank, yo me marcharé dentro de seis meses, cuando termine mi contrato con la fundación. No tengo intención de alterar tu vida. Esto me lo he buscado yo, y yo lo solucionaré. Hice unos planes que ahora se han estropeado, pero sé que lo solucionaré de una manera u otra.

—Pero Carter no puede dejarte en la calle, ¿le has dicho claramente cuál era el problema?

—No, ni lo voy a hacer. Hablé con él hace mucho tiempo y renuncié al alojamiento que me ofreció, ahora no voy a lloriquearle. No pienso empezar así mi trabajo. De momento, seguiré buscando.

—Bien. Algo tiene que haber disponible, pero dudo que tú y yo podamos encontrarlo. Dame unas horas. Hablaré con algunas personas que pueden ayudarme. ¿Te parece bien?

—No quiero que te tomes tantas molestias.

—Te llamo esta noche.

Quando cuelga tengo la misma sensación que tengo siempre con él. Nunca sé bien qué pasa por su cabeza. Aunque es una persona sincera, también es reservada y esa mezcla hace que Hank siempre sea un misterio.

Ojalá le hubiera hecho caso cuando me aconsejó que me alojara en Rye... Pero yo no podía saber que Nicole enfermaría, se marcharía y me quedaría en la calle.

¿Qué voy a hacer?

Ojalá tuviera más tiempo para encontrar un lugar. No entiendo las prisas de los padres de Nicole por abandonar Londres, mucho menos cuando ella está recuperada. Me habría gustado charlar con ella un poco más, pero sus padres parecían desesperados por salir del país.

Lo que más me ha sorprendido ha sido esa seguridad con la que afirmaban que Nicole no había tenido una buena asistencia médica aquí y por esa razón había tenido tantas recaídas en tan poco tiempo. Es evidente que Nicole no les ha hablado de su estado de ánimo después de su ruptura con el médico, de lo contrario habrían deducido que ese ánimo ha influido en su

enfermedad al no haber seguido su dieta y sus pautas de medicamentos.

Si supieran que se zampó una bandeja de pasteles...

Me pregunto si debería haber hablado con su madre, que es la que ha llevado la voz cantante en todo, de ese episodio, pero creo que he hecho bien en mantenerme al margen. Si Nicole no les ha hablado de su drama con el médico... yo no soy nadie para hacerlo.

Todavía no me creo que ese tío sea el que mantuvo una relación con Nicole. Sigo en shock.

Entiendo que se fijara en él, es muy atractivo, pero en la última conversación que he mantenido con ella ha vuelto a nombrarlo de una forma que me ha sorprendido, especialmente porque he tenido el inmenso placer de conocerlo y todo lo que ha dicho de él me ha chirriado en la cabeza.

«David es tan amable, tan divertido... No ha venido a visitarme, Ashley. Me ha hecho tanto daño. Le he dado tanto...», han sido sus palabras.

¿Amable? ¿Divertido? No consigo imaginarme a ese hombre en esas circunstancias.

¡Pobre Nicole! Se ha enamorado de ese energúmeno... Se ha enamorado de verdad. Estaba tan destruida... Nunca antes la había visto así. Ella es muy intensa y se toma las cosas de forma muy personal, pero... jamás antes la había visto tan afectada por nada, mucho menos por alguien.

En cualquier caso, ni ella ni yo volveremos a verlo. Lo mejor que le puede pasar a Nicole es alejarse de él, es la mejor manera de que lo olvide.

Y yo... Yo también me alegro de no tener que volver a verlo. Pero eso ahora poco me importa. No tengo alojamiento.

No hay manera de que salga el sol. Nunca mejor dicho...

Desde que salí de Los Ángeles no he tenido ni un solo día de tranquilidad.

Estoy deseando de meterle mano a ese fresco de la casa-palacio Lyndhurst, así como a alguna de las obras que deben ser restauradas. Es todo un privilegio haber sido seleccionada y tener la oportunidad de trabajar en la restauración de una obra de tanto valor. Al parecer, ese palacio, que ha permanecido cerrado durante una eternidad, va a exponer sus obras al público en cuanto estén terminados los trabajos de restauración. Pertenecer a las mismas personas que dirigen la fundación con el mismo nombre y a nivel artístico es todo un acontecimiento.

Pero... necesito un alojamiento o todo se complicará.

Me siento decepcionada conmigo misma. Acepté la proposición de Nicole sin pensar demasiado en las consecuencias. Hank tiene razón. Aunque los planes no se hubieran estropeado, la distancia de Londres a Rye es demasiado larga para recorrerla dos veces diarias.

¿Por qué puedo ser tan razonable cuando ya me he equivocado y caído? Sí, lo sé, porque es más fácil, pero alguna vez me gustaría adelantarme a las catástrofes y prevenirlas en vez de verlas solo cuando ya me han aplastado.

Puede que eso sea imposible...

Igual que también es imposible quitarme a ese maldito médico de la cabeza. Por mucho que me lo proponga, aparece una y otra vez.

Capítulo 18

David

—¿Ya te has mentalizado de que voy a vivir aquí todos los días? —le pregunto a Hank, mi amigo y la persona con la que comparto mi casa desde hace un año.

—Estoy en ello —me confiesa echándose a reír y dándome un abrazo rápido—. Me alegro de que hayas salido de tu infierno. ¿Has adelantado tu salida del hospital?

—Solo unos días, no merecía la pena continuar hasta el final.

—¿Te encuentras bien?

—Empiezo a estarlo.

Hank me hace un gesto de complicidad. Él conoce los motivos por los que he abandonado el hospital de Londres.

Alejarme de la vida de Londres, en un principio me produce algo de vértigo, mucho más cuando voy a trabajar en un centro médico, el de Tenterden, a unas diez millas de Rye. De momento, era la única opción rápida para abandonar el hospital y también la que me permitía alojarme en esta casa tan especial para mí.

Alejarme de Andrew y de mi cómodo apartamento no es algo que me guste, pero no he tenido elección y sé que es necesario buscar otro escenario en mi vida, aunque sea provisional. Y qué mejor lugar que Rye, el lugar donde se encuentra la casa de mi abuelo, el hombre que más he querido en mi vida; el lugar en que muchos fines de semana me refugio cuando necesito una pausa con el bullicio de Londres; la casa donde mi abuelo fue feliz; la que heredé de él.

Sé que Hank se alegra de que esté aquí. Hace solo dos años que nos conocemos, uno que vive en esta casa, pero hemos conseguido tener una buena amistad. Aunque tenemos vidas distintas y solo nos hemos visto algunos fines de semana, ha sido suficiente para compartir buenos momentos e irnos uniendo cada vez más.

Su carácter reservado hace que siempre haya cierta distancia, pero en los malos momentos él ha sido de gran ayuda. Es una persona leal y muy sensata que tiene muy claro lo que quiere en la vida y nunca suele dar pasos en falso.

Andrew es mi mejor amigo sin duda, pero en todo el proceso del hospital he intentado que se mantuviera al margen para que no saliera perjudicado.

En cualquier caso, no quiero pensar en ello. Hoy es el primer día de una nueva vida y quisiera dejar atrás los malos momentos cuanto antes. Sé que volveré a Londres antes o después, pero ahora solo necesito la paz de este lugar.

—Estás muy pensativo... —me dice Hank sonriendo y ofreciéndome una cerveza.

—Estaba pensando en mi cambio de vida. Me gusta este lugar y necesito alejarme de Londres un tiempo, pero trabajar en un centro médico de un pueblo tan pequeño como Tenterden... me asfixia un poco. Además, sé que no tardaré en echar de menos la vida en

Londres. Hasta ahora, venir a Rye solo era una distracción, un refugio de vez en cuando, pero trasladar mi vida aquí...

—Es un cambio muy radical, pero yo creo que podrás soportarlo. Verme cada día va a ser muy bueno para ti —Se echa a reír y me contagia.

—Podré soportarlo, tienes razón. Además, no voy a firmar un contrato con el centro para toda la vida.

—¿Por qué ese centro médico?

—El director es amigo mío, él me facilitó el acceso. Creció aquí y lo conozco desde haces muchos años. Él siempre se ha decantado por la medicina de familia en zonas rurales.

Mientras hablo con Hank y le explico mis planes, me vienen a la cabeza las palabras de mi padre afirmando que el puesto en el hospital lo conseguí gracias a él. ¡Qué maldita mentira! Él sabe perfectamente que no es cierto, pero necesita estar por encima de todo y anular cualquier mérito mío.

Sé que el mundo de las recomendaciones y los favores de ese tipo existe y existirá. Yo también he recurrido a un amigo para conseguir la plaza de Tenterden, pero solo he recibido un pequeño empujón, he pasado un largo proceso de selección que duró cuatro días. En el hospital de Londres no ocurrió así. Mi carrera se ha desarrollado allí prácticamente desde que empecé. Solo he permanecido fuera un año, uno de los diez que ha durado la carrera.

Mi padre nunca quiso que me dedicara a la medicina. Él quería que siguiera sus pasos y los de mi madre, algo que bajo ningún concepto hubiera aceptado jamás. El problema vendrá cuando cumpla treinta años. Ese día, de una u otra forma, cambiará mi vida, y... probablemente la de ellos. Llegado el momento, sabré lo que debo hacer.

—¿Algún problema? —le pregunto a Hank al ver que cuelga una llamada y muestra preocupación.

—Tengo que pedirte un favor. Necesito que me ayudes a encontrar alojamiento para Ashley en Rye.

—¿Quién es Ashley?

—Es la amiga que te dije que iba a trabajar en el palacio.

—Sí, cierto. ¿Dices que necesita alojamiento?

—Sí, renunció al que le ofreció la fundación porque tenía otros planes, pero esos planes se han torcido y ahora no tiene dónde ir.

—¿No ha hablado con...? ¿Quién es su contacto en la fundación?

—Carter, pero ya le ha dicho que no hay nada disponible hasta dentro de dos meses.

—No pueden dejarla en la calle...

—No es así exactamente, en realidad fue ella la que renunció. Planeó algo que no ha salido bien y... ¡No importa! Es una larga historia. Ahora está colgada y quiero ayudarla. ¿Sabes de algún lugar en Rye, o cerca?

—Déjame hacer unas llamadas. Puede que Calleham tenga algo —le comento refiriéndome a una de esas personalidades de Rye que están en todas partes y todo lo saben.

—Ya lo he intentado yo. Está todo repleto de estudiantes. Las nuevas restauraciones y la apertura de la casa-palacio han hecho que esté todo ocupado. Y también han llegado unos cuantos becarios al castillo.

—¿Y en Tenterden?

—Solo hay alojamientos provisionales.

—No sé qué más podemos hacer... —le digo percibiendo su preocupación—. ¿Es la chica

que va a restaurar las pinturas del palacio? Me hablaste muy bien de ella.

—Sí, es una artista increíble, aunque ella no se lo cree.

—¿No te parece extraño que seleccionen a alguien del programa de intercambio con Estados Unidos para un trabajo como ese? Esas obras son... excepcionales.

—Me extrañaría si no supiera lo buena que es. Su *currículum* ha hecho que se le abra esa puerta. No creo que haya nada raro, David. Trabajó en unas obras importadas de Italia en El Museo de arte de Los Ángeles que impulsaron su carrera.

Hank se aparta para consultar su móvil.

Quiero ayudarle.

Empiezo a darle vueltas a una idea...

—Hank, entiendo que es una persona de tu máxima confianza, así que ¿por qué no se aloja en la casa de invitados?

Hank me mira sorprendido.

—¿La casa de invitados? Creía que la ibas a reformar.

—Sí, pero no hay prisa, puede alojarse allí. Tendría que hacer alguna llamada para que le dieran un repaso, pero podría estar muy cómoda. Las obras del tejado y el resto de cambios que quiero hacer pueden esperar un tiempo. ¿Cuánto tiempo estará?

—El contrato es para seis meses, pero tendrá alojamiento con la fundación dentro de un par de meses.

—Por mí no hay problema. Supongo que sois buenos amigos.

—Sí, Ashley es una gran amiga, la conozco bien. Te gustará, ya lo verás, es muy simpática y muy divertida.

—Pues no se hable más. Si a ella le apetece alojarse en la casa, llamaré a alguien que se ocupe de tenerla en condiciones.

—Yo puedo encargarme de limpiarla, no te preocupes.

—No digas tonterías, no tienes que ocuparte de nada. Además, hace unas semanas que quiero hacerlo. Aunque tengo pensado hacer reformas, no me gusta dejar el mantenimiento mucho tiempo. ¿Cuándo empieza?

—Dentro cuatro días.

—Es suficiente. Voy a hacer esa llamada.

—Gracias. Voy a decírselo.

—Hank... —le llamo la atención para que se detenga—. ¿Le has hablado de mí? Ya me entiendes. Como va a trabajar en el palacio... Preferiría que no...

—No, no le he dicho nada que no deba decirle. Ya me conoces.

—Me gustaría que siguiera siendo así.

Hank me mira fijamente. No voy a saber qué piensa, ni siquiera voy a intuirlo, a menos que se anime a decírmelo, pero esta vez me da la sensación de que le he puesto en una situación incómoda.

Su silencio hace que vuelva a intervenir:

—Puede que ella te cuente... cosas. Si es así y lo consideras oportuno... Ya me entiendes. Espero que no te moleste que te lo diga.

—No te preocupes, te entiendo. Todo lo que debas saber... lo sabrás.

Asiento con la cabeza y permito que se aleje para llamar a su amiga.

Hank la ha mencionado en varias ocasiones y recuerdo que hace poco tiempo me habló de su incorporación en el palacio, pero he estado con la cabeza en tantos sitios que ya no me acordaba.

Puede que no haya sido totalmente sincero con Hank y me siento algo culpable. Si le he

ofrecido la casa de invitados a su amiga, el motivo principal ha sido que va a trabajar en el palacio Lyndhurst, algo que me interesa mucho.

Capítulo 19

Ashley

Hank me ha esperado pacientemente en la estación, después de un retraso de casi media hora. ¡Vaya con la puntualidad inglesa!

Qué bien me han sentado los tres abrazos dolorosos que nos hemos dado. Me hacía tanta falta...

Como era de esperar, está lloviendo. Desde que llegué a Inglaterra he visto el sol en contadas ocasiones. No se trata de una lluvia intensa, sino de una llovizna constante que parece invisible, pero que va calando lentamente, especialmente en el cerebro, o al menos en el mío.

No quiero pensar en el clima de Los Ángeles, ni en las preciosas playas de California, ni en la ropa ligera... No debo pensar en ello. Debo aceptar mi abrigo, mis botas y mi paraguas como un elemento que me va a acompañar durante mucho tiempo. Creo que me acostumbraré.

Nos dirigimos en su coche hacia mi nuevo hogar. Recorremos las calles de Rye mientras no dejamos de bromear y repetir las ganas que teníamos de vernos.

El paisaje parece aún más sombrío a través del vidrio empañado por la lluvia. Observo las casas que nos encontramos a nuestro paso y me parecen monumentos olvidados: sus tejados cubiertos de musgo y sus paredes de piedra desgastadas por los años.

Aunque tiene cerca de cuatro mil habitantes, la escasa actividad en las calles me produce sensación de melancolía.

Pasamos junto a algunas tiendas cerradas y nos cruzamos con algunas personas que caminan despacio bajo sus paraguas.

El ambiente es silencioso, solo interrumpido por el suave zumbido del motor y el constante golpeteo de la lluvia sobre el techo del coche.

Dejamos atrás el centro y nos adentramos en las afueras, donde el paisaje se vuelve más rural y más tranquilo, si es que eso es posible.

Campo y granjas dispersas. Eso es lo que ven mis ojos y lo que me produce una sensación de soledad que a punto estoy de echarme a llorar.

—No salió bien lo de Londres, pero ¿entiendes que prefiriera vivir allí?

—Sabía que no tardarías en hacer un comentario. Claro que lo entiendo, pero la distancia es un inconveniente muy grande. ¿Has visto el retraso del tren? No es un hecho aislado, ocurre con frecuencia. Es debido a un tramo conflictivo que nunca acaban de solucionar.

—Esto es desolador... ¿Dónde está la casa palacio?

—Hemos visto la parte más deshabitada de Rye, mañana verás la otra parte y es diferente. Hay más vida. Y más que habrá cuando incluyan la casa palacio en la ruta hacia los castillos.

—¿Eso debería animarme?

—Debería. Mañana lo verás de otra manera.

Suspiro. Me va a costar aguantar seis meses aquí. Espero que lo que me ha dicho de la otra parte del pueblo sea real.

Después de un breve trayecto, llegamos a la casa. Está situada en una zona apartada, más todavía, rodeada por una tranquilidad que creo que se va a convertir en mi peor pesadilla.

Mientras Hank apaga el motor, la observo y siento un escalofrío que me recorre toda la espalda. La esfera de color rojo se impone en mi mente acompañada de un ligero cosquilleo en la mejilla.

¿Por qué aparece ahora?

Puede que la sensación que me ha producido el paisaje tenga algo que ver, espero que no sea una señal de que algo no demasiado bueno va a ocurrir. Aunque esa esfera me ha acompañado a lo largo de toda mi vida, no recuerdo que apareciera tantas veces seguidas. Desde que salí de Los Ángeles, la he sentido muchas veces, pero ninguna de ellas con la intensidad que siento ahora.

¿Qué va a ocurrir?

Desde que he llegado a este país me he enfrentado a muchos inconvenientes, pero nada que no se pueda soportar. Espero que la esfera siga augurando «tragedias» de esa misma dimensión.

Nos bajamos del coche. La lluvia ha remitido y sin darme cuenta suspiro de alegría. Nos acercamos a la casa. ¡Impresionante! Hank me mira y me sonríe, sabe que las casas de estilo georgiano son mi debilidad.

No destaca por sus dimensiones, pero sí por su preciosa fachada.

Nos detenemos frente a una valla de hierro forjado con motivos florales que rodea la propiedad. Es elegante y, sin duda, necesaria para proporcionar privacidad y seguridad.

Hank introduce una llave en un lateral de la valla y me hace una señal para que entre en la propiedad.

—¡Es preciosa! —observo fascinada conforme me acerco.

—Sabía que te gustaría. No es muy grande, pero no le faltan detalles.

—El alojamiento que ofrece la fundación no es así, ¿cierto?

Hank se echa a reír.

—Hay de varios tipos, pero te aseguro que no se parecen a este. Son pequeños apartamentos o pequeñas casas adosadas.

Caminamos hasta detenernos delante de la fachada principal. La casa se alza de forma elegante ante nosotros. Se trata de una estructura de una sola planta que refleja el encanto clásico del estilo georgiano. Su fachada blanca, que está impecablemente mantenida, muestra detalles arquitectónicos muy elegantes y distintivos: cornisas decorativas, molduras esculpidas alrededor de las ventanas...

Las contraventanas son de color verde; un toque de color que destaca con la fachada clara.

No puedo dejar de observarla mientras siento que Hank espera pacientemente a que lo haga.

A medida que nos acercamos, puedo apreciar mejor los pequeños detalles que la hacen tan elegante.

Las puertas de la entrada son dobles, de madera maciza, y están adornadas con detalles decorativos de bronce. En la parte superior, tallada sobre una piedra de distinto color, aparece una fecha: 1792.

La lluvia se presenta de nuevo y nos refugiamos bajo el pórtico cubierto.

Miro a mi alrededor y me enfrento a un jardín iluminado de una forma tenue, pero acogedora. Está cubierto por césped y decorado en todo su perímetro por diferentes especies

florales y arbustos recortados.

A lo lejos, puedo apreciar una estructura más pequeña. Hank me aclara que se trata de la casa de invitados. Aunque no se aprecian bien los detalles, en conjunto observo que sigue la línea clásica de la casa principal, aunque en una escala más modesta.

Me produce una sensación de calma que me sorprende, pero que me anima a sentir que mi nuevo y provisional hogar va a ser de lo más acogedor.

—Entremos, te presentaré a David. Luego iremos a la que será tu casa.

—¿David? ¿Otro David? Espero que sea diferente.

—¿Otro?

—Sí, conocí a un David en Londres, un tío muy borde.

—Este David no es borde, te caerá muy bien.

Entramos en la casa y tras recorrer un pequeño vestíbulo, desembocamos en el salón. Me sorprende el contraste del exterior y la decoración del interior, mucho más moderna y minimalista.

No es fácil hacer convivir esos dos estilos, pero en este caso está muy logrado.

Lo que más me atrae es la chimenea, que muestra una llama viva y acogedora.

—Sabía que te gustaría —me dice Hank recordando mi fascinación por las chimeneas. En Los Ángeles no forma parte de nuestras vidas.

—¿David! —grita Hank—. ¿Puedes salir?

Se escucha una voz al final de un pasillo que nace de la pared del fondo del salón, pero no logro entender lo que dice.

Hank me sonrío, me toca la mejilla y me pasa la mano por los hombros estrechándome contra su cuerpo.

—Cuánto me alegro de tenerte por aquí —me dice sin dejar de sonreír.

Aparece la figura de un hombre en el salón.

¡No es posible!

Se me hiela la sangre. Me quedo clavada al suelo.

No me puedo creer que ese David sea el mismo David borde que conocí en Londres.

Mis ojos se abren mucho, mi boca también.

¡Esto debe ser una broma!

Capítulo 20

David

Tengo que hacer un esfuerzo por centrar mi vista, por momentos se me nubla. No me puedo creer que la mujer del hospital, la amiga de Nicole, esté delante de mí. Miro a Hank buscando una explicación, pero parece tan confundido como yo.

—¿Tú? —logro decir al ver la expresión de esa mujer, que me mira como si tuviera delante al mismísimo diablo—. ¿Tú eres la restauradora de arte? ¿La amiga de Hank? ¿Tú? ¡No me lo puedo creer!

—¿Tú? ¿Tú eres el compañero de casa de Hank? ¿El que se portó como un imbécil en el hospital? —me dice alzando una ceja con un gesto desafiante que me llama la atención.

Hank permanece inmóvil entre nosotros, que nos encontramos frente a frente, a pocos metros de distancia.

—¿Has dicho imbécil? Qué maravilla, es la segunda vez que me insultas.

—¿Borde te gusta más? Porque borde no es un insulto, es el mejor adjetivo para definir cómo te comportaste en todo momento.

—Veo que ya os conocéis... —comenta Hank con su particular tono calmado.

—Sí, ya nos conocemos. Una experiencia muy agradable —comento con ironía mientras decido si debo sentarme, permanecer de pie o salir corriendo.

—¿Agradable? —repite ella—. No fui yo la que provocó que la situación fuera agradable. Yo no te humillé en el hospital negándome a darte información de un paciente del que estabas preocupado, ni tampoco te denuncié para que te inmovilizaran el coche.

—¿Yo te humillé? Te burlaste de mí haciéndote pasar por estudiante. ¿No podías esperar en la sala de espera como todo el mundo? Y yo no te denuncié. A mí no puedes culparme. Si hubieras aparcado donde debías, no te habría pasado.

—¿Qué te importa a ti donde aparco? ¿Es tuya la plaza?

—Que no sea mía no significa que tenga que quedarme de brazos cruzados cuando veo a alguien con tanta cara dura... —Me acerco un poco más a ella sin darme cuenta—. No entiendo de qué me acusas cuando la que me rayó el coche fuiste tú y la que me persiguió para tirarme encima un refresco, también fuiste tú.

—¿Yo? Yo no te perseguí. ¿De verdad crees que no tenía nada mejor que hacer? Qué arrogante eres... ¿Rayarte el coche? Necesitarías un microscopio de la NASA para detectarlo, deja de lloriquear por algo que no ha ocurrido. Menuda excusa más infantil.

—¿Lloriquear? El coche está aparcado ahí fuera, cuando quieras te lo muestro.

Se hace un silencio. Necesitamos respirar.

—Así que os conocisteis en el hospital... ¿Qué hacías en el hospital? —le pregunta Hank a ella.

—Nicole... Ya te lo conté.

—¡Ah! Cierto, no me acordaba.

—¿Conoces a Nicole? —le pregunto a Hank perplejo.

—Sí, la conozco. ¿Y tú?

Antes de que pueda contestar se adelanta ella.

—Sí, la conoce bien, era su novio y... la dejó.

—¿Has sido novio de Nicole? —me pregunta Hank más perplejo todavía.

—No, no, nada de eso. Nosotros dos...

—Ni siquiera te dignaste a visitarla —me interrumpe ella cargando de nuevo contra mí—.

¿Tanto te costaba? ¡Qué poca sensibilidad! Trabajas allí, podías haber asomado la cabeza.

—Esto es lo último. No sabes lo que estás diciendo —le recrimino molesto. Esta mujer me está empezando a poner muy nervioso.

—Sí que lo sé. Sé que eres el hombre que la dejó destrozada.

—¿Destrozada? Si está destrozada no es mi problema ni mi responsabilidad.

—¡Qué sensibilidad! Esto es increíble —comenta indignada.

—No os caéis muy bien, ¿verdad? —interviene Hank para llamar nuestra atención. Se sienta en una silla que arrastra hasta un punto intermedio entre ella y yo y se cruza de piernas con total tranquilidad.

—No, claro que no me cae bien. Si vieras cómo me trató en el hospital...

—Te equivocas. Tú te colaste en mi territorio. Aparcaste donde no debías y me rayaste el coche.

—Te equivocas, aparqué donde pude porque estaba desesperada y ni siquiera rocé tu coche.

—Te hiciste pasar por estudiante para tomarme el pelo.

—Te equivocas, fuiste tú, que no te enteras de nada, el que me confundió con una estudiante.

—Trozaste conmigo para echarme el refresco por encima.

—Fue un accidente, si no hubieras ido tan deprisa... Y tú me denunciaste y me costó doscientas libras tu entretenimiento. ¿Es que no tenías nada mejor que hacer? Parecía que había muchos estudiantes esperándote.

—¿Tú no podías esperar y seguir los protocolos?

—Te negaste a darme información, estaba preocupada. ¿Qué clase de médico hace eso?

—¿Uno que sigue el protocolo y no da información a nadie que no sea familiar o persona autorizada?

—Venga, ¡menuda estupidez! ¿Es que un amigo no puede acompañar a un paciente y esperar a que le informen de su estado? ¡Estaba muy grave!

—¿Grave? —pregunta Hank.

—No, no lo estaba.

—¿Y tú qué sabes? Ni siquiera la visitaste, fue el doctor Ransey quien me informó. Él sí se saltó ese dichoso y absurdo protocolo.

—¿También conoces a Andrew? —le pregunta Hank a ella.

—Sí, lo conozco. Un hombre encantador, amable, profesional... Igualito que este.

Se hace un nuevo silencio. Espero que sirva para calmarnos porque no estoy dispuesto a escuchar de nuevo las mismas absurdas acusaciones, ya hemos hecho dos series de lo mismo.

Dos minutos. Ese es el tiempo que permanecemos todos callados. Hank cómodamente sentado mientras nos mira, ella paseando alrededor de una mesa pequeña y yo, cruzado de brazos, apoyado en la mesa central.

—Bueno, ya que no han hecho falta presentaciones... será mejor que te enseñe tu casa,

Ashley —interviene Hank de forma resignada.

—Sí, será lo mejor. A menos que este señor que está tan indignado con mi presencia, llame al dueño de la casa para pedirle que no me permita alojarme; a saber, qué puede inventarse.

¿El dueño de la casa? ¿Por qué dice eso esta mujer?

Busco la mirada de Hank rápidamente. Él parece también sorprendido y se encoje de hombros haciendo una mueca que me deja claro que no sabe a qué se puede referir.

—¿Eso es lo que crees que voy a hacer? —le pregunto a ella intentando aclarar lo que ha dicho.

—No me sorprendería, mucho más sabiendo que no tengo alojamiento.

—No me lo puedo creer —exclamo sorprendido de que esa mujer me considere un monstruo. Si la única que se ha quejado y mostrado impertinente ha sido ella desde que pisó el aparcamiento... —. Puedes alojarte tranquila, no voy a decirle al «dueño» que la casa de invitados la va a ocupar una mujer que no está muy centrada y que solo suelta incoherencias por su boca.

Me mira con la boca abierta.

—Me alegro, cuánto te lo agradezco. Es todo un gesto viniendo de alguien tan arrogante y borde como tú.

Hank se levanta.

—Fin del combate. Ashley, vayamos a ver tu casa.

Ella me fulmina con la mirada y se dirige a la puerta.

—Dame unos minutos, Ashley, quiero hablar con David.

—Tomate los que quieras, yo prefiero no verle la cara —dice antes de salir—. Voy a buscar las maletas.

Hank me mira fijamente.

—No sé qué decirte, David —me confiesa—. No tenía ni idea de que erais tan amigos...

—Vaya, lamento la situación, no ha debido ser cómodo para ti. La conocí en el hospital, estaba allí por su amiga. ¿De verdad conoces a Nicole?

—Sí, así es.

—¿Sois amigos?

—No, no somos amigos, es amiga de Ashley. ¿De verdad la conoces tú? ¿Ha dicho que fue tu novia?

—Prefiero no hablar de ello, Hank, es una larga historia. Tantas casualidades me están mareando —le confieso.

—Sí, son muchas casualidades. Siento que hayáis empezado así.

—¿Ashley es la gran artista que va a trabajar en el palacio? —le pregunto con ironía—. ¿Estás seguro? No da el perfil.

—Estoy seguro, es ella. Va a trabajar en el fresco de la sala de los espejos y en la restauración de otras pinturas de la colección nueva.

—¿Tiene la misma sensibilidad con el pincel?

—Sé que ahora no habéis conectado, pero si la conoces mejor, verás que es una mujer increíble. Y es una artista impresionante, viene con muy buenas recomendaciones, ya te hablé de ello.

—En el hospital me dijo que había venido en barco desde Nueva York...

—Sí, pero eso también tiene una larga historia.

—¿Quién viene en barco desde Nueva York para trabajar aquí?

—Ella, pero que no te confunda, que Ashley es una tía alucinante en todos los aspectos: algo

inquieta, impulsiva, pero... La adoro.

—No lo dudo, pero a mí me parece que es...

—He dicho que la adoro, David —me interrumpe con un tono severo—. Y a ella le diré lo mismo de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Que si a ti te estoy diciendo que la adoro y que es maravillosa, a ella le voy a decir lo mismo de ti. Eso quiero decir.

La situación da un giro inesperado ante la llamada de atención de Hank.

—¿Me adoras? —le pregunto para romper el hielo que se ha creado entre nosotros y consigo que sonría—. De acuerdo, te he entendido. ¿Qué ha querido decir con eso de avisar al dueño de la casa?

—Ha dado por hecho que tú no eras el dueño. Yo no le he hablado de ti y... tampoco le he mencionado de quién era la casa, solo que la compartía contigo. No es algo que yo haya ni aclarado ni desmentido. No sé, debe ser una conclusión de ella.

—¿Cuándo me vio en el hospital no me relacionó contigo?

—No veo por qué, yo con ella no hablo de ti, ya me conoces. Y desde que supe que iba a trabajar en el palacio, mucho menos.

—¿Entonces es una casualidad que sea amiga de Nicole y tuya y que haya terminado en mi casa y nos conociéramos sin saber nada el uno del otro en el hospital?

—David... eso es lo que se llama un cúmulo de casualidades, si hay alguna conspiración detrás la desconozco. Pero te aseguro que no será por parte de Ashley.

—Lo sé, es que me cuesta creerlo.

—Si quieres, le aclaro que eres el dueño o... hazlo tú mismo.

—No hace falta que se lo aclares. Si sabe que la casa es mía, es capaz de destrozarla.

—No estás hablando en serio...

—No, claro que no, pero ya que va a trabajar en el palacio... mejor que sepa poco sobre mí. Supongo que me entiendes. Allí se relacionará con personas y...

—De acuerdo. De todos modos, le ayudaré a buscar un alojamiento, no te preocupes.

Ese comentario me llega en forma de bofetada. Como si hasta el momento no hubiera sido consciente de la situación porque solo he pensado en mí.

—Hank, no es lo que pretendo. Siento haberte confundido, pero no me importa que se quede. El problema del alojamiento debe ser el mismo que hace unos días, así que no ha cambiado nada. Me cae mal, no voy a negarlo, las circunstancias en las que nos hemos conocido no han sido las mejores, pero por mí puede quedarse. No sé si soportaría vivir bajo el mismo techo, pero la casa de invitados está en el jardín, no necesito compartir nada con ella. Si ella está de acuerdo, puede quedarse. Por mí no hay ningún problema, repito. Siento haberte hecho sentir mal.

Hank se acerca a mí y me da uno de sus abrazos rápidos.

—No te preocupes. Voy a acompañarla a la casa, debe estar esperándome. ¿Me das las llaves? ¿O prefieres ir tú?

Me echo a reír y le doy lo que me ha pedido.

Cuando desaparece de mi vista, me siento junto al fuego e intento hacer un balance de lo que ha ocurrido. Es todo tan casual que hasta me asusta.

La amiga de la que me había hablado, la que iba a trabajar en la fundación, resulta ser amiga de Nicole y coincidimos en el hospital donde trabajo porque Nicole ingresa de urgencias... Me la encuentro en el aparcamiento, me raya el coche, me incordia delante de los estudiantes y después me tira un refresco por encima. Me acusa de haberla denunciado y me llama auténtico gilipollas

delante de Andrew.

Y resulta que Hank también conoce a Nicole... ¿Por qué nunca antes lo descubrí?

No sé por qué me pregunto algo así, la respuesta está clara. Yo no suelo hablarle a Hank de mis... aventuras, ni él a mí de las suyas, excepto si está presente Andrew y nos animamos todos a contar alguna anécdota. Andrew es el que siempre anima la fiesta.

Lo que está claro es que esas acusaciones que me ha lanzado respecto a Nicole dejan ver claramente que ella me conocía cuando llegó al hospital.

Eso nadie me lo puede discutir, así que espero que deje de hacerse la ofendida por mi actitud porque el único que tiene motivos para estar molesto soy yo.

No se lo voy a poner excesivamente difícil por respeto a Hank, pero tampoco va a ser un camino de rosas.

Si no fuera tan antipática...

Si no fuera la amiga de Nicole...

Si no fuera tan guapa... ¿Guapa?

¿En qué estoy pensando?

Capítulo 21

Ashley

—Eso es exactamente lo que ocurrió —le digo a Hank después de contarle el relato con detalle de mis encuentros con el doctor mientras disfruto del calor de un generoso y maravilloso fuego.

Es lo que más me ha gustado de la casa, aparte de la buena distribución y la sensación de hogar que transmite. Necesita varias reformas, especialmente un cambio de mobiliario. Da la sensación de viajar un siglo en el tiempo, pero es funcional y más de lo que podría pedir dadas las circunstancias.

—Joder, qué pequeño es el mundo —me comenta negando con la cabeza.

—¿Qué te parece? ¿Entiendes que me haya alterado cuando lo he visto?

—Ashley, él tiene su versión y tú la tuya. Os habéis caído mal y ya está. No voy a entrar en ello. Es mi amigo, le adoro, y a él le he dicho lo mismo de ti.

Ese comentario me hace sentir una punzada de dolor en el pecho. No por ver la neutralidad de Hank, que no esperaba otra cosa, y además me parece razonable, sino porque evidencia que se siente incómodo estando en medio de los dos. Por mucho que me cueste entender que ese tío sea su amigo, debo respetarlo.

—Le hizo mucho daño a Nicole, estaba destrozada. ¿Nunca te ha hablado de ella?

—Ashley, jamás antes habíamos hablado de Nicole. No tenía ni idea de que salía con ella, ambos somos algo reservados para esos temas. Es un cúmulo de casualidades. De todas formas, Nicole está destrozada la mayor parte de su vida. Si no tiene un drama, no es feliz.

—Exageras. Estaba mal, muy mal, no dejaba de repetir que era el amor de su vida, que eran felices, que habían hecho planes y que un día, sin más, la dejó diciéndole que no volverían a verse. Eso la ha llevado a descuidar su medicación y su dieta para la diabetes y a tener una crisis importante, más de una. Preguntó por él en el hospital, pidió que le pidieran que pasara por la habitación a visitarla, pero no se presentó. Me parece triste. Sé que no te cae bien, pero no es una tontería de Nicole, créeme.

—Esa es la versión de Nicole, no conoces la de David.

—A ver qué te cuenta a ti...

—No me va a contar nada, no se lo voy a pedir, no me interesa. Y si lo hiciera... tampoco te lo contaría. No es asunto mío, Ashley. Si quieres conocer la otra versión, pregúntasela tú, pero a mí los dramas de esa chica me importan poco. Me aburre soberanamente la gente así.

No me impactan sus palabras, ya conozco el carácter de Hank, pero tenía esperanza de que él le diera su versión de los hechos, solo por curiosidad. Desde luego yo no se la voy a pedir.

—Ese hombre trabaja en Londres, ¿por qué comparte casa contigo?

—Para empezar, ya no trabaja en Londres. Dentro de unos días empezará a trabajar en un centro médico, cerca de aquí. Ha hecho un cambio.

—Pero antes sí trabajaba en Londres, ¿cierto?

—Durante la semana estaba en Londres, en su apartamento, y los fines de semana se evadía aquí.

—¿Por qué aquí?

—Le gusta, pasó tiempo aquí con su familia. ¿Pensabas que había otro loco capaz de trabajar en Londres y vivir aquí?

—Sí, empezaba a consolarme la idea de que no era la única que se lo había planteado, aunque a la inversa. Sé que era un error. Cuando vi el retraso del tren, me pareció una locura.

—En coche es peor, salir de Londres te puede costar la vida.

—¿Cómo conociste a ese hombre?

—Me lo presentó Thomas, es el compañero con el empecé en el castillo. Ellos se conocen desde hace muchos años. Thomas organizó alguna que otra fiesta, aquí o en Londres y... coincidimos y nos fuimos haciendo amigos. Lo creas o no, David es un tío increíble en muchos aspectos.

—Aun así... mañana buscaré un alojamiento.

—No, no lo harás —me suelta rotundo—. Te quedas, al menos, durante un par de meses. Si después quieres alojarte en lo que te ofrezca la fundación es cosa tuya, pero ahora no veo motivos. Solo porque os caigáis mal y choquéis no debes buscar ningún alojamiento. No vais a compartir cama.

—No, joder, ni lo menciones, me dan náuseas.

Hank se echa a reír y se levanta dispuesto a marcharse.

—Te he comprado algunas cosas básicas para comer que encontrarás en el frigorífico y en la despensa. Mi idea era que cenáramos los tres juntos, pero visto el éxito de vuestro encuentro, será mejor no hacerlo.

—Gracias, Hank. Siento haberte puesto en una situación comprometida.

—Es asunto vuestro como os llevéis. Todos somos mayorcitos.

Me guiña un ojo y desaparece por la puerta. Por años que haga que lo conozco siempre hay alguna situación en la que me resulta imposible saber qué está pensando. Esta es una de ellas. No sé si está disgustado o simplemente le da absolutamente igual.

Me siento mal, muy mal. Estaba tan asqueada cuando he visto a ese tío, al doctor borde, que ni siquiera he pensado que Hank podía incomodarse. Me ha buscado un alojamiento, se ha preocupado por mí. Tengo un techo gracias a él... y el doctor no ha puesto objeción, de lo contrario, no habría podido alojarme aquí. Claro que, estoy a bastante distancia, no sé por qué iba a poner objeciones...

Esta casa es más de lo que podría aspirar a tener hace unos días, incluso en todo momento. El apartamento de Nicole era estupendo, pero cada vez me doy más cuenta de lo descabellado que fue pensar que podría desplazarme diariamente hasta Londres sin morir en el intento.

Ni siquiera el alojamiento de la fundación me hubiera brindado tanta privacidad; tenía que compartirlo con otra persona.

Tengo que animarme, tengo que ser positiva. Si entro en esa parte de mi mente que se empeña en preguntarse por qué desde que llegué a este país todo ha salido al revés... Voy a acabar llorando.

Y no pienso hacerlo. Mañana empiezo un sueño, el de un trabajo que me han confiado y que supone mucho para mí.

En esa casa-palacio hay arte por todas partes y quiero impregnarme de él sin que nada me lo impida.

Sí, estoy bien. Todo va a mejorar.

Aún no me creo que ese doctor sea el compañero de Hank, ni el exnovio de Nicole, ni el gilipollas que...

¿Por qué no me lo pudo quitar de la cabeza?

Capítulo 22

Ashley

No sé cómo voy a ser capaz de subir, aunque solo sea un escaloncito, mi moral, la misma que vaga por los suelos como un fantasma harto de deambular por este mundo.

¿Cómo no me voy a sentir así?

Otro imprevisto.

Otra decepción.

Otro contratiempo de los que ¿duelen?

Salgo de la ducha después de treinta minutos exactos debajo del agua caliente, algo arrugada y sin dejar de pensar en mi primer día de trabajo para la fundación.

Mi reunión con el señor Carter ha sido provechosa. Es un hombre poco hablador, de palabras justas, ni una más, pero es amable y me ha hecho sentir bienvenida. Me ha proporcionado detalles de todo lo relacionado con la fundación, la casa-palacio, mi trabajo y también el de las otras personas que forman parte del mismo proyecto o de los proyectos paralelos que se están desarrollando en el interior de esa majestuosa casa del siglo XV.

La casa-palacio Lyndhurst.

Suena bien, me gusta su nombre.

Es una impresionante obra arquitectónica: su fachada, sus techos altos y abovedados, su escalera de mármol... Posee al menos treinta estancias, todas ellas decoradas con muebles de madera tallada a mano, tapices, candelabros...

Hay varias estancias repletas de colecciones de arte preciosas, incluyendo obras maestras de artistas renombrados y también esculturas.

La sala en la que yo voy a trabajar está completamente vacía de mobiliario. En el techo ovalado se despliega un fresco impresionante que representa una escena celestial con ángeles y seres divinos con destellos dorados por todas partes. Está inspirado en las grandes obras de los maestros renacentistas. Ese fresco fue un encargo de la familia a Joris Hoefnagel, un maestro del siglo XVI. Tiene un gran valor, principalmente porque se aleja mucho de su estilo, empezando por el hecho de que sea un fresco y terminando por la escena que representa, muy alejada de sus obras paisajísticas.

¿Dónde está mi decepción?

Más debajo de ese fresco en el techo. Ahí está mi decepción. En el lugar que me han destinado a trabajar.

En la parte inferior de una de las cuatro paredes de esa sala, se encuentra otro fresco que ha permanecido cubierto por espejos desde hace más de dos siglos.

Ese es mi objetivo al parecer: restaurar ese fresco una vez que se han extraído los espejos que lo cubrían.

Esa ha sido mi decepción.

Mi gran decepción.

El haber creído que ese fresco era igual que el que hay en el techo, la obra de Hoefnagel. Eso es lo que yo creí entender cuando hablé por primera vez con el señor Carter. El que tengo que restaurar es posterior, sin valor histórico ni artístico y está agujereado por todas partes debido al «listo» que decidió cubrirlo de espejos.

En un principio, he creído que esos espejos tenían como función realzar el fresco del techo mediante el juego de reflejos, pero el señor Carter me ha dicho que la función no era otra que ocultar una puerta que conduce a una especie de sala secreta, una que se descubrió hace relativamente poco tiempo, que ha albergado durante siglos una colección de pintura del siglo XV, concretamente de Memling, un maestro de la escuela flamenca.

Alguna de las generaciones que habitó ese palacio decidió ocultar esa colección. De hecho, descubrirla ha sido el motivo por el que los actuales dueños de la casa, que son los mismos que le dan nombre a la fundación y a una empresa privada, han decidido habilitarlo y abrirla en breve al público.

Estoy deseando ver esa colección. Los maestros de la escuela flamenca, se podría decir que son mi especialidad junto al renacimiento. No todo iban a ser decepciones, al menos eso me hace ilusión. El señor Carter me ha asegurado que me la mostrará muy pronto.

La segunda decepción ha llegado cuando me he enterado de que no voy a trabajar en la restauración de ninguna de las obras que alberga el palacio.

Ante mi insistencia solo me han dicho: «Quizás».

Ese «quizás», me ha roto. No es lo que me habían dicho que iba a hacer. También me ha dicho que hablaría con el señor Wallace, la máxima autoridad en el palacio, junto a los dueños, pero Hank me ha dicho que es un hombre insoportable y muy difícil de tratar.

¿Demasiado bonito para ser cierto?

Puede que haya sido demasiado ingenua al creer que sin ser una personalidad en la materia me iban a asignar la responsabilidad de restaurar unas obras de arte de esa magnitud. Mucho menos siendo a través de un acuerdo de intercambio que tiene la fundación con el museo de Los Ángeles.

Entonces, ¿por qué me mintieron?

Nada ha salido como esperaba.

Escucho unos golpes en la puerta, debe tratarse de Hank.

Lo encuentro con una sonrisa que conozco bien, está tramando algo.

Le he contado todo lo que ha ocurrido durante mi primer día en el palacio y sé que pretende animarme. Él se ha sorprendido tanto o más que yo. Él también tenía entendido que me iba a ocupar del fresco del techo ovalado y de otras obras.

—¿Cenamos juntos?

—¿Dónde?

—En mi casa. David ha cocinado. Es un crack en los fogones.

Me aparto de la puerta para que pueda pasar. No estoy segura de haberle entendido bien.

—¿Has dicho que David ha cocinado? ¿Qué David? ¿Tu amigo el doctor borde?

—¿Qué tal si lo intentamos de nuevo? David es un gran cocinero y hemos pensado que estaría bien que cenáramos los tres para limar asperezas.

—¿Limar asperezas? ¿A qué viene esa cursilada, Hank? ¿Qué quiere decir «hemos pensado»?

—Joder, Ashley, solo te estoy invitando a cenar.

—No sé si es buena idea que ese hombre y yo nos sentemos juntos a cenar, no nos soportamos.

—¿Y tiene que ser así siempre? —Se da la vuelta para salir—. Bien, respeto tu decisión.

—Espera, no te vayas —Le cojo del brazo—. De acuerdo, iré, pero dile que se comporte.

—¿Tú también lo harás?

—Yo siempre me comporto.

—Claro... ¿Cómo he podido dudarlo?

—¿Por qué no estás de mi parte?

—Porque ni conozco ni me interesa esa absurda batalla.

—Eres único para darme argumentos y acabar de convencerme.

—Dentro de una hora —me informa con una sonrisa de triunfo antes de marcharse.

—Lo quieres a él más que a mí... ¿Dónde está mi Hank? Me lo han cambiado.

Escucho cómo se está riendo mientras se aleja.

Esa sonrisa me indica que he hecho bien en aceptar. Lo último que me apetece en este momento es verle la cara a ese hombre, pero sé que esta situación es molesta para Hank. Me siento como si hubiera irrumpido en su vida y es una sensación que no logro quitarme de encima.

El sonido del móvil me sobresalta. Me gustaría que se tratara de Kelsi, pero está de viaje y su agenda está algo apretada. El cambio de horario no ayuda mucho a la hora de tener una conversación telefónica.

Se trata de Nicole. Miro mi reloj. Son las once de la mañana en Los Ángeles.

—Nicole... ¡Qué alegría! ¿Cómo estás?

—Bien, Ashley, mucho mejor, me siento más fuerte. Solo quería saber qué tal te va. Me marché muy rápido y apenas pude despedirme de ti.

—Bien, me va bien. Estoy en Rye, dejé el apartamento de Londres.

Evito contarle que tengo a su «David» a pocos metros de mí.

—¿Por qué?

—Me llamó tu casera y me dijo que era una cuestión de contrato y que no podía quedarme.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Supongo que eso te supuso muchas molestias.

—No, ha sido lo mejor. Estoy más cerca del trabajo. Al no poder estar contigo, me he planteado otras cosas. ¿Has estado en Rye?

Reconozco que es mi forma de tocar el tema del doctor, no se me ha ocurrido otra.

—No, nunca.

Esa es la respuesta y detrás un silencio que no sé cómo romper.

—Aparte de tu salud, ¿cómo llevas... lo otro?

—¿El qué?

—Lo de tu ruptura con... tu novio.

—Sigo pensando en él, no puedo evitarlo. Con él fui feliz, Ashley, me sentía plena, me sentía libre, me sentía yo misma. Él me llenaba de todas las maneras e hizo que me planteara por primera vez un futuro. Era tan cariñoso, tan detallista...

¡Dios! Qué manera de expresarlo.

—¿Y qué pasó exactamente? —le pregunto con mucha curiosidad.

—Que se fijó en otra.
—Eso no me lo habías dicho, me dijiste que te dejó sin más.
—Sé que hay otra mujer, por eso me dejó.
—¿Te lo dijo él?
—No, pero yo lo sé, Ashley.
—Vaya, lo siento. ¿Salisteis mucho tiempo?
—No salimos, Ashley, éramos novios.
—Pero... ¿Novios de estar comprometidos?
—Novios sencillamente.
—¿Cuánto tiempo?
—Una eternidad, Ashley, la que íbamos a estar juntos y estropeó.

Los siguientes minutos tengo que volver a escuchar lo mucho que lo quiere y lo extraña en diferentes formatos.

Me rompe el alma escucharla. Aunque sé que es algo exagerada, no me queda duda de que lo está pasando mal. Y todavía me siento peor porque no soy capaz de contarle que estoy viviendo en la casa de al lado del doctor-novio infiel.

—¿Vas a volver a Londres algún día? —le pregunto desesperada por cambiar de tema.
—Quizás.

Detrás de ese adverbio, Nicole se despide de mí.

Me siento algo aturdida. Sé que Nicole lo ha pasado muy mal con el doctor y con su enfermedad, pero parece otra persona. Es como si estos dos últimos años en Inglaterra la hubieran cambiado.

Está muy apagada. Sus conversaciones son escuetas, como si le costara una vida seguir el hilo. Excepto cuando habla de él, en ese caso no hay quien la detenga.

¿El doctor la dejó por otra? ¿Por qué Nicole no me lo dijo aquel día? Puede que lo haya descubierto después y por esa razón no es capaz de levantar cabeza. ¡Pobre Nicole!

Me dirijo al dormitorio dispuesta a darle un toque mágico, de los milagrosos, a mi aspecto.

Estoy agotada. Todavía no me he recuperado físicamente del dichoso viaje en barco, y ya han pasado unos diez u once días.

Estoy tan decepcionada...

Y pensar que tengo que cenar con ese capullo...

Capítulo 23

David

«Me gustaría invitar a cenar a Ashley», esas han sido las palabras mágicas que ha pronunciado Hank.

El tono de voz que ha empleado ha sido suficiente para que aceptara sentarme a la mesa con su odiosa amiga; incluso me he ofrecido a preparar la cena.

Lo he hecho porque entiendo que su situación no es muy cómoda. Hank ha estado a mi lado cuando más necesitaba que me escucharan... No puedo negarle un poco de cordialidad con su amiga, aunque reconozco que me supone un gran esfuerzo; creo que se debe en mayor parte al hecho de que sea amiga de Nicole.

En cualquier caso, no tengo que convivir con ella, eso no lo hubiera aceptado bajo ningún concepto. La casa de invitados se encuentra a una distancia más que suficiente para que no tengamos que coincidir, y si Hank cree que podemos compartir una cena de vez en cuando... creo que podré soportarlo, pero confieso que no me apetece.

Los golpes en la puerta me sobresaltan. Debe ser nuestra invitada de honor. ¿Por qué no utiliza el timbre? Es de un tamaño considerable.

Escucho la voz de Hank que proviene de su dormitorio. Me toca recibir a mí a la invitada.

Abro la puerta y le sonrío. El primer esfuerzo no ha sido difícil.

Antes de dejarla pasar señalo el timbre que hay en un lateral de la puerta.

—Es más práctico si usas eso. —No he podido contenerme.

—Es evidente que golpear con los nudillos también lo es, de lo contrario no me hubieras abierto. Señal que los has escuchado —me dice cambiando su expresión y convirtiéndola en una más desafiante.

Me aparto para que entre y me muerdo la lengua. Tengo que contenerme o el sentido de esta cena se va a desvanecer.

—Ashley... —le digo acompañando el gesto de dejarla pasar.

—Doctor... —me dice pasando al lado de mí.

—¿Llamarme «David» te supone algún problema?

—El nombre no, la persona... ¿Quieres que entre en detalles?

Me muerdo la lengua una vez más. Hank debe estar a punto de aparecer.

—¿Dónde está Hank?

—Se ha marchado. ¿No te apetece cenar conmigo a solas?

—Claro, no te imaginas lo mucho que lo deseo.

—¿Quieres tomar algo mientras llega Hank? Está hablando por teléfono, una llamada de trabajo.

—No, gracias.

En estas dos últimas frases, ambos hemos hecho un esfuerzo.

—Acomódate, siéntete en tu casa. Voy a terminar de preparar la cena.

—¿Por qué me has invitado a cenar?

Me doy la vuelta sonriendo con cinismo.

—¿Te sorprendería si te dijera que ha sido idea de Hank?

—¿Por qué has aceptado?

Su expresión es muy serena, parece que necesita conocer mis intenciones.

—Te seré sincero... Quiero seducirte, conquistarte... ¿Crees que lo conseguiré?

—Claro que lo conseguirás, a mí se me conquista con poco esfuerzo... A menos que alguien sea un estúpido arrogante y borde... En ese caso te va a costar. Pero tú no lo eres, ¿verdad?

—¿Por qué has aceptado venir tú?

—Por lo mismo, para conquistarte y seducirte. Hace días que lo tengo en la cabeza y no he querido perder la oportunidad.

—Eso explicaría esa persecución que me tenías en el hospital.

—¿Persecución? ¿A qué narices te refieres?

—¿Negarás que no sabías quién era e intentaste fastidiarme cuanto pudiste?

—¿Yo? Tú tienes un problema muy grande. Yo no te conocía de nada...

—Claro, tu amiga no te había hablado de mí.

No estoy muy satisfecho del planteamiento, si tuviera que repetir lo que he dicho, probablemente lo plantearía de otro modo, pero ya es tarde. De alguna manera, mi subconsciente se ha dirigido a Nicole.

—Sí, me habló de alguien que le había hecho mucho daño, pero no tenías nombre, ni cara. Cuando me encontré contigo en el aparcamiento solo vi a un borde con ganas de fastidiar, nada más. No te relacioné con nadie. ¿Qué es lo que crees que pasó?

—Que sabías quién era y viste la oportunidad de fastidiarme, empezando por rayarme el coche, seguramente con cierta influencia de tu amiga.

—Mi amiga estaba inconsciente en el hospital, ¿qué estupidez es esa?

—¿Me quieres hacer creer que no te había hablado de mí?

—Ya te he dicho lo que sabía de ti.

—¿Y dices que no sabías cómo me llamaba?

—Pues... no, aunque no te lo creas. Y para tu información, mi amiga y yo teníamos temas más importantes de los que hablar que tú. Digamos que solo saliste en alguna conversación.

Se está contradiciendo, y por su expresión, deduzco que se ha dado cuenta. Yo tampoco me siento orgulloso de mi discurso, pero ya es tarde.

—Ya. ¿Pretendes que me crea que no sabías quién era desde el primer momento? Todo han sido casualidades...

—No pretendo nada, me da igual lo que creas. Me di cuenta que era tú el último día, cuando le dieron el alta. Después de encontrarme contigo en el ascensor y escuchar uno de tus episodios de amabilidad. ¿Lo recuerdas? Ese día Nicole dijo tu nombre completo. Ahí descubrí que eras la misma persona.

—Sois amigas y... nunca me ha nombrado. Ingresa en el hospital y no te dice que trabajo allí...

—Te vuelvo a decir que teníamos temas más importantes que tú.

—Para importarle tan poco a tu amiga, no entiendo por qué les pidió a mis compañeros que me dieran el aviso de que pasara a visitarla.

Va a abrir la boca, pero se detiene y espera. Está procesando lo que le he soltado.

—¿Eso hizo? No lo sabía —confiesa. Parece sincera—. Reconozco que eso fue una estupidez.

—Como todo lo que hace tu amiga.

—¿Cómo puedes hablar así de ella? Joder, te has portado fatal con ella, al menos córtate un poco. Me resulta muy difícil entender que se enamorara de ti, es algo que no me explico, pero podrías mostrar un poco de respeto. Lo ha pasado muy mal.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso?

—Tú eres la causa.

—No sé qué clase de amistad tenéis, pero te falta mucha información.

—Proporcionámela tú.

—¿Yo? Yo no tengo ningún interés en aclararte nada, eres tú la que estás reprochando eso continuamente. Tu amiga no me importa absolutamente nada.

—¡Qué sensibilidad! Ha estado muy enferma...

—¿Cuándo volverá a estarlo? Estoy seguro de que dentro de poco vuelve a ingresar en el hospital... Por suerte, yo ya no estaré.

—Está en Los Ángeles, para tu información. Y no veo por qué tendrá que ingresar...

Esa afirmación me sorprende y me agrada a partes iguales.

Esta conversación no parece tener fin. Ni ella ni yo tenemos interés en sentarnos a la mesa juntos, ni ella ni yo nos vamos a caer bien jamás, pero...

El motivo de que estemos hablando en este momento aparece por la puerta.

—Veo que ya habéis enterrado el hacha de guerra... ¡No sabéis lo feliz que me hacéis!

Esa observación por parte de Hank, deduzco que a ambos nos impide seguir con nuestra batalla dialéctica. No sé ella, pero yo me he dado cuenta de que Hank está afectado por este desencuentro. Él no suele intervenir ni implicarse de esa manera.

—Bienvenida, Ashley —le digo con ironía.

—Gracias, doctor... No sabes cuánto me halaga que te hayas tomado tantas molestias y hayas cocinado.

—No es molestia, Ashley... Y ahora, si me disculpáis, voy a terminar de preparar la cena.

Desaparezco contemplado la sonrisa irónica de Hank. No sé cómo va a acabar la velada, pero me resulta imposible creer que en algún momento me va a caer bien esa mujer. No decía más que tonterías, y se contradecía continuamente.

Decido retroceder para recoger una bandeja de una de las vitrinas que se encuentra en el salón, pero me detengo al escuchar sus voces susurrantes. Tengo curiosidad en saber qué le está diciendo ella, puede que le esté dando quejas sobre mí...

—¿Estás mejor? —le pregunta Hank.

—Pensaba que me ibas a regañar...

—Sois mayorcitos, haced lo que queráis. Si no os soportáis... pues que así sea.

—Puede que hoy no sea mi mejor día...

—¿No estás más animada?

—Supongo que no. No me esperaba que me asignaran ese trabajo.

Eso me llama la atención y sigo escuchando.

—Se arreglará, ya lo verás.

—Eso espero, Hank, tirar un sueño a la basura, de esta manera... Quizás soy demasiado ingrata y debería valorar...

—No fastidies, Ashley. Tú te basas en lo que te prometieron, si no cumplen te puedes quejar hasta caer rendida.

No sé de qué hablan, pero me interesa. Espero que Hank se anime después a contármelo.

En cuanto a ella... Me parece increíble escucharla. Es la primera vez que su tono es normal, claro que, no está hablando conmigo.

Sigo atento unos segundos más, pero solo escucho el sonido de un móvil y a ella disculpándose para atender la llamada.

Sale de la casa. Puede que sea una llamada personal. ¿Su novio?

Como si a mí me tuviera que importar.

Capítulo 24

Ashley

—Ashley, espero no molestarte —me dice la madre de Nicole nada más descolgar.

Me encuentro bajo el pórtico de la entrada de la casa y me arrepiento de haber buscado intimidad en este lugar. Como siempre, la lluvia está presente y hace frío.

—¿Ocurre algo? —le pregunto alarmada.

—No, no te preocupes. Sé que Nicole ha estado hablando contigo y quería comentarte algo.

—Ajá —le digo intrigada.

—¿Nicole te ha hablado de ese hombre cuando te ha llamado? El hombre con el que ha estado saliendo en Londres, un tal David, el médico.

—Yo... sí, algo ha comentado de él, ¿por qué?

—Estamos preocupados, Ashley. No consigo que se quite a ese hombre de la cabeza. Ha sido un golpe para ella, pero necesito que se olvide de él. Su psicólogo nos ha dicho que debemos quitarle importancia cuando hable de él, que no le conviene y que es mejor que se mantenga ocupada en otras cosas.

—¿Psicólogo?

—Sí, es el psicólogo de la familia y he creído que le vendría bien que la asesorara, yo soy incapaz. Estoy harta de escucharla hablar de ese maldito médico. Sé que estaba muy ilusionada con él y ha sido duro para ella, pero no puede estar así por un hombre. ¡Todos son iguales! En cuanto encontró a otra más bonita... Y pensar que nos lo iba a presentar en mayo...

—¿A presentar? Vaya, si le soy sincera no conozco tantos detalles. Nicole me habló de esa relación cuando llegué a Londres y ya se había acabado. No sé cuánto tiempo ha durado...

A ver si esta vez soy capaz de enterarme...

—A nosotros también nos habló hace poco de él. Por lo que decía era un médico encantador y estaban muy bien juntos, pero de la noche a la mañana rompió con ella. Solo quiero que se olvide de ese cretino, por eso te he llamado. Siempre que te hable de él, intenta evitar el tema o quitarle importancia, te lo ruego.

—Claro, eso es lo que haré. Yo... creo que pronto se le irá de la cabeza, mucho más estando tan lejos de él.

—¿Has tenido oportunidad de conocerlo?

—Yo... sí, en el hospital, Nicole me dijo quién era, pero... solo eso.

¡Madre mía! Lo que tengo que decir. ¿Cómo le voy a decir a la mujer que voy a cenar con él?

—Gracias, Ashley. No le digas a Nicole que te he pedido esto, se enfadaría.

—Pero... por lo demás, ¿está bien?

—Sí, la está visitando un especialista, el mejor endocrino del estado. Todo está bien, pero su

estado de ánimo ha hecho que descuide sus rutinas y su alimentación, de ahí sus recaídas.

Eso era justo lo que yo había imaginado.

Nos despedimos. Antes de entrar de nuevo, expulso el aire contenido en mis pulmones.

Me siento tan fuera de lugar cenando con ese hombre después de escuchar a esa mujer tan preocupada por su hija, pero... hay tantas cosas que no tienen sentido en esa historia. Mientras Nicole llora por todos los rincones, él habla con tanto desprecio...

Entro en el salón con un nudo en la garganta. No estoy en condiciones de sentarme plácidamente a cenar con ellos, pero no quiero hacer sentir mal a Hank.

Ha sido un día cargado de decepciones, en todos los sentidos.

—¿Todo bien? —me pregunta Hank. Debe haber observado mi expresión.

—Sí, sí, todo bien —le digo sin querer mencionar a la autora de la llamada.

—Te has mojado... —observa Hank.

—Solo un poco. ¿Aquí llueve todos los días? —pregunto retirándome algunos restos de lluvia de mi chaqueta.

—Casi todos, te acostumbrarás —confiesa Hank.

—¿Acostumbrarme? No, de eso nada. Una cosa es que te resignes y otra es que te acostumbres a ver el cielo siempre gris y esa maldita lluvia constante que para cuando te quieres dar cuenta te ha calado hasta el alma.

—¡Qué poético! —observa el doctor mientras entra en el salón con unas bandejas que deposita en una vitrina auxiliar, junto a la mesa.

Estoy a punto de soltarle algo, lo que sea, aunque simplemente sea un «gilipollas», pero me abstengo.

Odio esa gente que suelta las cosas para provocar y después se quejan de que los llares como se merecen. Al final la que insulta soy yo y la malhablada.

Hank me mira con una media sonrisa, sé que valora que me haya callado porque sabe lo mucho que me cuesta. Me pide la chaqueta y desaparece con ella en la mano, momento que aprovecho para decirle al doctor:

—Compórtate, yo tampoco estoy entusiasmada con tu compañía.

—¿No lo estás? ¿Ya has desistido de seducirme?

Pero... este tío tiene ganas de fiesta, no me queda la menor duda.

Entra Hank y nos llamamos los dos. Hank y yo nos sentamos alrededor de la mesa en absoluto silencio mientras el doctor sirve ensalada verde en cada plato, al tiempo que la adereza con el líquido que contiene un recipiente opaco. Debe tratarse de algún vinagre por su color. Deposita en el centro de la mesa una bandeja que contiene, a simple vista, un pastel de carne cortado en porciones y nos sirve una a cada uno.

—¿Qué es? —pregunto cuando observo el color del relleno del pastel. Es oscuro y... no me acaba de conquistar.

—Pruébalo primero —me ordena el doctor.

—Cuánto misterio...

—¿Vino blanco? ¿Vino negro? —me pregunta el cocinero girándose hacia donde están apoyadas las botellas que ha mencionado.

—¿Cerveza? ¿Coca-cola?

Me mira como si le hubiera pedido zumo de cocodrilo y se levanta para dirigirse a la cocina.

Solo tarda unos segundos en volver con una cerveza, el mismo tiempo que dedico a inspeccionar de nuevo el pastel.

—Espero que os guste —confiesa señalando el pastel y sonriendo. Hasta ahora se está comportando como cualquier anfitrión.

—A mí sí, pero Ashley es algo delicada para comer. Ya te lo he dicho. Quizás algo más sencillo...

—No soy tan básica, Hank. Me alimento bien.

—Ashley... ¿Estás afirmando eso de verdad?

—Es que no estás al día. Desde que te fuiste como mejor, mucho más sano.

—¿Tiene que ver con mi marcha? ¿Tanto me echabas de menos?

Nos echamos a reír Hank y yo.

—¿Qué comías antes? —me pregunta el doctor.

—Comida sabrosa y poco saludable.

—La comida americana no se distingue precisamente por ser saludable.

—La comida inglesa tampoco se distingue precisamente por chuparse los dedos.

—¿Cenamos? —nos dice con tono de cansancio Hank debido al tono que ambos hemos utilizado.

Asiento con la cabeza.

Comemos en silencio. Yo decido terminarme la ensalada antes de probar el pastel. Ellos lo alternan.

Cuando termino la ensalada miro al doctor:

—¿Qué carne es?

—Primero Pruébalo —me pide Hank.

—Está bien...

Pruebo un trozo. Lo mastico despacio. No consigo saber qué ingredientes lleva, pero sé que no me gusta.

Soy incapaz de tragármelo y no dejo de darle vueltas en la boca.

El doctor se ha dado cuenta y me mira con una sonrisa cínica.

—Se puede preparar de muchas maneras, aunque siempre existe la receta tradicional, claro está. A mí me gusta prepararlo con riñones solo, la carne de buey no suelo incluirla.

Empiezo a sentir un escalofrío en la nuca cuando oigo esa palabra.

—¿Riñones? —pregunto con dificultad, negándome a tragarme lo que tengo en la boca. Seguramente sea una bromita del doctor.

—Sí, es un pudín de riñones, *Kidney Pie*, es bastante tradicional en Reino Unido. Son riñones de cordero.

Miro a Hank y él asiente con la cabeza. Miro al doctor y muestra una sonrisa de triunfo.

—Está delicioso. Me encantan los riñones —Afirmando con tal de no satisfacer al doctor, aunque sin ser capaz de tragármelo.

Finjo masticar con apetito, pero lo único que aparece en mi cabeza es una bola de riñones triturados y condimentados dando vueltas en mi boca como si fuera el contenido de una lavadora.

El estómago empieza a oprimirme y siento una arcada.

—El baño está al final de ese pasillo —me informa Hank.

Salgo corriendo en esa dirección y me deshago de lo que tengo en la boca dentro del inodoro. Lucho con las arcadas.

Tardo poco en recomponerme, pero cada vez que me imagino los riñones de un cordero dando vueltas en mi boca se reanuda la sesión de arcadas.

Soy muy respetuosa con la comida, así me educaron, pero se ven claras las intenciones de ese hombre.

Vuelvo al salón y me siento despacio en la mesa.

—Ya me imaginaba yo que no te iba a gustar —me confiesa Hank.

—Lo has hecho a propósito, lo has hecho sabiendo que eso no me iba a gustar —acuso al doctor.

—Desconozco tus gustos. He decidido preparar un plato típico de nuestra gastronomía... Es lo habitual cuando quieres sorprender a alguien de fuera.

—¿Sorprender o joder? Eso solo es capaz de comérselo un inglés, y yo no lo soy. Hank es una excepción, se come cualquier cosa que no sea tóxica, pero él no cuenta.

Hank se echa a reír, seguramente se ha acordado de las muchas veces que hemos bromeado con su apetito insaciable y poco selecto.

—Lamento que no te haya gustado —me dice con una sonrisa que evidencia que el resultado ha sido el que había planeado.

—No lo lamentas... ¡Sé sincero!

—¿Tú no me habrías obsequiado con algo típico estadounidense si tuvieras que invitarme a cenar? ¿Una hamburguesa, por ejemplo?

—No solo comemos hamburguesas, doctor, infórmate bien.

—David vivió un año en Boston —me aclara Hank.

—Pues entonces deberías saberlo.

—Vaya, tengo la sensación de que debo disculparme por haber preparado una cena con tanta ilusión...

—Eso es cinismo puro. Tu cena «de tanta ilusión» no tenía buenas intenciones. ¡Por Dios! Son riñones... Eso no debería estar permitido que se comiera...

Hank se levanta riendo de la mesa y me pide que espere. Mientras, el doctor y yo nos miramos fijamente.

A pesar de la tensión, la situación no es como otras anteriores. Se acerca más al humor que al drama. Una forma de liberar la tensión, aunque sea extraña.

Hank vuelve con un plato de verduras y patatas que tiene muy buena pinta.

—¿Te apetece más esto? Lo preparé yo ayer. Lo acabo de calentar, creo que te gustará.

—No era necesario que...

—No puedes estar sin cenar. Ya lo tenía en mente... En cuanto he visto lo que estaba preparando David, me he imaginado que no ibas a probar bocado. Te conozco bien Ash...

Ese es el nombre que utiliza a veces de forma cariñosa.

¡Qué cena más absurda! Tengo que esforzarme, pero cada vez que miro al doctor se me encoge el estómago. Evito decirle a Hank que podría haber intentado impedir que ese hombre cocinara algo así, pero solo pensar que estoy siendo demasiado exigente y desagradecida, me frena.

Tengo unas sensaciones tan contradictorias y tan desagradables. Hasta creo que estoy enfocando mi mal humor con el doctor. ¿O no? Ya no sé qué pensar. No me reconozco.

—¿Cómo ha ido tu primer día en el palacio? —se preocupa el doctor. Es la primera vez que su tono es cordial y se lo agradezco, no puedo seguir con este mal humor y este intercambio de dardos.

—Bien, genial, todo un éxito.

—Mientras hablabas por teléfono le he contado lo ocurrido a David, espero que no te importe. En este pueblo todo el mundo conoce la fundación y el palacio... Suelo desahogarme con David cada vez que tengo un mal día en el trabajo.

El doctor lo mira confuso, pero relaja la expresión.

—He firmado un contrato de confidencialidad, pero... no creo que incumpla nada si comento que... no era lo que esperaba, o más bien lo que habíamos acordado.

—Hank me ha dicho que te han asignado otro trabajo —el doctor parece interesado y decidido que es mejor no alterar la situación. Si ese tema nos va a mantener en paz, bienvenido sea.

—Me ha tocado ocuparme de un fresco que tiene unos pocos años más que yo y que parece un colador. Requiere más las manos de un albañil que de un restaurador de arte.

Por primera vez, veo reír al doctor. Vaya, no pensaba que tuviera la capacidad de hacer algo así. Sus sonrisas, hasta ahora, eran cínicas, irónicas...

—¿Tan reciente es ese fresco? —pregunta con interés el doctor.

—No debe tener más de un siglo.

—Míralo por el lado bueno. El fresco del techo es una obra de arte, una única. Podrás admirarlo mientras trabajas en el otro —intenta animarme Hank.

—Sí, tengo que buscar el lado bueno...

Me detengo cuando escucho a Hank toser aparatosamente. Se está atragantando. Mi tía Lucy me enseñó a reconocerlo y actuar con rapidez.

Todo transcurre de forma muy rápida.

Le veo sujetarse el cuello y moverse incómodo. Me levanto rápidamente, como un rayo, tiro de él para que se levante y me coloco tras él. Le presiono a la altura del estómago, siguiendo la maniobra de Heimlich.

Lo que fuera que tuviera obstruido sale disparado rápidamente. Por suerte no ha tardado más que un par de segundos.

—Ya está, Hank, ha salido. Bebe agua. ¿Estás bien?

—Estoy bien —me tranquiliza Hank con dificultad levantando una mano—. Joder, qué susto.

Miro al doctor que está de pie, a mi lado.

—Pero ¿tú qué clase de médico eres? —le grito notando como me resbala una gota de sudor por la nuca—. ¿Qué hacías ahí parado?

—¿Yo? Pero si no me ha dado tiempo a tocarlo, ya te habías colocado tú detrás de él...

—¡Oh! Qué atento. Esos modales ingleses... ¿Era el momento de ser educado? Joder, que el médico eres tú.

—Te estaba observando, ¿crees que no iba a intervenir?

—Sinceramente, no te he visto mover ni un músculo.

—Esto es lo último. ¿Qué pretendes decir?

—Que tu capacidad de reacción es increíble para ser médico.

—¡Queréis parar...! —Grita Hank todavía afectado por lo que ha pasado—. Estoy bien. Ya está, ya se ha pasado.

—Es que no pienso permitir que me acuses de algo así...

—Pues la próxima vez muévete más rápido. Si haces lo mismo en el hospital...

—No tengo por qué escuchar esto —dice furioso.

Seis segundos de silencio, aunque el aire podría cortarse con un cuchillo de lo mucho que pesa.

Mi malestar y ciento veinte sensaciones negativas más se instalan dentro de mí. No puedo seguir aquí.

—Hank, lo he intentado, pero no ha funcionado. A este tío no lo soporto ni él a mí. Lo siento por ti, pero es mejor que me marche.

Me dirijo a la puerta sin esperar siquiera a recuperar mi chaqueta.

—¡Buenas noches! —suelta el doctor con un tono que me enerva—. ¿No te quedas a probar el postre? No lleva riñones.

—Hank, ¿le digo por donde se puede meter el postre y los riñones o me voy?

—Vete, mejor vete —me dice echándose a reír para mi sorpresa.

No me esperaba esa risa de Hank. Pero ¡qué más da! Hoy soy incapaz de distinguir el bien del mal. No sé bien cómo entender eso, pero es así como me siento.

Corro bajo la lluvia hasta llegar a mi casita y me lanzo sobre la cama. Tengo el pelo mojado, pero no me importa.

Ha sido un maldito día.

Me siento mal por Hank, me siento culpable. A pesar de esa risa, sé que la situación ha sido incómoda para él. Todavía tengo la capacidad de ponerme en su lugar y entender cómo me sentiría yo.

Todavía estoy temblando... ¡Casi se ahoga!

Odio a ese maldito doctor. Aunque haga un esfuerzo, hay algo que me frena. No puedo evitar sentir que, en cierto modo, estoy traicionando a Nicole. No sé hasta qué punto es así, no sé medirlo. Quizás, oírlo lloriquear por él y estar tan hundida no me ayuda a ver con claridad esta situación.

Y, por encima de todo eso... siento que hay un sueño que se ha roto y me hace preguntarme si tiene sentido estar aquí.

Echo de menos a Kelsi y a mi tía.

Me siento estúpida e infantil.

Mi cabeza es una bomba a punto de estallar.

Necesito llorar.

Y lo hago, lo hago durante un buen rato. Después llamo a Kelsi. Son las doce del mediodía en Los Ángeles por lo que espero que se esté tomando un descanso para almorzar. Necesito su hombro, aunque sea a tantos miles de kilómetros. Necesito reírme hasta caer rendida y necesito hablarle del doctor inglés, del gilipollas del doctor inglés.

Capítulo 25

David

—Sé que esto te hace sentir incómodo —le digo a Hank en cuanto esa insoportable mujer sale por la puerta—, pero es que me supera...

—Estáis en vuestro derecho de no soportaros, la vida nos concede el puto derecho a que alguien nos guste o no nos guste.

—Es que no hace más que acusarme de cosas... Desde que la vi en el hospital por primera vez ha sido un constante ataque. Puede que si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias...

—David, tú lo has pasado mal, muy mal. Ayer empecé a ver una expresión distinta en ti..., pero no estabas bien desde hace mucho tiempo. Cuando no estás de humor, o llevas una carga, no te comportas con la misma sensatez que cuando estás bien. Te has enfrentado a un jeroglífico emocional muy duro... —Hace una pausa y abandona el tema para empezar otro—. Y ella tampoco está en su mejor momento. Hace tiempo que la noto un poco a la deriva y el trabajo en el palacio la tenía muy ilusionada. Para ella era un sueño trabajar aquí. No sé si se arreglará, pero la han partido en dos cuando la han tratado como a una estudiante y le han asignado una un trabajo que le queda muy pequeño.

—Bien, eso significa que en otras circunstancias puede que nos hubiéramos caído bien, ¿A eso te refieres? Es lo que yo he dicho, pero...

—Ashley es pasión en estado puro cuando trabaja —continúa diciendo—. Tendrías que verla cuando sostiene un pincel... Y su sueño es poder deslizar su pincel por encima del mismo trazo de cualquiera de los maestros que acoge el palacio. Y se ha encontrado con un muro que la ha dejado tambaleándose.

Intento seguir su discurso, de hecho, ya me parece increíble que sea tan largo. No puedo dejar de sentir un escalofrío cuando siento como describe a esa mujer como artista. No sé dónde quiere llegar, no es habitual escuchar tantas palabras saliendo de la boca de Hank.

—¿Dónde quieres llegar, Hank?

—No lo sé, estoy haciendo una reflexión en voz alta. No necesito que os esforcéis por mí, pero esa tensión es muy molesta. Me gustaría poder compartir momentos con los dos, pero no voy ni siquiera a disgustarme por no poder hacerlo. Si va a ser así siempre... pues que sea. Mira que es tozuda... Si no hubiera renunciado al alojamiento de la fundación... Lo hablé con ella muchas veces.

—¿Por qué lo hizo? —pregunto aliviado de que cambie de tema.

—Porque quería vivir con Nicole en Londres, al menos una temporada.

—¿Alojarse en Londres y trabajar aquí?

—Sí, eso pretendía a pesar de que le avisé que no era nada práctico y se cansaría. En parte,

puedo entenderla. No le hacía gracia eso de compartir alojamiento con un desconocido en una de las casas de la fundación.

—Entiendo... ¿Y qué la hizo cambiar de opinión y querer alojarse en Rye?

—Nicole se largó a Los Ángeles y se quedó colgada —Me mira con atención—. ¿De verdad saliste con Nicole?

—Ahora no, Hank, otro día te lo cuento. No quiero hablar más de esa mujer, ya he tenido bastante esta mañana con Ashley —Me levanto y me siento frente al fuego dándole la espalda y me apoyo los codos en las rodillas mientras.

—Ashley es tozuda, impulsiva y muchas cosas más, pero tiene un corazón increíble. La vida la ha tratado bien, pero se ha enfrentado a alguna situación emocionalmente muy compleja que no todo el mundo habría solucionado como ella. Si tuviera que destacar algo entre sus muchas virtudes, diría que es su sentido de la lealtad.

—¿Tiene familia? —reconozco que tengo curiosidad. Al fin y al cabo, la mujer que está describiendo me cuesta creer que sea la misma que he conocido.

—Sí, se ha criado con su tía, una mujer increíble. Se adoran, están muy unidas.

—¿Y sus padres?

—De sus padres... prefiero no hablar. Si ella te lo cuenta alguna vez... Aunque dudo que eso sea posible. No os imagino ni haciendo cola uno detrás del otro para entrar en el cine.

—Hank, siento que haya habido tanta tensión.

Podría decirle muchas más cosas, pero sería difícil sin atacar a su amiga. No me gusta verlo disgustado, y es evidente que lo está.

—Si te soy sincero, me gusta tenerla cerca, hace mucho tiempo que no nos veíamos. No es lo mismo hablar por teléfono o hacer esas odiosas videollamadas que se empeñaba en hacer de vez en cuando para verme la cara. En estos dos años hemos estado un poco desconectados el uno del otro, pero, como ves, seguimos siendo igual de amigos.

—Tú y ella... alguna vez...

—No, vas por la dirección equivocada. Ella y yo, nada. Amigos, de los mejores. Desde la universidad hasta que vine aquí éramos inseparables, junto a otra amiga, Kelsi.

Asiento con la cabeza. No sé por qué he tenido curiosidad por saber si ellos se han liado alguna vez... El caso es que desde que supe que eran amigos me lo he preguntado más de una vez.

—Siento que su trabajo no haya sido el que esperaba. ¿Por qué lo han hecho? Me imagino que en su contrato estaba todo especificado.

—Sí y no. Restauración, piezas de arte... Se emplean esos términos, pero no se especifica. La obra que le han dado... es... un fresco sin mucho interés artístico, pero no puedes decir que se salga de las funciones.

—¿Y no se puede arreglar?

—Ha hablado con Carter y le ha dicho que «quizás», pero eso no es una garantía de nada. Yo creo que algo se arreglará. El intercambio siempre es una oportunidad importante y está bien organizado y definid. No sé por qué a ella... le ha tocado —Suspira—. Me voy a acostar, estoy cansado.

Asiento con la cabeza.

Antes de desaparecer se acerca a mí y me da unas palmadas en el hombro.

No le digo nada más. Me siento incómodo yo también. Entiendo su parte, pero yo, al menos, me he esforzado en aceptar que cenemos juntos. Sin embargo, ella, no ha dejado de atacar. Si

hasta me ha acusado de no atender a Hank cuando se estaba ahogando...

Renunciar al alojamiento de la fundación para vivir con su amiguita... Y acudir a trabajar cada día desde Londres...

Y venir desde Estados Unidos en barco...

Hank la adora, pero esa mujer no está muy centrada. Exactamente igual que su odiosa amiga...

En cualquier caso, no quiero que esta situación sea constante. No puedo evitar sentirme mal por Hank...

Mañana hablaré con ella y le expondré la situación.

Capítulo 26

Ashley

Aunque en el palacio no ha ido tan mal como ayer, tampoco puedo decir que haya sido un buen día. Lo bueno es que ya he terminado por hoy, es casi mediodía y, por suerte, no llueve.

Hasta el lunes no podré empezar a trabajar en el fresco, así que prefiero estar fuera del palacio.

He conocido a la señora Lyndhurst, la dueña del palacio y la actual dirigente de la fundación. Es una mujer altiva y poco agradable, pero ha dedicado algo de tiempo a hablarme de la casa.

—Mi bisabuelo es el que creó la fundación, pero este palacio es un legado particular que ha pasado de generación en generación. Ha permanecido cerrada durante muchos años, pero hemos decidido abrirla al público con la intervención de la fundación. Una parte muy importante de los beneficios obtenidos serán destinados a asociaciones benéficas.

Mientras me ha estado hablando de ello, me he limitado a asentir con la cabeza y a pronunciarme únicamente para confesar mi admiración por las obras de arte que cobija su casa.

—¿Le gusta trabajar aquí, señorita Evans?

—Señora Lyndhurst sé que usted no es la persona que se ocupa de mi intercambio y mi trabajo aquí, pero me gustaría decirle que ha habido alguna confusión respecto a mi trabajo.

—Como bien dices, no me ocupo de esos asuntos, para ello está el señor Carter, a quien ya debes conocer, y el señor Wallace, aunque no te aconsejo que a este último lo molestes si no es estrictamente necesario.

En ese momento, he pensado que había sido un error intentarlo con ella, pero me ha sorprendido su siguiente intervención.

—¿Cuál ha sido el malentendido?

—Solo me han asignado la restauración del fresco.

—Hay cuatro obras por restaurar: el fresco de Hoefnagel, el fresco de los espejos, en el que tú estás trabajando, y las dos obras de Fontana; estas últimas están seriamente dañadas. ¿Crees que estás capacitada para trabajar en esas otras obras? Se te ha asignado el fresco por tu *currículum* en California. Con el museo tenemos una excelente relación y una política de intercambio que ha sido satisfactoria para ambas partes durante años. Te recomendaron, nos pareciste una buena candidata y aquí estás. ¿Te parece demasiado pobre el fresco?

—Es un fresco reciente, artísticamente hablando. Me hablaron de la participación en alguna de las obras dañadas, las de la colección de Memling u otras del periodo renacentista. Ya lo he hecho con anterioridad, aunque siempre con maestro y supervisión. Estoy más que preparada, soy muy buena en lo mío. Tienen muchas referencias que lo avalan.

Ni siquiera sé cómo he sacado valor para venderme así delante de ella.

Me ha mirado fijamente sin perder la altivez.

—No te negaré esa participación, pero será siempre con supervisión y estrictamente participativa. Las obras de Memling no serán restauradas, no lo necesitan, así que olvídate de ello; te han informado mal. A pesar de haber permanecido ocultas en la cámara durante siglos, se encuentran en perfecto estado de conservación. Vas a estar un tiempo aquí. No tenemos intención de inaugurar su apertura al público hasta dentro de siete meses. Tendrás tiempo para hacer mucho trabajo y demostrar ese talento del que te enorgulleces tanto. Hay otros escenarios en la región en los que también podrías aportar tu talento, pero el señor Carter será el que te vaya informando. No creo que haya tal malentendido, como tú has dicho, creo que lo que ocurre es que tienes un poco de prisa. Y tienes suerte de que esté perdiendo mi valioso tiempo proporcionándote información que no me corresponde. Pero... si te soy sincera, me ha llamado la atención tu ambición y el comentario que le has hecho hace un rato al señor Carter sobre la selección de una de las obras que se exhibirá en la primera galería. Me ha parecido interesante tu visión como comisaria de arte.

En ese momento, no he sabido qué más decir, pero, confieso, que he visto algo de luz. No siempre que comento algo impulsivamente me va mal.

—Gracias —le digo con timidez.

Se ha molestado en mostrarme una de las piezas estrella de la colección de Memling, de las que se encontraron en la cámara secreta, y he sentido que mi estancia en Inglaterra empezaba a mejorar. He tenido que contenerme para no mostrar la emoción que sentía al estar cerca de esa obra. Si hubiera podido, habría saltado, llorado y aplaudido de forma exagerada, pero no es muy profesional y me he contenido; mucho más teniendo a esa mujer tan estirada a mi lado.

Todavía estoy emocionada por haber podido ver esa obra. Conozco tan bien ese estilo y ese pintor... Reconocería su trazo con los ojos cerrados. Esa obra es todo un descubrimiento. ¿Quién las encerraría en una cámara durante años y por qué?

No me ha ido tan mal, debo admitirlo. Incluso me he animado a hacer comentarios que la señora Lyndhurst ha escuchado con atención; no puedo quejarme.

—Pareces una apasionada de la pintura flamenca...

—Lo soy, especialmente de este maestro.

Su sonrisa me ha dejado claro que no debía arrepentirme de haberle comentado a ella mi situación.

Tengo que admitir que, si bien, no consigo centrarme y me siento como si todavía estuviera flotando, he visto un rayito de luz al hablar con esa mujer.

Le he enviado a Hank un mensaje con lo que ha ocurrido y me ha contestado con unos cien emoticonos aplaudiendo.

No me puedo quitar de la cabeza la dichosa cena, no dejo de sentirme algo culpable.

He hablado con él esta mañana, cuando se ha ofrecido a llevarme al palacio y no parecía molesto por lo que pasó ayer. Claro que, hemos evitado hablar del tema.

Antes de entrar en mi preciosa casita de invitados, me detengo en el jardín. El espectáculo de ver el sol es algo que no puedo perderme. Es el primer día soleado que disfruto desde que llegué a este país y no tiene precio poder sentir un rayito de sol en mi cuerpo.

Mientras me deleito con él, hasta planeo sentarme en la hierba a almorzar, aunque haga algo de frío, escucho una voz a mi espalda.

—¡Buenas tardes! —Con esas palabras se anuncia el doctor.

Me doy la vuelta despacio, cogiendo aire, dispuesta a no emprender una batalla bajo ningún concepto. Le voy a mostrar lo elegante que soy, no me voy a poner a su altura.

—¡Buenas tardes!

—¿No estás en el trabajo? —me pregunta muy conciliador.

—Sí, estoy allí —me arrepiento nada más decirlo, pero no me he podido aguantar. Me lo ha puesto muy fácil.

«Ashley, has dicho que no ibas a discutir», me digo. Eso es suficiente para convencerme, eso y la cara que muestra tras mi comentario. Decido arreglarlo recurriendo a un tono conciliador.

—Hoy he terminado pronto, no tengo que volver hasta el lunes. ¿Y tú?

—Y yo, ¿qué?

Vaya, vuelta a empezar.

—¿Quieres algo o puedo seguir disfrutando de este sol?

Hace un esfuerzo, se le ve. Expulsa aire.

—Me gustaría que enterráramos el hacha de guerra. Por Hank... no es justo para él.

—Yo nunca he sostenido un hacha de guerra —Hago un esfuerzo para rebajar el tono, no quiero discutir más—, pero entiendo lo que quieres... decir.

—Ayer estaba bastante disgustado por la situación.

—¿Tú?

—Hank...

—¿Hank? Hoy lo he visto y no me lo ha parecido disgustado.

—Pues te aseguro que ayer sí lo estaba —me confiesa en un tono algo severo.

—Tengo la sensación de que me responsabilizas a mí —me enfrento molesta a él.

—La que se marchó de esa forma tan airada fuiste tú y la que me acusó de utilizar la comida para fastidiarte fuiste tú y la que me acusó, que es mucho más grave, de no querer asistir a Hank cuando se atragantó fuiste tú... No creo que Hank se sintiera mal por mi actitud.

Me muerdo la lengua, no quiero empezar una nueva batalla dialéctica, ya no tengo ganas ni fuerzas.

—¿Qué narices quieres exactamente? Es que me estoy perdiendo.

—No me parece justo que le hagamos presenciar nuestras disputas a Hank, es una situación muy incómoda para él. No vivimos bajo el mismo techo, no trabajamos juntos, solo vamos a coincidir de vez en cuando y... sé que podemos comportarnos, al menos yo. Solo puedo hablar por mí. ¿Crees que tú también podrás?

Lo miro fijamente y tardo un poco en contestarle.

—Te repito que no lo sé... —Resoplo molesta.

—Vamos a ver, ¿qué es lo que te impide tener una relación mínimamente cordial conmigo? Y no me digas que es porque te caigo mal porque tú también me caes mal y estoy aquí haciendo un esfuerzo. Y, por favor, no vuelvas al tema de los desencuentros en el hospital. ¿Qué más tienes en mi contra? Te aseguro que estoy intentando ser razonable y acabar con esta absurda guerra.

—Yo no quiero ninguna guerra —le contesto en un tono conciliador—, pero tengo que ser sincera y decirte que me siento incómoda cuando te tengo delante. No sé si me entenderás, pero eres la persona que le ha hecho daño a una amiga y... eso me incomoda. Mi postura es incómoda. Lo ha pasado mal, muy mal, e interactuar contigo como si nada hubiera pasado me supone un esfuerzo muy grande y un conflicto también. Siento como si la traicionara..., aunque no sea así y las circunstancias sean otras.

—¿Daño? Creo que no hay nadie que le haga más daño a Nicole que ella misma, pero no

tengo intenciones de hablar de esa mujer.

—Si yo le hubiera hecho daño a Hank o a cualquier otro amigo, no me verías igual. Una cosa es que sea involuntario, pero ella me contó lo mal que lo ha pasado y eso a mí... me influye.

—Eso te ocurre porque solo conoces su versión, y me estás juzgando, equivocadamente, basándote en lo que ella te ha contado.

—Pues cuéntame la tuya.

—No —dice frunciendo el ceño en una expresión muy severa—. Yo no tengo nada que contarte, ni nada de lo que justificarme.

—Entonces, ¿cómo pretendes que sepa tu versión?

—Es que no lo pretendo. Si en vez de soltar dardos, me hubieras concedido el beneficio de la duda... ya tendrías otra versión.

—Sé lo que ella me ha contado. No quiero que creas que me importa tu relación con ella, sino la suya contigo. Si no me cuentas esa versión que tanto defiendes y que, según tú, podría hacérmelo ver de otro modo...

—Yo no tengo nada que contarte, no tengo ningún interés en compartir contigo nada de mi vida personal. Si quieres seguir pensando que soy un monstruo, y que le hice no sé qué cientos de putadas a tu amiga, es tu decisión. Si no eres capaz de separarlo, es tu problema, pero me parece injusto que no pienses en Hank. Solo te he propuesto un poco de cordialidad cuando esté Hank delante para no ponerle en una situación incómoda, pero tú te empeñas en hablar de Nicole... ¡No creo que seas justa con Hank!

—Le estás dando la vuelta, estás manipulando el discurso para que parezca responsabilidad mía.

—Hank se ha tomado muchas molestias por ti, estaba muy preocupado porque no tenías alojamiento. Me pidió ayuda después de hacer muchas llamadas y ver que no podías alojarte en ninguna parte.

—¡Ojalá hubiera encontrado algún lugar! No debería haberme alojado aquí.

—Eres libre de marcharte cuando quieras, nadie te retiene. Creo que incluso Hank estaría muy tranquilo, y yo también, por supuesto —me suelta en un tono de furia.

—Ese comentario me parece bastante asqueroso. ¿Tú pretendes enterrar el hacha de guerra?

—Eres tú la que pone objeciones, pero no pretendo discutir. Haz lo que quieras. Ojalá no le hubiera propuesto arreglar la casa de invitados... ¡Si llego a saberlo...!

—¿Tú lo propusiste? ¿A quién?

Me mira desafiante.

—A nadie, joder, a nadie. Esta es mi casa, Ashley, a ver si lo entiendes. Estás aquí porque él me pidió ayuda y yo decidí ayudarlo.

—¿Tu casa? ¿Esta casa es tuya?

Su expresión se suaviza mientras la mía empeora y se vuelve sombría.

—¿Cambia algo?

—Sí, si cambia, lo cambia todo. ¿Por qué no me lo dijisteis?

—Qué más da de quién es la casa, tú lo interpretaste mal y... no había razón para sacarte de tu error.

Me cuesta pronunciarme, siento tanta presión en el pecho que me parece que el corazón me va a salir disparado.

—Sí, si la había.

Me doy la vuelta, pero me detengo al escucharlo.

—Ashley, solo he venido a poner paz... ¿Podemos conseguirlo de una vez?

—Claro que sí. Tendrás toda la que necesites. Gracias por tu amable hospitalidad. Antes de que acabe el día tendrás la casa desocupada.

—Ashley... ¡Ashley!

Corro el corto trayecto que me separa de la casa intentando contener las lágrimas, pero en cuanto atravieso el umbral de la puerta las dejo correr libremente.

No sé si son de rabia, de pena o de qué son.

Sé cuál es mi responsabilidad en todo esto. No estoy orgullosa de mi comportamiento con ese hombre, ni de que Hank se haya sentido incómodo con nuestras absurdas disputas. Ni siquiera soy capaz de entender si existe una traición a Nicole o no por mi parte. Son tantas cosas...

Se han hecho tan grandes...

Es un cúmulo de tonterías y a la vez «no tonterías». Es algo que me sobrepasa y me siento como un auténtico gusano.

Hank debería haberme dicho de quién era esta casa. No entiendo a qué venía ocultar algo así, mucho más sabiendo cómo me llevo con ese hombre.

Al final me he expuesto a que me restregara en mi cara que me encuentro en su casa, y me habría gustado ser libre de evitar algo así.

Es que no soy capaz de pensar con claridad...

Pero si algo tengo claro es que me marcho de aquí. Ya lo creo que me marcho...

Tengo que encontrar alojamiento como sea, aunque sea provisional. Un hotel, un hostel... Ampliaré el radio y me dejaré la vida si hace falta, pero me largo de aquí.

¿Su casa? No me lo puedo creer.

Capítulo 27

David

Sé que he metido la pata, la he metido hasta el fondo. No lo lamento por ella, sino por Hank.

Cuando le he llamado para contárselo solo he escuchado como resoplaba y exclamaba «¡Genial!».

No me puedo quitar de la cabeza la mirada que me ha lanzado cuando se ha dado la vuelta para desaparecer...

El caso es que no había ese brillo de furia... Puede que le haya afectado más de lo que creo.

Me ha dicho que se marcha...

Si me hubiera callado, ahora esto no estaría pasando. Yo le pedí a Hank que no la sacara de su error cuando ella creyó que el dueño de la casa era una tercera persona y... soy yo quien se lo he soltado porque estaba enfadado...

Pero es que... ¡Me saca de quicio!

Y no sé por qué me siento culpable. He intentado poner paz, ha sido ella la que no ha querido.

¿A qué venía otra vez hablarme de su amiga? ¡Dios, qué pesadilla!

Y el caso es que, bien mirado... Es tan absurdo lo que ha ocurrido.

Por suerte, puedo interrumpir mis pensamientos. Escucho el sonido de la puerta al abrirse. Debe ser Hank.

Respiro aliviado, tengo ganas de aclarar esta situación. Llevo unas cuantas horas dándole vueltas al mismo tema y es más de lo que puedo soportar.

—Hola, David.

—Hola, Hank. Siento lo que ha pasado, de verdad.

—Yo también, créeme.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, y me ha colgado. Dice que se larga. Cuando he intentado insistir, me ha colgado.

—¿Sigue diciendo que se marcha? ¿A dónde?

—No me lo ha dicho, pero es eso lo que tiene en la cabeza.

—Vaya, lo siento, me tenía que haber controlado. Prácticamente la he echado yo.

Hank se desprende de la bolsa que lleva en la mano. Entra en el baño y vuelve poco después.

—Voy a hablar con ella —me anuncia dirigiéndose directamente a la puerta. Supongo que aún no se ha marchado.

—No la he escuchado salir.

—¿Voy solo? —me dice levantando los brazos delante de la puerta.

—¿Qué? ¿No pretenderás que vaya yo también?

—Esta es tu casa, tú la has echado, tú lo has fastidiado...

—¿Y qué quieres que le diga yo? No se puede hablar con ella. Te recuerdo que todo esto ha venido porque esta tarde le he propuesto que enterráramos el hacha de guerra. ¡Mira cómo ha acabado!

—Joder, David, se quiere largar. Está en la puta calle... La has echado tú...

—No ha sido exactamente así, no le he dicho que se vaya textualmente. Hank, yo no tengo ningún interés en que se marche, de verdad. Fui yo el que la acogí y no puse ninguna objeción cuando la conocí, a pesar de lo poco agradable que fue descubrir quién era. Yo te pedí que no le desmintieras quién era el dueño de la casa, y... sé que hoy me debería haber callado, pero...

No sé bien qué más decir.

—Bonito discurso, pero ahora toca pasar a la acción. Vamos los dos. No tiene donde ir, no hay alojamiento en ninguna parte.

—Entonces no se irá...

—No la conoces... ¡Vamos! ¿Me ayudas a arreglar esto?

—¡Tiene narices que yo tenga que ir a hablar con ella! —Resoplo mientras intento pensar—. Está bien, iré, pero es por ti. Que quede claro que no tengo ganas de verle la cara.

—Eso ya lo sé, y seguro que ella tiene pocas de ver la tuya. Venga, vamos de una vez.

Sin pensarlo más, le sigo.

Cuando avanzamos unos pasos, siento frío en los pies. Voy descalzo, solo con unos calcetines.

Hank se da cuenta y me hace una señal para que siga andando.

Por suerte, el suelo no está mojado.

No me puedo creer que ni siquiera me haya dado cuenta...

Hank golpea la puerta de la casa de invitados.

Aspiro aire y lo expulso lentamente.

¡Lo que tengo que aguantar!

Capítulo 28

Ashley

Mi maleta está casi a punto. Pero hay un pequeño problema: que no encuentro alojamiento en ninguna parte.

Solo he encontrado una pensión en las afueras de Rye. No existe ni una sola foto de las habitaciones en la web, es muy barata y la mejor valoración que le han hecho es para hablar de cucarachas. Claro que, hay otras peores, como la de una mujer muy molesta por las manchas de las sábanas...

¡Ay, Dios!

¿Cómo me voy a meter ahí?

Tiene que haber algo donde alojarse...

Pero si lo hay yo no lo he encontrado y he estado dos horas haciendo llamadas.

En Rye no hay alojamiento, ni siquiera en un extrarradio de treinta millas. Es cierto que he encontrado algún apartamento no muy lejos de aquí, pero sin coche representa una dificultad; aunque cuenta con transporte público está limitado a unos pocos viajes diarios.

¿Cómo narices he llegado a esta situación?

He estado todo este tiempo alojada en esta casa sin saber que el doctor era el dueño... Habría sido muy distinto de haberlo sabido. No sé cómo, pero habría sido diferente. ¿Cómo me ha ocultado algo así Hank?

Escucho golpes en la puerta.

Vaya, seguro que es Hank. No me apetece hablar, pero no puedo negarme.

Me encuentro con dos rostros congelados. La verdad es que dan miedo. ¿Qué hace aquí el doctor?

—¿Nos dejas entrar? —pregunta Hank.

—¿Es necesario? ¿Los dos?

Hank suspira y me aparta suavemente para pasar. El doctor lo sigue y me mira de reojo.

¿Qué hace descalzo?

Nos dirigimos al salón y nos detenemos en el centro haciendo un círculo, quedando todos frente a todos.

—¿Sigues con esa idea de marcharte? —pregunta Hank.

—Por supuesto, ya he hecho la maleta. De hecho, estaba a punto de salir.

—¿A dónde vas?

—Eso no importa, ya he encontrado sitio.

No menciono que solo hay una opción con cucarachas y que estoy desesperada.

—No has encontrado nada, no te creo —me confiesa Hank algo molesto.

—Sí lo he encontrado y está muy bien. Es un buen sitio y me ha gustado.

El doctor no dice nada, ¿para qué ha venido?

—Ashley, deja de decir que has encontrado algo porque no hay nada disponible. Me consta, sé muy bien que no tienes dónde ir.

¡Qué mal suena eso! Es cierto, pero se podía haber ahorrado el comentario. Parezco una vagabunda.

—Hank, no quiero discutir. Me marchó y punto. Tengo mis razones y lo sabes.

Hank mira al doctor. Este se encoje de hombros.

—Te toca, David... —le apremia.

—¿Yo? Si lo tiene tan claro...

Hank lo mira desconcertado. Es evidente que el doctor no está por la labor.

—Ashley, yo... no pretendía que te marcharas —dice por fin el doctor.

—Pues no lo parecía... ¿Es eso una disculpa, doctor?

—Es una manera de decirte que no tienes por qué marcharte, solo estaba enfadado cuando lo he dicho.

—¿Enfadado?

—Sí, enfadado. Es que es muy pesado escucharte una y otra vez decir lo mismo. Esta mañana he intentado firmar la paz...

—¿Diciéndome que esta es tu casa y que Hank y tú estaréis mejor sin mí?

Hank nos mira a los dos. ¡Pobre, qué paciencia!

—Eso ha sido después de que me sacaras de quicio hablando de tu amiga otra vez.

—Entiendo que no te guste escuchar su nombre, pero es la manera que tengo de hacerte entender por qué, entre muchas otras razones, no te soporto...

—Sois iguales, no sé por qué me sorprende. Eres igual que esa desquiciada. Joder, solo la he visto tres veces en mi vida. ¿Qué película os estáis montando?

—¿Tres veces? —repito sintiendo que la sangre se me congela. No puede hablar en serio. ¡Qué manera de rebajar una relación!

—Sí, tres veces, al menos voluntariamente. Pero no he venido a hablar de esa mujer, he venido a decirte que... puedes quedarte, que por mí no hay problema.

—Vale, pues queda dicho, pero me largo...

Se hace un silencio incómodo. Se podría cortar con un cuchillo el aire que estamos respirando. Hank sigue mirándonos a los dos y sigue sin intervenir. Hay algo en su expresión que no me gusta.

—Hay olor a humedad... —comenta el doctor para mi asombro.

Da varios pasos mirando el techo.

—No me gusta nada —continúa diciendo—. Las obras del tejado las voy a tener que adelantar... No debería haber esperado.

—¿Ahora te pones a hablar del tejado? —No doy crédito a lo que escucho—. Si esa es tu manera de decir que vas a hacer reformas para que me largue, te lo puedes ahorrar. Es ridículo. ¿Es que no has oído que me voy?

—Pero... ¿Es que todo lo tienes que retorcer? Solo he observado eso —dice señalando un rincón del techo— y no me ha gustado.

—¿Vais a seguir así todo el rato? —pregunta Hank mostrando resignación.

—Hank, yo estoy inten... —dice el doctor

—Hank, a mí no me... —digo yo.

Ambos hablamos a la vez y Han nos interrumpe.

—Joder, dejadlo ya —grita—. ¿Es que no veis lo ridículo que esto?

Nos llamamos de golpe sobresaltados por la intervención de Hank.

—He intentado ser paciente, no meterme, respetar lo que pensáis cada uno... pero ya estoy hasta los cojones. ¡Hasta los cojones! Ashley —Me mira fijamente—, no tienes alojamiento, así que te quedas aquí. David —Le mira fijamente—, ella no tiene alojamiento, así que se queda aquí. ¿Me entendéis los dos?

El doctor y yo nos miramos y asentimos con la cabeza suavemente.

—Esta situación es absurda, arregladlo de una puta vez. No dejáis de dar vueltas y vueltas a lo mismo. ¡Es insoportable! —sigue diciendo manteniendo el tono elevado.

Se pasea por el salón mientras el silencio se impone de una manera casi intimidatoria.

Después de un minuto en el que el doctor y yo nos hemos mirado fijamente varias veces, decido intervenir. Mi voz es susurrante, casi como si me diera miedo hablar.

—Pues sí que deberíamos arreglarlo, doctor.

—Pues sí, creo que es eso lo que deberíamos hacer.

Hank nos mira a los dos con dureza.

—Vale, pues os dejo para que lo hagáis. Arregladlo como os dé la gana, yo no me quedo a verlo, pero hacedlo.

Sale por la puerta y da un portazo que hace que el doctor y yo nos sobresaltemos.

Creo que también puedo hablar por él si afirmo que no nos esperábamos la reacción de Hank.

Pasan más de diez minutos, ¡diez largos minutos!, hasta que me decido a hablar. Su rostro se ha suavizado, el mío también y hemos evitado mirarnos. Hemos paseado por el salón como dos fantasmas y ya... no puedo más.

—En mi primer curso en el colegio, la profesora nos encerró a una compañera y a mí en una sala hasta que fuéramos capaces de abrazarnos. Es que me siento así ahora.

—En cierto modo es lo que pretende Hank... ¿Os abrazasteis tú y tu compañera?

—No, pero nos pusimos de acuerdo para decirle a la profesora que éramos amigas.

—¿Os creyó la profesora?

—Sí, no era muy espabilada.

Se echa a reír.

—¿Y seguisteis peleando?

—No. El hecho de ponernos de acuerdo para engañar a la profesora nos unió. Acabamos abrazándonos.

—¿Seguís siendo amigas?

—Sí, Kelsi es mi mejor amiga.

—¿Por qué os peleasteis?

—Porque le robamos el almuerzo a otra niña y no nos pusimos de acuerdo en quién se lo quedaba.

El doctor se echa a reír.

—Erais iguales...

—Así es.

—¿Debo interpretar que quieres engañar a Hank?

—No, no creo que eso sea buena idea.

—Entonces... ¿Quieres que te abrace?

—Ni se te ocurra, tampoco nos pasemos. Me he acordado de esa situación y te la he contado,

solo me ha recordado a ella.

Sonríe.

—Yo no quería llegar a esto —le digo por fin. Es como si se me hubiera caído la venda de los ojos de repente. Hank ha tenido que gritarnos para que nos demos cuenta—. Lo siento, por la parte que me toca.

—Ashley, confieso que me encantó discutir contigo, disfruté jodiéndote con la cena... pero nunca pretendí que te marcharas.

Su tono de voz es nuevo para mí, supongo que a él le ha pasado lo mismo al escucharme.

—¿Acabas de reconocer que lo de la cena lo hiciste para joderme? —pregunto con una media sonrisa, dejando claro que no estoy empezando una batalla.

Sonríe de una forma que me deja helada.

—Sí.

—¿Me invitaste a cenar sabiendo que no iba a probar bocado?

—Sabía que había otro plato en la nevera que te gustaría, el que te ofreció Hank.

—Demasiadas molestias te tomaste elaborando ese plato solo para joderme unos segundos...

—Después de verte la cara, valió la pena.

Vaya, sincero sí que está siendo, al menos no justifica lo injustificable.

—Empezamos mal, es evidente —afirmo expulsando aire.

—Siento no haberte informado del estado de tu amiga —me sorprende retrocediendo a los hechos del hospital—, tenía un mal día y me molestó que me vacilaras con lo del aparcamiento. Tampoco me gustó que me rayaras el coche. Y... no pretendo iniciar una discusión, que conste.

—Yo tampoco. No te rayé el coche a propósito. Fue un accidente. Aparqué allí porque estaba desesperada. No encontraba el otro parking, estaba nerviosa, conducía un coche desde la derecha, circulaba por la izquierda, los otros coches tocaban la bocina, llovía y di más de siete vueltas al mismo lugar.

—¿Y el refresco? —Sonríe.

—¿Quieres seguir con esto?

—Ya que estamos... dejémoslo claro de una vez.

—El refresco fue un accidente —le aclaro—, en ese hospital no había forma de encontrar nada, siempre iba perdida y despistada.

—Ajá —me dice asintiendo con la cabeza.

—Fuiste muy borde en el ascensor. Ya que estamos repasando...

—Un mal día, Ashley. Tú también lo fuiste acusándome de no querer auxiliar a Hank. Eso me dolió.

Se hace un silencio que me decido a romper yo.

—Me puse muy nerviosa cuando lo vi en ese estado.

—Lo hiciste muy bien, por cierto.

—Mejor que tú —le digo sonriendo.

—Vale, ese disparo lo agunto, pero estábamos firmando la paz, ¿recuerdas?

Sonríe abiertamente.

—¿Por qué no me dijiste que eras el dueño de la casa?

—Te vi confundida y... le pedí a Hank que no te lo aclarara. Temía que si te enterabas me destrozaras la casa.

—¿Hank estuvo de acuerdo en eso? ¿Destrozarte la casa?

—Él no le dio importancia, Ashley. Créeme que no hay nada detrás de eso. Tú lo confundiste y nunca más hemos vuelto a pensarlo. Supongo que Hank te dirá lo mismo si le

preguntas.

—¿Por qué has dicho eso de Nicole? ¿Tres días? ¿Qué has querido decir?

—Solo eso, Ashley, lo que he dicho.

—Cuéntame esa historia.

—No, ahora no. Puedes seguir creyendo que soy el monstruo que le hizo daño a tu amiga. Estás en tu derecho, pero yo no voy a contarte nada, no tengo ningún interés en aclararlo.

—No pretendo meterme en tu vida, no es mi estilo. Es solo que... quiero que entiendas que para mí eres la persona que le hizo mucho daño y, pasara lo que pasara entre vosotros, me siento como si la traicionara.

—Es que no se trata de que «pasara lo que pasara». Se trata de lo que ocurrió de verdad. Cuando creas que existe la posibilidad de que mi versión pueda cambiar el giro de esa historia y me concedas el beneficio de la duda... te lo contaré.

Se acerca a mí. Todavía hay bastante distancia, pero a mí me parece muy poca.

Ese gesto me altera, pero lucho por mantenerme inexpresiva y quieta. Desde aquí puedo oler su aroma y hasta diría que sentir su calor, claro que no sé si es por su cuerpo o por el mío.

—Estarás mejor aquí que donde hubieras decidido ir, y Hank también. Y yo... tendré con quien discutir de vez en cuando. Es que Hank es muy pacífico.

—Ahora no lo era tanto.

—Está harto... Y yo también.

Se acerca. El aire se vuelve distinto. Me mira, lo miro. Hay algo que... ¿Cómo se llama? Tensión, pero... de la sexual. ¡Dios mío! ¿Me puedo creer lo que acabo de decir? Hace unos segundos nos estábamos lanzando misiles... ¿Será una interpretación mía?

—Ashley, nos hemos conocido en unas circunstancias algo incómodas. Puede que, en otro lugar, otro día, de otra forma... nos hubiéramos caído mejor. Eliminemos esas circunstancias, podemos tener una relación... ¿Cordial? Puede que el abrazo sea excesivo, pero... ¿Qué tal la mano?

Me la tiende acompañándolo de una sonrisa.

El contacto con su mano me impacta. Es solo un gesto, pero... es tan inesperado y extraño.

—¿Te quedas?

—Me quedo, aunque ya había pagado el alojamiento —miento sin poder desprenderme de mi orgullo.

—Si quieres te llevo. Estamos un rato, robamos las toallas y así sientes que no has perdido nada.

—¿Eso es lo que tú harías?

—Por supuesto...

Ambos sonreímos.

—Me lo pensaré, mañana te digo algo. Está pagado hasta la noche.

—Bienvenida a... mi casa. Creo que debía decírtelo.

Termina de decirlo y se dirige a la puerta.

—Gracias. ¿Por qué me denunciaste?

Resopla y pone los ojos en blanco.

—Yo no te denuncié, te lo aseguro. Esa plaza pertenece a un médico que actualmente está ausente. Hace tiempo que no la ocupa, pero el día de nuestro precioso encuentro, él se encontraba en el hospital. Puede que esa sea la explicación. No debió gustarle que alguien la ocupara y debió quejarse.

Asiento con la cabeza y le hago un gesto con la mano a modo de saludo. El caso es que le creo.

Cuando oigo la puerta al cerrarse, suspiro y me dirijo al dormitorio para deshacer la maleta.

Capítulo 29

David

Hank ha recibido la noticia de nuestra reconciliación con una sonrisa. No me ha preguntado nada, solo me ha dicho que se alegraba.

He cenado solo una pequeña ensalada con muchos ingredientes que él ha preparado y llevo más de una hora sentado en el sofá dándole vueltas a la cabeza y recreando frases que Hank ha pronunciado estos días.

«Ayer la partieron en dos».

«Cumplir su sueño».

«Es muy sensible».

«Tiene un corazón enorme».

«Lealtad».

«Se ha enfrentado a una situación muy compleja».

«De sus padres no te voy a hablar».

No entiendo como he pasado en cuestión de horas de detestarla a sentir tanta curiosidad.

Tampoco entiendo como he pasado en tan poco tiempo de maldecir por haberle acogido en mi casa a lamentar que se marchara.

Y tampoco puedo entender cómo me he dejado convencer por Hank para intentar convencerla de que se quede.

Por mucho que quiera engañarme diciéndome que lo he hecho por Hank, sé que hay algo más. Lo acabo de descubrir, nunca antes me lo hubiera planteado.

—Voy a llevarle algo de cena a Ashley, David. Después te veo.

Asiento con la cabeza algo decepcionado, como si me hubieran apartado de la fiesta.

¿Qué me está pasando?

Por suerte, he estado distraído y no he pensado en el hospital. Me parece algo lejano, como si hubiera ocurrido hace meses, muchos meses, y tan solo hace un par de días que me despedí de él y... de todo lo sucedido en los últimos meses.

Por suerte, dentro de dos días empezaré a trabajar en el centro médico. Me ha alegrado recibir una propuesta del Royal Sussex Hospital, en Brighton, una ciudad que se encuentra a unas cuarenta millas de aquí. Aunque no puedo aceptar la oferta antes de seis meses, el tiempo que tengo firmado un contrato con el centro médico, sé que mantendrán la oferta. Eso me proporciona mucha tranquilidad y le da mucha luz a la oscuridad que veía a mi futuro profesional. Está algo retirado de Rye, pero la carretera es muy buena. Aceptar esa oferta

supondría renunciar a Londres, pero no entraba en mis planes volver tan pronto. El hecho de tener esa oferta, es mucho más de lo que habría imaginado al salir del King's College.

Una hora después, me siento agotado frente al fuego. Hank aún no ha vuelto.

No quiero seguir dándole vueltas a la cabeza, he repasado demasiadas veces todo lo ocurrido en cuestión de dos días, e intento entretenerme atendiendo algunos mensajes recibidos en mi móvil de Andrew y otros compañeros.

Cuando estoy a punto de hacerlo, el móvil vibra en mi mano. Se trata de una llamada de Hank. ¿Está tan lejos que ha decidido llamarme?

—Corre, Ven rápido, Ashley no está bien.

Cuelga y salgo disparado hacia la casa de invitados preguntándome en el corto trayecto qué me voy a encontrar.

Nada más entrar me encuentro a Ashley de pie, junto a la ventana, llevándose la mano al pecho y respirando con dificultad, mientras Hank está a su lado intentando ayudarla sin éxito.

—Le cuesta respirar, algo le pasa.

—Estoy... bi... Es... Bien, joder —dice molesta.

Aparto a Hank y le cojo las manos a Ashley para que me mire, pero no puede mantenerse erguida, se mueve y busca el aire fresco que entra por la ventana mientras se mueve de forma desordenada y confusa.

—No, Ashley, tienes que conseguir controlar la respiración, déjame ayudarte.

—¿Qué ocurre?

—Está hiperventilando... Busca una bolsa de papel, solo de papel.

—Joder, ¿dónde encuentro eso? Voy a casa...

—No, no hay tiempo.

Ashley sigue revolviéndose sin permitir que me acerque a ella, que me aparta constantemente. La situación solo hace que aumentar su ansiedad y debo darme mucha prisa en controlarla o puede acabar mal.

De una forma muy rápida, la sujeto con fuerza, Me levanto el jersey y le cubro la cabeza con él. Necesito reducir la entrada de dióxido en sus pulmones, pero esta forma no es la más aconsejable, pero sí la única a la que puedo recurrir durante unos segundos.

Le pido a Hank una silla y me la proporciona en segundos. Me siento, la libero de mi jersey y la siento de espaldas a mí ejerciendo de pilar sobre su espalda. Ella sigue moviéndose desordenadamente, pero parece ceder. Su respiración empieza a ser más calmada.

Le sujeto los brazos con fuerza y le pido que respire por la nariz y apriete un poco los labios.

Tarda en seguir mis indicaciones, pero lo consigue. Cuando noto que sus músculos empiezan a destensarse, le suelto los brazos y le ayudo a respirar colocándole una mano en el pecho y otra en el abdomen.

No sé cuánto tiempo pasa, pero noto como su pecho empieza a calmarse y a respirar con normalidad.

Escucho el siseo del aire a su alrededor y me relajo sintiendo que la batalla está a punto de ganarse.

Permanecemos así durante al menos cinco minutos, mientras, Hank que está a nuestro lado, resopla de forma sonora demostrando que se siente aliviado.

Asiento con la cabeza para indicarle que está bien. Hank se acerca a ella y le acaricia la cabeza. Siento como su espalda se apoya más sobre la mía y retiro mis brazos lentamente para

liberarla. Le susurro al oído:

—¿Mejor?

Ella mueve la cabeza asintiendo y se separa de mí intentando incorporarse. Hank la ayuda a levantarse y la acompaña al sofá.

Pasa un buen rato hasta que ella se pronuncia, todavía está algo confundida.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado. Estoy bien... ¡Gracias!

—¿Qué te ha pasado? —le pregunta Hank a ella, pero me mira a mí.

—Parece ser un ataque de pánico.

—¿Pánico? —me pregunta ella abriendo mucho los ojos.

—Está relacionado con la ansiedad. No te preocupes, como has visto, igual que viene se va. ¿Te ha ocurrido antes alguna vez?

—No, jamás. Además, no lo entiendo, ¿has dicho ansiedad? Yo creía que me estaba dando un infarto, que me moría, joder. No estaba nerviosa, más bien cansada cuando me ha ocurrido.

Los siguientes minutos recibo toda la atención de Hank y de Ashley mientras les hablo de los ataques de pánico o lo que comúnmente mucha gente llama «crisis de ansiedad», aunque no es lo mismo. Les hablo de todo lo que sé sobre ello para tranquilizarlos y les convengo de que pueden ser episodios aislados. Creo que Ashley ha acumulado demasiada tensión últimamente y su cuerpo se ha revelado y ha elegido un momento en el que ella empezaba a relajarse. Pueden ser mil causas, pero estoy seguro de que no hay nada más.

Seguimos hablando sobre ello e intento aclarar sus dudas. Mientras, Hank ha preparado unas infusiones de flores que hemos tomado con calma.

—Vamos, te vienes a casa a dormir —le dice a Ashley.

—Estoy bien, no le des más vueltas. Estoy cansada y quiero dormir, pero en mi cama, no en la tuya.

—No te voy a dejar sola.

—Doctor —dice dirigiéndose a mí—, dile que estoy bien y que no necesito que se quede conmigo. No le pega nada este papel tan paternal.

—Deberías dormir en nuestra casa, tiene razón.

—¡Traidor! —me dice provocándome la risa. ¿Por qué hablamos de una forma tan natural si ni siquiera hemos tenido una conversación del todo «normal»? Solo hemos salido del paso dadas las circunstancias, pero... normal, lo que se dice normal, no ha habido nada entre nosotros todavía.

—Vale, si quieres me quedo aquí, pero tu cama es muy pequeña. Dormiré en el sofá...

Quince minutos, eternos, nos cuesta convencerla. ¡Qué tozuda es! Ella, finalmente cede resoplando, poniendo los ojos en blanco y asintiendo con la cabeza de la mala gana. Desaparece en el pequeño pasillo sin dejar de despotricar, lo cual nos hace reír a Hank y a mí.

Cuando llegamos a casa le ofrezco una pastilla para que se relaje más. Duda, me mira, mira a Hank, vuelve a mirarme a mí, vuelve a mirar la pastilla... Y por fin la acepta y se la traga.

Ambos desaparecen en dirección al dormitorio de Hank, peor él vuelve poco después.

—¿Eso es grave?

—No, claro que no, está bien. Es más frecuente de lo que te imaginas. Tú... sueles controlar muy bien los nervios, no espero que lo entiendas —le digo refiriéndome a su extrema calma.

—Mañana por la mañana me marchó a Bamburgh y estaré fuera un par de semanas, quizás algo menos. Me preocupa Ashley.

—No te preocupes, estaré pendiente. No tiene por qué volverle a pasar, si es eso lo que te

preocupa.

—Te agradecería que...

—Vete a dormir, no hace falta que me lo pidas. Estaré pendiente. Si quiere... puede quedarse aquí. Propónselo.

Nos despedimos y le sigo con la mirada mientras desaparece de mi vista. Siento una ligera presión en el pecho cuando pienso que va a dormir a su lado...

¿Es lo que me gustaría a mí?

Si es así, ¿por qué tiene tan poco sentido que desee algo así?

Si alguien me hubiera jurado que esto iba a ocurrir, me habría muerto de risa en su cara.

No me caía bien, me sacaba de quicio, me asqueaba que fuera amiga de Nicole, me repelían sus provocaciones... Y ahora, solo unos días después...

Me preocupa su salud.

Tengo interés por aspectos de su vida.

Me atrae...

Me...

Es mejor no seguir, acabo de reconocer que me atrae, no merece la pena seguir torturándome más. Esa es la clave.

Esa insoportable y preciosa americana... ¡Me atrae!

Capítulo 30

Ashley

Mi entretenimiento del día se ha terminado. Apenas son las ocho de la tarde y no sé qué hacer. Por suerte, mañana empiezo a trabajar en firme y estaré distraída gran parte del día.

Espero conseguir material a través de la fundación, echo de menos mis lienzos, mis pinceles...

La marcha de Hank me ha descolocado. Si bien, me lo había comentado, no esperaba que fuera tan pronto, mucho menos justo después del episodio de anoche. Y tan lejos... Bamburgh está a más de cuatrocientas millas de aquí.

Aunque me encuentro perfectamente, solo un poco más cansada de lo habitual, tengo que apartar de mi mente constantemente lo ocurrido. No solo por el miedo que pasé pensando que mi corazón se iba a partir en dos o que iba a morir asfixiada, sino por todo lo que sentí en brazos del doctor.

A Kelsi, con la que he mantenido una conversación de más de una hora y media, la he puesto al corriente de todo.

Qué sanador es hablar con ella. No solo me río a carcajadas, sino que siento lo mucho que me entiende en todo momento. Sé que a ella le ocurre lo mismo conmigo.

—Hubiera sido una muerte feliz, Ashley —me ha dicho muy seria—. Si es tan guapo como dices, ¿qué mejor manera de marcharse a otro mundo que con la cara estampada a ese cuerpo?

Se refería al momento en que mi cabeza se ha quedado atrapada entre un jersey y un cuerpo de infarto, entre un aroma increíble y un calor que... ¡Dios mío! Me da vértigo cada vez que lo pienso.

Intento apartarlo de mi cabeza, pero no hay forma de hacerlo.

¡Qué día más largo!

He hablado con mi tía y con Kelsi.

Me he duchado dos veces.

He hablado con Hank tres veces para decirle que estoy bien.

He recibido al doctor tres veces más cuando ha venido a asegurarse de que me encuentro bien. La primera me ha traído una ensalada, la segunda un té con leche que no me ha desagradado y la última tan solo hace una hora, un plato cocinado por él mismo de verduras salteadas y pescado.

Han sido encuentros breves, correctos, pero seguía habiendo tensión entre nosotros, no me voy a engañar. Y no tensión de la que te lleva a sacar las uñas, no. Tensión de la que te hace luchar contra tu cuerpo porque quiere hacer cosas que no puede hacer.

Cómo ha cambiado la situación...

No puedo quitarme los momentos de ayer de la cabeza... los del ataque de pánico.

¡Otra vez estoy pensando en eso!

Para evitarlo, decido seguir leyendo un libro que he empezado más de seis veces. Uno que me ha prestado Hank. Se trata de una historia de ciencia ficción que no me atrae nada, pero cualquier cosa es mejor que estar luchando contra mi cabeza.

El sonido de la lluvia me llama la atención. Se acabó la racha. Dos días sin llover, no me puedo quejar. Algo es algo.

Intento concentrarme en la lectura, pero el sonido de la lluvia es cada vez más intenso y decido acercarme a la ventana.

Llueve con mucha fuerza.

Después de media hora, sin que la lluvia cese, siento una gota en la cabeza que me alerta.

Miro hacia el techo y noto un pequeño hueco entre las vigas que no debería estar ahí.

La gota se convierte en una gotera constante y tengo que apartarme con rapidez. Busco un cubo para poner debajo de la gotera y una vez solucionado localizo una nueva a pocos metros.

Y otra...

Y otra...

El techo del salón parece que se va a hundir. Hay goteras por todas partes y desisto de ocuparme de ellas. Recojo las cosas que tengo dispersas y me refugio en mi dormitorio, pero antes de entrar me encuentro con una cascada cayendo desde el techo a lo larga de una pared y convirtiendo el suelo en un arroyo.

Corro por todas partes sin dejar de mirar hacia el techo que muestra varios orificios entre las vigas y las tejas. Algunas de ellas parecen haberse movido o desintegrado.

Empiezo a asustarme, pero no quiero marcharme sin mis cosas de más valor: el móvil, el portátil, el bolso... Las localizo todas y cargo con ellas mientras vuelvo al salón y observo que hay nuevos orificios y nuevos chorros de agua. Me refugio con el móvil en el baño. En una esquina del techo también parece haber un hueco, pero de momento, no entra agua.

Intento ponerme en contacto con el doctor, pero me doy cuenta de que el número que me ha dictado le falta una cifra. Me lo ha proporcionado en una de sus visitas. Lo he grabado directamente en el móvil mientras me lo dictaba y me he comido un número.

¡Mierda!

Me doy cuenta de que mis pies solo están cubiertos por unos calcetines finos. Entro en el dormitorio en busca de las botas, pero el suelo tiene más de un dedo de agua que se dispersa por el resto de la casa en cuanto abro la puerta.

La chaqueta también está dentro...

Renuncio a las dos prendas.

No tengo tiempo de maldecir, gritar o lo que sea que se hace en una situación así. Tengo que salir de aquí o el techo acabará deshaciéndose de esas preciosas vigas para impactar una de ellas contra mi cabeza.

Estoy temblando, por el frío, por el miedo y por saber que tengo que pedirle ayuda al doctor y ni siquiera sé si se encuentra en la casa.

Llevo puesto un pijama bastante fino... ¡Qué frío!

Me cuelgo el bolso del cuello, me coloco el portátil bajo el brazo; el móvil lo sujeto con la boca y recojo una manta cuando paso por el sofá y me la coloco sobre los hombros.

Recorro los pocos metros que separan las dos casas a toda prisa, pero no puedo evitar empaparme. Llego a su puerta y respiro con dificultad. Necesito calmarme o se pensará que

vuelvo a tener un ataque de pánico.

Lo raro es que no lo tenga.

Golpeo la puerta con los nudillos y presiono sobre el timbre también.

Tarda poco en abrir.

Su expresión al verme es la misma que si hubiera descubierto a un oso de seis metros con las garras sacadas. La misma que tendría yo si lo viera en esas condiciones.

Consigo quitarme el móvil de la boca.

—El techo de la casa... Es horrible. Hay agua por todas partes —le digo con la voz entrecortada y encogida por el frío, al tiempo que lucho con todo lo que estoy sujetando.

Se queda inmóvil y me mira de arriba abajo.

—Entiendo... y... ¿En qué puedo ayudarte?

Abro la boca para decir algo, pero soy incapaz.

No puedo procesar lo que ha dicho. Ni siquiera pestaña.

—Pero tú me has escu....

Me detengo cuando lo oigo reír. Tira de mí hacia dentro de la casa.

De repente, se transforma y le surge la preocupación.

—Estás empapada...

Coge mis cosas y las deja en una mesa. Yo no me muevo. Vuelve a buscarme y me lleva de la mano hasta el centro del salón. Ese contacto hace que sienta un escalofrío en la espalda. Me resbalo por culpa de los calcetines mojados y me aferro a su brazo, al tiempo que él me sujeta con fuerza y consigue que me mantenga en pie. Me coloca sus manos en mis brazos, como si quisiera que me mantuviera erguida y me habla con una voz suave que hace que me estremezca.

—¿Qué le pasa al techo?

—Que es un colador, hay agua por todas partes. Chorros de agua. Cada vez es peor.

—Maldita sea, sabía que no tenía que haber pospuesto las reformas del tejado, llevo un año queriéndolas hacer.

—¿Y permites que me aloje ahí?

—La persona que vino a valorarla hace poco, me aseguro que estaba bien y acordamos hacer las reformas cerca del verano.

—Pues dile a ese tío que se dedique a otra cosa.

Seguimos plantados el uno frente al otro. Me mira, me mira más, me mira mucho y... Se aparta de mí.

Me coge de la mano, me lleva cerca del fuego, me quita la manta mojada y me tapa con una manta mucho más grande que me cubre por completo.

—Iré a buscar tu ropa y a ver lo que pasa. Calientate en el fuego. Quítate esa ropa, estás empapada.

—¿Y qué me pongo? No creo que puedas entrar ahí, no deberías. La ropa está dentro del armario, pero el dormitorio está inundado. Hay agujeros del tamaño de un melón.

—Entra en mi dormitorio, coge mi ropa, la que sea. Vengo en seguida.

—Por mi ropa no lo hagas... Espera a que acabe de llover, está en el armario y no se puede entrar.

Veo a cierta distancia que se coloca unas botas de goma que guarda en el armario del vestíbulo y un chubasquero.

Desaparece.

Estoy en *shock*.

Es todo tan rápido, tan caótico.

¡Maldita lluvia! ¡Maldito tejado! ¿Reformar el tejado? Cuando lo vea se dará cuenta de que va a tener que construirlo de nuevo, eso es un colador y seguro que acaba desplomándose.

Pienso en mis pertenencias mientras me voy desprendiendo de la ropa mojada... El calor del fuego me reconforta, pero estoy tan aturdida por lo que está pasando que no puedo pensar.

Me desprendo de los calcetines mojados y me dirijo a su dormitorio. Consigo un pantalón deportivo largo y una sudadera, seis tallas mayores que la mía. No llevo ropa interior, pero no me siento cómoda apropiándome de una de sus prendas íntimas... ¡No! Eso no. Bastante extraña me he sentido ya removiendo su ropa.

¡Qué ordenado lo tiene todo!

Me refugio bajo la manta de nuevo y saco los pies para que se acaben de calentar, es la parte más mojada y fría de mi cuerpo.

Claro que, cuando me ha cogido por la cintura... diría que la parte más mojada no eran mis pies.

¡Ashley!, me riño con mi propio comentario.

El doctor vuelve casi veinte minutos después.

—¿Estás bien? —grita nada más entrar.

—Sí, pero estaba empezando a pensar que se te había desplomado el techo.

—¿Y eso te preocupaba?

—Sí, porque no he encontrado calcetines... Me hubiera tocado buscar otra vez.

Se echa a reír y me da un informe de los daños mientras desaparece y aparece de nuevo cargado con una bolsa de jardín en la que ha introducido alguna ropa, unas botas, mi chaqueta, y un oso pequeño de peluche.

¿Por qué ha traído ese oso?

Deposita la ropa sobre el sofá.

—No he podido detenerme a seleccionarla.

—Todo lo que has traído está bien. Gracias.

—El osito he pensado que era necesario... ¿Me he equivocado? Sería una lástima que se mojara.

—¿Cuándo dejaste de dormir con él?

Me mira confundido.

—Estaba en la casa cuando llegué. No es mío.

Se echa a reír.

—Entonces... ¿Por qué estaba encima de tu cama?

—No me obligues a contarte lo que hago con él... ¡Es muy violento!

Suelta una carcajada.

—¿De verdad estaba ahí?

—Así es. Mío no es.

—¿Será de Hank?

—¿Hank con un oso de peluche? Creo que te faltan detalles sobre él.

—Pues no tengo ni idea de quién es, no sabía que estaba ahí.

—Ya... ¡No debes avergonzarte! Puedes contármelo.

Seguimos riendo mientras nos acercamos más al fuego.

Tardamos un rato en acabar de entrar en calor, en silencio. Creo que él está tan descolocado como yo por la escena tan íntima que estamos viviendo.

Desaparece anunciando que va a cambiarse de ropa y aparece poco después descalzo, con un pantalón parecido al que le he robado del armario y una camiseta de manga corta.

La temperatura es perfecta dentro de la casa, pero mi sudadera es de dos metros de grosor y no me molesta.

—¿Quieres beber algo?

—¿Algo caliente?

—¿Una taza de chocolate deshecho te gustaría?

—Es perfecto.

Tarda solo unos minutos en volver con las tazas. Me pregunto si Hank le habrá comentado mi pasión, barra obsesión por el chocolate, pero me contesto que no tiene sentido que hayan hablado de mí en esos términos.

—¿Te has cambiado? —me pregunta observando que solo mi cabeza está visible.

—Sí, te he cogido ropa prestada... —Abro la manta para que la observe y se echa a reír.

—Vaya, te viene un poco ajustada, pero servirá hasta que entres en calor.

Sonrío con timidez. Es que el hombre que tengo delante es un perfecto desconocido, sin embargo, me siento cómoda. Lo raro es pensar en que es el mismo con el que durante más de una semana solo he hecho que discutir cada vez que he tenido oportunidad.

—¿Se ha caído alguna parte del tejado?

—No, pero hay orificios por todas partes. Hay maderas astilladas, tejas rotas... El exterior es un desastre y el interior... ya lo has visto. Mañana llamaré para que lo cubran mientras llueve y para que planifiquen la reforma cuanto antes también. Mañana, si no llueve y el tejado sigue en su sitio, iremos a rescatar tus cosas.

—¿Has dicho si no llueve? Aquí siempre está lloviendo...

—No con esta intensidad, esto es más propio del final de la primavera, no de esta época.

—¿Eres consciente de que... tienes que hacer una pequeña mudanza?

Me sorprende que haya mantenido tanta calma durante tanto rato. Yo habría maldecido mil veces por lo del tejado. Tampoco le veo preocupado. Claro que, a juzgar por la casa en la que me encuentro y el coche que conduce... el dinero no debe ser un problema para él.

—Sí, yo... Joder, no sé qué decirte. Esto no lo tenía previsto. Cuando vuelva Hank ya habré encontrado algo donde ir...

—No te preocupes ahora por eso. Hank me pidió que te cuidara mientras estuviera fuera y qué mejor que viviendo aquí para hacerlo. Hank estará fuera dos semanas, no es suficiente para arreglar ese tejado, pero intentaré que sea poco tiempo.

—¿Hank te ha pedido que me cuides?

—Ajá, estaba algo preocupado por lo que te pasó ayer. Tú me habrías pedido lo mismo...

—No voy a tener más ataques de esos, ¿no?

—No creo, me parece que ayer necesitabas liberar algo de tensión.

—Ha sido por tu culpa...

Sonríe con malicia.

—Siento lo que ha pasado con el tejado. No debí confiarme. Antes de que llegaras, le dieron un repaso y no me dijeron que las reformas fueran tan urgentes.

—Ha llovido muy fuerte, puede que eso haya ayudado.

—¿Necesitas algo más?

—Unos calcetines, ¿has cogido algunos?

Me levanto y me dirijo al sofá para hurgar entre la ropa que ha traído.

—Creo que sí, pero no estoy seguro. Te puedo prestar unos, pero seguro que te vienen

grandes.

Mientras sigo buscando, siento que los pantalones se me deslizan por las piernas.

Intento subírmelos con rapidez, pero se atascan un poco con los pies. Me giro y veo al doctor sonriendo. Me apresuro a subirlos y pierdo un poco el equilibrio. Me dejo caer en el sofá, en medio de la montaña de ropa, y... cuando alzo la vista me encuentro con unos labios grandes, carnosos y calientes, estampados contra los míos. Me sonrojo.

Me está besando.

—¿Demasiado invasivo?

Mi pecho sube y baja por la impresión mientras no dejo de mirarlo. Está a solo unos centímetros de mí, apoyando una rodilla en el sofá y cubriéndome ligeramente con su cuerpo.

Me cruzan rápidamente por la cabeza muchas razones por las que debería parar esto, pero las ignoro.

—No me he quejado. Sigue, si algo no me gusta, te lo haré saber.

Y... lo hace. Sonríe y sigue.

Capítulo 31

David

Durante unos segundos, he creído que me iba a detener y recriminar que me haya lanzado de esa manera sobre ella.

Ha sido algo inesperado, lo sé, pero no solo para ella, sino para mí también.

Nunca hubiera pensado que sentiría un deseo tan fuerte que me nublara la mente e hiciera que mi cuerpo actuara como si no hubiera un cerebro que lo dominara.

El sabor de sus labios es dulce, familiar de alguna manera que no puedo definir. Ashley responde a mi beso con la misma intensidad, y me pregunto qué estará pensando en este preciso instante.

Continuamos besándonos mientras la ropa va desapareciendo. No es fácil ni es rápido debido a la posición en la que nos encontramos, pero ninguno parece querer cambiarla. Por suerte, no llevamos mucha ropa.

Estamos desnudos.

Inicio un reguero de besos que hace que escuche sus gemidos suaves y provocativos, por primera vez.

Ese sonido me enciende aún más de lo que estoy y hace que mis movimientos se vuelvan más rápidos y ansiosos.

Ashley se mueve incómoda al sentir la montaña de ropa que hemos creado, entre la que nos acabamos de quitar y la que ya se encontraba antes, y arquea la espalda buscando una postura mejor.

Eso hace que la sujete por la cintura y la impulse hacia el suelo, hacia la alfombra mullida.

—Mucho mejor —susurra con los ojos cerrados.

Nos mantenemos en esa posición durante un buen rato mientras yo me dedico en cuerpo y alma a besar cada centímetro de su cuerpo y a seguir deleitándome con los sonidos que salen de su garganta. Su sonrisa hace que me detenga de vez en cuando para no perdérmela, a la vez que intento mirarla de reojo cuando la posición no me permite enfocarla de frente.

Ashley serpentea sobre la alfombra. Alzo sus piernas y ella las apoya sobre mis hombros y espalda mientras me inclino hacia su sexo y mordisqueo sus labios.

Me sorprende sentir que si en este momento tuviera que detenerme podría enloquecer. Es demasiado intenso este deseo y, en cierto modo, me asusta. Es como si no pudiera controlarme, como si fuera un adolescente excitado que no es capaz de controlar sus impulsos.

Ashley grita y suelta risitas que me hacen sonreír constantemente e impiden que pueda continuar como a mí me gustaría.

Me detengo, la miro fijamente, me deleito con ese brillo tan propio del deseo.

Interrumpo el momento para desaparecer y aparecer en un tiempo récord, el que tardo en

localizar protección. Odio esta interrupción, pero es necesaria.

Cuando vuelvo, ella está de espaldas, mirando en dirección al fuego y me detengo a contemplarla. Tiene un cuerpo precioso.

Me coloco a su lado y le acaricio de mil maneras la espalda. Ella se da la vuelta lentamente y me abraza el cuello. Mira mi erección y sonríe.

La alzo con dificultad y me dirijo al sofá. La dejo caer, se tambalea, intento sujetarla y ambos caemos sobre él. Nos reímos como niños. Me siento en el suelo, apoyado contra la parte inferior del sofá, y ella se coloca a horcajadas sobre mí mientras no deja de mordisquearme los labios.

El contacto de su sexo contra el mío hace que emita un sonido tan ronco que le hace echarse a reír.

Se separa bruscamente de mí y me abre las piernas para hacerse paso mientras desliza su lengua a lo largo de mi dolorosa erección hasta que la atrapa con la boca, la acoge y me hace soltar un gemido desesperado, y otro... y otro...

Necesito estar dentro de ella, así que interrumpo sus caricias y tras varios movimientos consigo hacerme paso hacia un lugar que se me antoja paradisiaco.

Así de poético, así de romántico.

Me sorprende, pero es como me siento.

Por alguna extraña razón, una que tiene que ser muy rebuscada, siento que la conozco desde hace mucho tiempo y me muevo a su lado con una confianza no muy propia de un primer encuentro, mucho menos de uno basado solo y exclusivamente en el sexo.

Ashley cabalga sobre mí, provocándome continuamente con su risa, o tapándome los ojos o separándose bruscamente para luego dejarse caer lentamente.

Pierdo la noción del tiempo a continuación. No sé si estamos horas o minutos, me pierdo. Solo cierro los ojos para absorber cada segundo.

Alcanzamos el ¿orgasmo? Seguro que podría llamarlo de otra manera, porque pocas veces he sentido tanta intensidad.

Ella apoya su cabeza en mi hombro y siento como la tensión se libera de su cuerpo.

La abrazo por la cintura y le beso constantemente el cuello.

Esto es demasiado íntimo, demasiado real e irreal al mismo tiempo.

Miro hacia el techo y le doy las gracias a la lluvia que ha destrozado el tejado.

Capítulo 32

Ashley

El agua caliente ha conseguido que me despeje por completo. Estoy sentada frente al fuego, vestida con mi ropa, con la que ha traído el doctor, esperando que él salga de la ducha.

Por suerte, ni él ni yo hemos propuesto una ducha conjunta. No sé él, pero yo necesitaba procesar un poco lo ocurrido y estar a solas.

Ha sido demasiado intenso. Si alguien me hubiera jurado que yo me iba a comportar así, entregándome por completo a la causa, y disfrutando de la manera que lo he hecho... ¡No lo habría creído!

Ha sido el momento de fantasía, de calentón, de deseo, de excitación... Y ahora la vuelta a la realidad.

No tengo casa, estoy en la suya, me he acostado con él...

Ayer no nos matamos porque no pudimos y hoy disfrutamos de un polvo apoteósico que me ha llevado a... muy arriba. ¿Exosfera se llama? ¿O era estratosfera? Sea cual sea, hoy he viajado hasta allí.

Nicole aparece por tercera vez en mi mente, la vuelvo a apartar. Vuelve a aparecer... Y así paso un rato que se me hace eterno.

¡Joder, me he acostado con el doctor!

¿Qué clase de amiga soy?

¿Qué pensaría de ella si se hubiera acostado con Connor nada más llegar a Los Ángeles?

La verdad es que ese ejemplo no consigue sensibilizarme. No me afecta lo más mínimo. Más me daría pena por ella... Pero, claro, eso se debe a que no hubo nada tan intenso como entre ellos...

¿Y si fuera Kelsi?

No, es distinto.

Nicole y Kelsi no son iguales para mí, pero no importa. Una amistad es una amistad. Da igual, si compartes más tiempo o tienes más vivencias... Si hay un mínimo de cariño, hay un mínimo de respeto.

Me siento sucia.

Pero es que no veo la manera de haberle puesto freno...

Lo deseaba de una forma tan intensa... que he perdido el control y la noción de todo.

¿Eso vale como argumento? ¿Serviría para contárselo a Nicole si se enterara?

El doctor aparece perfectamente perfumado y vestido con ropa deportiva: un pantalón amplio y una camiseta de manga corta. Yo no he tenido elección, así que me he conformado con

poder vestirme con un pantalón vaquero y un jersey de algodón de color rosa, mi preferido.

—¿Estás bien? Pareces hipnotizada.

—El fuego tiene ese efecto en mí. Me da por pensar...

Lo miro fijamente. Se ha sentado a mi lado y está sirviendo un vaso de agua de una jarra que ha traído antes de que nos separáramos para la ducha.

—¿Quieres?

Asiento con la cabeza y acepto el vaso. No sabía que tuviera tanta sed de nuevo. Lo termino y niego con la cabeza cuando él me pregunta si quiero más.

—Cuéntame qué pasó con Nicole...

—¿Por qué debería hacerlo?

—Tengo la esperanza de que me ayude a no sentirme tan mal. No sé si eso es el voto de confianza que querías, pero es lo más parecido.

—¿Por qué te sientes mal?

—Porque somos amigas.

—Dime algo... ¿Qué te dijo de mí?

—Primero cuenta...

—Solo dímelo a grandes rasgos.

—Me habló de vuestra relación. Ella estaba mal, muy mal. No asimilaba que se hubiera acabado.

—¿Qué clase de relación te dijo que teníamos?

—Pues... normal... ¿Por qué no hablas tú?

—¿Te seguía hablando de mí poco antes de ingresar en el hospital?

—Sí, es que antes nunca lo hizo. Ella me habló de ti cuando llegué a Londres.

—Y... si afirmaba que tenía una relación conmigo, ¿cómo es posible que no te hablara de mí? Dices que sois muy amigas... ¡Eso no lo entiendo!

—No teníamos el mismo contacto desde que se fue a Londres, solo de vez en cuando. No lo sé... hay cosas que no...

—Que no, ¿qué?

—Deja de hacerme preguntas, ¿me lo vas a contar o no?

Se acomoda entre los cojines.

—Ashley, si te hago esas preguntas es porque intento saber qué había en su cabeza y qué te contó. Yo no tuve una relación con Nicole, nos vimos solo cuatro o cinco veces.

—¿Cuatro o cinco veces?

—La conocí en el hospital. Coincidimos en el ascensor. Ella esperaba uno y yo también. El de personal tardaba y me subí en el mismo que ella. Se movía inquieta. La miré y me dijo que tenía claustrofobia a los ascensores y... en cuanto se detuvo el ascensor, dos plantas más arriba, empezó a desvanecerse. La atendí y la ayudé. Estuve con ella un rato hasta que se recuperó y después se ocuparon mis compañeras.

—¿Qué hacía en el hospital?

—No lo recuerdo bien, pero creo que iba a visitar a un compañero de trabajo. Creo que algo así me dijo.

Me sorprende porque no fue así como ella me contó que se habían conocido.

—Continúa, por favor.

—Al día siguiente la encontré en la cafetería y me dio las gracias. Estuvimos charlando un rato y... me invitó a cenar ese mismo día. Bromeamos sobre si debía o no aceptar por eso de la relación médico paciente, pero llegamos a la conclusión de que podíamos hacerlo. Yo no era su

médico en ningún sentido.

»Cenamos juntos y nada más. Ella me habló de su trabajo y de su vida en Estados Unidos, yo de mi trabajo y... ¡Lo habitual! Me gustó. Me pareció simpática, muy guapa... Volvimos a quedar otra vez y después de cenar fuimos a su apartamento. Nos acostamos y ya está. Esa misma cita se repitió una vez más.

»El fin de semana siguiente vine a Rye con Andrew. Nos fuimos de fiesta con Hank y otros amigos de él. Me llamó y le dije que estaba fuera de Londres con unos amigos y se puso muy desagradable acusándome de cosas que no entendía.

»Está claro que ella veía aquellos encuentros de otra manera, pero se lo dejé claro.

»Me estuvo llamando varias veces el fin de semana, pero la ignoré. Al día siguiente me fue a esperar al hospital. Me la encontré en el parking, junto al coche.

»Decidí que lo mejor sería dejárselo claro y fuimos a una cafetería lejos del hospital.

»No me podía creer que me hablara de sus padres, que quería presentármelos cuando vinieran. Le dije que estaba equivocada, que no íbamos en la misma dirección y que no quería verla más. Fui claro, te lo aseguro.

No entiendo nada de lo que me está contando, parece que me está hablando de otra persona. Lo poco que me contó no coincide en absoluto y estoy muy confundida.

—Al día siguiente, cuando llegué al hospital, me dijo una enfermera que mi novia estaba ingresada en urgencias por una hiperglucemia. ¿Mi novia? Así se había presentado ella.

»Fui a verla y estuve un rato con ella. Le pedí que no se presentara así con mis compañeros. Me dio pena verla tan frágil y la atendí todo cuanto pude. Se recuperó y se fue al día siguiente.

»Me envió varios mensajes y tuve que aclararle de nuevo que no había nada entre nosotros y que el hecho de haberla atendido y visitado no debía confundirla.

»La semana siguiente volvió a ingresar por lo mismo y también les pidió a mis compañeras que me avisaran porque era mi novia, pero esa vez no acudí a visitarla. Se marchó dos días después. Su médico me dijo que le parecía que la medicación no la estaba llevando correctamente y que parecía estar atravesando un problema personal, pero se fue recuperada. Y la tercera vez fue el día que te conocí. Es todo lo que duró nuestra «relación». No sé si llegó a un mes. Dos o tres cenas y dos o tres ingresos en el hospital... ¡Ya está!

»Cuando me enteré de que había ingresado la última vez no me lo podía creer. Su médico, después de darle el alta, me contó que había hablado con sus padres y les había aconsejado que la tratara un profesional, que necesitaba ayuda. Fin de la historia, Ashley. Cuando me dijiste que yo le había hecho tanto daño y esa serie de cosas... no salía de mi asombro, aunque, si te soy sincero, tampoco me sorprendió demasiado.

—¿Por eso sus padres se la llevaron con tanta urgencia?

—Podría ser.

—¿Por eso tú no me informaste de su estado, sino tu compañero?

—Sí, le pedí que lo hiciera. Me negaba a tratarla.

—Joder...

—¿Te contó ella algo de esto?

—No, no se parece en nada. Ella describió una relación muy asentada. Muchos sentimientos, planes de futuro... Una ruptura muy trágica por... otra persona.

—¿Eso te dijo?

—Sí, algo menciono de otra mujer. No entiendo nada.

—No está bien, es evidente.

—Es que son historias tan diferentes... ¿Por qué tantos ingresos? He entendido que... quizás... No sé si debo decir esto, pero...

—Si lo que piensas es que provocaba su ingreso, te diré que sí, que eso es lo que creo, y su médico también.

—Cuando hablé con su madre no me pareció que lo enfocaran de esa forma. Me dijo que había descuidado la medicación y la dieta por culpa de su desengaño amoroso.

—Eso lo desconozco. Solo te he contado lo que sé. Me alegro de que esté con sus padres y que alguien se ocupe de ella. ¿Cómo está?

—Bien, mejor. No he hablado más que una vez con ella desde que se fue.

—¿Te hablé de mí otra vez?

—Sí, un poco, por eso no entiendo nada. Sigue pensando en ti de la misma forma.

—Ya te he contado lo que pasó. ¿Entiendes por qué me molestaba que me reprocharas que me hubiera portado mal con ella?

—Sí, según tu relato... lo entiendo.

—Te he contado la verdad, Ashley, solo nos vimos unas pocas veces, pero ella lo llevó todo muy lejos.

—Si te digo la verdad, me da mucha pena oír esto. No está bien, es evidente. Yo la noté diferente, parecía ausente, pero lo achaqué a que estaba en un momento muy malo, muy hundida.

—Si estaba hundida no era por mi culpa. Ella imaginó algo que no era real y se le fue de las manos.

Menuda historia. Nada que ver con el romance empalagoso que me contó Nicole.

Y... el caso es que le creo. Encaja con muchas preguntas que le hice a Nicole y que no me contestaba.

—¿Sois muy amigas?

—No igual que con Hank o con Kelsi, otra amiga que vive en Los Ángeles—le aclaro—, pero sí hemos tenido mucha relación en nuestra etapa universitaria. Hasta que vino a Londres, ahí se redujo el contacto, pero no desapareció. Planeamos estar juntas en Londres, pero en cuanto llegué, se puso enferma. Aquella noche comió de una forma extraña, le declaró una guerra a su dieta. Cuando volví del hospital me di cuenta de que la noche anterior debía haberse comido casi una bandeja de pasteles mientras yo estuve durmiendo.

—Eso es impensable en una persona diabética, aunque también debió jugar con la medicación.

—¿Cómo puede alguien autolesionarse así? ¿Qué pretendía?

—No lo sé, Ashley.

—Lo hacía para llamar tu atención...

Se encoge de hombros, y se acerca a mí abrazándome por la espalda. Es un gesto tan íntimo y que necesito tanto...

—¿He conseguido que dejes de sentirte culpable?

—Sí, pero me preocupa que haya llegado a ese extremo.

Me refugio en sus brazos e intento que mi mente deje de pensar en Nicole.

Con las veces que le he reprochado al doctor que le hiciera daño y se portara mal con ella...

Creo que Nicole se obsesionó con él e hizo castillos en el aire.

El caso es que me da pena, pero la entiendo. No por lo que hizo, sino por sentirse tan atraída por él.

El caso es que Nicole no está bien... En el fondo lo sospechaba.

Había algo extraño en ella...

Capítulo 33

David

Soy consciente de la sonrisa que se me ha dibujado en cuanto he salido del centro médico en dirección a mi casa.

Soy consciente, también, que esa sonrisa la provoca ella: el saber que la voy a encontrar en mi casa, o a punto de llegar a ella.

Es el cuarto día que tengo esta sensación, una que me satisface y me confunde a la vez.

Desde la noche en que acudió a mi casa después de estar a punto de ser cubierta por el tejado de la casa de invitados, hemos adoptado una rutina que no deja de sorprenderme, pero que a la vez hemos acogido como si lleváramos años practicándola.

La segunda noche que pasó en mi casa empezó de una forma más distante entre nosotros. Creo que ambos estábamos adaptándonos a la nueva situación sin creernos demasiado que hubiera podido cambiar tanto en tan poco tiempo. Pero... solo fue el principio, a medida que avanzaba la tarde y llegaba la noche nos fuimos acercando más. Y así ha sido el resto de días.

El fuego tiene un efecto hipnótico entre nosotros. Hace que cualquier sensación fría que se interponga, se deshaga en pocos segundos.

La temperatura sube demasiado rápido cuando nos dejamos acariciar por el calor del fuego y por cualquier leve contacto que se produzca entre nosotros. Combustión pura.

Esa ha sido nuestra rutina las tres últimas noches. Conversación, cena, fuego, sexo... Un «buenas noches», y horas después un desayuno entre risas antes de separarnos a nuestros respectivos trabajos.

Sí, es muy extraño. Ni siquiera yo, que lo estoy viviendo, mientras lo relato o lo repaso en mi cabeza puedo creérmelo.

Me gusta hablar con ella. Estos días hemos compartido detalles de nuestros trabajos y nuestra vida en general, pero solo de forma superficial. Creo que ni ella ni yo somos especialmente amigos de hablar en exceso de nosotros mismos.

Ella me ha hablado de su trayectoria artística y yo de la mía en el mundo de la medicina.

A pesar de la cercanía, hemos adoptado temas cómodos que no supusieran ningún tipo de invasión personal, pero reconozco que, en muchas ocasiones, muchas, me habría gustado preguntarle miles de cosas.

Tengo mucha curiosidad por saber aspectos de su vida de los que ella relata de forma superficial, pero soy consciente que no debo mostrar demasiado interés, necesito mantener la distancia. No quiero que ella se anime a preguntarme por mi vida...

Algún día se lo contaré... Claro que, Ashley está de paso en mi vida. Ella solo va a estar un tiempo en Rye antes de volver a su vida en Los Ángeles... No hay razón para inquietarme.

Es una aventura que me apetece vivir, es todo. Pero... espero que se frene en algún momento

porque este ritmo es... ¿Peligroso?

No, no lo es. Es una experiencia buena. Una forma de darle descanso a la mente después de haber discutido mil veces.

La encuentro en la cocina. Hay un olor extraño que no consigo identificar.

—Hola, doctor.

Todavía no he conseguido que me llame por mi nombre y ya he perdido la esperanza.

—¿Estás preparando algo?

—Sí, estoy preparando comida de verdad. De la que me exige mi estómago. Nostalgia pura.

Está de espaldas a mí. Me acerco a ella y veo que está moviendo algo que se encuentra dentro de una olla. Es una especie de crema de color claro.

—Sopa de almejas. Me ha costado encontrar todos los ingredientes, pero he improvisado.

—¿A qué se debe este honor?

Se gira hacia mí.

—¿Por qué un honor? ¿Quién te ha dicho que lo voy a compartir contigo?

Suspiro y me apoyo en la isla de la cocina.

—Menudo peso me quitas. Pensaba que querías que me comiera eso, tiene un aspecto terrible.

—Eso es... una broma, ¿verdad?

—¡Oh, vaya! He metido la pata.

Se acerca a mí con la cuchara de madera en alto.

—Escúchame bien, gracioso. Que tú me digas que esta sopa sagrada, la única receta elaborada que sé preparar, la mejor sopa de la costa este, el mejor ejemplo de que los americanos no solo comemos hamburguesas como algunos incultos ingleses creen, tiene un aspecto terrible... No te lo voy a permitir. Mucho menos después de ver cómo adoráis los riñones, las tripas de los corderos y un sinfín de pecados que incluís en vuestros platos. Así que... ve haciéndote a la idea de que hoy, cenas sopa de almejas americana cien por cien.

—Te contradices... Antes me has dicho que no la ibas a compartir contigo. No hay quien te entienda.

—No quiero que me entiendas, doctor... solo que me... ¿Complazcas?

Esa actitud desafiante, esas cejas enarcadas y ese pelo recogido de forma desastrosa sobre la parte alta de su cabeza... me pierden.

Me apodero de la cuchara y la lanzo sobre la encimera. Despejo con rapidez la isla de la cocina y la tumbo de espaldas sobre ella, haciéndome paso entre sus piernas, que cuelgan al tiempo que se agitan.

—¡Eh, doctor! Esta interrupción está poniendo en peligro mi sopa, aún le queda un poco de cocción.

—Eso es lo que pretendo. No se me ha ocurrido mejor manera de decirte que odio las almejas.

Me mira horrorizado.

Se incorpora de golpe.

—¿En serio?

—Mi enemistad con ellas se remonta a veinte años atrás. No las soporto...

Asiente con la cabeza sin ocultar su decepción.

Se baja de la isla y apaga el fuego.

Me siento extraño porque no sé exactamente qué pasa por su cabeza. Me encantan las

almejas, puede que haya llegado demasiado lejos.

Se sube en la isla, de espaldas, quedando sentada de nuevo frente a mí.

—Bueno, ya me lo has dicho, ahora ya lo sé. Sigue con lo que tenías en mente.

Me echo a reír y me lanzo sobre ella de una forma casi salvaje, es lo que siento cada vez que me provoca de esa manera.

—¿Y si le quito las almejas...? La crema sabe poquito a almejas... —sugiere decepcionada.

—¿Una sopa de almejas que no sabe a almejas?

—Así define mi tía mi sopa...

Me echo a reír. Cuando veo que tiene intenciones de volver a hablar, le tapo la boca, consigo que se ría y bajo lentamente hasta su sexo para dedicarme a él en cuerpo y alma.

Los sonidos que salen de su garganta me dejan claro que no tiene intenciones de interrumpirme más.

Cuando empieza a retorcerse sobre la isla, me detengo. Me mira. Respira con dificultad y sé que se está preguntando por qué me he detenido justo en ese momento.

—Un momento, es que no me quedo tranquilo —le digo mientras me acerco a la cacerola y la destapo.

Me giro hacia ella, sé que está atónita. Se ha incorporado levemente.

—Solo quiero probar la sopa, puede que me guste. Te has tomado tantas molestias...

Se incorpora de golpe.

—¿Es cierto que estás probando la sopa ahora? Dime que estoy soñando. ¿No podías hacerlo después?

La pruebo intentando no hacer ningún gesto que me delate. Me encanta provocarla.

Cuando intenta bajarse de la isla, me acerco corriendo hacia ella, y lucho para que acepte mis caricias. Acaba por rendirse y continuo con lo que he dejado.

—Cenamos fuera —le digo un minuto antes de que estalle de placer.

Siento un golpe en la cabeza, acompañado de un «¡Capullo!». Y tengo que aguantarme para no echarme a reír de nuevo.

Capítulo 34

Ashley

Es tan reconfortante poder hablar con el doctor de mis inquietudes en el trabajo y sentir que me escucha y que entiende todo lo que le cuento... Se nota que Hank le ha contado mil cosas, tal y como él me ha confesado. No hay ni un solo concepto que le resulte desconocido.

Estamos sentados frente al fuego una vez más, aunque este se ha consumido prácticamente y ni él ni yo nos hemos preocupado de revivirlo.

Así han sido todas las noches desde que... firmamos la paz. Está lleno de momentos de intimidad y de complicidad que siguen sorprendiéndome, pero me gustan.

El sexo es fantástico, casi adictivo con él, una nueva experiencia en cuanto a sensaciones, muchas casi desconocidas para mí. Y también en cuanto a mi forma de comportarme. Nunca antes me había sentido tan lanzada, tan desinhibida. Lo soy, y así lo he vivido en todas las aventuras que he tenido, pero nunca tanto. Siempre ha habido algún momento en que me he sentido cohibida o me he frenado. Con él es distinto.

Parece que haga meses que nos conocemos, y los episodios de conflictos, los del hospital y los que se produjeron cuando llegué aquí, parecen no haber existido o haberse producido hace años.

Seguimos recurriendo a ellos para bromear. Si algo distingue esta nueva relación entre nosotros es las ganas de fastidiarnos que tenemos a todas horas, pero de forma distinta a la que empleábamos nada más conocernos.

—No te veo muy entusiasmada —me dice refiriéndose a mi trabajo.

Me encanta cómo se preocupa por él y cómo consigue que me desahogue constantemente cuando la jornada no ha sido muy satisfactoria, es decir... todos los días.

Después de cuatro días en el palacio, no ha cambiado nada. Al contrario, más bien se ha intensificado la decepción.

—Es frustrante —le confieso—. Estoy trabajando en ese fresco y ni siquiera eso puedo hacerlo con libertad. He tenido que pedir muchas veces material que no se molestan en suministrarme o cuando lo hacen, no es el apropiado. En ese palacio solo están volcados en las galerías, en la colección secreta, y en el fresco del techo...

—¿Por qué es así?

—Porque lo que yo tengo que hacer es lo menos importante. Tengo que restaurar un fresco sin apenas valor y la mayor parte de las veces, aparece ese odioso hombre, Wallace, para recordarme que el trabajo de Percibal Marmion tiene prioridad, ante todo. Cuando él está trabajando en el fresco del techo yo casi resulto una molestia, tengo que ir adaptándome a sus movimientos. Tiene un andamio que no deja de mover y que me hace sentir acorralada. He avanzado seis centímetros cuadrados en cuatro días.

—¿Por qué no hablas con Carter? Sé, por Hank, que él suele ser muy resolutivo en cualquier problema que surja.

—Sí, lo es, pero por encima de él está Wallace. Solo se hace lo que él diga, ni siquiera Carter tiene autoridad cuando está él. Es insufrible. Altivo, arrogante... Me mira por encima del hombro y se dirige a mí como si me perdonara la vida constantemente. El pintor es más tratable, debo reconocerlo, incluso se muestra amable en muchas ocasiones. Me ha dicho varias veces que ha presenciado alguno de sus comentarios que tenga paciencia con Wallace, pero él es el primero que no respeta mi trabajo moviéndose constantemente sin decirme nada. Claro que, debo confesar que el tío es increíble. No te imaginas cómo trabaja... No puedo dejar de admirarlo y de quedarme embobada cada vez que sujeta un pincel. He oído hablar de él en alguna revista especializada y tiene una gran reputación. Es todo un talento. Me gustaría ver alguna de sus obras propias y así se lo he dicho. Me ha prometido mostrarme alguna cuando acabemos el trabajo.

—¿Cómo es su relación con Wallace? ¿Mejor?

—Con él se muestra más amable, es diferente, aunque también les he oído discutir alguna vez, pero no sé por qué motivo.

—¿No sería mejor que lo intentaras de nuevo con ese hombre, con el tal Wallace? Exponle claramente el tema. Te contrataron para algo que no es lo que estás haciendo.

—No, no puedo hacer eso, de momento. Esta mañana me ha dicho que no debería haberle dado mis quejas a la señora Lyndhurts, así que no tengo nada que hacer. Ha sido muy desagradable.

—¿Le diste quejas? ¿La conoces?

—La vi un día. No le di quejas propiamente dicho. Ella me preguntó si me sentía bien en el palacio y yo fui sincera. Aunque es un poco altiva, me dijo que no tuviera prisa y que todo llegaría.

—Si te dijo eso, debes creerla.

—No, no puedo. Me ha quedado claro quién lleva la voz cantante. Debió decirle algo a Wallace y él no ha perdido oportunidad de recriminármelo. Creo que le caigo mal.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no era nadie para dar mis quejas a esa mujer y que me limitara a hacer mi trabajo.

—Si más adelante no se cumple lo que te asignaron o lo que esa mujer te ha dicho... puedes volver a hablar con ella.

—No, doctor, no funciona así. Esa mujer solo viene de vez en cuando, según me han dicho y Wallace es su mano derecha.

—¿Cómo funciona entonces? ¿Callando sin rechistar y haciendo algo para lo que no has sido contratada?

—Te lo resumiré. Cuando trabajé en el museo de Los Ángeles, viví una experiencia increíble en mi carrera. Pero... digamos que estuve en el primer nivel, para que lo entiendas. Yo quiero subir al segundo nivel y para ello necesito un buen informe de mi trabajo aquí. Ese informe, si es bueno, me abrirá otra puerta que me llevará de cabeza a lo que más deseo: restaurar sin supervisión constante, poder escribir mi nombre después de un trabajo. Aunque ha sido una decepción, no puedo arriesgarme a que ese informe sea negativo, y ese hombre es capaz de cualquier cosa si le sigo incordiando o me coloca entre ceja y ceja. Lo de hoy me ha parecido un aviso. He sido seleccionada en un programa muy prestigioso, doctor. El museo de Los Ángeles no espera que ese informe sea un desastre o no contarán conmigo. Es mi pasaporte.

—Entonces ¿por qué dijiste que era un sueño trabajar aquí? O... puede que fuera Hank el

que lo mencionó.

—Porque lo era, pero pensaba que mi trabajo sería otro distinto, no el de un maldito fresco de hace cuatro días.

—Comprendo. ¿Y qué vas a hacer?

—Aguantar y tener esperanza, pero intentaré no tener a Wallace de enemigo. Nadie habla muy bien de él. En una de las galerías hay varios profesores y estudiantes, tanto de Historia del Arte como de Bellas Artes. He coincidido con alguno de ellos un par de veces y me lo han confesado.

»No me parece justo, doctor, esos programas son muy importantes, lo sé. Ahora mismo habrá en el Museo de Los Ángeles un restaurador inglés que... probablemente haya tenido más suerte que yo.

El doctor me habla durante un rato del tema y me quedo muy asombrada de lo mucho que conoce este mundo.

—¿Cómo sabes tanto de arte?

—No, apenas sé nada. Hank me habla mucho. También tengo amigos en Rye que trabajan en la fundación. ¿Qué sabes tú de la fundación?

—¿Yo? Pues... que su nombre original era Fundación para la Preservación del Arte y la Herencia Cultural de la Nobleza Británica. ¿Lo sabías?

Niega con la cabeza y sonrío por la forma en que lo hace.

—El nombre se cambió hace unos cuantos años. Es una entidad muy adinerada y muy prestigiosa dedicada a la restauración y conservación del patrimonio artístico. Su labor se extiende a nivel nacional. Restauran obras significativas con mucho valor histórico y cultural. Y como muchas fundaciones, está financiada por donantes adinerados, filántropos y creo que tiene también el apoyo gubernamental. Su principal cometido es la restauración de obras en lugares históricos y también la colaboración con museos, galerías, propiedades históricas.

—Estoy impresionado. Aunque parece que te lo hayas aprendido de memoria.

—Leí mucho sobre ella antes de venir, cuando me seleccionaron. Creo que acabé por memorizarlo.

—¿Y de la casa-palacio?

—Esa mujer me contó la historia por encima —Suspiro—. Me parece todo muy raro.

—¿Raro?

—Ya sé que el palacio corresponde al patrimonio de los fundadores... o a los herederos de los fundadores, y es algo aislado del resto de actividades de la fundación, pero la forma en que se trabaja allí me sorprende.

—¿Por qué?

—Esta mañana se lo he comentado a Hank.

—¿Qué le has comentado? ¿Ocurre algo?

Me encanta verlo tan interesado.

—Todo parece demasiado caótico, como si no hubiera habido una planificación precisa, y eso me sorprende. Los cuadros de la colección que se encontró en el paraje, en la cámara que hay tras los espejos, se mueven constantemente de lugar... No es algo habitual. Los cuadros, una vez autenticados, catalogados y enmarcados, aparte de algunos trámites más puramente burocráticos, descansan a la espera de ser exhibidos, y ahí tienen tanto movimiento que parece que se trata de una simple colección de un galerista de barrio.

—Yo... no puedo entenderlo, pero... si tú dices que es extraño...

—Sí, lo es, créeme, hay cosas que me parecen raras, pero no acabo de darles forma.

—Sigue investigando, puede que descubras algo interesante.

—Lo haré, te lo aseguro, pero con mucha cautela, no quiero problemas.

Hartos de hablar de arte, me animo a preguntarle por su trabajo.

—A mí me pasa un poco como a ti, Ashley —me dice invitándome a reposar mi cabeza sobre sus piernas mientras se acomoda en el respaldo del sofá.

Aún no me acostumbro a que tengamos este nivel de intimidad. Pero ya me niego a darle más vueltas al tema, bastantes le he dado durante los últimos días.

—¿En qué sentido?

—Mi trabajo en el centro es nuevo para mí. Yo soy carne de hospital, ahí es donde he desarrollado toda mi carrera, donde empecé siendo estudiante y donde he estado hasta hace pocos días. Las consultas de un centro médico, me parecen demasiado diferentes al trabajo de hospital, así que... no estoy en la cumbre de mi carrera.

—¿Por qué no sigues en el hospital?

Siento que su mirada se oscurece y que muestra un gesto nervioso con las piernas.

—No me sentía bien. Chocaba con la política del hospital y me cansé. Necesitaba un descanso y acepté este trabajo. Después... seguramente vuelva a un hospital, pero me va bien este descanso.

—¿Tu especialidad es médico de familia?

—No, hace tres meses que terminé mi especialidad en medicina interna.

El doctor da por terminado el tema. No quiero insistirle, he notado en él algo que le hacía sentir incómodo hablando de su trabajo. Hasta donde yo alcanzo a saber, es extraño que interrumpa de esa forma su trabajo y acepte otro en un centro médico, mucho menos con una especialidad terminada.

No creo que vuelva a preguntarle, pero a Hank si se lo intentaré sonsacar. Me llama mucho la atención.

Tras una pequeña conversación que dura pocos minutos más, decidimos marcharnos a dormir. Él gira hacia su dormitorio, a la derecha, y yo hacia el de Hank, el que estoy ocupando, a la izquierda.

Un «buenas noches» por parte de ambos, algo más frío de lo que correspondería al nivel de cercanía que hemos mostrado en estos últimos días es lo que nos regalamos. Pero no solo hoy, sino todos los días. Es como si al acabar el día y salir de nuestra zona de confort frente al fuego nos olvidáramos de todo.

No sé él, pero yo tardo en conciliar el sueño. Todo lo que me ha pasado con él estos días no me permite concentrarme.

Sigo esperando el momento de sentir que estoy pisando el suelo, completamente centrada. Hasta ahora, desde que llegué, por una razón o por otra, he sentido que flotaba sin poder pisar firme. Y sigo así, solo que en el caso del doctor me preocupa esa manera de flotar que cada vez me hace sentir mejor y más cerca de él.

Capítulo 35

David

Nos acabamos de separar. He estado tentado a pedirle que durmiera conmigo, pero no lo he hecho. No sé por qué, después de todo lo que compartimos cada día, cuando llega la noche, nos decimos adiós sin más.

Esto tiene que cambiar.

Alcanzo mi móvil y le envío un mensaje:

¿Estás despierta?

No tarda en contestarme.

No, ya me he dormido.

Qué suerte, yo no puedo dormir.

Solo hace cinco minutos que te has metido en la cama...

Pero tú te has dormido y yo no.

Necesito ayuda.

¿Sabes cantar?

No.

¿Contar cuentos?

Eso sí.

¿Uno cortito?

Ven y te lo cuento.

No, esa es la cama de Hank...

Ashley aparece solo unos segundos después en mi dormitorio. Me mira fijamente. Solo va vestida con una camiseta escotada y corta, de tirantes, y unas minúsculas braguitas con los bordes de encaje...

Está tan guapa...

Empiezo a pensar que esta noche va a ser difícil conciliar el sueño en esta casa.

Se mete en la cama directamente, a mi lado, y mira hacia el techo.

—Érase una vez...

—Espera. Eso es muy frío. Acércate un poco, pareces un cadáver.

Mueve la cabeza y se acerca a mí. Se abraza a mi cuerpo y apoya la cabeza en mi pecho.

—¿Mejor?

—Mucho mejor. Cuenta...

—Érase una vez una princesa... pintora.

—¡Qué egocéntrica! ¿Tienes que hacer a la protagonista pintora? ¿No puedes dejar de pensar en ti misma alguna vez?

Recibo un golpe en el brazo. Me encanta provocarla.

—¿Quieres que sea médico?

—Las princesas nunca son médicos... ¡Qué falta de imaginación! Quién diría que eres artista... ¿Dónde está esa faceta creativa de...?

—Mi protagonista —me interrumpe— va a ser pintora porque me da la gana, ¿aceptas o me voy a mi cama?

—De acuerdo, pintora. ¡Qué manera de estropear un cuento!

—La princesa —continúa diciendo ignorando mi último comentario—, un buen día, se subió a un barco gigante para atravesar el Atlántico y llegar hasta Inglaterra en busca de un sueño...

—Ashley, al menos en el cuento deberías utilizar el avión, le da más credibilidad. Es lo que hace la gente normal, no te cargues a la princesa desde el principio.

Se incorpora de medio lado y me mira furiosa.

—Me lo regalaron, capullo. No fue elección mía. Ese viaje fue un regalo y no pude negarme. Pasé una semana entera metida en el camarote con la cabeza dándome vueltas y sin ser capaz de retener nada en mi estómago. Una pesadilla. Estuve mareada todo el puñetero viaje: una semana. No fue idea mía.

—¿Quién te quería tanto para regalarte eso?

—Mi tía y Kelsi.

—¿Por qué lo hicieron?

—Por mi cumpleaños.

—¿Cuándo cumples años?

—Dentro de dos meses.

—¡Oh! ¿No se adelantaron un poco?

—Lo hicieron porque en esas fechas puede que no estemos juntas.

—¿Siempre os hacéis esa clase de regalos tan...?

—No, nunca. Es que... una vez dije que me gustaría navegar por donde lo hizo una vez el *Titanic* y... les sirvió de inspiración.

—Ashley, sé que puede resultarte violento, pero puedes confiar en mí. Si lo que querías era encontrar pareja, no tienes que inventarte lo del regalo ni decir que todo el trayecto estuviste mareada. ¡Puedes contármelo! Si ninguno de los solteros desesperados que viajaba en ese barco te gustó... no pasa nada. Tú lo intentaste, pero no hace falta que me cuentes ese cuento. Por alguna razón que desconozco, el destino quiso que el príncipe encantador lo conocieras en Rye... ¡Aquí estoy! No tienes que avergonzarte. Seguro que lo que dijiste muchas veces fue que querías encontrar novio, no que querías hacer la travesía del *Titanic*... Y tu tía y Kelsi te regalaron el crucero del amor. Sé honesta y reconócelo.

Me está mirando fijamente, fingiendo tener mucha paciencia y conteniéndose la risa.

—¿Has acabado?

—No —le digo fingiendo estar preocupado y acariciándole la barbilla mientras disfruto de su expresión—. Estoy seguro de que eres pura imaginación y creatividad cuando pintas, pero a la

hora de inventar historias... Así no me voy a dormir.

Al final se acaba echando a reír.

—Eres un payaso —me dice volviéndose a apoyar en mi pecho.

—¿De verdad estuviste mareada todo el crucero?

—Sí, todo. Solo recuerdo unos pocos momentos lúcida y despejada. No quiero ni recordarlo. Pasé casi todo el tiempo dentro del camarote, entre el baño y la cama. Con las personas que más tiempo pasé fue con los médicos. Los del barco y un pasajero inglés que también era médico. Me ayudaron mucho, eso es cierto.

—Te gustan los médicos, lo sabía. Pensaba que estabas aquí por mi increíble y maravillosa personalidad, pero...

—Pero te equivocabas, solo me gusta de ti que seas médico.

—Eso es duro, pero lo acepto. Y ahora que estamos siendo tan sinceros... cuéntame por qué te regalaron ese viaje. La verdad, lo del *Titanic* puedes ahorrártelo.

—Es cierto. Alguna que otra vez dije que me atraía ese viaje y que sería increíble hacerlo sola para desconectar. Me sobraba tiempo para venir aquí, no dejaba de quejarme y... decidieron regalarme ese viaje pensando que me iría bien estar sola y desconectar un poco de todo.

—No sabían cómo librarse de ti...

—Eso creo —me dice riendo.

—¿Necesitabas estar sola?

—Llevaba un tiempo algo apagada y, a pesar de estar ilusionada con venir aquí... me faltaba algo —Hace una pausa— ¿Te cuento el cuento o no? ¿Alguna gilipollez más que añadir?

—Cuenta, cuenta —Me echo a reír. Cómo me hubiera gustado saber las razones por las que necesitaba estar sola y desconectar.

—Cuando la princesa llegó a Inglaterra —empieza a decir sin ganas— se enfrentó a un cúmulo de calamidades, entre ellas... el conocer a un médico apuesto y arrogante.

—Miedo me da cómo va a seguir el cuento.

—No tengas miedo, ya he terminado.

—¿Qué?

—Otro día te cuento el resto, ahora te duermes.

Se levanta para mi sorpresa.

—Ashley... ¡Quédate! El cuento no ha funcionado... Si estás cerca, me duermo seguro. Eso no es un cuento. No sé qué le pasa a la princesa y eso me va a mantener desvelado.

Me mira de reojo, se gira, me sonrío y se vuelve a meter en la cama.

—Nada de cuento, a dormir.

—¿Me lo contarás otro día? —le digo unos minutos después, cuando noto que se encuentra en estado de duermevela.

—Sí —susurra.

—¿Con detalles? —Es que provocarla me pierde...

—Muchos —consigue decir con dificultad.

—¿Pronto?

—Te callas o me largo...

Me echo a reír y la atraigo más hacia mi cuerpo.

Me pregunto cómo acabará ese cuento. La parte en la que la princesa y el médico se pelean, no me apetece escucharla, pero me encantaría saber cómo interpreta ella, esto que está pasando entre nosotros.

Yo no me atrevo a pensar en ello, pero me gustaría saber qué pasa por su cabeza.

Capítulo 36

Ashley

El fin de semana acaba de terminar y todavía sigo impregnada de nuestra escapada a Londres.

Todo comenzó el viernes por la mañana, cuando le pregunté al doctor dónde podría adquirir material para pintar.

—¿Qué vas a pintar? —me preguntó muy interesado.

—Me gustaría hacerte un retrato. ¿Serías capaz de posar horas y horas para mí? El retrato es mi especialidad. Necesito seguir practicando.

—¿En serio? No sé si seré capaz. ¿No puedes pintar otra cosa? Espera a que llegue Hank y lo retratas a él.

—Es que... quería pedirte algo especial... Sé que puede parecerte algo incómodo, pero me gustaría retratarte desnudo.

Ha sido tal mi interpretación que lo he tenido engañado todo el fin de semana. Me ha preguntado tantas veces si se lo había planteado en serio y le he contestado tantas otras que sí que ha terminado por creérselo. He añadido un discurso precioso sobre los pintores renacentistas, el retrato y unas técnicas nuevas que estaba probando.

—Entiendo que te niegues, no quiero ponerte en un compromiso. He pensado que se lo pediré a Hank.

—¿A Hank? ¿Le vas a pedir que se desnude?

—Sí, no creo que tenga ningún problema. Es arte, doctor, tú no puedes verlo de la misma forma que nosotros.

—Está bien, pero lo haré yo.

—Tendremos que hacerlo en varias sesiones, la postura que tengo en mente es algo incómoda. Llevo tiempo desarrollándola en mi cabeza.

—¿Qué postura?

—Ya te la contaré cuando acabe de darle vida en mi cabeza.

Durante los dos días y las dos noches que hemos estado en la gran ciudad, me ha mostrado su preocupación en varias ocasiones por el proyecto, pero siempre he conseguido calmarlo a la vez que seguía interpretando mi papel como si me fuera la vida en ello.

La verdad es que echo de menos pintar. Por suerte podré hacerlo muy pronto, quizás esta tarde. El doctor me llevó a una superficie enorme que se encontraba en el centro de la ciudad y que albergaba todo el material que se pueda imaginar relacionado con todas las técnicas de pintura y escultura.

Este fin de semana ha sido como un torbellino de emociones que aún me tienen sonriendo

mientras lo recuerdo. Creo que cada momento de los que hemos vivido se ha grabado en mi memoria y ahí va a permanecer durante mucho tiempo.

Ha sido un auténtico festín para mis sentidos desde que llegamos hasta que, esta misma tarde, hemos partido en dirección a Rye.

Desde el momento en que llegamos, David se convirtió en mi guía personal por las calles de Londres, mostrándome parte de los lugares más impresionantes y exclusivos que la ciudad tiene para ofrecer.

Nos sumergimos en algunas calles de Notting Hill, que nos recibió con sus casas coloridas, su aire bohemio, sus peculiares tiendas *vintage* y sus calles adoquinadas. Probamos algunos pasteles deliciosos en una pastelería local y nos sumergimos en la atmósfera única de ese barrio.

La cena en un restaurante del centro de Londres fue mi forma de descubrir que la gastronomía inglesa contiene algunos platos deliciosos, aunque el mío consistiera en una versión sofisticada del tradicional *Fish and chips*.

El apartamento del doctor es muy amplio, a la vez que un oasis de modernidad y comodidades. A pesar de las diferencias con la casa de Rye, hay detalles que me recordaban mucho a la decoración de esta casa.

También me mostró una parte de la vida nocturna de la ciudad visitando un club muy exclusivo en el que se encontró a unos viejos conocidos con los que compartimos unas copas de vino; no disimularon su sorpresa al descubrir que yo soy americana y me hablaron durante un rato, que se me hizo interminable, de Los Ángeles. Al parecer los cuatro miembros del grupo la han visitado y me hablaban de la ciudad como si yo nunca hubiera estado allí. Me aburre la gente que recurre a los tópicos para bromear.

Por suerte, el doctor supo poner fin a la velada con ellos y mostrarme otros rincones en los que la conversación, las risas, las bromas y las provocaciones no faltaron.

Ha sido tan intenso y tan rápido que me asusta.

A pesar de todo lo vivido en Londres, si tuviera que elegir un instante sería durante el trayecto de vuelta a Rye. El doctor se ha desviado de la carretera principal para mostrarme un lugar desde el que observar una campiña inglesa.

Él ha descrito el paisaje como único.

Y lo es.

He tenido la sensación de que esas colinas se movían como si fueran olas mientras las bañaba el sol de la tarde. Así de poético ha sido el momento. Mucho más cuando he sentido que el color de esa hierba, de un verde intenso, casi me nublaba la vista.

Y el elemento estrella ha sido las ruinas del castillo, sobre una colina cercana, y un pequeño tramo de río serpenteando sobre el pie de la colina. Un cuento, una postal, un paisaje digno de recordar para siempre.

—La fusión entre una obra maestra de la naturaleza y la historia, la olvidada, la que solo muestra un pequeño fragmento de una construcción que... tal vez un día «fue».

Eso es lo que le he dicho abrazada a él cuando me ha preguntado qué veía.

Él ha sonreído, me ha acercado a su cuerpo mientras hemos seguido contemplando esa belleza durante un rato más y me ha dicho que ese momento lo iba a retener en su memoria para siempre.

¡Qué instante!

De esos románticos que parecen salidos de un guion.

Solo hace una semana que me mudé a esta casa, tras el aguacero, y siento que el doctor lleva a mi lado, o yo al suyo, meses y meses.

Antes de intentar conciliar el sueño, apago la luz y finjo estar adormilada. Desde el día del cuento, he dormido todas las noches en su cama.

—Doctor...

—¿Sigues sin gustarte David?

—De momento, no me animo.

—Me has llamado David delante de mis amigos.

—No eran tus amigos, tenías tantas ganas de perderlos de vista como yo.

—¡Qué poco diplomáticos sois los americanos!

—Ya sé qué postura quiero en el retrato.

—¿En serio? ¿Sigues con eso? ¿Qué postura?

—Ya lo tengo, doctor —finjo un entusiasmo que capta toda su atención—. Me ha venido la inspiración a visitar como un huracán. Llevo tiempo queriendo hacer el retrato, mi retrato. Uno que para mí simbolice mi esencia de la anatomía humana, la de la expresión en estado puro. Ya lo tengo, doctor, y no sabes la ilusión que me hace que aceptes ser mi modelo. Significa tanto para mí...

—¿Qué has pensado? —me pregunta muy escueto—. Yo... tengo que decirte que eso de posar desnudo...

—¡De rodillas! Te quiero de rodillas. Desnudo y arrodillado. A cuatro patas. Te retrataré en un ángulo que vaya desde la parte de atrás hasta el lateral derecho.

Se incorpora en la cama y enciende la luz.

—Ashley, a mí no me pintas así.

—¡Oh! Vaya, lo siento, pensaba que... No importa, lo entiendo. Lo de posar como modelo desnudo es algo complicado, lo entiendo.

—No se trata de eso, es que... tienes que entender que... no es muy... ¡No me veo!

Apago la luz.

—¡Buenas noches, doctor!

—¿Te has enfadado?

—No, claro que no, pero ni siquiera has esperado a que acabe de contártelo.

—Ashley, yo me imagino esa postura y... me entran escalofríos... No es porque pueda ser incómoda, pero eso es... ¿No se te ocurre otra cosa? Puede que encima de un caballo blanco, aunque fuera en pelotas, no me importara, pero, así como lo describes... pintándome el culo... En esa postura tan ridícula... ¡Tienes que entenderlo! Para ti ese mundo es normal, pero es como si yo te pido que disecciones un cadáver... Vestido y de pie. ¿No me puedes pintar así?

—Lo comprendo, pero ni siquiera me has dejado acabar. Aún faltaban detalles, puedo que eso te anime, pero... ¡Tienes razón! Los artistas somos un poco excéntricos con algunas cosas.

—Está bien, acaba, ¿qué detalles quieres añadirle? Pero no creo que cambie de opinión.

—He pensado —le digo con exceso de entusiasmo—colocarte unas naranjas a ambos lados de las caderas, colgando de unas cuerdas... Y una piña en la cabeza. Es una fusión interesante. Son dos líneas artísticas que pueden resultar muy impactantes. Por un lado, esa influencia abstracta en la que...

Me he esforzado tanto en interpretar el papel que casi empiezo a creérmelo. Tengo que hacer un esfuerzo por dejar de imaginármelo con las naranjas y también por continuar con mi absurdo discurso.

—¿Me estás escuchando? Doctor, te estoy imaginando en esa postura, con las frutas... Casi lo veo... Venga, dime que aceptas.

—Te prohíbo que me imagines así... Quítate esa absurda imagen de la cabeza —dice enfadado mientras enciende la luz.

Estallo en una carcajada, su expresión es arte puro. No puedo parar de reír.

—¿De verdad te lo has creído?

—Joder, Ashley, ¿no me digas que me estabas vacilando? Llevo sufriendo todo el fin de semana. Me parecía algo surrealista, pero como los artistas tenéis a veces ese punto excéntrico y raro...

Yo sigo riendo y él, al final, acaba por desprenderse de su ceño fruncido y unirse a la fiesta.

—Me vengaré, lo sabes, ¿verdad?

Se abalanza sobre mí e iniciamos una ronda de caricias que termina media hora después entre gemidos, sudor y gritos de placer.

—Lo de las naranjas ha acabado de destruirme... —me dice antes de que, por fin, nos animemos a cerrar los ojos.

Podría acostumbrarme a esto sin ningún esfuerzo.

Capítulo 37

David

Cuatro días después

Ashley duerme junto a mí y yo no puedo dejar de observarla. Todavía queda una hora para que el despertador nos empuje a salir de la cama, pero ya no soy capaz de conciliar el sueño.

El ritmo que llevamos no es muy saludable. Dormimos poco. Nos solemos ir pronto a la cama, pero nunca, desde que duerme conmigo, nos hemos limitado a dormir. Entre sexo y bromas nos dan las dos de la madrugada y solo unas horas después tenemos que ponernos en marcha para trabajar.

No me quejo, es más de lo que podría haber imaginado hace semanas, cuando me faltaba luz por todas partes. Siento que estoy más vivo que nunca y... aunque eso es motivo de celebración, también me asusta un poco.

Ashley estará en Inglaterra solo unos meses y no quiero pensar si esto sigue igual cómo me voy a sentir cuando se marche.

Estoy pensando en proponerle volver a Londres el próximo fin de semana, quiero que visite el Museo de Arte de Londres. El pasado fin de semana no hubo tiempo para ello. Sé que ella está deseando visitarlo, tal y como ha expresado varias veces. Pero... me enfrento a un pequeño dilema.

Andrew me ha propuesto un encuentro, bien en Londres, bien en Rye, y no sé qué excusa puedo proporcionarle. El fin de semana pasado me encontré con el mismo dilema, pero por suerte, antes de tener que mentirle, les surgió una guardia inesperada en el trabajo que se vio obligado a aceptar.

La verdad siempre es el mejor recurso, pero en este caso no quiero contarle nada todavía. Sé que voy a tener que sufrir sus bromas durante días cuando sepa la identidad de la persona que me tiene tan ocupado y... no me apetece escucharlas.

Puede que eso sea una excusa demasiado simple y que, en realidad, no quiera hablarle de Ashley por otra razón que no me atrevo a analizar...

¡Puede!

Puede que no sea capaz de emplear el mismo tono desenfadado que utilizo siempre que le hablo de una aventura.

Puede que se dé cuenta de que...

¿De qué?

Esa es la cuestión.

Puede que él vea más allá y llegue a una conclusión que a mí me da pánico reconocer.

En cualquier caso, no tengo interés en enfrentarme a nada que no desee y tendré que buscar una excusa. Dispongo de una semana más, hasta que vuelva a proponérmelo y... quizás se me ocurra la manera de contárselo sin implicarme demasiado.

Escucho un ruido que me alerta. Escucho pasos por el pasillo, pero se detienen y se alejan en dirección al salón.

Necesito unos segundos para darme cuenta de que se trata de Hank. No lo entiendo, su vuelta estaba prevista para el domingo, y hoy es jueves...

Acaricio a Ashley le susurró al oído:

—Creo que Hank ha vuelto.

Abre los ojos bruscamente.

—¿Qué? ¿Dónde está?

—Creo que es él. Está en el salón si mi oído no falla... O es él o han entrado a robar...

Su expresión me hace sentirme culpable.

—Tranquila, voy a ver qué pasa.

Salgo de forma sigilosa del dormitorio. Asomo la cabeza por el pasillo y veo un lateral de la maleta de Hank. Escucho más sonidos y deduzco que ha entrado en la cocina.

—Es él —le susurro cuando me acerco a ella, que ya está en pie buscando algo con lo que cubrirse.

—Debería marcharme al otro dormitorio, ¿no crees? ¿Me da tiempo?

Eso hace que se me encoja el estómago. No quiere que Hank nos descubra. En realidad, yo también he colaborado hablando entre susurros, pero... creo que, sin ser muy consciente de ello, esperaba que lo afrontara con naturalidad y estuviera dispuesta a no ocultarse.

—Sí, te da tiempo, creo que está en la cocina —sigo susurrándole—. Espera un momento.

Me asomo al pasillo, le hago una señal con la mano y la observo mientras corre hasta el dormitorio de Hank.

Yo me cubro con una sudadera y me dirijo a la cocina.

—Hank... Me ha parecido escuchar ruido...

Se acerca a mí y me da uno de esos abrazos rápidos que solemos intercambiar de vez en cuando.

—No quería despertaros.

—Has adelantado la vuelta...

—Sí, me enteré ayer por la noche y he madrugado para volver. No quería enfrentarme al tráfico de la carretera que conecta con el sur de Londres.

—Has hecho bien, ese tramo es infernal a primera hora de la mañana.

—¿Café? —me pregunta alzando su taza sabiendo que me he aficionado a él desde que convivimos juntos.

—Sí, gracias.

—¿Qué tal todo por aquí?

—Bien, tal y como te conté por teléfono.

—He visto movimiento en el jardín, ¿ya han empezado las obras?

—Sí, terminarán en tres semanas, quizás antes. Están reconstruyendo todo el tejado y dentro de la casa también hay mucho que reformar, pero está muy adelantado. Hay cuatro personas trabajando, creo que cumplirán con el plazo.

—¿Ha habido muchos daños?

Le explico todo lo relacionado con la reforma y me escucha atentamente. No solo se trata del tejado, sino de las paredes interiores y el mobiliario. La lluvia hizo estragos en la casa y la reforma es grande a la vez que costosa, pero no soy yo quien se hace cargo de la factura, así que no me preocupa en absoluto.

Debí escuchar a mi madre cuando me aconsejó, un año atrás, cuando Hank se mudó a esta casa, que hiciera esa reforma, pero nuestros diálogos nunca son demasiado fluidos y hace tiempo que cualquier sugerencia se convierte en una disputa y un motivo de desafío. Lo único que lamento es el mal trago que Ashley pasó cuando el techo amenazó con desplomarse encima de ella, y lo que podría haber pasado... Por lo demás... solo puedo darle las gracias a ese bendito aguacero.

Capítulo 38

Ashley

Hace dos días que Hank llegó y desde ese momento todo ha cambiado. Las noches frente al fuego han desaparecido, así como los planes de pasar el fin de semana en Londres de nuevo.

El día que llegó Hank tenía pensado proponerle al doctor la visita al Museo de Arte de Londres. Me muero por visitarlo, aunque reconozco que la idea solo era una excusa para repetir la escapada a Londres.

La llegada de Hank hizo que desistiera de proponérselo. Su reacción cuando se dio cuenta de que Hank se encontraba dentro de la casa y podía descubrirnos juntos en su dormitorio, lo cambió todo. Si bien, yo fui la primera en proponer que debíamos disimular marchándome al dormitorio de Hank... él no puso objeción alguna.

Cuando aceptó mi propuesta lo observé con atención, no vi sorpresa ni decepción en ella, más bien me pareció que se sintió aliviado de que yo pensara igual que él.

No tengo que darle explicaciones a Hank de nada de lo que competa a mi vida personal, ni yo tengo que hacerlo ni él me las va a pedir, por esa razón me hubiera gustado que la situación se desarrollara con naturalidad.

Desde ese día, tan solo dos después, el esfuerzo por disimular es más incómodo que el hecho de que nos hubiera descubierto en sí.

Además, las noches son más largas. El mismo día en que Hank llegó, el doctor consiguió instalar una cama improvisada que adquirió haciendo unas cuantas llamadas camino del trabajo. Lo que hace tener un buen bolsillo...

Hank es el que se ha empeñado en dormir en ella. Se encuentra en una sala de lectura pequeña, pero muy confortable que, con pocos muebles, se ha convertido en un dormitorio muy acogedor, con chimenea incluida.

Las obras de la casa de invitados estarán terminadas en varias semanas, por lo que el dormitorio de Hank será el que me acoja mientras eso ocurra, y también mientras Hank no vuelva a marcharse.

Es curioso cómo ha cambiado todo. En estos dos días ni él ni yo hemos mostrado ni un solo detalle que pudiera delatarnos. Igual que llegó la locura, se ha marchado.

Delante de Hank nos mostramos amigables, pero sin excesos, lo suficiente para que él mismo haya comentado en varias ocasiones que se siente raro viendo cómo no discutimos una y otra vez.

Algo ha cambiado y me pregunto si volverá. Me cuesta creer que haya sido así de efímero y tampoco entiendo que la llegada de Hank haya podido provocarlo. ¿Será la excusa que necesitaba el doctor para frenar esta locura? Si es así, tampoco puedo entenderlo. Lo que hemos vivido en apenas una semana ha tenido la suficiente profundidad como para que no se pueda

considerar una aventura pasajera.

Entonces, ¿qué ha sido?

¿Habré exagerado lo que hemos vivido? Puede que el doctor siempre se entregué así a sus aventuras. Al fin y al cabo, a Nicole la dejó tambaleándose... Aunque me contó lo sucedido y le creí, y también sé que Nicole no está bien, no dejo de pensar cómo llegó a montarse esa relación en su cabeza. ¿Y si lo poco que vivió con él fue tan intenso que la dejó desconcertada? Ellos tuvieron cuatro encuentros, pero yo... llevo una semana solo teniéndolos.

Esa idea me deprime, pero no puedo hacer nada.

Hank me saca de mi ensoñación cuando anuncia que la cena está servida.

Es el momento del día que coincidimos los tres y, como las dos noches anteriores, el momento que aprovechamos para hablar de anécdotas relacionadas con nuestros respectivos trabajos.

—¿Cómo ha ido hoy en el palacio? —me pregunta el doctor mientras degusta el plato de pasta italiana que Hank ha preparado.

—Estoy cada vez más descolocada. Hoy ha sido un día espantoso.

—¿Qué ha ocurrido? —se interesa Hank—. ¿Otra vez ese tío, Wallace?

—No, exactamente, y no directamente conmigo. ¿Os acordáis de que os hablé de la puerta que daba acceso al paraje donde encontraron la colección de Memling?

Ambos asienten.

—Para que podáis entenderlo, se trata de una puerta corredera cubierta por espejos. Toda la parte inferior de la pared también estuvo cubierta, pero la puerta tenía un espejo con un diseño diferente, para que sus dimensiones no contrastaran con el resto.

—Yo he visto esa puerta —comenta Hank—. Carter y yo estuvimos dos veces en el palacio, antes de que empezaran las obras de restauración. La recuerdo. Estaba perfectamente disimulada e integrada en la hilera restante de espejos. Quien la hizo, hizo un buen trabajo.

El doctor permanece callado escuchándonos a los dos. Su expresión indica que está interesado, como siempre que le hablamos de nuestro trabajo.

Esa idea, hace que sienta una punzada de dolor en el centro del pecho. Disfrutaba tanto las noches anteriores hablándole de mis aventuras en el palacio...

—¿Qué ha pasado, Ashley? —me invita a continuar el doctor.

—Que esa puerta supone un problema para la restauración, para mi trabajo. El fresco que estoy restaurando sería un desastre si no cubriera esa parte, así que se decidió sellar esa puerta. El señor Carter me dijo que la cámara a la que conduce es pequeña y no tiene uso alguno. Mantenerla sin sellar, una vez que se quitó el espejo que la cubría, solo provocaría problemas para mantener la temperatura deseada en esa sala. Habría filtraciones que el espejo, tal y como estaba colocado se encargaba de neutralizar.

—¿Por qué no dejan ese espejo en vez de sellarla? —pregunta el doctor interesado.

—Porque el efecto visual sería espantoso. Antes tenía una armonía con el resto de espejos, pero ahora ya no están. Y el fresco restaurado tendría un acabado espantoso. El original cubre esa zona y se está restaurando en su totalidad.

—Entiendo. Entonces, ¿qué problema hay?

—Que no se ponen de acuerdo. Hace dos días apenas pude estar en la sala porque estaban empezando a sellarla. Si es eso lo que pretenden, deben darse prisa porque me resulta imposible trabajar sin poder contar con esa zona. El lado derecho del fresco tengo que empezarlo si quiero que quede bien, y esa puerta me lo impide. Solo sellaron una parte. Enseguida llegó Wallace y lo

paró recriminándole a Carter que hubiera organizado ese sellado sin antes avisarle. Les escuché discutir. Carter siguió el plan inicial, pero, por alguna razón, Wallace no quiere que se selle todavía. Ordenó que se despejara de nuevo.

—¿Por qué? —me pregunta Hank—. Algún motivo tendrá...

—No lo sé, pero ayer, cuando estaba a punto de marcharme, me pareció ver a Percibal, el restaurador, delante de la puerta, como si se dispusiera a entrar. Tiene un pequeño candado en la guía inferior, nada sofisticado, y él estaba trasteando allí.

—¿Qué hay dentro? —pregunta el doctor.

—No lo sé, pero no puede haber nada de valor, mucho menos una pintura. No es el sitio para guardarla.

—Pero la obra de Memling estuvo ahí siglos encerrada —comenta el doctor.

—Sí, pero una vez liberada de la bolsa en la que se ha mantenido durante todo ese tiempo no puede volver a exponerse a oscuridad y... posiblemente humedad.

Hank se dedica a ampliar esa información dirigiéndose al doctor mientras yo desconecto pensando en la maldita puerta que solo está impidiendo que trabaje con comodidad.

—¿Has estado dentro de ese pasaje? —me pregunta el doctor.

—No, está prohibido. Además, está cerrada con un pequeño candado, como os he dicho. Estoy deseando que la sellen, incluidas las guías inferiores de la puerta, para ver en qué estado queda la pared. Sé que si no son muy finos con el yeso que apliquen... me va a resultar muy difícil que la pintura se fusione bien. Es un sellado especial, con un material especial.

Mientras ellos siguen debatiendo sobre ese tema, yo no dejo de darle vueltas a la idea de entrar en esa cámara. Pero es casi imposible conseguirlo. El palacio está controlado por seguridad. Las salas están aisladas unas de otras. Y Wallace es omnipresente. También Carter, pero este me deja más momentos de intimidad. Si no fuera por ese pintor, Percibal...

Descarto la idea. No voy a ganar nada con ello, solo satisfacer mi curiosidad, pero podría meterme en un buen lío si me descubrieran.

O... quizás no.

Capítulo 39

David

Mi madre ha evitado hablar conmigo directamente, lo sé. Por esa razón me ha dejado en el salón de su casa con la excusa de ir a buscar a mi padre. Me hace esperar. Es su forma de no enfrentarse a los problemas y ganar tiempo.

Estoy en el último lugar que quiero estar, en casa de mis padres. Mucho menos un domingo por la mañana y, mucho menos, después de no haber podido llevar a cabo mis planes de pasar el fin de semana con Ashley.

No me la quito de la cabeza... El trayecto hasta aquí ha sido una tortura. A pesar de que mantenemos una relación buena en todo momento, desde que llegó Hank, cuatro días atrás, no existe ni rastro de lo que pasó durante los días anteriores, casi un total de diez días... Nos comportamos como buenos amigos y solo bromeamos cuando Hank hace alusión a la paz que hay entre nosotros, comparándola con aquellos días en que saltaban chispas a la mínima.

Ayer pasamos el día mostrándole a Ashley los lugares más encantadores de Rye. Cenamos en el mejor restaurante y después fuimos a Hasting, a unas trece millas de Rye, a deleitarnos de un poco de vida nocturna junto a unos amigos de Hank que se unieron a la improvisada fiesta y resultaron ser de lo más divertido.

Todo entre nosotros es correcto, es agradable, pero parece que lo que pasó durante todos aquellos días se haya esfumado.

—Perdona, cariño, tu padre no tardará —me anuncia mi madre interrumpiendo mis pensamientos.

—Mientras, podemos hablar tú y yo.

—David, ya te he dicho antes, por teléfono, que yo poco puedo hacer en este tema.

—Mamá, no puedes estar hablando en serio.

Me ofrece algo de beber, pero lo rechazo. Ella se sirve un poco de vino blanco,

—Le he pedido a Eleonor que sirva un pequeño almuerzo. ¿Te quedas a compartirlo con nosotros?

—No, mamá, no he venido a eso. Tengo que marcharme pronto, he quedado con Andrew. Solo quiero que me eches una mano.

—Sabes que yo no me ocupo de esos asuntos, debes hablar con tu padre otra vez.

—Y lo haré ahora, cuando se digne a aparecer, pero sé que va a volver a decirme lo mismo y estoy harto de que quiera tomarme el pelo. Tú también formas parte de esto y no puedes mantenerte al margen.

—¿Qué es lo que te ha dicho que tanto te ha molestado?

—No es lo que me ha dicho hoy, sino lo que lleva diciendo dos semanas. Lo he intentado pacientemente varias veces, y mi abogado también. Solo le estoy pidiendo algo que tengo

derecho a tener, y lo sabes. Pero siempre me remite a su abogado. Y su abogado se limita a decir que hasta dos meses antes de la cesión no tiene obligación de presentarme las cuentas.

—¿Y qué quieres que haga yo? Si eso es así, ¿por qué no esperas a ese plazo?

—Porque quiero estudiarlo con calma y solo faltan ocho meses, mamá, ¿lo entiendes? Yo tengo un trabajo y una vida, quiero estudiar con calma las condiciones y todo lo relacionado con la herencia del abuelo antes de aceptarla cuando llega la fecha estipulada.

—No sé qué decirte, David, esto me pone en una situación delicada, cariño.

—Mamá, mójate de una vez por todas. Deja de estar al margen de una vez. ¿Es que no te importa... es que nunca vas a actuar con tu propio criterio...?

Mi madre me mira fijamente. Hay algo diferente en su expresión.

Cuando parece que ha reaccionado, escucho la voz de mi padre.

—¿A qué se debe este honor? Es difícil verte por aquí, a menos que te interese algo... ¿Es el caso?

Hoy no puedo callarme. Han sido muchos años haciéndolo. Aunque hemos discutido muchas veces, de cada tres comentarios suelo tragarme dos sin rechistar. Erróneamente, lo he hecho muchas veces por mi madre, o porque simplemente hace mucho tiempo, siglos, veintinueve años, los que tengo, que no siento que esto sea una familia.

Con mi madre ha habido momentos buenos que soy capaz de recordar, aunque no abunden, pero solo se han producido si el hombre altivo, arrogante, egocéntrico y egoísta que tengo delante no se encontraba junto a ella. Me marché de casa con quince años para vivir con mi abuelo, hasta los dieciocho, cuando entré en la universidad y él falleció. Es evidente que le he molestado poco, pero siempre aprovecha la ocasión para quejarse.

Que no siguiera sus pasos, estuviera tan unido a mi abuelo y estudiara lo que me diera la gana es algo que todavía no me ha perdonado. Aunque a veces pienso que a esa lista también se ha unido el hecho de existir. Ese es el motivo por el que más me detesta.

—Pues no te equivocas. Aparte de venir a ver a mi madre, que es la única que me importa, y a Eleonor, hoy también he venido por interés.

—Si vas a insistir con ese desagradable tema de las cuentas, te voy a dar la misma respuesta, podías haberte ahorrado el viaje.

Se sirve una copa de vino y se sienta en su majestuoso sillón, a pocos metros de donde mi madre y yo luchamos por comportarnos como una madre y su hijo.

Miro a mi madre en busca de alguna reacción, pero tiene la mirada baja y no parece tener intenciones de intervenir.

—Tengo derecho a tener esas cuentas. Faltan ocho meses para que cumpla los treinta y quiero estudiarlas con tranquilidad.

—No estoy obligado a ello y me ofende tu interés, al mismo tiempo que me revuelve el estómago. ¿Qué esperas encontrar en esas cuentas para tener que estudiarlas con tanto tiempo? Solo vas a encontrar el esfuerzo de cuarenta años de mi trabajo.

—¿Del tuyo? ¿Tu trabajo? ¿Y el de mamá no? ¿Y el del abuelo, y el de sus antepasados...? ¿Por qué narices solo te nombras a ti?

—Es evidente que me refería al trabajo de todos. Eso es lo único que vas a encontrar —dice alterado. Sé que está a punto de atacar con algo—. Ese trabajo, duro y constante, nunca te ha interesado. Y ahora vienes aquí a pedir las cuentas de los últimos diez años...

»¿Qué esperas encontrar? Esas cuentas son inmaculadas, el reflejo del trabajo y la honestidad. El resultado de una ambición justa, la que a ti te falta. Tú estudiaste medicina y has echado a perder tu carrera por no saber mantener la boca cerrada como un hombre y por no

conocer la lealtad. Ahora estás en un vulgar centro médico de un pueblo... ¿Para eso te hemos pagado unos estudios en Oxford? ¿Para eso te hemos pagado una estancia en Harvard y años de residencia...?

Hace una pausa. No tengo intenciones de intervenir de momento, prefiero que saque todo ese veneno antes de hacerlo.

—Si quieres las cuentas —continúa diciendo— tendrás que esperar al plazo que otorga la ley, no voy a hacer una excepción contigo. Si tuvieras dignidad y algo de amor propio, renunciarías a esa herencia. Las empresas te importan muy poco, solo vas a hacer que estovar y estropear el trabajo que con mucho esfuerzo hemos hecho los demás.

Se enjuaga la boca con el vino. ¡Debe tener sed después del desgaste de palabras!

Mi madre está callada, como casi siempre hace, pero esta vez, como en otras disputas, no está llorando ni a punto de hacerlo. Eso me sorprende.

Claro que, yo me siento igual. Todas esas acusaciones me deberían afectar. Hace rato que tendría que haberme levantado y haberle parado los pies, pero, para mi sorpresa, ya no siento la impotencia y la frustración que en otras ocasiones. Con el tiempo ha ido disminuyendo.

—¿Has acabado? —le pregunto mientras me levanto y me lleno la copa de vino. Le ofrezco a mi madre, acepta y se lo sirvo lentamente.

—Richard, si David quiere esas cuentas, debes dárselas, ¿qué más da ahora que dentro de unos meses?

—Yo soy el que administra las empresas, para eso trabajé en labrarme un futuro como abogado y economista. No voy a entregarle nada antes de tiempo a alguien que solo se va a subir a este tren porque ha visto que puede cambiar su estatus sin mover ni un solo dedo. El sueldo de médico no debe permitir muchos lujos...

—¿Estatus? Es gracioso que tú hables de eso. Si yo subo de estatus, como tú lo llamas, aunque a mí me parece ridículo, es porque a mi abuelo le salió de los cojones de hacerme heredero de una parte de su legado. Se llama legitimidad. No subiré de estatus por casarme con mamá como tú.

Se levanta enfurecido del sillón.

—No te voy a consentir...

—Me vas a consentir todo lo que tengas que consentirme. Yo no soy una persona elitista, ni clasista como tú. Yo no miro a la gente por encima del hombro ni me creo superior a los demás, por eso no voy a molestarme ni siquiera en decirte cuatro cosas que te mereces. No sé cómo hablas de éxito cuando tienes delante a un hijo que no te soporta, que te detesta y que durante toda mi vida he soñado con tener un padre distinto. ¡Menudo Triunfo! —Me acerco a él desafiante—. Quiero esos documentos, los quiero antes de que llegue la próxima semana y más te vale no volver a negarte. No tires de ese hilo...

—Si crees que me vas a amenazar a mí...

—Richard. Le entregarás la documentación, toda, en el plazo que te ha dado, antes si cabe.

—Querida... No me ofendas con...

—Si no lo haces tú, yo hablaré con el abogado. Dudo mucho que se niegue a hacer lo que le pido. Espero que te quede claro.

—¿Cómo puedes optar por hacer algo así? Humillarme delante de este...

—De nuestro hijo, Richard. Y no hables de humillaciones, deberías avergonzarte de todo lo que le has dicho. Mi padre decidió que él formara parte de las empresas al cumplir los treinta años y así será. Tú no eres nadie para cuestionarlo. Mi padre estaría orgulloso de que David fuera médico, y yo también lo estoy. Delante de mí no vas a volver a mencionar su carrera a menos

que sea para respetarla. Y no quisiera seguir porque diría cosas de las que me arrepentiría.

Mi padre tiene el ceño fruncido a la vez que un color rojo pasión repartido por todo su rostro. Nunca antes mi madre le había hablado así. Si bien suele discutir con frecuencia, mi madre siempre ha acabado por ceder y mantenerse a su lado.

—No tengo por qué soportar esta actitud tuya.

Se marcha tirando la copa de vino sobre la mesa y provocando que se derrame el vino y se haga añicos el cristal.

Me acerco a mi madre.

—¿Qué ha pasado aquí? —le pregunto todavía en *shock*.

—David, tendrás lo que has pedido esta semana, no te preocupes. Últimamente, pienso mucho en mi padre, en tu abuelo, no sé por qué me ocurre. Será que me voy haciendo mayor...

Me acerco a mi madre y la beso en la mejilla. Se abraza a mí y se derrumba. Lloro durante unos minutos, los que a mí se me hacen eternos. No quiero verla así, pero al mismo tiempo no estoy acostumbrado a lidiar con esto. Nunca nos ha unido algo así.

Hay tantas cosas que me gustaría decirle ahora que siento que está dispuesta a escucharme... pero sé que todas ellas le harían daño. No quiero entrar en ello. Hoy puedo darme por satisfecho de ver cómo se ha impuesto y ha optado por atender lo que le he pedido. No puedo pedir más... Es imposible creer que podemos ser una madre y un hijo normal, aunque lamentablemente me conformo con haberla podido abrazar en un momento vulnerable.

—Ahora, si me disculpas, David, quiero retirarme. Me gustaría irme a la cama a descansar.

—¿Estarás bien?

—Sí, solo algo disgustada por la situación. Te llamaré en cuanto tenga la documentación, yo misma te la entregaré.

—Gracias, mamá. Solo quiero estudiarla con calma, saber mis responsabilidades, familiarizarme con lo que voy a firmar en breve. Quiero hacerlo con calma, no con prisas.

—Lo sé, cariño —me dice mientras me besa en la mejilla y desaparece.

Me siento en el sofá a acabarme el vino.

Repaso mentalmente lo último que le he dicho a mi madre.

No le he dicho la verdad. Necesito esas cuentas porque tengo dudas de la transparencia de ellas. Hace tiempo que recibí información que me hizo estar alerta.

Capítulo 40

David

Aunque mi principal motivo para venir hoy a Londres ha sido la visita a mis padres para tratar el dichoso asunto de las cuentas, no me puedo marchar sin ver a Andrew.

Días atrás me inventé una excusa para no pasar el fin de semana con él, creyendo que lo pasaría con Ashley, antes de que apareciera Hank.

—Me ha sorprendido tu llamada, me dijiste que estabas ocupado con las reformas.

Le cuento el motivo de mi viaje con detalles. Andrew está al corriente de todo. Lo comentamos como lo hemos hecho otras veces y le pido que cambiemos de tema. Aunque hoy ha sido algo distinto por la intervención de mi madre, tengo la misma sensación de vacío e impotencia que todas las veces que voy a visitarlos.

Si bien, mi madre hoy parecía distinta y ha hecho algo que me ha sorprendido, no quiero confiarme en creer que algo ha podido cambiar. Sé que mi padre trabajará con uñas y dientes para salirse con la suya y conseguir que mi madre dé un paso atrás. Recurrirá al chantaje emocional y a todos sus patéticos recursos con tal de salir triunfante y no proporcionarme las cuentas hasta apurar el plazo legal. Mucho más después de lo que ha salido de mi boca.

Tras ponerle al día de mis avances en el centro médico, él me pone al día de su larga lista de conquistas. Poco después, me animo a preguntarle por un tema que sé que él no va a tratar voluntariamente. Desde que me marché evita hablarme del hospital y no quiero que eso se convierta en una costumbre. Sé que Andrew tiene sus conflictos y necesita hablar de ellos, como hemos hecho siempre. Estoy dispuesto a aclarar ese tema de una vez por todas, y espero que esta vez me haga caso.

—Andrew, estoy bien como puedes ver. Me gustaría que, igual que yo te hablo de mi trabajo, tú me hablaras del tuyo con naturalidad. No necesito que me protejas en ese aspecto, ya no se me revuelve el estómago cuando oigo hablar del hospital... ¡No me estás haciendo ningún favor!

Espero una excusa o un discurso sobre lo que me conviene o no me conviene, como en otras ocasiones, cuando hablamos por teléfono y le pido lo mismo que le he pedido ahora, pero me sorprende asintiendo con la cabeza.

—Tienes razón... A veces necesito contarte algo o pedirte consejo y... evito hablarte del hospital y de la gente del hospital.

—No lo hagas, no es justo ni para ti ni para mí. Lo mejor que me ha pasado es marcharme. No me voy a quedar eternamente en el centro médico, pero representa un puente para mí que necesitaba como respirar. Ya te hablé de la propuesta del Royal Sussex. Tengo muy claro que será mi siguiente destino. Sé que el King's College será historia muy pronto.

—¿Todavía no lo es?

—Cuando todo acabe lo será. No creo que falte mucho tiempo. Y ahora... empecemos de cero. Te haré la pregunta que tú me contestarás con naturalidad: ¿Qué tal en el hospital?

Sonríe y menea la cabeza mientras le da un largo trago a una cerveza.

—Bien. Lo creas o no somos muchos los que te echamos de menos.

—Alguno que otro habrá —contesto con sequedad.

Me pone al día de todo lo ocurrido en las últimas semanas y, como siempre hacíamos, le ponemos humor a... casi todo.

—Veo que no ha cambiado nada —observo después de escuchar los mismos conflictos a los que nos enfrentábamos a diario.

—Hay algo que ha cambiado. Nicole no ha vuelto a ingresar —dice echándose a reír—. Puede que haya averiguado que ya no trabajas allí.

—No, no es ese el motivo. Es que ha vuelto a Estados Unidos.

—¿En serio? ¡Eso tenemos que celebrarlo! ¿Cómo lo sabes?

—Me... lo dijo... su amiga, ¿la recuerdas?

—¿Qué amiga? ¿La chica aquella tan guapa con la que tenías tan buen rollo?

—Esa.

—Un momento... ¿La has visto? Lo sabía, sabía que te gustaba.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo noté. Vi cómo la mirabas y yo te conozco.

—Si nos cruzamos dos o tres veces y siempre para discutir... ¿En qué te basas para decir eso?

—¿Quieres contarme de una vez cuándo la has visto?

—Es una larga historia, Andrew.

—Te escucho.

Y lo ha hecho. Me ha escuchado durante todo el tiempo que he necesitado para darle vida a esa historia, con detalles, con muchos detalles. Como era de esperar, le ha sorprendido la historia por lo extraña y todas las casualidades que contiene.

—Estás muy colado por esa tía, ¿verdad?

—¿Cómo? No, claro que no, ¿es que no me has escuchado? La historia tiene su gracia... Y... lo hemos pasado bien. Ya te he dicho que en cuanto volvió Hank... no hemos vuelto a... ¡Nada! Llevamos cuatro días comportándonos como simples amigos, como compañeros de casa. Es todo. Quizás deba ser así.

—David, estás colado por ella, deja de soltarme tonterías que ni tú te crees.

—¿Por qué te empeñas en decir eso? —le pregunto molesto. Parece que no me ha escuchado y que solo le interese llegar a esa conclusión.

—Porque es la primera vez que te lías con alguien y no me lo cuentas. Porque me diste una excusa muy mala el fin de semana en vez de decirme que tenías planes con una tía; porque no te has visto la cara cuando hablas de ella... ¿Necesitas más?

—Me gusta, Andrew, claro que sí, ya te he contado que nos reímos, nos provocamos, pero no hay nada más.

Andrew me mira de una forma que no sé interpretar y decide cambiar de tema radicalmente.

Le agradezco que lo haga. No me gusta la dirección que está tomando el tema.

Cuando nos despedimos, antes de que ponga un pie dentro del coche, Andrew me golpea en el hombro.

—Cuando reconozcas que te estás enamorando de esa chica... ¿Ashley? será duro, amigo, lo sé y por eso entiendo que te niegues a reconocerlo, pero... no es tan malo. Dicen por ahí que eso de enamorarse tiene su encanto.

No sé si reír o llorar. Andrew, que el tiempo que más ha durado con la misma chica ha sido cinco días, me está hablando de enamorarse.

¿Qué sabrá él?

Claro que, yo tampoco domino el tema. La relación más larga que he tenido puede que... ¡Sí! Fue Nicole.

Decido ignorarlo, me siento incapaz de seguir hablando de ello. Entro en el coche y veo que golpea la ventanilla.

La bajo de mala gana.

—Si te propongo que te unas a los chicos y a mí el próximo fin de semana, ¿lo harás? Vendrán las amigas de William, las de Manchester...

—No creo, pero ya te lo comentaré. Todavía necesito algo de tranquilidad.

—¿Y tú y yo solos? ¿Nos vamos de fiesta? Hace tiempo que no lo hacemos.

No le contesto.

—¿Y el otro fin de semana? Ponle fecha.

—Ya lo hablaremos, Andrew, ahora no puedo confirmarte nada.

—Lo que yo decía... ¡Estás enamorado!

Salgo del coche. Necesito aire.

—Andrew, como broma tiene su gracia, pero no es verdad. Hace muy poco tiempo que la conozco. Eso son palabras mayores.

—¿Cuánto tiempo se necesita?

—Algo más, supongo.

—¿Cuántos días habéis estado... juntos?

—Todo el tiempo que estuvo Hank fuera. Diez días.

—Suficiente.

—No digas tonterías.

—Si no te gusta que diga que estás enamorado, diré que estás yendo por el camino. ¿Mejor?

—No. Lo que dirás es que me ha venido muy bien conocerla en este momento, me ha servido de... distracción. Me ha ayudado a adaptarme a mi nueva vida.

—Joder, qué aburrido es eso que me has soltado.

—Es que no voy a decirte lo que quieres oír porque no es real.

—Deberías haberte escuchado y haber visto la cara que tenías mientras me hablabas de lo que ha habido entre vosotros estos días. Te estás enamorando, tío... No es nada malo... ¡Creo!

Me echo a reír por la forma en la que lo ha expresado. Parecía confundido de verdad.

—Ya hablaremos.

Intento meterme en el coche, pero él me sujeta del brazo.

—David... Venga... ¡Admítelo!

—No sé qué es, tío, pero es diferente...

Sonríe abiertamente con aires de haber triunfado.

—Sea lo que sea, vívelo. Y... háblame de ello.

Entro de nuevo en el coche, espero que sea la definitiva.

Golpea en la ventanilla y bajo el cristal de mala gana.

—¿Qué quieres? Tengo ganas de perderte de vista.

—¿Le vas a hablar de tu familia? Según lo que me has contado...

Esa pregunta me deja clavado en el asiento. Andrew es una persona muy observadora y muy minuciosa a la hora de analizarlo todo, aunque su carácter desenfadado despiste.

Asiento con la cabeza y subo el cristal.

Sé a lo que se refiere. Le he contado la historia con detalles y esa conclusión es inevitable.

Me centro en la carretera con un nudo en el estómago que se me hace insoportable.

Enamorándome...

Hablarle de mi familia.

Por momentos, se me nubla la vista y siento miedo.

Capítulo 41

Ashley

He cambiado el pincel por una novela que me ha prestado Hank. He pasado gran parte del día pintando, pero he decidido darle un descanso a mi inspiración, que hoy ha fluído de la manera que yo deseaba.

La lectura no está mal. Estoy sentada frente al fuego, aunque está apagado, concentrada en una novela que trata sobre un asesinato que se produce en un museo; me parece interesante, no solo por la trama, sino por las alusiones a algunas obras de arte ficticias que nombra el autor.

Eso hace que siga pensando en la obra de Memling. El viernes la pude observar durante un solo minuto, pero esa vez me sorprendió no sentir ese cosquilleo que sentí la primera vez. Esa vez sentí que la dichosa esfera se instalaba en mi cabeza y no me dejaba admirar la obra como yo deseaba.

Había algo que me inquietaba en esa pintura y no sé qué es.

La novela, la pintura y las vueltas que le he dado a la obra del palacio han hecho que el domingo pase más rápido de lo que preveía.

Hank ha permanecido gran parte del día en la cama, por lo que apenas nos hemos cruzado. Y cuando lo hemos hecho solo ha sido para comentar su estado y bromear con él.

El doctor ha estado todo el día en Londres. Por suerte, me he mantenido lo suficiente ocupada para no pensar en ello y en lo mucho que ha cambiado nuestra relación en pocos días.

He encontrado un momento para poner a Kelsi al día de todo lo que estoy viviendo aquí. No le oculto nada y está al corriente de todo, no podría hacerlo de otro modo. A pesar de que hemos bromeado todo lo que nos ha apetecido, me han sorprendido sus palabras.

—Ashley, ¿no habéis vuelto a enrollaros por Hank? Eso es absurdo —me ha comentado sorprendida.

—Visto de esa forma, a mí también me parece absurdo, Kelsi. Es como si fuéramos adolescentes que nos escondemos para que no nos descubran. En un primer momento, podría haber resultado extraño que Hank nos viera tan unidos, después de haber presenciado nuestros conflictos, pero... seguir así durante tantos días... A mí también me confunde.

—Fuiste tú, según me has contado, la que propusiste disimular...

—No le pareció mala idea, Kelsi, no vayas a echarme la culpa a mí.

—Os habéis enfriado.

«Enfriado...»

No sé si eso se ajusta a la realidad. Por mi parte no hay nada enfriado. Cada vez que lo veo soy pura combustión y mi trabajo me cuesta disimular.

Nada de enfriamientos. De lo contrario no habría estado pensando en él todo el día y obligándome a estar entretenida para que no me estallara la cabeza.

Enfriamiento ninguno. Si fuera así no habría mirado doscientas veces hacia la puerta para ver si aparecía.

Conclusión. El que se ha enfriado es él.

A ver cuánto me cuesta asumir eso...

Antes de seguir leyendo decido contestar a todos los mensajes de voz de mi tía. Como siempre, le cuento muchas cosas, excepto las relacionadas con el doctor. De él no sabe nada. Eso me lo guardo para Kelsi. Si la tuviera más cerca... pero es una situación rara y nueva, y me siento extraña hablando de ello.

Decido seguir leyendo. Cada vez que me detengo, me torturo con algo.

Veinte minutos después, cuando el asesino de mi novela está dejando demasiadas pistas y empiezo a sospechar de quién se trata, escucho el sonido de la puerta.

El doctor aparece con aspecto de estar cansado.

Se acerca a mí directamente y se sienta en el sillón de enfrente.

—Hola, Ashley. ¿Hank?

—Durmiendo. Ha tenido resaca todo el día. Él la ha combatido durmiendo y yo pintando y leyendo.

—¿Resaca tú? —me pregunta sorprendido, sabiendo que apenas bebía una o dos cervezas.

—Sí, es que anoche bebí a escondidas —bromeo.

Le arranco una sonrisa que no espero y me siento satisfecha. Tiene mal aspecto.

—¿Qué tal por Londres?

—Bien y mal. La visita a mis padres mal, el rato que he pasado con Andrew estupendo.

—¿Te ha ocurrido algo con tu familia? —Nunca me ha hablado de ella, pero sé que sus padres viven en Londres y que es hijo único.

—Siempre es así, Ashley, no es nada nuevo.

—¡Oh! Vaya, lo siento. ¿No os lleváis bien?

—No sé cómo es la relación con tu familia... me dijiste que tu tía y tú estabais muy unidas... —Asiento con la cabeza—. Yo nunca he sentido algo así.

Siento que tiene ganas de hablarlo y me siento bien al ver que está confiándome algo tan personal. Me levanto y me acerco a él.

—¿Vino? —le pregunto—. ¿Te apetece una copa? Compré uno en una tienda de Rye que tiene buena pinta.

—¿Vino tú? ¿Creía que no te gustaba? Siempre te he visto beber refrescos o cerveza.

—No es cierto, me has visto beber vino porque tú mismo me lo has servido. Soy californiana, ¿cómo pretendes que no me guste el vino?

Se echa a reír y espera a que vuelva con las copas prometidas.

—¿Has cenado? —le pregunto.

—Sí, con Andrew.

—¿Quieres hablar de ello?

—Hemos comido unas pizzas.

—No, bobo, de eso no, de tus padres —le digo golpeándole en la mano cariñosamente, sé que bromea.

—No hay mucho que decir, Ashley. No somos una familia convencional. Ellos siempre han vivido para ellos y para su trabajo, y yo... me he buscado la vida. Me fui a vivir con mi abuelo cuando tenía quince años. A los dieciocho falleció.

—¿No tenías relación con ellos en ese tiempo?

—Sí, pero nunca hemos estado unidos. Mi padre nunca ha visto con buenos ojos nada de lo que he hecho. Quería que siguiera sus pasos y como decidí estudiar medicina, todo empeoró.

—¿Y tu madre?

—Ella es distinta, pero tampoco puedo decir que sea una madre convencional. Siempre ha vivido para su trabajo y ha estado muy unida a mi padre. A veces... parece más cercana, pero solo en contadas ocasiones. Esta casa es de mi abuelo, la heredé de él.

—¿Aquí es donde viviste con él?

—No, solo veníamos algún fin de semana. Viví con él en Londres. Él y mi abuela compraron esta casa hace muchos años. Esta casa y esta región eran especiales para él.

—Es una casa preciosa...

—Sí, para mí tiene también un valor especial.

—Siento que tengas una familia así.

—Ya estoy acostumbrado. Te aseguro que a estas alturas solo me afecta cuando nos vemos y discutimos, pero se me pasa pronto. Antes solíamos reunirnos un viernes al mes para cenar, pero ahora ya no.

—¿Y por qué os habéis reunido hoy?

—Necesitaba pedirle una documentación. Cuando cumpla treinta años... tendré que firmar una parte de la herencia que me dejó mi abuelo, aparte de esta casa.

—¿Por qué a los treinta?

—Él lo dispuso así. Puede que creyera que sería más maduro.

—¿Y lo eres?

—No.

Nos echamos a reír.

—¿Qué heredarás?

—Un título de conde.

—¿Qué?

Se echa a reír a carcajadas.

—Qué tonto eres. No te veo yo a ti de conde. Claro que, tampoco sé bien qué hace un conde...

Bromeo sobre las ideas que tengo sobre las actividades de los condes y consigo que se ría más.

—Ashley... mi familia es... una familia bastante...

—Tienen mucha pasta, ¿no? ¿Te refieres a eso?

Él sonríe y baja la cabeza.

—Sí, solo que...

—¿Hay una copa de ese vino para mí? —nos sorprende Hank, que aparece con el mismo aspecto de haber sido atropellado tres veces por un tren.

—La hay —le contesto intentando ocultar mi decepción por no poder seguir estando a solas con el doctor.

—¿Interrumpo algo? No podía dormir.

—No. El doctor me estaba hablando de su familia.

Hank lo miro horrorizado y después me mira a mí. Vaya, eso me hace pensar que el doctor no habla mucho de eso. Puede que a Hank le sorprenda que tenga esa confianza conmigo.

—Le estaba contando la buena relación que tengo con ellos. Y la historia de esta casa.

Hank asiente y se sienta.

—¿Vino para conciliar el sueño? —le pregunto—. ¿Una resaca con alcohol antes de dormir?

—Ya no tengo resaca, y lo que no tengo es sueño.

—Después de veinte horas durmiendo es lo que suele pasar.

Nos echamos a reír y nos dedicamos a seguir haciéndolo durante una hora más. Después, todos nos retiramos a nuestros respectivos dormitorios.

Yo me voy con el sabor amargo de no haber podido seguir escuchando al doctor.

Lo que habría dado por abalanzarme sobre él y buscar ese placer que... a estas alturas ya puedo afirmar que solo he sentido con él. Al menos de una forma tan... ¿Intensa?

Esa palabra me recuerda a Nicole. Era la manera que tenía de describir su relación con él.

No sé nada de ella. No me atrevo a llamarla.

¡Mierda! ¿Por qué tengo que pensar siempre en cosas que me alteran?

Intento cerrar los ojos mil veces antes de sucumbir al sueño. Solo lo he conseguido cuando he decidido imaginar que el doctor estaba a mi lado y me abrazaba. Y también cuando me ha parecido ver la tonalidad de sus ojos como si la tuviera justo delante de mí.

Le echo de menos...

Sé que nunca volverá a ser como aquellos días, antes de que volviera Hank.

Capítulo 42

Ashley

Dos días después

Estoy satisfecha con el resultado, es justo lo que necesitaba plasmar en el lienzo.

No me ha llevado mucho tiempo, solo unas cuantas sesiones. Es una de esas pocas veces en la que pintar se convierte en una carrera contrarreloj para sacar lo que hay en mi cabeza y verlo reflejado cuanto antes en el lienzo. Ya me preocuparé de los detalles en otro momento... Puede que nunca, puede que lo deje tal y como está ahora, el resultado me hace sonreír.

Doy un paso atrás y vuelvo a sonreír satisfecha.

Es justo como lo recuerdo.

Ese pensamiento hace que se me haga un nudo en la garganta muy molesto.

El doctor de nuevo.

Pensé que algo cambiaría después de la noche del domingo, cuando me habló de su familia, pero no. Seguimos cruzándonos como dos buenos vecinos. Pobre doctor. Menuda relación tiene con sus padres. Claro que yo... aunque sea en otras circunstancias, tampoco puedo decir que la mía sea alucinante.

Todos tenemos algún talón de Aquiles y creo que el doctor y yo compartimos el mismo, aunque sea en circunstancias distintas.

Me encuentro en el antiguo porche, una zona pequeña que alguna vez se acristaló para aislarla del exterior. Es un refugio perfecto para pintar por las vistas que tiene a pie del jardín, aunque tienen más valor durante el día. Pero ahora también tiene un encanto especial. Está oscureciendo y las luces tenues que decoran el jardín mantienen una lucha por imponerse.

Escucho la voz del doctor. Eso significa que ya deben ser cerca de las seis.

Asoma la cabeza y se acerca lentamente a mí. Ha tardado poco en adivinar dónde estoy. Aunque no es la primera vez que me encuentra aquí, el lugar que elegí para desplegar todo el material que adquirí en Londres y para pintar, sí es la primera vez que se acerca lo suficiente para ver lo que estoy pintando. El corazón se me acelera cuando noto que está tan cerca.

—Hola, me he imaginado que estarías aquí. ¿Y Hank?

—Aún no ha llegado.

—¿Qué pintas?

—¿Quieres verlo? —Le hago una señal para que se coloque a mi lado.

Guarda silencio un rato mientras observa el lienzo.

—Esto es... —Me mira fijamente—. ¿Es la campiña Lake?

Asiento con la cabeza. Se refiere al lugar que nos detuvimos a contemplar el fin de semana anterior, viniendo de Londres.

—Dijiste que querías volver para hacer fotos... ¿Hiciste alguna?

—No, no hice fotos. Esto estaba en mi cabeza, tengo memoria fotográfica.

—Es tan... real. ¡Es precioso!

—Solo es poco más que un boceto... pero es lo que tenía en la cabeza. A veces veo algo que se convierte en una secuencia, algo que se refleja con mucha nitidez en mi cabeza y puedo recordarlo con precisión... Este es uno de ellos.

—No entiendo mucho de pintura, pero me parece más que un boceto. Está muy avanzado. ¿Cuánto tiempo has dedicado?

—Tres o cuatro sesiones. Es de esas pocas veces que la inspiración me lleva a terminarlo pronto. Llevo toda la tarde. Necesitaba sacarlo de mi cabeza.

—¿No has trabajado esta tarde?

—Solo por la mañana. Están trabajando en mi sala y hoy no podía estar allí.

—¡Estoy impresionado, Ashley!

—¿Por mi horario?

—No, por la pintura. Eres una artista.

El doctor parece sincero y yo solo puedo sentirme halagada. ¡Qué curioso!

—¿Acaso lo dudabas, doctor?

—¿No podrías llamarme David? Haz un esfuerzo.

—No me sale, ya me he acostumbrado. Pero... prometo hacer un esfuerzo, doctor.

Sonríe y después se acerca más al cuadro, y en consecuencia a mí.

—Es precioso, Ashley —repite—. Es tan real... Puede que no esté terminado, pero a mí me ha llevado directamente a aquel lugar.

—Un lugar especial, sin duda. Se me quedó grabado.

—¿Sabes? Me gusta más cuando... Cuando somos enemigos.

Lo miro fijamente con el ceño ligeramente fruncido. No estoy segura de haberle entendido.

—¿Cuándo somos enemigos? —repito—. ¿No te gusta que seamos amigos?

—Si pudiera volver atrás, me convertiría de nuevo en ese enemigo.

—¿Por qué?

—Porque sé lo que viene después. Aquello me gustó. Volvería a vivir lo que viene después y buscaría la forma de evitar que desembocáramos en esto... En esta preciosa amistad llena de buen rollo.

—No sé si te entiendo, doctor —le digo mientras se acerca a mí hasta estar a solo unos centímetros de mí.

—Puede que sea una forma algo rebuscada de decirte que te echo de menos... No me gustaría que fuéramos enemigos, pero firmarí si pudiera volver a vivir lo que vino después... Y esta vez buscaría la forma de entender por qué se detuvo.

Me deja tan impactada por la carga de esas palabras que soy incapaz de reaccionar. Siento que la distancia se va acortando, y no solo la física. Va a besarme. ¡Cuánto lo necesito!

No podemos dejar de mirarnos. La distancia sigue haciéndose cada vez más pequeña. Se me está acelerando el corazón. Se me cae el pincel de la mano. Abro los labios ligeramente saboreando lo que está a punto de suceder.

Lo necesito. Me ahoga.

El calor me empieza a envolver la espalda, la nuca...

—¿Hay alguien en casa?

Es la voz de Hank.

¡Maldita sea!

Capítulo 43

David

He estado a punto de pedirle a Hank que nos dejara a solas, que su interrupción me ha partido en dos y que la necesidad que tenía de besarla era irracional, pero... aquí estoy, compartiendo cena con ellos como muchas otras veces.

Pero esta vez no es igual, esta vez me siento tan frustrado que apenas soy capaz de seguir el hilo de su conversación.

—Hoy está delicioso, mejor que nunca —observa Hank refiriéndose al pastel de verduras que ha encargado en *Blen Bites*, un restaurante que descubrimos hace poco tiempo, que se encuentra cerca del castillo donde él trabaja.

—Delicioso —comento mientras hago un esfuerzo por llevarme un pedazo a la boca. No tengo hambre, pero sé que se ha tomado muchas molestias en encargarlo.

—Mañana me marcho a Warwick. Estaré fuera dos semanas. ¿Podréis vivir sin mí?

Esas palabras traen luz, traen esperanza, traen lo suficiente para que mi cuerpo se transforme y hasta se me abra el apetito.

Ashley abre mucho los ojos.

—¿Está lejos?

—Sí, a unas doscientas millas.

Tengo la sensación de que Ashley no ha acogido la noticia igual que yo, parece decepcionada.

—El castillo de Warwick, Ashley. Ya te hablé de él. ¿Te acuerdas?

—¿Las tumbas? Eso es genial.

Hank nos proporciona detalles del trabajo que va a desarrollar en el castillo. Unas tumbas funerarias del siglo XII que necesitan una mano de restauración.

—Me he enterado hoy. Dirk, el holandés, ha pedido ayuda y me ha recomendado. Trabajamos juntos en las columnas de la basílica.

Hank se explaya hablando de su trabajo y Ashley lo escucha embobado. Muchas veces tengo que hacer un esfuerzo por entender la jerga que emplean.

—¡Eh! Estoy aquí —les digo—. Si vais a hablar en jerga «artística» hacedlo más despacio, bastante trabajo tengo en entenderos con vuestro «inglés» de Los Ángeles.

Ese comentario desata protestas y varias bromas, lo suficiente para que dejen de hablar de las dichas columnas y se animen a enumerar todas las diferencias que hay en «nuestro idioma».

Ashley nos sorprende cambiando de tema.

—Hank, tengo que pedirte un favor. Necesito que me prestes tu cámara de fotos, la pequeña... ¿La necesitas?

—No, puedes quedártela. ¿Para qué la quieres?

—Para hacer unas fotos en el palacio.

—¿Te permiten llevar cámara de fotos? —pregunta Hank confundido.

—No, pero me las ingeniaré para entrarla. Ya tengo más o menos pensado cómo hacerlo.

—Ashley, no se puede entrar ni cámara ni móvil, ¿qué tienes en la cabeza?

—Quiero fotografiar la obra de Memling. Hay algo en ella que me está reconcomiendo y necesito estudiarla con tranquilidad. Solo la he visto tres veces, pero las dos últimas... No sé, hay algo que no sé lo que es, pero me gustaría averiguarlo.

—Ashley, te pueden descubrir y te meterás en problemas. Sabes las reglas, no se puede acceder con cámara ni desvelar nada de lo que ocurre en el interior.

—Hank os he contado mil cosas, ahora no te pongas serio con lo de la confidencialidad. Solo quiero hacer una foto y necesito un aparato pequeño que tenga una resolución increíble y que pueda esconder de alguna forma... Y esa es tu cámara.

—¿Y si te pillan?

—No me pillarán, lo tengo bien estudiado. Me he hecho amiga de George, el de seguridad.

—¿Cómo piensas pasarla por el detector?

—Ya lo tengo pensado. ¿Me la prestas o no?

—Te conozco, Ashley... ¿Estás pensando bien lo que vas a hacer? Si te pillan, se va a la mierda tu trabajo aquí.

—¿Qué trabajo? ¿Estar dando vueltas por los vestíbulos esperando que me permitan seguir trabajando en un fresco que no vale nada y que tiene más restauración que original? ¿Estar pendiente de que me dejen entrar en la sala porque todos los que trabajan allí parecen tener prioridad? ¿Estar esperando a que se dignen a sellar esa maldita puerta para que pueda seguir pintando? Es que... no sé explicarlo, pero hay algo raro en ese palacio. No sé si es Memling, la puerta, Wallace o ese pintor, Percibal, pero hay un caos extraño. Un caos dentro de un orden, ¿me explico?

—No —respondemos al unísono Hank y yo.

—Es como si no hubiera un plan preparado. Se improvisa demasiadas veces, se rectifica una y otra vez. Es como si cambiaran de opinión cada cinco minutos. Me están mareando. Paso más tiempo con los estudiantes y admirando las monedas y las colecciones de la galería grande que en mi sitio.

—¿Y qué tiene que ver eso con hacer fotos? ¿A qué?

—A la obra de Memling, ya te lo he dicho. Esa obra tiene algo que me altera. La primera vez que la vi no fue así, pero las otras dos veces... ¡Confía en mí! Tendré cuidado.

—No sé si dejártela, no quiero contribuir a tu despido.

—Confía en ella, Hank. Ya te ha dicho que tendrá cuidado.

Hank me atraviesa con la mirada. Sabe que detrás de este apoyo hay un interés. Me siento incómodo.

—Está bien.

Dos horas después nos separamos.

Me cuesta conciliar el sueño.

Me pregunto si Ashley estará pensando en lo mismo que yo: Hank se marcha mañana.

Capítulo 44

Ashley

Un lienzo blanco... ¡No sé si debo empezarlo!

Es lo que me estoy planteando después de llevar más de media hora con un lienzo nuevo delante de mí. Estoy algo inquieta para empezar algo nuevo. No me concentro pensando en el tema de la cámara que he introducido en el palacio.

No ha sido difícil.

Tras entregarle el móvil, como cada mañana, he pasado mis pertenencias por la cinta de control. También he pasado entre los paneles detectores que alertan de objetos no permitidos. Ha pitado, ya lo creo que ha pitado, pero no ha habido problema.

Cuando lo ha hecho, una vez que me encontraba al otro lado de los paneles, me he metido la mano en el bolsillo y le he mostrado a George unas llaves sonriendo.

—¡Oh! Las llaves. ¿Será esto?

—¿Seguro que no llevas una pistola en el bolsillo?

—Me has pillado.

Nos hemos reído mientras mi corazón estaba a punto de salirse de la garganta, pero me ha permitido seguir sin ponerme impedimento. Puede que las veces que me detengo a charlar con él hayan ayudado. George tiene un sueño: viajar a Nueva York, y no hace más que hacerme preguntas sobre la vida allí, como si yo viviera en esa ciudad. Pero parece encantado en escuchar mis descripciones sobre la vida en Los Ángeles, aunque esté a tres mil millas de la ciudad de sus sueños.

—Estás aquí... —escucho decir a mi espalda.

El doctor ha vuelto pronto del trabajo, pero no tanto como yo, que llevo ya dos horas inactiva.

—¿Aquí? ¿Estoy aquí? ¿En serio?

Se echa a reír.

—¿Cómo ha ido con la cámara?

—Bien, la he metido dentro, la he ocultado entre mi material y aún no he podido hacer la foto, pero la haré.

—Me alegro. ¿Qué pintas?

—Una obra de arte, mi mejor obra. ¿Quieres verla?

El doctor asoma la cabeza y se echa a reír.

—¿Hoy no hay inspiración?

—No, ni gota de ella. ¿Has pintado alguna vez?

—Sí, mi madre es aficionada a hacerlo y lo intentó muchas veces, pero... no era lo mío.

Conseguí pintar un ciervo precioso, pero se negó a colgarlo en el salón y eso me destrozó.

El doctor lo está narrando de una forma que me hace reír, es tan dramático el relato...

—Imagínate lo que sufrí. El ciervo tenía un poco de exceso de peso, sus ojos estaban algo separados, unas patas más largas que otras... y un color verdoso que no es muy habitual, pero... me costó horas y horas pintarlo y la ilusión era tan grande... Ella me prometió que colgaríamos una pintura en el salón si me esforzaba.

—¿Por qué quería que te esforzaras?

—A ella le gusta pintar y quería que a mí también me gustara...

—Y... ¿Qué pasó? ¿Colgó finalmente el cuadro?

—No, lo intenté, pero solo conseguí que me dijera que era espantoso, que en vez de un ciervo parecía un monstruo. Me rompió el corazón y juré, a mis siete años, que jamás volvería a pintar.

—Puede que no te animaran como debían... ¿Quieres intentarlo hoy?

—¿Serás mi maestra?

—¿Ves a alguien más aquí?

Le cojo de la mano y tiro de él hasta detenerlo frente al lienzo. Me coloco delante de él, de espaldas, pegada a su cuerpo y le pido que me dé la mano derecha.

—¿Diestro?

—¿Aún no sabes eso?

—No me he fijado, capullo, tengo mejores cosas que hacer.

Se echa a reír.

—Sí, diestro.

Le entrego un pincel y abrazo su mano con la mía. Me acerco más al lienzo. Acerco el caballete con la paleta de colores, así me gusta pintar a mí, y llevo su mano hasta uno de los colores: el azul.

Me detengo, creo algo de expectación y noto como relaja su mano.

—Sigue el movimiento que desees. No tienes que buscar algo que observen los demás, no tienes que buscar un resultado. Es tu trazo, solo tuyo.

Mi voz se vuelve envolvente, hasta yo me dejo llevar por ella. El cuerpo del doctor está más relajado. Me escucha. Y su mano se dirige al inmaculado lienzo cubierto por la mía. No puedo verle, solo sentir su cuerpo pegado al mío y el calor que empieza a emanar de él. Aunque no sé si el calor proviene del mío.

Permanecemos así unos minutos, quizás solo uno, pero a mí me parece una eternidad, una gloriosa eternidad.

Su mano y la mía siguen deslizándose por el lienzo de forma desordenada, hasta agotar la pintura impregnada en el pincel.

El doctor dirige la mano hacia la paleta, vuelve a impregnarlo. Demasiada pintura. Gotea, pero no me pronuncio.

Otro trazo, esta vez más rápido.

—Tienes que hacerlo sin prisa, doctor.

Le cojo la mano izquierda con dificultad y la guio hasta mi pecho. La idea era detenerla entre mis pechos, no encima de uno de ellos, pero ya es tarde para lamentarlo. El roce de su mano hace que uno de mis pezones reaccione.

—Debes sentir algo entre... este punto y este —levanto la mano que sujeta el pincel— Debe ser como una corriente eléctrica que vaya desde ese punto hasta este otro —le susurro recreando la trayectoria del corazón a la mano. Solo podrás sentir lo maravilloso que es pintar si sientes ese

recorrido.

Guardamos silencio. Siento su erección en la parte baja de mi espalda. Me entra calor en las mejillas, se revela el otro pecho y entre mis piernas la temperatura asciende a doscientos grados.

—Ashley, no quiero decepcionarte, pero... la única corriente que siento no sigue la trayectoria que tú has descrito...

—¡Ah, ¿no?! Inténtalo otra vez, me estoy esforzando para que borres el trauma de tu infancia, el del ciervo.

—Vale, lo intento —me dice mientras me acaricia el pecho.

—No lo intentas. No quieres pintar, solo quieres...

—¿Qué quiero?

—Follar.

—Vaya, yo no lo habría descrito así, suena algo brusco... pero...

—Pero ¿qué?

—Que tienes razón, el lienzo no me preocupa.

—¿No?

—No, te aseguro que el trauma está controlado. Yo solo quiero que me sueltes la mano, te des la vuelta, me dejes besarte, tocarte, tirarte al suelo, entrar dentro de ti y lamerte todo el cuerpo.

—¿En ese orden?

—Eres única estropeando el momento...

Me echo a reír.

Le suelto la mano, el pincel se cae al suelo y el ruido que hace al hacerlo es lo único que se escucha en la terraza acristalada en la que nos encontramos.

—¿Importa el orden? —me susurra al oído—. El orden de los factores...

—Cállate, doctor y fóllame de una vez.

Se echa a reír.

—¿Por qué tengo que empezar yo?

—Porque la hebilla de tu cinturón se me ha enganchado en el jersey...

Y es el momento de liberar la hebilla y todo lo que durante muchos días ha quedado retenido.

Nos damos la mano y corremos hacia su dormitorio entre risas mientras empezamos a desnudarnos a toda prisa, a besarnos, a mordernos, y a dejarnos marcas por todas partes.

—El maldito preservativo —me dice al oído mientras intenta hacerse con uno de ellos.

Es lo que siempre dice y a mí me suena a gloria. Esas palabras me hacen sentir que hemos retomado lo que días atrás desapareció con la llegada de Hank.

Seguimos.

Es ansia, es deseo en estado puro, del que duele.

Y saciamos ese deseo hasta calmarnos, hasta cerrar los ojos para amortiguar el sonido de todo lo que sale de nuestras gargantas cuando alcanzamos el máximo nivel, el que me confirma que existe algo parecido a un paraíso.

Y las prisas se agotan, y también las fuerzas. Y nos abrazamos de una forma distinta, con una complicidad distinta.

Nos miramos fijamente mientras la respiración se normaliza.

—Te he echado de menos, Ashley... Este jueguecito delante de Hank me ha matado.

—A mí también... David.

Abre mucho los ojos.

Ha pasado de ser el doctor a ser David.

No se trata solo de un nombre.

Eso implica mucho más. Algo que hasta ahora ni me atrevía siquiera a pensar. Algo que sospechaba, pero que me daba miedo.

Algo nuevo.

Me he enamorado de David Ellington.

Capítulo 45

David

Quince días después

No me puede creer que por fin haya terminado la jornada de hoy. Había más personas de las que esperaba en la consulta. Incluso mi compañera, la doctora Godfrey, que parece vivir en constante paz y armonía con la vida, se ha quejado varias veces.

Cada vez me doy más cuenta de que el trabajo de una consulta pequeña de medicina de familia no está hecho para mí.

El ritmo de un hospital es frenético, pero por mucho que me haya quejado en el pasado de ese ritmo es infinitamente mejor. Puede que un término medio sería perfecto, pero sé que eso es prácticamente imposible.

He contactado con el hospital de Brighton para asegurarme que esa plaza seguirá en pie dentro de unos meses. La persona que me la ha ofrecido es de mi total confianza, pero necesitaba asegurarme de ello.

En cuanto me alejo de la consulta se me olvida el centro médico y sus problemas y solo pienso en el momento de volver a ver a Ashley.

Desde que se fue Hank hemos vuelto a seguir la misma línea que antes de que llegara.

Es preocupante. Eso es lo que afirma Andrew burlándose de mí, y no le culpo. Yo le habría dicho lo mismo si él me lo hubiera contado.

Hace treinta y siete días que Ashley llegó a Rye, ayer me entretuve en contarlos. No es demasiado tiempo, pero eso depende de la intensidad con la que se viva, y eso es lo que hacemos nosotros.

Cada cena, cada ducha, cada madrugada, cada paseo, cada intento de cocinar juntos, cada visita a Londres...

Eso es lo que hemos hecho desde aquella noche en que me llamó por mi nombre...

«David», vuelve a sonar en mi cabeza. Fue un momento que probablemente recuerde el resto de mi vida, no por el contenido de sus palabras, sino por las extrañas descargas eléctricas que sentí a lo largo de todo el cuerpo cuando la escuché.

Andrew nos visitó hace unos días. Aunque ella insistió en dejarnos solos, él se opuso alegando que no había venido a verme a mí sino a ella, motivo por el que empezaron a bromear y se conquistaron el uno al otro.

Andrew me aseguró que entendía que estuviera colado por ella, pero, al mismo tiempo, no deja de decirme que está preocupado por mí para fastidiarme.

No es algo que quiera pensar, pero a veces no puedo evitar que me cruce por la cabeza que lo que siento por ella puede ir creciendo, y que el tiempo que Ashley va a permanecer en Rye, va

disminuyendo cada día.

Cuando menciona Los Ángeles siento una extraña sensación de vértigo, aunque suele durarme solo unos segundos.

Sí, hoy no puedo negar que me estoy enamorando de ella o... quizás que lo estoy del todo. Aunque tengo la sensación de que este sentimiento seguirá creciendo y que aún no ha llegado a la cima.

Cada día es una aventura y una sorpresa a su lado.

Ashley tiene una personalidad que me atrae a partes iguales. Es el caos personificado en un segundo y la búsqueda de la perfección en otro. En un segundo está llena de dudas y miedos y en otro parece dispuesta a comerse todo lo que se ponga delante de ella. En el sexo, a veces parece esconderse y otras tengo la sensación de que voy a ser devorado...

Esa es Ashley.

En su trabajo, unas veces viene contándome maravillas de todo lo que le rodea y... al segundo se desinfla y no hay manera de consolarla.

Me sorprende ver el coche de Hank cuando llego a casa. No lo esperábamos hasta dentro de cuatro días.

Ha adelantado su viaje.

Sé lo que eso supone...

Por suerte, las obras de la casa de invitados estarán listas dentro de cuatro días, a falta de pequeños detalles relacionados con la decoración. Ha sido una reforma muy rápida, dada la complejidad de la misma, pero el compromiso del constructor y el decorador a terminarla en poco tiempo se ha cumplido. Es una casa nueva y... segura, ahora es segura.

Entro en casa intentando no mostrar mi decepción. Tengo el corazón dividido. Me apetece volver a ver a Hank, pero...

Hank me recibe con un fuerte abrazo. Aunque hemos estado en contacto durante estas semanas, ha estado muy ocupado y apenas hemos intercambiado unos pocos mensajes.

Ashley se encuentra a su lado. Me mira, me sonríe y se encoge disimuladamente de hombros. Sé que piensa lo mismo que yo.

—Te esperaba dentro de unos días.

—¿Decepcionado?

—Mucho, ¿se me nota?

Nos echamos a reír y acepto la cerveza que me ofrece.

—Me marchó dentro de un rato, solo he venido a buscar algunas cosas de mi equipo que dejé aquí. Pero... no te hagas ilusiones. Vuelvo en dos días.

—¿Tienes que volver a Warwick?

—Sí. Hoy he estado en Bodiam porque ayer me lo pidieron y, estando tan cerca, he aprovechado para venir a buscar una parte de mi equipo que echado en falta.

Hank nos habla de su trabajo en el nuevo castillo y ambos nos quedamos encantados por la forma en que nos habla de su historia, de sus leyendas, de sus fantasmas y... de su trabajo de restauración en unas lápidas funerarias.

—Cuéntale a David lo que se te ha ocurrido —le dice a Ashley con un tono de resignación.

—¿Qué pasa?

—No lo digas así, Hank. Es que te has vuelto muy aburrido, sé lo que hago.

—¿Poner en peligro tu trabajo?

Hank me mira con dureza, sé que cree que yo soy responsable por apoyarla y mirar por... mis intereses. No es así, pero no puedo rebatírselo porque no lo hemos hablado directamente todavía.

—Hank... ¡Escúchame! Te lo contaré brevemente otra vez.

Asiente con la cabeza y se acomoda, no sin antes lanzarme una mirada, pero esta vez es de preocupación.

—Le hice las fotos al cuadro con la cámara que me dejaste. Las he estudiado muchos días, incluso se las envié a mi... maestro.

—¿A Chase?

Se trata de un amigo de Ashley, antiguo profesor en la universidad. El mismo que la ayudó a entrar en el Museo de los Ángeles y el que apoyó su candidatura en el programa de intercambio con la fundación. Son amigos y, según ella, pueden pasar horas y horas hablando de arte sin cansarse.

—Sí, a Chase. Aunque es solo una fotografía, quería saber su percepción al ver la obra de Memling.

—¿Y?

—Nada. Es la persona más indicada para interpretar una obra de Memling. La ha estudiado. La ha pasado por todo el arsenal de tecnología que tiene en la facultad y...

—¿Y qué?

—No ve nada raro. Claro que, yo tampoco supe decirle qué tenía que buscar. Le hablé de mis sensaciones y me dijo que él también las tenía, pero que no sabía por qué.

—Eso no significa nada, Ashley. ¿Crees que el cuadro es falso?

—No lo sé.

—¿Dónde quieres llegar?

—No lo sé, Hank, pero solo me falta por hacer una cosa y la voy a hacer, como te he dicho. No sé cómo, pero así me quedo tranquila.

—Cuéntaselo a David.

—¿Qué pasa?

—Hoy ha estado la señora Lyndhurts en el palacio. La he encontrado mientras yo deambulaba como un fantasma por la sala de las monedas. Me ha preguntado y le he dicho que hasta que no cerraran esa puerta no podía trabajar con comodidad. Se ha sorprendido tanto de que todavía estuviera abierta, que ha ido a comprobarlo personalmente. Le ha pedido a Carter que llame a Wallace cuando ha salido de la sala y se ha marchado. Después, cuando Percibal me ha permitido seguir con mi trabajo, ella y Wallace se han presentado. «Señorita Evans, dentro de dos días exactos estará sellada la puerta y podrá seguir con su trabajo». Es lo que me ha dicho.

—¿Y qué? —le pregunta Hank confundido—.

—Que voy a entrar en la cámara, como sea, antes de que la cierren.

—Eso ya me lo has dicho, pero ¿para qué?

—¿Vas a entrar? —pregunto yo.

—Sí, David, voy a entrar. En esa cámara hay algo. No tiene sentido que esté abierta y hasta esa mujer se ha sorprendido. Si dentro no hubiera nada no entiendo por qué Percibal y Wallace siguen entrando. Ellos creen que no los he visto, pero me han hecho salir de la sala hasta diez veces en los últimos días con una excusa tonta. He puesto una señal en la puerta, una que yo solo conocía y sé que esa puerta se ha movido varias veces... En resumen... Hay algo ahí que no me gusta y quiero averiguarlo.

—Ashley, tu trabajo es el fresco, haya lo que haya ahí, si es que lo hay. No puedes poner en

peligro tu trabajo, te pueden descubrir entrando o saliendo...

—Si esa sala tiene que estar cerrada, quiero saber por qué hay tanto movimiento. Esa pintura de Memling me sigue desconcertando y puede que ahí tenga la respuesta. Voy a entrar, y cuando lo haga sabré si hay algo o me he equivocado, pero no puedo quedarme tranquila y ver como la cubren de yeso.

Yo permanezco callado mientras ellos debaten.

—Si hubiera algo de valor... no la sellarían. Esa cámara es un espacio muy pequeño en el que ocultaron algo una vez de valor, pero... ahora no tiene sentido que lo hagan. ¿Para qué?

—¿Y si hay un cadáver?

—Joder, Ashley, esto es preocupante.

—Sería un lugar perfecto para deshacerse de alguien.

—¿No hablas en serio?

—No, no hablo en serio, pero se me ha pasado por la cabeza. Yo estoy ahí cada día y sé lo que digo. Confía en mí, no me voy a poner en peligro.

—¿Y cómo piensas entrar? Está cerrada, tú misma lo contaste.

—Sé cómo abrirla, el problema es que necesito estar sola para que no me vean. Pero ya lo tengo todo pensado. En cuanto vea la oportunidad, entro.

—¿Qué clase de cerradura es?

—Una sencilla colocada sobre una guía, como la de un simple candado.

—¿Quién tendría una cerradura simple en algo que pudiera esconder algo de valor? Eso solo refuerza mi teoría de que ahí no hay nada, de lo contrario habrían colocado un dispositivo sofisticado.

—Puede que tengas razón, pero esa cámara está vacía supuestamente y esperando ser sellada, no había motivo para poner una cerradura sofisticada.

—Entonces, ¿por qué hay una? Aunque sea un simple candado.

—No lo sé, está colocada sobre una guía bien disimulada, pero te aseguro que se puede abrir.

—Ashley tiene razón —me animo, por fin, a intervenir—, podrían haberla colocado de forma provisional, solo una pequeña medida de seguridad para evitar que cualquiera tenga acceso, pero nada pretencioso porque la idea siempre ha sido sellarla.

Hank me mira.

—De acuerdo, pero sea como sea la maldita cerradura, está cerrada...

—Sé abrir esa cerradura, me enseñaste tú.

—Joder —exclama Hank levantándose.

—¿Tú le enseñaste eso? —le pregunto a Hank.

—Sí, es que Ashley solía perder casi todos los días las llaves de la taquilla del instituto y, hartos de abrirla, le dijeron que la próxima vez que la perdiera no tendría acceso a su interior en un mes. Era poco sofisticada, le enseñé a abrirla con una horquilla, un chicle y un poco de sal.

—Pues esta no necesita ni sal ni chicle. Ya lo he probado.

El ambiente empieza a caldearse. Hank está incómodo y Ashley más tozuda que nunca.

Hank me mira buscando ayuda.

—Creo que no la vamos a convencer, Hank. Cuando Ashley vea lo que hay en esa cámara, si es que puede colarse... se quedará tranquila. Puede que tenga razón y haya algo. No es normal que ese simple sellado tenga tanto misterio y... la señora Lyndhursts se sorprenda tanto de que se retrase. Eso solo indica que no está al corriente del movimiento de ese lugar.

—Muy bien —se rinde Hank—. Intenta no quedarte atrapada... Recuerda que la van a sellar.

—Si me quedo atrapada y no vuelvo... Ya sabéis donde buscarme.

El ambiente se suaviza y Hank anuncia que se tiene que marchar.

Ashley recibe una llamada, descuelga y le dice a alguien que espere un momento.

—Es mi tía —le da un beso en la mejilla a Hank—. Ya hablaremos.

Hank se apodera del teléfono.

—Lucy, solo quería enviarte un abrazo. Adoro a tu sobrina, pero a veces me saca de quicio.

Algo debe decirle su tía para que Hank se eche a reír.

Ashley desaparece.

—¿La conoces bien?

—Sí, es una mujer increíble. Ya he hablado alguna vez con ella desde que Ashley llegó. Solo quería asegurarse de que Ashley estaba bien.

—Ambos la protegéis a vuestra manera.

—Sí, por eso quiero hablar contigo. Salgamos.

Nos dirigimos al exterior, pero Hank, antes, corre hasta su dormitorio a buscar lo que había venido a buscar.

Nos dirigimos a su coche.

—¿Qué pasa?

—¿Estáis liados?

Esa pregunta me llega como un jarro de agua fría.

—¿Te lo ha contado ella?

—No. Cuando he llegado he entrado en los dormitorios... En el tuyo había varias prendas de Ashley sobre la cama. Prendas que en cuanto ha llegado y me ha visto ha corrido para hacerlas desaparecer. Y... en la basura hay algunos envoltorios de preservativos. Y... para que lo sepas, yo no buscaba nada. Me he comido una naranja y lo he visto. Algo sospeché antes de marcharme, pero como no me contabais nada, pensaba que queríais mantenerlo en secreto. No te estoy pidiendo explicaciones, que conste.

—Sí, estamos liados. Ya hace algunas semanas.

—¿Muy liados?

No sé qué responderle. Busco las palabras apropiadas, pero no las encuentro.

—No te estoy pidiendo explicaciones, joder. Sois mayorcitos y podéis hacer lo que queráis, ¿quién soy yo para deciros nada? Pero... visto lo que he visto y lo que me acabas de confirmar, me preocupa algo, y mucho. ¿Le has hablado de tu familia?

—No, Hank, quiero hacerlo, y lo haré, pero te aseguro que no veo el momento. Ella está metida en todo ese tema y... solo quiero que acabe para poder hablar con ella.

—Joder, David. Esto se está yendo de las manos. Si no os conocierais de nada, si siguierais odiándoos como al principio, o ella no viviera aquí, no te diría nada de esto. Yo fui el primero que consentí en no contarle nada de tu vida. Pero lo que en aquel momento tenía un sentido o una cierta justificación, ahora ya no lo tiene. Sinceramente, sin saber que estabais liados, esperaba que cualquier día me dijeras que se lo habías contado, o que ella me llamara poniendo el grito en el cielo. Yo estoy implicado en esta mierda, David.

—Lo sé.

—Es que todo ha cambiado desde que lo hablamos. ¿No lo ves? Ahora no puedes ocultarle eso. Tiene derecho a saber con quién está follando.

Esas palabras me están partiendo en dos.

—Se lo diré en los próximos días. Cuando termine con esa idea de averiguar qué hay en la cámara, se lo contaré.

—Claro, así no pierdes la posibilidad de que te cuente qué descubre, si es que descubre algo.

O se lo cuentas tú o se lo cuento yo. No creo que esto...

—Basta ya, Hank. Te estás pasando. No se lo he contado, de acuerdo, pero no me agobies de esa manera. Lo haré, claro que lo haré y sé que se va a enfadar mucho. Pero deja de atosigarme... Si quieres contárselo tú, adelante, puedes hacerlo ahora mismo. Si tanto te preocupa no sé qué esperas... Si no piensas hacerlo, déjame hacerlo a mi manera.

Estoy alterado y Hank no deja de mirarme.

—Está bien —me dice suavizando el tono—. Piensa bien lo que le vas a contar. Pero no debes retrasarlo más, David. Ashley tiene derecho a saber que la señora Lyndhurts es tu madre y que en poco tiempo la mitad de la empresa será tuya, junto a la dirección de la fundación.

Capítulo 46

Ashley

Hoy es el día. Confieso que estoy nerviosa, pero se me ha metido en la cabeza entrar en esa cámara y lo voy a hacer.

Llevo todo el día planeándolo y creo que puede salir bien.

Le he pedido al señor Carter que me permita quedarme media hora más o cuarenta y cinco minutos para poder terminar una parte importante. No me ha costado mucho convencerlo porque es consciente de los obstáculos que me ponen cada día. Le he dicho que había una parte de la pintura que debía estar seca mañana para continuar y... aunque ha dudado, me ha pedido que le acompañe a hablar con George.

—La señorita Evans se quedará media hora más o quizás algo más en la sala donde trabaja. Cuenta con mi permiso. Una vez que termine, puede cerrar esa sala, que será la única que quede. Asegúrese de que la señorita Evans no tiene ningún problema.

Esa parte no me ha gustado, pero confío en poder improvisar.

El corazón me va a mil por hora. Todos se han marchado. No hay forma de deambular por la casa porque todas las salas están cerradas, excepto la mía.

Wallace no ha venido en toda la tarde y Percibal no ha aparecido en todo el día.

El palacio está en silencio y el señor Carter se ha marchado hace veinte minutos, no sin antes recordarme que debía marcharme cuanto antes.

Sigo pintando, pero no me concentro. La cerradura está desbloqueada. Ya hace rato que lo he hecho y no supone problema, solo tengo que descorrer la puerta. No hace ruido, ya lo he comprobado, claro que... con el silencio que hay en el palacio podría suponer un problema.

George entra en la sala por segunda vez. Me estoy poniendo nerviosa, no contaba con esto. Finjo estar concentrada.

—¿Todo bien?

No le contesto.

—Ashley...

—George, disculpa, estoy muy concentrada. Necesito acabar esto cuanto antes. ¿Qué hora es?

—Las seis y diez.

—Vale, hagamos una cosa. Estoy deseando de salir de aquí... Dentro de veinte minutos exactos salgo por la puerta y nos marchamos. Pero no me interrumpas porque no podré terminar.

¿Te parece bien?

—De acuerdo. En veinte minutos te doy otro aviso. El Señor Carter me ha dicho que le recuerde el tiempo.

—Y haces bien, pero no constantemente, necesito concentración. Hagámoslo así, como te he dicho, y nos vamos pronto.

George sale por la puerta.

Espero dos minutos. Empiezo a arrepentirme, me entran las dudas, pero lo aparto de mi cabeza y deslizo la puerta con mucha suavidad. Solo lo suficiente para que mi cuerpo entre. Si me descubren... que sea lo que tenga que ser.

Huele a cerrado. La oscuridad, solo rota por la luz de mi linterna, me hace estremecer. Sé que es pequeña, así que no puedo tardar mucho en recorrerla.

Hay un olor desagradable en el interior, el propio de la humedad, pero hay algo más.

La luz de la linterna me muestra algunos retales de tela dispersos por el suelo. Son de los que se utilizan para limpiar restos de óleo.

Aquí no hay nada. Repaso las paredes con la linterna, y el suelo. Aunque el ángulo no me permite ver mucha superficie, ya se nota que no hay nada en este lugar.

Pero... No está todo perdido. Una de las paredes muestra algo distinto. Es una de esas cajas especiales que sirven para transportar obras de valor, incluyendo la tela que los cubre.

Esto solo es un almacén.

Antes de decidir marcharme, enfoco hacia el lado de la caja y veo algo que me llama la atención. Hay algo ahí. Es tela negra y por su caída sé que es lo que está cubriendo.

Me acerco, toco la tela. No es una tela cualquiera. Está cubriendo algo y sé que se trata de una pintura. Subo los faldones hacia arriba hasta que aparecen las patas del caballete en el que descansa, uno de los de roble igual al que vi hace unos días en la sala del renacimiento. Sigo subiendo mientras el corazón se me sube a la garganta.

El cuadro de Memling.

El cuerpo empieza a temblarme.

Le pido perdón a la obra y le hago una foto. Sé que por una foto con *flash* no le ocurrirá nada. Y otra tampoco. Le hago varias.

Miro el reloj. Faltan seis minutos. George seguro que vuelve a buscarme. No esperará.

Salgo de la sala a toda prisa después de tapar el cuadro. Resbalo, hincó una rodilla en el suelo y me raspo la tela. Sé que me he hecho una herida, pero la ignoro.

Por fin veo la luz de la sala. Corro la puerta y con la mano temblorosa tardo en ajustar el candado. Compruebo que quede bien cerrado y me siento en el suelo a intentar respirar.

Me he hecho una herida. Lo veo al destapar la parte del pantalón que queda rasgada, pero nada grave.

Espero que George no se dé cuenta, así que me desprendo de la bata, me la cuelgo del brazo e intento que me tape la rodilla.

Siete minutos después, solo uno de retraso, salgo por la puerta.

George me sonrío.

—¿Ya has terminado?

—Sí, lo más importante lo he acabado. Mañana seguiré. Ahora solo quiero llegar a casa y darme una ducha.

—Espera, cerraré.

Se acerca a la sala donde he trabajado y vuelve enseguida. Me tiembla todo el cuerpo, espero no haber cometido ningún error.

—Ya podemos marcharnos. Toca descansar. ¿Quieres que te acerque a casa?

—No, no te preocupes, me vendrán a buscar pronto —le digo mientras llamo al doctor.

Cinco minutos después, tal y como le he pedido, aparece con su coche.

—Sé lo que está pasando, David —le digo respirando con dificultad.

—Cálmate, Ashley. ¿Qué pasa?

—Creo que el cuadro de Memling, el que hay expuesto en la galería, es falso. El auténtico está en la cámara.

Capítulo 47

David

Esta noche está siendo una auténtica pesadilla. Ashley está tras el descubrimiento que ha hecho en la cámara y yo creo que mi cabeza va a estallar en cualquier momento. Es tanta información la que quiero barajar al mismo tiempo, que solo consigo sentir que dentro de mi cabeza hay un volcán a punto de entrar en erupción.

Hemos utilizado una pequeña pantalla portátil de proyección que tenía guardada en la sala de lectura; una que utilicé hace dos años para ensayar mi participación en una conferencia. Al comparar las dos fotografías, la que Ashley le hizo a la obra en la sala de la galería y la que le ha hecho esta tarde a la obra de la cámara, no hemos podido apreciar ni una sola diferencia.

—Una de las dos obras es falsa, David.

—¿Podría ser que la obra falsa sea la que has visto en la cámara? ¿Podría ser una copia que se ha guardado con algún fin que desconocemos?

—David, eso no es un documento que se fotocopia sin más. Una copia de una obra de esas características requiere mucho tiempo y las manos de un experto. Y solo puede haber un fin para tomarse tantas molestias. Está claro que se trata de una actividad ilegal. El mundo del arte se enfrenta a muchas de esas actividades: falsificación, arte robado, blanqueo de dinero a través del mercado negro, coacción a artistas, contrabando de elementos arqueológicos...

—Según tu teoría...

—Según mi teoría, la obra de la cámara es la original. Será vendida a un coleccionista por una cantidad muy grande de dinero, mientras la otra falsificada estará expuesta en el palacio. Una vez que se ha autenticado no pasa ningún otro control. Son iguales, incluso a un experto le costaría trabajo diferenciarlo. Para ello tendría que haber un análisis completo. ¿Por qué motivo iban a analizar la obra? Está expuesta y está autenticada.

—¿Quién ha pintado esa obra?

—No puedo decirlo, David, pero creo que Percibal podría ser el autor. Él y ese joven que le ha acompañado en alguna ocasión.

—¿Qué joven?

—No debe tener más de dieciséis años. Percibal lo presentó como un ayudante. No sé más de él, pero le permitió trabajar en el fresco del techo. Solo lo he visto dos veces y nunca me he podido quedar a observarlo, siempre me echan de la sala.

—¿No es demasiado descarada esa actividad? ¿Quién está detrás de todo eso?

—No sé si es descarada. Yo observé algo que no me encajaba y por eso he investigado, pero si no hubiera estado en la sala de los espejos, junto a esa puerta... no me habría llamado la atención. Ha sido un cúmulo de circunstancias, pero no hay nada descarado, quizás yo me fijé demasiado porque algo captó mi atención. No sé cuál es la explicación, pero esa puerta solo la

han custodiado Percibal y Wallace. Carter parecía molesto con la falta de coordinación en el sellado y esa mujer también, la dueña.

—¿La señora Lyndhurst?

—Sí. Puede que ella tenga algo que ver con lo que sea que se está tramando en el palacio, pero solo la he visto dos veces y... el otro día parecía muy molesta porque no hubieran seguido sus órdenes con el sellado de la puerta. No lo sé, no puedo saberlo. Lo que sí es evidente es que esa obra tiene que salir de la cámara antes de que empiecen a sellar la puerta y eso será pasado mañana. O... por alguna razón esa obra quedará enterrada en esa cámara para siempre, pero no creo que sea así.

Cuando ha nombrado a mi madre se me ha hecho un nudo en la garganta, puede que este sea un buen momento para aclararle ese asunto, pero me veo incapaz de enfrentarme ahora a ello. Son demasiadas cosas...

Esa posible falsificación, aunque no estamos seguros, solo confirma mis sospechas de que algo ilegal podría estar ocurriendo en el palacio, a través de la fundación o a través de la empresa que dirigen mis padres y que gestiona todas las actividades de restauración y exposición.

Llevo un año con esas sospechas, desde que Hank y su compañero me alertaron de algo extraño en el castillo de Bodiam.

Las cuentas de mis padres, a pesar de haber sido siempre grandes, me parece que cada vez crecen con más rapidez. La adquisición de unas tierras de mucho valor y de varias propiedades históricas no han hecho más que incrementar mis sospechas. Eso supone un movimiento de cifras muy importante.

A pesar de que la empresa y la fundación siempre nos han permitido vivir cómodamente, sé que muchas de las actividades no aportan ningún beneficio, son solo el resultado de una imagen y un prestigio necesario para interactuar con ese complejo mundo.

Mi abuelo me enseñó muchas cosas de ese mundo y mi madre, cuando ha tenido una época más cercana, también.

Por alguna razón, puede que equivocada, quizás solo sea un deseo, no puedo dejar de pensar que mi madre no está metida en nada ilegal. Puede que solo sea mi padre.

Las cuentas de la empresa y de la fundación me llegaron hace días, tal y como mi madre le pidió aquella tarde a mi padre. Mi abogado me ha dicho que no hay nada fuera de lugar, que son impecables y que puedo estar tranquilo.

Entonces, ¿qué está pasando? ¿Y si mi padre tiene una actividad paralela? Solo puede haber esa explicación.

Tal y como Ashley sospecha, creo que Wallace está detrás de todo, pero... ¿De quién sigue órdenes?

Intento creer que Ashley y yo estamos montando una película, pero hay algo que me dice que ella tiene razón, que hay algo sospechoso y que... siguiendo la lógica, la obra de la cámara es la auténtica y está oculta ahí para que en pocas horas salga para acabar en manos de alguien dispuesto a pagar mucho por ella. Un dinero que irá a parar al bolsillo de alguien relacionado con la empresa y la fundación, y me gustaría creer que... a pesar de todo lo que me distancia de él, no se trata de mi padre. No por él en sí, sino por lo que podría suponer para mi madre en el caso de que ella no esté involucrada.

—¿Y ahora qué? —me pregunta Ashley mientras chasquea los dedos—. Estás en otro mundo...

—Sí, has conseguido que me meta de lleno en este asunto. ¿Qué piensas hacer, Ashley?

—No lo sé, no sé hasta qué punto puedo hacer o no hacer algo. ¿Es mi cometido? Si hay

algo ilegal... ¿A quién se lo cuento? Creo que lo mejor será hablarlo con Hank, él lleva mucho tiempo en la fundación y me aconsejará. De todas formas... jugar a los detectives está bien. Averiguar qué está pasando, también, pero por mucho que me duela que haya personas que trafiquen con arte... esto se me queda grande. Cuando me has dicho que no hablara con Chase de esto... lo he visto claro. Tienes razón, yo no puedo meterme en esto sin estudiarlo muy afondo.

Ashley tenía intenciones de enviarle las nuevas fotografías a Chase, su maestro, pero le he aconsejado que no lo hiciera. Eso solo supondría abrir un cajón peligroso. No tiene sentido decirle a ese hombre que hay una obra idéntica en una cámara y que necesita su opinión experta para ver si encuentra diferencias entre las dos fotografías sin pretender que ese hombre no muestre interés por el tema.

Ashley se acerca a mí y se sienta en mi regazo mientras me besa.

—¿Pareces preocupado? Esto de jugar a los detectives...

—No, no lo estoy. Es cierto que durante todo el día he estado algo inquieto pensando que te podrían descubrir, mucho más cuando me has enviado ese mensaje explicándome lo que ibas a hacer.

—Siento haberte preocupado. Te habría llamado, pero no sabía en qué momento podrías atenderme, y además... mi acceso a mi móvil está muy limitado.

El móvil de Ashley nos sobresalta. Su expresión es extraña. Se levanta bruscamente y atiende la llamada. Por lo que la he escuchado decir, se trata de su tía.

—¿Sabes algo? —le pregunta mientras desaparece en dirección a su dormitorio.

Esta noche, a pesar de haber estado muy ocupados. La he visto mirar en dirección al móvil en varias ocasiones, incluso consultar algo en él, pero puede que no tenga importancia.

Decido dirigirme a mi dormitorio, puede que camino de él escuche algo. Tengo la sensación de que algo le inquieta.

Con todo lo que ha pasado estos días, no había vuelto a pensar en ello, pero si lo sumo a la actitud de Ashley esta noche... puedo asegurar que algo le preocupa. Juraría que estos últimos días la he visto estar pendiente del móvil muchas veces, no solo hoy. ¿Serán imaginaciones mías?

Al llegar a la altura de su dormitorio, descubro que la puerta está cerrada, pero oigo su voz.

Acerco la oreja a la puerta esperando que no se abra en este momento o me voy a sentir muy avergonzado.

—Lo sé, lo sé. Todo irá bien, no estoy preocupada. Diviértete con Grace, te hace falta un buen descanso.

No me parece nada extraña la conversación, puede que esto del palacio me esté afectando demasiado.

Ashley aparece unos minutos después.

—¿Todo bien?

—Sí, se trata de mi tía. Está de viaje, en Sídney, con una amiga...

Su móvil vuelve a sonar y su rostro se ilumina. Esta vez no corre hacia su dormitorio.

—Señor Walker...

Escucha atentamente lo que ese hombre tiene que decirle. ¿Quién será?

—Eso es muy raro, ¿está seguro? —le dice con una expresión de angustia que me llama mucho la atención.

El resto de la conversación se limita a pocas palabras. «Sí, seguro», «Gracias, es muy amable».

Cuando cuelga me mira fijamente. Abre mucho los ojos. Es como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de que estoy aquí.

—¿Ocurre algo, Ashley?

—Eh... No, solo... No es nada.

Me levanto y me acerco a ella. La abrazo por la cintura y le levanto la barbilla para obligarla mirarme.

—Sé que algo te preocupa, no creo que tenga que ver con el palacio... ¿Hay algo más?

—No, no es el palacio. Es que... estoy preocupada por... mis padres.

—¿Tus padres?

Es la primera vez que los nombra. Hank mencionó algo una vez... Pero... su tía es la que siempre habla con ella...

—Sí, mis padres.

—No sabía que... Bueno, no me has hablado nunca de ellos, creía que estaban...

—Están vivos, al menos eso espero.

—¿Qué ocurre, les ha pasado algo?

—Es una historia muy larga, David, te aseguro que... es muy larga y muy compleja. No sé nada de ellos y estoy preocupada.

Me mira con los ojos llenos de lágrimas. ¿Qué está pasando?

La abrazo con fuerza y le susurro al oído que me cuente esa historia. Algo me dice que necesita hacerlo.

Asiente con la cabeza y me sigue cuando la cojo de la mano y la llevo hasta la chimenea, su lugar preferido en la casa.

Capítulo 48

Ashley

—¿Qué te preocupa? —me pregunta David mientras intenta que me sienta cómoda con sus caricias.

De repente, el asunto del palacio se ha esfumado por completo, a pesar de llevar horas y horas hablando de él.

—No puedo localizarlos.

—¿No contestan tus llamadas?

—No, no es eso, es que... digamos que no hay cobertura móvil donde viven.

—¿Cuántos días hace que no sabes de ellos?

—Muchos, pero... no es fácil de explicar. Mis padres viven en Montana, al norte, en un valle rodeado de montañas, cerca de la frontera con Canadá.

—Entiendo. El problema es que no hay mucha cobertura y te cuesta hablar con ellos. ¿No puedes localizar a algún vecino o algún familiar?

—No, no es el caso.

—Puede que te llamen en cualquier momento, ¿qué es lo que te angustia tanto?

—No puedo comunicarme con ellos, David. Ellos no tienen teléfono. Viven en una zona montañosa, aislados. El pueblo más pequeño, que es más una comunidad que un pueblo, está a unas ochenta millas, que por esas carreteras se convierte en un buen trayecto. Viven en mitad de la nada, en una cabaña gigante, rodeados de montañas y de vida salvaje.

Aunque David está intentando contenerse, sé que está muy sorprendido de lo que le estoy contando.

—Ya... y... ¿Cómo te comunicas con ellos normalmente?

—Cada dos meses acuden a ese pequeño pueblo y me llaman desde la tienda a la que van a buscar algunos suministros. No tienen teléfono, solo usan una radio que tiene alcance local, para la comunidad, y... muchas veces con las temperaturas que hay allí, no funciona.

—Joder... ¡Qué vida más... aislada!

Sé que está impresionado y que ha seleccionado las palabras. Claro, que no me sorprende.

—¿Ya tendrían que haberte llamado?

—Sí, más o menos en las dos últimas semanas. Me he comunicado con el señor Walker, el hombre con el que he hablado antes, y dice que no han acudido por allí desde la última vez, hace más de dos meses. Él le ha pedido a algún vecino que, si se dirigía a esa zona, les visitara y se asegurara de que están bien. Y uno de ellos le ha dicho que no están en la cabaña ni tampoco está su avioneta. Solo la utilizan si hay una emergencia...

—¿Has llamado al hospital?

—Lo ha hecho el señor Walker y no están allí. Son como una familia, están repartidos por

todo el valle, pero la tienda del señor Walker es el punto de encuentro.

—¡Ah! ¿Hay mucha más gente que vive así?

—Sí, David, algunos más. Ya sé que no es fácil de entender.

—¿Tú te criaste allí?

—No, solo estuve allí unos pocos meses. Mis padres se fueron allí cuando yo tenía cuatro años. Dejaron su vida en Los Ángeles, lo dejaron todo y se marcharon. Mi padre era profesor de niños de educación primaria y mi madre enfermera. A los dos les encantaba la naturaleza, así se conocieron. Siempre que podían se escapaban y acampaban durante días. Era pasión lo que sentían por estar en contacto con la naturaleza. Un día tomaron la decisión y cambiaron su vida. Vendieron todo lo que tenían, su casa en Los Ángeles, sus coches... Y con lo que obtuvieron y sus ahorros se compraron un terreno, una camioneta y una moto de nieve. Mi padre se adelantó unos meses y empezó a edificar la cabaña él solito.

—¿Él solo?

—Sí, así empezó. En un principio solo era una pequeña cabaña donde podían refugiarse y con los años la fueron ampliando hasta convertirla en una muy grande, de dos plantas. Ahora tienen un conjunto de tres cabañas. Cada una tiene su función. Y... hace unos años se compraron una avioneta y aprendieron a volar. Nada sofisticado, con la tecnología suficiente para mantenerse en el aire y volar una cierta distancia.

—¿Y tú? ¿Qué pasó contigo?

—A los pocos meses de vivir allí, enfermé. Un problema en un oído se fue complicando y llegué a estar grave. Me llevaron al hospital con muchas dificultades. Acudieron a la tienda de Walker y por suerte, un vecino con avioneta nos trasladó hasta Withefish, una ciudad pequeña que cuenta con hospital.

—¿Qué te ocurría?

—Tenía una infección en el oído que se había extendido... Era grave, podía haber perdido la vida, pero me curaron. Mi tía Lucy acudió al hospital lo más pronto que pudo y les convenció para que yo me marchara a Los Ángeles con ella y pudiera tener revisiones médicas. Ese episodio hizo que mis padres se asustaran y aceptaron. Mi tía y mi madre siempre estuvieron muy unidas. Discutieron muchas veces cuando mis padres decidieron cambiar de vida; mi tía creía que esa no era vida para una niña.

—¿Te fuiste con ella?

—Sí, unos días después. En un principio, se trataba de una temporada, pero... nunca más volví. Mi tía quería que tuviera una educación distinta, una que allí no podía tener. Es un tipo de vida... diferente.

—¿Fue duro para ti?

—No lo recuerdo bien, pero al principio los echaba de menos. Aunque mi tía había formado parte de mi vida desde que nací, ellos eran mis padres... Pero me fui adaptando. Ella se encargó de que pudiera verlos de vez en cuando y de hablarme de ellos para que siempre los respetara y fueran importantes para mí. Se esforzó mucho.

—¿Lo consiguió?

—Tuve una época difícil, David, en la que me hacía muchas preguntas. Aunque siempre entendí que esa vida es la que les hace felices... me costó entender que renunciaran a mí. No renunciaron a su vida... renunciaron a mí. Fue un proceso largo que me llevó tiempo entender.

—¿Lo conseguiste entender?

—Gracias a mi tía y a escucharles a ellos cuando les pedí explicaciones.

—¿Qué te dijeron?

—Que el verme tan enferma les dio miedo. Que pensaron que solo me marcharía una temporada, pero que nunca vieron el momento de sacarme de una vida que... me hacía feliz. Mi tía estaba volcada en mí, tenía una buena educación... Y no quisieron arrastrarme a su vida.

—¿Cuándo te contaron todo eso lo comprendiste?

—Aunque haya una respuesta para todo, siempre he tenido la sensación de que... renunciaron a mí. Pero aprendí a aceptarlo. Fue un proceso complicado, no te lo voy a negar, pero acabé por rendirme y dejar de torturarme y juzgarlos.

—Es que es una situación muy complicada... Entiendo que te sintieras así. ¿Los ha echado de menos durante mucho tiempo?

—No, no puedo ni he podido echarlos de menos. Solo tenía cuatro años cuando me fui con mi tía. Ella es mi madre para mí, la que me ha cuidado y sigue cuidándome.

—¿No estaba casada tu tía?

—Su marido, mi tío Bruce, murió cuando yo era muy pequeña y nunca ha tenido una pareja estable. Siempre hemos sido ella y yo. Tengo tanto que agradecerle.

—¿Tenías una vida cómoda? Me refiero a si ella...

—Sí, muy cómoda. Su marido le dejó una herencia importante que ella ha gestionado muy bien. Tiene su propio negocio y le gusta mucho su trabajo: el mundo de la belleza.

—¿Qué relación tienes con tus padres?

—La que se puede tener con unos padres con los que hablo por teléfono seis veces al año, quizás siete si incluimos mi cumpleaños, y nos vemos una o dos veces al año. Es una relación buena. Les quiero mucho a pesar de la extraña relación que hemos tenido y tenemos. He desarrollado ese sentimiento hacia ellos con la ayuda de mi tía, a pesar de que no han formado parte de mi vida. Sé que esa vida es la que les hace felices y no necesito más. Cuando paso con ellos un tiempo, una o dos semanas... me siento cómoda, me gusta, pero no podemos vernos con mucha frecuencia.

—¿Por qué?

—¿Qué tal andas de geografía, doctor? Hay unas mil quinientas millas.

—Eso no es una locura.

—No lo sería si uniera dos ciudades grandes, pero desde el aeropuerto más cercano hasta donde ellos viven hay que recorrer más de trescientas millas por carreteras espantosas. Y el vuelo más directo se hace con escala. Es toda una aventura viajar hasta allí.

—¿Y no hay nada que puedas hacer para contactar con ellos?

—Esperar unos días.

—¿Qué opina tu tía?

—Ella siempre intenta que no me preocupe. Cree que hay que esperar y que ya aparecerán por alguna parte.

—Seguro que sí.

—Es curioso, David. Son prácticamente dos extraños en mi vida, pero necesito saber que están bien. Para mí son... más lo que representan que lo que son en realidad.

—Pero son tus padres y les quieres. Es normal que te preocupes. ¿De qué viven allí?

—Eso te lo cuento otro día...

—Vale. Pues entonces habrá que entretenerte con algo para que no pienses tanto...

Me tumba en el suelo del salón, sobre esa preciosa y mullida alfombra que tan buenos ratos nos ha dado.

—¿Sigo? —me pregunta sonriendo.

—Sigue, sigue. Ya pensaré en ellos después.

Nos echamos a reír y buscamos la forma de llegar a ese paraíso que tanto nos gusta. En sus brazos todo es diferente.

Capítulo 49

David

—David, no sé qué decirte. Todo esto que me has contado es muy difícil de...

—¿Creer?

—No, yo quiero creerte, pero no me proporcionas datos concretos. ¿Cómo lo has averiguado? ¿Has entrado tú en la cámara? ¿Quién ha hecho esas fotos?

—Mamá, tendrás que confiar en mí, no puedo ni quiero desvelar el nombre de la persona que me ha proporcionado esa información.

—Pero... debe ser alguien que trabaja en el palacio. ¿Se trata de Carter?

—No insistas mamá, por favor. Hace tiempo una persona me dijo que veía algunos movimientos raros con algunas piezas de arte... no voy a concretar. Eso me hizo reflexionar mucho. He llegado a pensar que podía haber algo ilegal... Por eso te pedí las cuentas. No puedo decidir qué hacer con mi parte de la herencia sin tenerlo todo claro.

—Ya las tienes, David.

—Lo sé, y no hay nada que a mi abogado le haya llamado la atención.

Mi madre me mira con dureza.

—Mamá, no sospechaba que tú pudieras estar involucrada, sino él.

—Tu padre puede ser insoportable a veces... pero hace muy bien su trabajo. No hay nada ilegal en ninguna actividad de la empresa ni de la fundación, te lo aseguro. ¿Crees que yo no estoy al corriente de cada movimiento y paso que se da? Si lo crees, te equivocas. Tú no formas parte de ese trabajo, por eso tienes una idea equivocada. Te puedo asegurar que no hay nada ilegal, absolutamente nada.

—Me pareció desorbitada la forma de vida que lleváis, las nuevas adquisiciones...

—Todas legales y resultado del trabajo y los beneficios que nos reportan las empresas. Si con esas cuentas no tienes suficiente, puedo encargar a mis abogados que...

—No es necesario. Pero entiende que me fie de ti, aunque confieso que en algún momento dudé, y no me fie de él.

—Que no tengas una buena relación con él y que se comporte como un cretino en muchas ocasiones, no lo convierte en un delincuente. Es así de... estúpido a veces.

Miro a mi madre con atención. Se le ha escapado una sonrisa y eso me hace reír.

—¿Confías en Wallace plenamente?

—Sí, confío en él. Lleva veinte años trabajando con nosotros, es mi mano derecha...

—Algo está ocurriendo, ¿quieres averiguarlo o no? Te recuerdo que yo todavía estoy al margen, la más interesada deberías ser tú.

—David, hace un año tuvimos problemas con un busto datado del siglo I. Es una larga historia, pero su autenticidad se puso en duda por parte de un coleccionista y... aunque no tuvo

repercusión y pudimos resolverlo, podría haber sido una grieta importante en nuestra reputación.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Un día la obra era falsa y otra era auténtica. Durante el tiempo que duraron las dudas, yo misma pude comprobar que no era la pieza que había adquirido, pero poco después...

—Apareció la auténtica.

—No se planteó de ese modo, mucho menos ante la National Portrait Gallery. El asunto quedó zanjado, la obra se autenticó y solo pareció que había recibido denuncias falsas, no es algo inusual, pero...

—Pero...

—Sé que ese coleccionista tenía razón cuando hizo saltar las alarmas. Aunque quedó resuelto, ese asunto me dejó un sabor muy amargo. A veces, todavía intento resolverlo en mi cabeza. Tu padre estaba convencido de que alguien había devuelto el original cuando saltaron las dudas.

—¿Tú no?

—Sí, eso es lo que creo que pasó, pero... nadie conocía esas acusaciones más que el coleccionista, nosotros y el director de la galería.

—¿Y Wallace?

—David... no quiero creerte —me confiesa evitando contestarme.

—Pero me crees. Vamos al palacio, mamá. Quiero que lo veas con tus ojos. Si está allí el cuadro, quiero que busques la manera de explicar por qué hay una obra de Memling, la obra estrella, en una cámara a punto de sellarse y otra igual a punto de ser exhibida para el público. Resuelve esto porque puede que el asunto de busto no se repita y esto sí tenga repercusión si alguien lo averigua.

—La obra de Memling está autenticada.

—¿Por qué hay dos?

—Vamos al palacio, hijo. Llamaré a tu padre...

—Espera. Primero vamos a ver qué averiguamos tú y yo.

—Es tarde, David. Estoy a más de una hora de casa, no puedo tener a tu padre creyendo que voy a llegar en cualquier momento.

—Invéntate una excusa.

—De acuerdo.

La veo apartarse para hacer esa llamada y espero a cierta distancia.

Mi madre se acerca a mí. Ha tenido que darle muchas explicaciones a juzgar por el rato que han hablado. Me acaricia la mejilla y me sonrío.

Es algo poco habitual. Incluso su expresión.

Espero que en el palacio no haya cambiado nada y la obra de la cámara se encuentre dentro, tal y como Ashley pudo comprobar.

Consulto mi reloj. Espero que Ashley se haya creído que estoy cubriendo una guardia nocturna, y espero que Hank, tal y como hemos acordado, haya sido capaz de quitarle de la cabeza que esta noche vigilara frente al palacio, tal y como pretendía.

Me ha llamado esta mañana para decirme que ha escuchado a Wallace y a Percibal hablar de algo relacionado con esta noche y a partir de ahí se ha desatado el caos.

Le he pedido ayuda a Hank para que la hiciera desistir.

—Hank, necesito hablar con mi madre, ponerla al corriente de todo. Quiero que sea ella la que entre en esa cámara y vea lo que hay allí. Necesito que Ashley se mantenga alejada, no quiero que mi madre sepa que ha sido ella la que me ha proporcionado la información. No es

bueno para Ashley —le he dicho esta mañana. Ashley ya le había puesto al corriente de su descubrimiento.

—Aún no le has hablado de tu madre... —me ha reprochado molesto.

—Ayer estaba muy preocupada por sus padres, no era el momento. No necesito que me lo recuerdes, Hank. Yo soy el primero que deseo acabar con esto. Ashley está dispuesta a presentarse allí esta noche... Si finalmente esto tiene otra explicación, ella no debe involucrarse, no le conviene.

—No, estoy de acuerdo en que no debe involucrarse.

—Sea lo que sea lo que sucede ahí, quiero que sea mi madre la que se enfrente a ello. He quedado con ella dentro de una hora para contarle todo lo que sé.

—¿Cómo le vas a decir que lo has averiguado? —me ha preguntado un poco alterado.

—Ya me las ingeniaré, pero no voy a nombrar a Ashley lógicamente.

—Pensaba volver mañana por la mañana, pero lo haré esta noche y hablaré con ella.

—Yo le he dicho que tengo que cubrir una jornada nocturna de urgencias para que no le sorprenda que esté fuera esta noche, o parte de ella.

Recordar esa conversación solo hace que me sienta mal por no haberle contado a Ashley nada de mi familia. Ella no tuvo reparos en hablarme de la suya, aunque... es diferente.

Me siento culpable y sucio.

Esto se me ha ido de las manos.

Mañana, sin falta, le contaré la verdad, aunque confieso que tengo miedo de su reacción.

Sé que no lo he hecho bien. Hank tiene razón en estar enfadado.

¡Mañana! Mañana lo haré.

Ahora solo me queda rezar para que nadie se haya llevado el cuadro de la cámara.

Capítulo 50

David

Llevamos más de media hora dentro de mi coche, a unos cuatrocientos metros de la entrada del palacio.

Aunque nuestra intención era entrar directamente en la cámara, hemos decidido no hacerlo.

Nos ha llamado la atención la furgoneta de grandes dimensiones que se encuentra aparcada justo delante de la puerta.

Durante más de media hora no ha ocurrido nada más que llamara nuestra atención. Cuando estábamos a punto de dirigirnos al palacio y enfrentarnos a lo que fuera que estuviera ocurriendo, hemos visto algo que nos ha hecho decidir esperar una vez más.

Dos hombres altos han entrado y salido del palacio en dos ocasiones dirigiéndose directamente a la furgoneta. No cargaban con nada, pero su forma de entrar y salir a toda prisa nos ha puesto en alerta.

Sé que algo está pasando. Si la cámara se sella mañana, algo que mi madre me ha confirmado, solo puede haber movimiento esta noche, mañana, durante el día, con el trajín de personal deambulando por el palacio es demasiado arriesgado.

El coche de Wallace está aparcado justo delante del palacio, pero no le hemos visto entrar ni salir.

—David, tenías razón, algo está pasando. No hay motivos para que alguien se encuentre a estas horas en el interior. ¡Dios mío! Algo grave está pasando, David. No quiero ni pensar a lo que me voy a enfrentar —me dice girando la cabeza hacia la ventanilla—. Voy a bajarme del coche y averiguar qué está pasando.

—Mamá, es peligroso. No conocemos a esa gente y tú y yo solos no vamos a hacer mucho si se ponen violentos.

—David, no puedo seguir sentada aquí viendo cómo algo está pasando ahí dentro. Buscaré a Wallace y le pediré explicaciones. Ese es su coche, debe estar dentro del palacio.

—No, espera —le digo sujetándole el brazo.

—Esa furgoneta podría tener algo dentro. ¿Y si ya estaba cuando hemos llegado? ¿Y se van a toda prisa?

—Es demasiado arriesgado. Llama a los de seguridad, pídeles que vengán dos personas y entren directamente. Cuando les veamos, les seguiremos. Debemos acorralarlos ahí dentro, pero con refuerzos. Todavía no podemos llamar a la policía, tendríamos que darle unas explicaciones que ahora no podemos darles. No podemos decirles que crees que están robando, recuerda que es Wallace quién está ahí dentro... No quiero que nada salga mal.

—No quiero policía, David. No sé qué está ocurriendo ahí dentro, pero si se confirman tus sospechas y esto trasciende podría abrirse una brecha muy grande.

—¿Por qué? Tú no eres responsable de que... alguien esté traficando con una obra de...

—David, te queda mucho por aprender. Si esto trasciende se pondrá en tela de juicio todo nuestro trabajo... Wallace es parte de las empresas... Lo conoce todo el mundo en el que me muevo a diario. No se trata de un robo externo...

—Ahora no podemos discutir eso, mamá. Date prisa, llama a los de seguridad. ¿Crees que podrán venir ya?

—¿Crees que es necesario?

—¿Qué vamos a hacer tu y yo si nos encontramos a un ejército ahí dentro?

—Se trata de Wallace... Y ese que ha salido... Diría que es Percibal, no creo que... No creo... ¡Tienes razón! Voy a llamarlos.

Con la mano temblorosa sujeta su móvil.

Le pide a George que acuda al palacio junto a otro compañero. Le explica brevemente la situación y cuelga con una expresión mucho más relajada.

—Diez o doce minutos. Eso es lo que se ha comprometido a tardar. No puede contar con un compañero porque vive lejos de aquí, pero vendrá con otra persona. Debí contratar la seguridad privada por la noche también —me dice con la voz temblorosa—, pero Wallace me dijo que no era necesario, que era suficiente con el sistema de alarmas implantado.

—Ahora no pienses en ello, tranquilízate.

—Si antes de que lleguen los de seguridad vemos algo extraño, no podrás retenerme aquí.

—No lo haré, pero seguro que llegan pronto. No sabemos cuánto tiempo llevan esos tíos ahí dentro...

—¿Cómo te has enterado de esto? ¿Quién te ha alertado?

—Mamá, no vamos a hablar de eso ahora, tendremos tiempo de hacerlo. Lo importante es confirmar si tengo razón y ahí dentro se está cometiendo un robo.

—¿Y si todo tiene una explicación? —me pregunta angustiada.

Eso es lo que nos gustaría a todos y sé que se aferra a ello por lo que supone, pero ambos sabemos que no es así.

Uno de los hombres, el más alto, el que mi madre ha creído identificar como Percibal, entra en la furgoneta.

Por un momento, me parece que va a marcharse. Mi madre y yo nos miramos. No vamos a poder esperar refuerzos, vamos a tener que salir... La furgoneta se mueve y nos hace dar un respingo, pero pronto descubrimos que se mueve despacio hacia atrás y se detiene. Está más cerca de la entrada. Se baja a toda prisa y entra de nuevo en el palacio.

—David... la puerta de la cámara no se selló cuando yo lo ordené. Wallace interrumpió el enyesado sin motivo alguno. En la sala del fresco hay una joven que ha tenido problemas para trabajar por culpa de esa puerta, ella misma me lo dijo... Debí darme cuenta de que algo pasaba —Me mira con los ojos llenos de lágrimas, compartiendo conmigo sus pensamientos. Sé que su cabeza debe ser un hervidero de ideas que vienen y van mientras nos mantenemos en esta angustiada espera.

—Mamá, ahora es fácil deducir eso... No sabías nada. ¿Qué es lo que hace esa joven que has mencionado? —le pregunto en un intento de entretenerla... Claro que, también tengo curiosidad por saber qué me dice de Ashley.

—Restaura el fresco que había bajo los espejos. Es americana. Forma parte del programa con el museo de Los Ángeles.

Sé que mi madre no me va a contar mucho más y tampoco quiero insistir y mostrar demasiado interés, pero, al menos, he podido entretenerme mientras esperamos. Se me ha

escapado una sonrisa cuando he sido consciente de que mi madre estaba hablando de Ashley.

Pobre, Ashley. Confieso que la historia de sus padres me parece algo extraña, pero sé que ella está sufriendo. Esta mañana, la última vez que he hablado con ella, todavía no tenía noticias de sus padres...

La mano de mi madre en mi pierna, me sobresalta y me aleja de mis pensamientos bruscamente.

George y otro hombre se dirigen directamente al palacio. Buscan con la mirada en los alrededores. Mi madre se baja rápidamente del coche sin avisar y les hace una señal con la mano. En ese momento, sale del palacio uno de los dos hombres desconocidos, y los hombres de seguridad se abalanzan sobre él hasta retenerlo. Mi madre y yo corremos.

El joven que han inmovilizado no debe tener más de dieciséis años. Me viene a la cabeza la mención que Ashley hizo de él.

Justo al llegar, aparece el segundo hombre. Da un paso atrás cuando se encuentra con la escena y mira a mi madre con expresión de terror.

—Señora Lyndhurst...

Mi madre adopta esa actitud altiva tan presente siempre en ella y se acerca a él mirándolo con desprecio.

—Percibal, entra dentro —le ordena George.

Vaya, se confirma que se trata del artista, por fin conozco al hombre cuyo trabajo tanto ha halagado Ashley...

Percibal no parece tener muchas opciones y le hace caso a George.

Mi madre y yo entramos en el palacio y nos dirigimos a la sala del fresco, dejando a los dos intrusos en manos de los de seguridad.

Antes de entrar en la sala, aparece Wallace con unas varillas metálicas en la mano.

—Elisabeth... —exclama abriendo mucho los ojos, como si hubiera descubierto al mismísimo demonio.

—¿Qué está pasando aquí, Wallace?

Wallace mira de reojo hacia atrás y me mira a mí con curiosidad.

—Estoy ultimando... la cámara. Mañana a primera hora vienen a sellarla como tú pediste y... he querido asegurarme de que todo está en orden.

—Qué eficiente eres, Wallace... A estas horas de la noche...

Mi madre se dirige a la sala y Wallace parece dudar sobre qué hacer.

—Vamos a ver qué escondes ahí...

Está temblando, lo noto en sus manos. No sabe qué decir ni qué hacer. Está pensando. Me mira, mira hacia la salida, mira hacia atrás...

—Ni se te ocurra intentarlo... —le digo con la confianza de valorar que puedo reducirlo en cuanto me lo proponga debido a su complexión escuálida.

La aparición de George recibe toda su atención.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta a George con tono autoritario.

—Sigo las órdenes de la señora Lyndhurst.

Intenta dirigirse a la puerta, pero George, que es tres veces más grande que él, se lo impide obstaculizándole el paso.

—No dejes que se marche, George —le pido mientras recibo la mirada asesina de Wallace.

George asiente con la cabeza y se enfrenta a los insultos que salen de la boca de Wallace.

Corro para alcanzar a mi madre. La encuentro en la entrada de la cámara, dudando de qué

hacer. Hay un foco de luz improvisado muy potente iluminando el interior. Me mira y le hago una señal con la mano. Sé que está muy nerviosa. Paso delante de ella y corro hasta el final del estrecho pasillo.

Cuesta respirar aquí dentro y el olor es desagradable.

Al final de la sala hay una caja de cartón de grandes dimensiones, desmontada y desplegada en el suelo. Junto a ella, varias telas enrolladas y cuerdas. Y... a su lado, apoyado sobre una plataforma de las que se utilizan para el transporte de cuadros... la estrella: la obra de Memling, cubierta por una fina capa de tela transparente.

Esto lo llamo yo pillarles *infraganti*.

Mi madre está justo detrás de mí.

—Aquí la tienes, mamá.

Me llama la atención su silencio.

Me giro para observarla. La luz no cubre toda la estancia, pero puedo apreciar una lágrima descendiendo por su mejilla.

Me acerco despacio a ella y la abrazo.

—Hemos impedido que se lo lleve... ¿Lo ves?

—David... Esto es terrible. No puedo creérmelo. Esta es la obra original, estoy segura. ¿Cómo no me he dado cuenta?

—Porque se trata de una perfecta falsificación. Vamos, tenemos que salir de aquí.

—No me voy sin esa obra.

—Mamá... Nadie se la va a llevar.

Mi madre se acerca a ella y hace el intento de cargar con ella. La sujeto del brazo, sé que los nervios le están impidiendo pensar con claridad.

—Mamá, hay que llamar a la policía.

—No, de eso nada, lo resolveremos de otra manera.

—Llama a Sprint... —le pido haciendo referencia al jefe de policía de Rye, un buen amigo de mis padres—. Contarás con su discreción, pero esto no puedo quedar impune... ¿Qué vas a hacer? ¿Regañarles y despedirles? ¿Y Wallace?

—Asesinarlo lentamente...

Me echo a reír, nunca antes había escuchado a mi madre expresarse de esa forma.

Mi madre me mira, parece haber recuperado la calma. Me adelanto a ella, la cojo de la mano y la guio hasta la salida. Mientras avanzamos, siento que se lleva mi mano a la boca y la besa suavemente.

¿Quién es la mujer que hay detrás de mí? ¿Mi madre?

Desembocamos en la sala del fresco. Ella sale a toda prisa y yo me detengo un momento. La escucho hablar con George. La voz de Wallace también se impone... Debería correr, pero antes necesito echarle una ojeada al fresco en el que trabaja Ashley.

Es su obra...

Siento un escalofrío que me recorre la espalda.

Lo que daría por abrazarla en este momento...

Me acerco a su obra y admiro el pequeño tramo que ha restaurado.

Ashley...

Mi preciosa Ashley.

Capítulo 51

David

Son más de las dos de la madrugada. A pesar de haber entrado sigilosamente en casa, Hank ha salido a mi encuentro en cuanto me ha escuchado.

No hemos querido despertar a Ashley que, según Hank, duerme plácidamente, así que ambos, por sugerencia de Hank, nos dirigimos a la sala que alberga el gimnasio. Es la más alejada del dormitorio de Ashley y la mejor para que, en el caso de despertarse, pudiéramos escucharla.

—¿Una copa? —me pregunta.

—Sí, la necesito.

Me dirijo hacia el gimnasio. Hank tarda muy poco en volver con una botella de... ¿*Whisky*?

—Lo primero que he encontrado —dice justificando su elección, sabiendo que ni él ni yo somos muy amantes de él—. Regalo de un estudiante.

Tardo poco en relatarle lo ocurrido en el palacio.

—¿Qué ha dicho Wallace?

—Se ha negado a hablar. Se los han llevado a los tres y... ya nos irán informando.

—¿Qué impresión te ha dado?

—Creo que se trata de una estructura muy sencillita. El tal Percibal y el hermano, porque es su hermano, se encargaban de hacer las falsificaciones, y Wallace dirigía la orquesta. Ahora toca averiguar cuántas veces lo han hecho y localizar esas obras.

—¿Cómo estaba tu madre?

—Hundida. Mi padre ha acudido después.

—¿Crees que tiene algo que ver?

—No, no lo creo. Por lo poco que he visto y escuchado... el equipo lo formaban esos tres.

—Eso es bueno, David.

—Sí, lo sé. Sospechaba de él y... mi relación con él es pésima, pero prefiero descubrir que está al margen de todo.

—¿No le habrás hablado de Ashley a tu madre?

—Claro que no, ni lo voy a hacer, al menos ahora. Si quiere saber más, tendrá que conformarse. Y... te aseguro que le diré lo de mis padres en cuanto pueda hablar con ella.

—David... ese tema...

—Hank, no necesito un discurso, joder, ya lo hemos hablado. Sé que tenía que haberle dicho algo.

—David... yo no me estoy quitando responsabilidad, no debería haber permitido esto, pero... también es cierto que no sabía que había algo entre vosotros. Eso empeora las cosas. En

cualquier caso, no es eso lo que quería decirte.

—¿Qué quieres decirme?

—Que... No sé si me arrepentiré de esto, pero... espera un poco, hasta que se solucione lo de sus padres. Sé que se va a llevar una buena decepción cuando se lo cuentes y... quizás es mejor que esté más tranquila.

—¿Ha pasado algo más?

—Ayer estaba muy mal. Ese hombre, el tal Walker, el que la informa, volvió a llamarla por la noche y le dijo que había averiguado que la avioneta hacía más de dos semanas que no estaba donde suele estar.

—Eso ya lo sabía. Me lo ha contado.

—Sabía que no estaba, no cuánto tiempo hacía.

—¿Qué cambia?

—Que esa avioneta solo la usan para emergencias, normalmente médicas, lo que significa que llevan dos semanas fuera de la cabaña... debe ser serio.

—¿No puede llamar a los hospitales?

—Lo hicimos, llamamos a varios hospitales y no están allí.

—La verdad es que estoy un poco perdido con esto, Hank. Me contó la historia de sus padres y... aluciné. Tampoco entiendo que apenas se puedan comunicar. ¿Suele tener muchos conflictos con eso?

—No, pero no es la primera vez que se preocupa. Pero otras veces no han estado tantos días sin comunicarse. Ashley siente como si debiera protegerlos. Tiene que encontrar la forma de aislarse de ello. No puede estar siempre pendiente de si llaman o no. Ellos han elegido esa vida.

—Por lo que me dijo... no fue fácil para ella aceptarlo cuando se hizo más mayor.

—Eso es lo peor. Ashley ha ido desarrollando un sentimiento de protección en el último año que no creo que sea bueno para ella.

—¿Por qué?

—Una de las veces que los visitó el año pasado, su padre se puso enfermo y ella volvió algo tocada. Es como si, de repente, hubiera descubierto que estaban desprotegidos.

—¿Y eso es malo?

Quiero entender a dónde quiere llegar Hank, pero me está costando. El simple hecho de que esté hablando de ello de esa forma ya me descoloca.

—Ashley no puede vivir con el corazón en un puño cada vez que llegue el momento en que tengan que llamarla y no lo hagan. Su vida no es como la nuestra... Viven en mitad de la nada, rodeados de nada y de nada. Y la mejor compañía que pueden tener una noche es un oso con ganas de tocar los cojones y comerse cualquier cosa que se encuentre a su paso...

—¿Un oso? ¿Hablas en serio?

—Pero... ¿No te contó Ashley cómo viven? Son montañeros, David —se echa a reír—. No te haces una idea de cómo es su vida. Vida salvaje, montaña, caza, autosuficiencia, incomunicación... Nieve, veinte grados bajo cero...

—Entiendo... ¡Parece fascinante!

—Sí, para unas vacaciones.

—¿Tú los conoces?

—Sí, la acompañé una vez. Son gente auténtica, son muy buenas personas. Me conquistaron. Y... te aseguro que me fue bien estar allí. Volví a Los Ángeles renovado.

—¿Qué le dijiste ayer para convencerla? —le pregunto cambiando radicalmente de tema. Mi cabeza ya no es capaz de soportar hoy mucho más.

—No tuve que esforzarme mucho... Le dije que no era buena idea que vigilara el palacio y que cuando llegara a casa lo hablaríamos con calma. Parecía poco convencida, pero cuando llegué estaba preocupada por lo de sus padres porque ese hombre acababa de llamarla y... el tema del palacio pasó a segundo plano.

—En cuanto pueda hablaré con ella.

Hank decide no atacarme más con ese tema y se lo agradezco. La verdad es que mi cabeza ya no es capaz de soportar mucho más por hoy.

Nos terminamos el whisky y decidimos irnos a dormir.

Al pasar por el dormitorio de Ashley, me detengo, lo miro y le suelto:

—Yo duermo aquí.

Se marcha sonriendo y yo solo puedo pensar en lo mucho que necesito abrazarla.

—¿Ya has vuelto? —me pregunta Ashley adormilada—. ¿Qué haces aquí?

—Voy a dormir contigo... No sé si lo sabes, pero Hank está al corriente de todo.

—¿De verdad? ¿Qué le has contado?

—Que follamos mucho y que nos encanta...

Se echa a reír. Se da la vuelta.

—¿Eso le has dicho?

—No de esa manera, pero... más o menos.

—¿De qué manera?

—Le he dicho que me encanta abrazarte, tenerte cerca... Que me estoy enamorando de ti locamente.

Ashley se incorpora de la cama.

—¿Eso le has dicho?

—No, claro que no, es una broma, pero... ¿Eso es lo que más te importa de todo lo que he soltado?

—Es que estoy en *shock*, doctor.

Nos miramos de una forma extraña, como si buscáramos la expresión del otro para entender qué está pensando.

—Dímelo otra vez, doctor... —me dice con una sonrisa traviesa mientras tira de mí para que la cubra con mi cuerpo.

—¿Qué me encanta abrazarte?

—No, eso no, capullo... lo otro.

Se me escapa una carcajada.

Se lo repito.

Soy capaz de olvidarme de todo en este momento.

De todo.

Excepto de que no le he hablado de mi familia...

Capítulo 52

Ashley

—Mañana me voy a Montana —les digo a Hank y al doctor mientras están sentados en la mesa desayunando.

Sus rostros se vuelven pálidos y sus bocas se quedan abiertas.

—¿Qué? —sueltan los dos al unísono.

—Carter me ha llamado para decirme que el palacio estará cerrado cuatro o cinco días. Ya he buscado el vuelo y mañana me voy.

—¿No es algo precipitado? —me pregunta Hank

—Lo decidí anoche y busqué el vuelo. El hecho de que Carter me haya llamado, me parece muy oportuno. ¿Qué ha pasado? ¿Sabes por qué lo cierran, Hank? Algo ha pasado, seguro.

—No lo sé, ya lo averiguaré —me dice muy seco.

—Puede que ayer pasara algo... Es muy raro que cierren —observo, pero ninguno de los dos parece tener ganas de hablar de este tema.

—Ashley, es una locura ir a Montana... —protesta Hank.

—No lo es. Nadie sabe nada de ellos desde hace mucho tiempo. Su avioneta lleva más de dos semanas fuera y... no se han puesto en contacto conmigo ni han ido a buscar suministros a la tienda del señor Walker. No están en los hospitales de la zona... ¿Qué debo pensar? Solo puedo pensar que están estrellados en alguna parte y... si es así, quiero encontrarlos.

—¿No hay forma de ponerse en contacto con las autoridades de allí? —pregunta el doctor.

—Podría denunciar su desaparición, pero... lo que tenga que hacer lo haré desde allí, cuando esté en su casa y pueda intentar adivinar qué ha pasado. Puede que haya alguna pista, algo que... ¡No lo sé! Necesito ir y es lo que voy a hacer. Mañana sale mi vuelo.

Sé que Hank no está de acuerdo. Entiendo que parezca precipitado, pero algo me dice que tengo que ir hasta allí.

—Ashley, seguro que hay algo que puedas hacer desde aquí sin que... —interviene David. Él tampoco lo entiende.

—David, si se le ha metido en la cabeza, no hay nada que hacer. No te esfuerces —observa Hank.

—Muy buena observación, Hank —le digo mientras le sonrío.

El silencio invade la cocina, donde nos encontramos. Durante un buen rato nadie ha pronunciado ni una sola palabra. Solo se ha escuchado el sonido de la taza de café al chocar con el plato.

Decido terminar el último sorbo de café, soy incapaz de probar bocado.

—Me voy contigo —suelta el doctor.

El contenido de café que había en mi boca, sale disparado en forma de lluvia.

Capítulo 53

David

Dos días después.

No creo que, a este viaje, independientemente del motivo por el que lo estamos haciendo, se le pueda llamar de otra manera que no sea «aventura», en toda la extensión de su definición. Ya me lo había advertido Ashley.

Tras anunciarle a ella que había decidido acompañarla, todo se convirtió en una lucha contrarreloj: reservar el vuelo, alquilar un vehículo todoterreno, preparar la maleta con ropa para temperaturas bajo cero... Una conversación con mi madre, una solicitud en el trabajo para ausentarme varios días...

En el trabajo he obtenido ese permiso sin problemas. El director del centro no pudo negármelo después de nuestra amistad, mi gran profesionalidad... ¿O quizás fue porque su mujer trabaja en una de las sedes de la fundación y alguna vez le he hecho algún que otro favor hablando con mis padres y con Carter?

Sea cual sea el motivo, no tuve ningún problema para obtener ese permiso. Tampoco supuso un problema mantener una conversación normal con mi madre. Después de nuestra aventura juntos parecía más calmada conmigo y cercana que nunca.

Wallace y sus ayudantes, excepto el menor de edad, serán acusados de varios delitos, según me informó mi madre, aunque todavía es pronto para saber más sobre el tema.

Aún no me creo que hayamos podido hablar durante más de una hora de forma tan pacífica. Claro que, sin la presencia de mi padre, todo es posible. En cualquier caso, después de la tempestad viene la calma y eso es lo que parece que ha llegado, excepto si pienso en todo lo que tengo pendiente de contarle a Ashley.

Prefiero no pensar ahora en ese tema, es mejor que me centre en el motivo de este viaje, un viaje que no parece acabar nunca, a pesar de que ya nos encontramos en el último tramo.

El vuelo ha tenido una duración de dieciséis horas, desde Londres a Kalispell, Montana, incluyendo las dos escalas, una en San Francisco, California, de dos horas, y otra en Salt Lake City, Utah, de otras dos.

Tras el vuelo, hemos recogido el coche que habíamos alquilado y hemos comido unos sándwiches en una pequeña cafetería, antes de adentrarnos en un terreno que nos iba a ofrecer pocos servicios.

Dos horas más de trayecto por carreteras secundarias que han ido estrechándose y empeorando cada vez más, nos han llevado hasta Libby, la pequeña comunidad en la que se encuentra el señor Walker, pero Ashley ha decidido llamarlo para evitar perder tiempo en visitarlo.

Como suponíamos, no ha habido noticias nuevas, así que hemos continuado nuestro camino adentrándonos en el último tramo, unas cien millas; el que nos llevará hasta la cabaña de sus padres.

Mientras avanzamos por las carreteras serpenteantes que se adentran en las profundidades de Montana, tengo una extraña sensación de soledad que hasta me asusta.

Las montañas se alzan a mi alrededor, imponentes, cubiertas por un manto blanco de nieve que refleja la última luz del día, quedan menos de una hora para que anochezca. El efecto del *Jet Lag* se ha adelantado y empiezo a sentir la fatiga de tantas horas viajando con sus correspondientes cambios de horario.

El aire es frío. Lo noto por la lucha que mantiene el vehículo al querer mantener una temperatura cálida en el interior.

La carretera es estrecha y sinuosa. Parece que desafíe cada curva con su inclinación y sus peligros ocultos.

A medida que avanzamos, el paisaje cambia constantemente, pasando de densos bosques a valles abiertos y desfiladeros escarpados. El silencio es intimidante y solo se interrumpe por el crujido de la nieve bajo las ruedas y el sonido del viento.

Apenas hay señales de vida, solo una cabaña en más de cincuenta millas.

Me sorprende pensar en cómo alguien podría elegir vivir en un lugar tan remoto...

Seguimos avanzando por tramos helados y resbaladizos que ponen a prueba la resistencia de nuestro vehículo. Sin embargo, a pesar de los obstáculos, siento una extraña sensación de calma y serenidad en medio de este paisaje.

Ashley ha permanecido muy calmada durante todo el viaje, incluso ha bromeado y me ha hecho soltar más de una carcajada con sus ocurrencias, pero también me ha confesado que está intentando prepararse para lo peor.

—Esto da un poco de miedo, la verdad. No quiero ni pensar qué haríamos si el coche se averiara aquí.

—Pues imagínate si se avería una avioneta... —me dice apoyándose en mi brazo.

—¿Cómo es la vida de tus padres? —le pregunto en un intento de sacarle esa idea de la cabeza y distraerla.

—Cazan, pescan... Intentan ser lo más autosuficientes posible. Solo compran algunos alimentos que no pueden obtener de ninguna de las maneras... legumbres, arroz, algunas hortalizas... pero también tienen su propio huerto, aunque las temperaturas de aquí no les permiten plantar muchas cosas. Han creado una especie de sistema invernadero. También compran algunas herramientas, si las necesitan, pero la mayoría se las fabrican ellos.

—¿Y cómo obtiene el dinero para comprar?

—Curten pieles y las venden. Forjan cuchillos y los venden también. Trabajan mucho en primavera y verano para tener comida para el invierno. Los inviernos aquí son muy duros, pueden llegar a haber nevadas que los aíslan durante semanas y temperaturas de más de veinte grados bajo cero.

Sigo sin entender qué puede tener de encanto esa vida...

—Pero... ellos visten... normal —le pregunto sin pensarlo demasiado. En mi cabeza hay una especie de caos que no consigo deshacer.

—¿Crees que van en taparrabos? —Se ríe a carcajadas.

—No, no he pensado la pregunta, Ashley, es que... esta vida me sorprende.

—Son montañeros, David. ¿En Inglaterra no hay montañas?

—Sí, pero no conozco a nadie que viva en ellas. Están para otros... propósitos. Me he criado

en Londres y, además, soy un amante de la ciudad. He ido a la montaña en contadas ocasiones y si lo he hecho ha sido para practicar deportes de montaña.

—Y se eres tan urbanita... ¿Por qué estás en Rye?

—Es provisional, además, que me guste la ciudad, no quiere decir que no me guste tener un lugar donde desconectar de vez en cuando.

Ashley bromea sobre «los encantos» de Rye durante un buen rato y consigue que me ría de nuevo sin parar. Tampoco se olvida de hacerle un homenaje a la lluvia, con la que parece tener una obsesión.

—Gracias por acompañarme —me sorprende diciendo con una voz muy dulce.

—Si vuelves a decírmelo, me bajo del coche y... ¡Bueno! Mejor me busco otra amenaza.

Parece que las últimas millas nos han animado, a pesar de la preocupación y del cansancio del viaje, y no dejamos de decir una tontería tras otra.

Cazan, pescan... pieles, cuchillos...

¡Dios mío! No puedo ni imaginármelo.

Cuando Ashley anuncia que estamos a punto de llegar y me indica un sendero muy estrecho que se adentra en la propiedad de sus padres, escucho el grito de Ashley y casi doy un salto del asiento.

—Mira, David —me dice señalando una zona despejada de bosque a pocos metros de donde nos encontramos.

Hay una pequeña avioneta amarilla aparcada.

—¿Estás viendo eso?

—¿Es su avioneta?

—Sí, es ella.

—Eso es buena señal, ¿no? La avioneta ha aparecido, a menos que siempre haya estado ahí y el vecino que se acercó hasta aquí no la viera...

Ashley me golpea en el brazo sin perder la mirada al frente.

El camino se termina para dar paso a una valla metálica algo rudimentaria. Tras ella se encuentran tres cabañas alineadas, una de ellas más grande que las otras de cuya chimenea no deja de salir humo.

—¿Es lo que creo que es? —pregunta muy impresionada.

—Creo que hay buenas noticias...

Una mujer sale de la nada y se detiene a mirar en nuestra dirección.

Ashley se baja del coche y corre hacia ella.

No escucho lo que dicen, pero sí el fuerte brazo en el que se funden.

Están vivos. Al fin y al cabo, eso es lo que cuenta.

Capítulo 54

David

Ashley me ha presentado a sus padres, que me han recibido con los brazos abiertos y me han dado varias veces la bienvenida.

—Mamá, papá, este es David, un amigo... —les ha dicho con timidez.

—¿Qué clase de amigos? ¿Sois novios? —se ha animado a preguntar el padre.

Ashley se ha quedado algo impactada y me he adelantado a ella.

—Sí, novios, eso es —le he dicho ante la cara de estupefacción de Ashley.

Tras las presentaciones, su madre, que es la más habladora, nos ha explicado el motivo por el que no se había puesto en contacto con su hija.

—Siento haberte preocupado, cariño —le ha dicho tras las protestas de Ashley—. Llegamos ayer por la tarde. Hace tres semanas nos fuimos a explorar una zona de trampas nueva, al otro lado del valle, cerca de la frontera con Wyoming. Tu padre enfermó mientras estábamos allí y me dirigí al hospital más cercano, en Sheridan.

¿Trampas en una zona que se accede con avioneta?

Eso es lo que ha dicho, pero mejor no pregunto.

—¿Qué te ha pasado, papá?

—Nada importante. Un cólico renal. Tuvieron que intervenirme, pero todo ha salido estupendamente, estoy como nuevo.

Durante un buen rato, su madre nos ha contado la intervención y los días de espera en el hospital. Ashley no sale de su asombro.

—¿Por qué no me llamaste? —pregunta en un tono que desvela su perplejidad.

—No había motivo para preocuparte.

—Mamá, he venido desde Inglaterra. Llevo días esperando. Hablé con el señor Walker mis veces, envió una persona a comprobar cómo estabais, me dijeron que la avioneta no estaba... ¡He estado muy preocupada! El viaje ha sido muy largo...

—¡Oh! No quería preocuparte, cariño. Como ves, no ha pasado nada.

La balanza no está reequilibrada. Desde que hemos llegado, he observado que los padres de Ashley tienen una respuesta sencilla para todo, no importa la carga emocional de lo que les plantees. Da igual que Ashley les diga, al borde de las lágrimas, que creía que se habían estrellado y ha viajado miles de millas con esa idea en la cabeza, que les cuente que el té que beben en Inglaterra empieza a gustarle: la reacción es la misma. Todas sus respuestas se basan en la falta de preocupación, en la paciencia y en una visión muy distinta de lo que a nosotros nos puede inquietar.

La felicidad elevada a su máxima potencial.

Después de una desequilibrada chara, como si dos mundos opuestos lucharan por hacerse

hueco en el otro, su madre nos ha guiado hasta nuestras respectivas habitaciones.

—Mamá, ¿en qué siglo vives? —le ha preguntado cuando nos ha propuesto dormir en habitaciones separadas—. Con una, nos basta.

La pregunta del siglo en el que viven, tiene su gracia, pero me abstengo de hacer comentarios.

—¡Oh! Claro —ha dicho sonriendo.

Ese ha sido todo el conflicto que ha presentado el número de habitaciones.

Lo que yo he dicho... respuestas sencillas y prácticas.

Tan solo acabo de llegar, pero ya he podido darme cuenta de los años luz que separan a Ashley de sus padres. Hay cariño, eso se palpa en el ambiente, mucho más del que yo he obtenido en toda mi vida de mis padres, pero son desconocidos. Sus vidas son tan diferentes... Sus motivaciones, sus preocupaciones... ¡Todo!

Antes de cenar, su padre, Jack, me ha mostrado parte de la propiedad. La cabaña en la que estamos alojados es su hogar. Un conjunto de madera cálida, pieles, cientos de objetos decorativos inspirados en la vida salvaje y una gran chimenea sin la que la vida no sería posible. Es una cabaña muy acogedora y transmite una sensación de calma y felicidad que empieza a contagiarme.

Al lado de esta cabaña, a pocos metros, otra más pequeña sirve de taller en el que curten las pieles; y otra más pequeña aún sirve para acoger una forja donde fabricar los cuchillos y guardar todas las herramientas que necesitan para su vida diaria.

También hay una pequeña cabaña algo más alejada destinada a ahumar las pieles, un proceso que su padre se ha molestado en detallarme y que me ha llamado mucho la atención. No solo las pieles, sino la carne; una forma de conservarla y prolongarle la vida para su consumo.

Por todas partes hay herramientas, de hierro y de madera, escopetas, trampas para animales y un sinnúmero de objetos que soy incapaz de identificar.

Es más que evidente que el trabajo aquí nunca se acaba y que el concepto de trabajo diario es muy distinto al que nos acompaña a nosotros en nuestra vida en la ciudad.

Se han interesado por mi trabajo y por el de Ashley, pero no parecían estar muy al día de lo que la llevó a ella hasta Inglaterra.

Alice, su madre, se ha tomado la molestia de preparar una cena que, a simple vista, parece deliciosa.

La visita a la propiedad ha hecho que el frío me cale hasta los huesos, así que agradezco cualquier cosa caliente que entre en mi cuerpo. No recuerdo haber pasado tanto frío en mi vida.

Es algo tarde para cenar, pero creo que hablar de tiempo aquí desentona mucho.

En el centro de la mesa hay una bandeja con carne estofada. En los platos, unas patatas asadas.

—¿Qué carne es? —pregunto entusiasmado por el olor que desprende la bandeja. Sé que me voy a arrepentir de haber preguntado, pero ya es tarde.

—Bisonte —me ha dicho su madre orgullosa.

Ashley no parecía estar impresionada como yo, incluso la he visto mirarme de reojo y contener la risa.

Puede que ella esté acostumbrada, pero a mí, eso de comerme un bisonte...

No sé qué cruza por mi cabeza, pero siento arcadas y tengo que luchar por combatir las.

—¿No te gusta la carne, David? —me pregunta al ver que no me animo a servirme de la bandeja.

—Sí, seguro que está deliciosa... es que no tengo mucha hambre. El viaje y el *jet lag* me están afectando, pero la probaré. Nunca he comido bisonte.

Ashley se lo está pasando en grande, no puede disimularlo.

—Ashley probó los riñones en Inglaterra y le encantaron, ¿verdad, cariño?

—Deliciosos, como todo lo que cocinan los ingleses.

«Claro», pienso. Después de comerse un búfalo a nadie le gustarían unos simples riñones de cordero.

—¿Qué carne suelen comer? —les pregunto por amenizar el ambiente.

—Castor, bisonte, ciervo, marta, oso, rata almizclera... Depende de la época y la temporada de caza. Unas veces, debido a su superpoblación, aumentan el número de piezas y también la duración para cazarlas.

¿Para qué habré preguntado? Vamos a estar varios días en esta casa y espero que no haya de todo eso en la despensa. No me imagino comiendo oso... y... lo de la rata, mejor no lo pienso.

Me animo a probar un pedazo. Está bien cocinada, pero no soy capaz de comérmela sin verle la cara al animal en mi mente. Con lo feos y lo cabezones que son...

Durante un buen rato, charlamos de varios temas relacionados con su vida en las montañas y no deja de asombrarme, e incluso darme algo de envidia, la calma y la paz con la que viven.

Consigo terminarme el bisonte con mucho esfuerzo y sin arcadas. El animalito ha desaparecido de mi cabeza y he conseguido que las patatas que lo acompañan me ayuden a digerirlo.

Cuando Ashley y yo nos retiramos, sus padres vuelven a expresarnos lo mucho que les ha gustado nuestra visita y Jack nos comenta que durante el tiempo que estemos aquí me mostrará más aspectos de la vida diaria en las montañas.

—¿Estás bien? —le pregunto cuando estamos a solas; algo le inquieta.

—Hemos venido aquí para nada —me dice mientras se sienta en mis piernas y me abraza. Ese gesto me deshace.

—No, eso no es cierto, Ashley —le digo sosteniéndole la barbilla—. Has comprobado que están bien, que es lo que importa.

—Yo estaba tan preocupada... Y ellos parecen vivir en otro mundo. Han estado semanas en un hospital y no me han llamado. Además, mi madre me ha confesado que no se sabe mi número de memoria, que el señor Walker ya lo tiene apuntado y nunca ha necesitado llamarme desde otra parte. Y lo que más me ha sorprendido es que me haya contado que una familia que vive en el valle se ha instalado una línea telefónica que funciona de... no sé qué manera. El caso es que pueden comunicarse con el exterior, aunque tiene algunas interferencias.

—¿Qué significa eso?

—Que le he sugerido que tengan ese aparato y se ha negado. Me ha dicho que no lo necesitan. Me siento tan... fuera de lugar.

—¿Siempre te sientes así cuando vienes aquí?

—No, hoy es distinto.

—Ashley, hoy estás cansada, ha sido un largo viaje. Mañana lo verás de otro modo.

—Ellos son felices, no se preocupan por nada, y yo... yo he recorrido medio mundo, te he arrastrado conmigo y resulta que no se han comunicado conmigo porque ni siquiera lo han pensado, y en el caso de haberlo hecho no conocen ni mi número ni el de mi tía...

Ashley se echa a llorar en mis brazos y yo me dedico a consolarla durante un buen rato limitándome a acariciarla. Su discurso es desordenado, pero la entiendo. Puede que lo que Hank me comentó sobre ese exceso de protección que no la conduce a nada se esté haciendo más presente que nunca.

—No debes olvidar que están bien, que es lo que importa. Y... en cuanto a ellos, son felices, no puedes desearle nada más a unos padres.

Ashley asiente con la cabeza. Sé que hay dentro de ella algo que todavía no ha salido, y presiento que este viaje va a cambiar algo.

—Además —continúo—, no digas que no ha valido la pena venir. No me imagino otro momento de mi vida en que tenga oportunidad de comer bison. Eso no tiene precio.

Consigo que se ría.

—¿Novios? —me pregunta sonriente.

—¿Amigos?

—¿Importa eso?

—Claro que importa. ¿No quieres ser mi novia?

—David... Hace tan poco que nos conocemos, que me parece raro hablar de esto.

La empujo sobre la cama.

—Vamos a ver, señorita Evans. Ya sé que hace muy poco que nos conocemos, un mes y catorce días, si contamos desde que llegaste a Rye, un poco más si contamos nuestro precioso encuentro en el hospital, pero la gente que se conoce desde hace tan poco tiempo no atraviesa medio mundo hasta llegar a la nada, ni come bison. Eso lo dan los años, así que... Lo nuestro es intenso, concentrado, vale para un noviazgo.

Ashley se está riendo y me está desnudando al mismo tiempo.

—Oye, tus padres están ahí al lado...

—Hank también estaba la otra noche y no dijiste nada.

—No compares. Yo soy de emitir muchos sonidos... Son tus padres, esto no... va a funcionar. Si nos oyen, mañana me harán comer rata de esa...

Ashley no deja de reír.

—No tuve tiempo de contarte muchas cosas. Debería haberte prevenido.

—Mentirosa, lo has hecho expresamente. Lo de la rata... me preocupa.

—No te dejes llevar por el nombre, es otro animalillo más.

—¿Y el oso?

—No, solo pueden cazarlos si hay superpoblación, igual que el lobo.

—¿Lobo? ¿También comen lobo?

—Aquí no se desperdicia nada.

Se echa de nuevo a reír y me abalanzo sobre ella.

Se me ha contagiado la felicidad. Ahora no soy capaz de pensar en nada más que no sea estar a su lado.

Capítulo 55

Ashley

Dos días después

Hoy es nuestro último día en el valle. Hemos decidido acudir a Libby para recoger el pedido de mis padres en la tienda del señor Walker y de esa manera ahorrarles el desplazamiento.

En un principio, teníamos intención de añadir alimentos a ese pedido, pero ha sido David quien ha pensado que no era buena idea.

—Ashley, cuantos más suministros tengan, más tardarán en reponer, lo que significa que tardarán más en venir a esta tienda, no te llamarán y tú te volverás loca. Dejemos el pedido como está.

Me ha hecho reír, pero ese comentario me ha creado un nudo en el estómago del que tengo que desprenderme antes de marcharme.

Es la segunda vez que nos alejamos de la cabaña desde que llegamos. La primera, se produjo la mañana siguiente a nuestra llegada. Recorrimos este mismo trayecto buscando un punto de cobertura para poder hablar con Hank e informarle de que mis padres se encontraban bien. Mi padre nos dijo que no era necesario que nos adentráramos en Libby para poder usar nuestros móviles, que mucho antes encontraríamos una señal de cobertura, pero la «famosa» señal la encontramos solo a pocos metros de la tienda del señor Walker, lejos de dónde afirmaba que existía. Fue un motivo de risas entre David y yo. Mi padre describía ese punto como si se tratase de un lugar mítico donde se había producido un avistamiento de OVNI que había hecho historia en el lugar.

Cuando por fin localizamos a Hank y le dimos la noticia, aparte de mostrar su alivio, no se contuvo en decirme que debía haber esperado tal y como él me había aconsejado. Lo esperaba...

También, a petición mía, cuando le pregunté si conocía los motivos por el cierre del palacio, nos dio la noticia. En Rye no se hablaba de otra cosa que, del intento de falsificación y robo en el museo, intento que se pudo impedir la noche anterior al cierre del palacio. Eso resolvió mis dudas sobre el cierre provisional.

Al parecer había tres detenidos, Wallace, Percibal y un joven que resultó ser hermano de Percibal. No es que me sorprenda, pero confirmar esas sospechas me hizo sentir mal. He estado trabajando a su lado varios días...

—Había más personas al corriente de lo que yo descubrí... ¿Crees que podría haber sido Carter? —le pregunté a Hank mientras nos relataba los hechos.

—No lo sé, Ashley, yo solo sé lo que te he contado. Lo que han publicado en el periódico de la región y lo que me ha contado mi jefe.

David se mantuvo callado y me sorprendió que no compartiera mi euforia por la frustración del robo, al fin y al cabo, es un tema que viví con él en todo momento y le hice partícipe de todo.

Puede que estuviera cansado de tanto palacio, y tanto arte... No es su mundo, quizás por esa razón me siento tan unida a él cuando algo de mi trabajo lo vive como si fuera del suyo propio.

—No sabes cuánto me alegro. Tenía la sensación de que aquella noche algo iba a ocurrir y que no estaba haciendo nada para impedirlo —le dije a David nada más hablar con Hank—. Eso explica el cierre del palacio, deben estar investigando. El señor Carter no me dio ninguna razón, solo que permanecerá cerrado. No sé a qué viene tanto misterio si hasta lo han publicado en el periódico... David, ¿te has dado cuenta? Yo no era la única persona que sospechaba.

—Seguramente ya estaban detrás de ellos —me dijo con sequedad.

—¿Te ocurre algo? —le pregunté muy sorprendida.

—No, es solo que... me da rabia saber que hay... delincuentes de esa clase.

Esa fue su respuesta, pero yo sigo pensando que había algo que le impedía pronunciarse como otras veces ha hecho en ese tema.

Me sorprende que el recuerdo de esa conversación me siga pareciendo extraño en cuanto a la actitud de David, que no ha vuelto a hablar de ese tema ni una sola vez. Pero prefiero pensar en lo que hoy nos ha traído de nuevo a Libby.

Tras cargar el coche de suministros, he estado durante un buen rato riéndome a carcajadas por los comentarios de David respecto a todo lo que se puede adquirir en la tienda del señor Walker... desde gasolina, alimentos no perecederos, ropa de abrigo, botas de piel de conejo, herramientas, piezas de coches, neumáticos... Podría estar horas enumerando todo lo que se puede adquirir, incluido el negocio de compra y venta de pieles curtidas.

Antes de abandonar Libby en dirección a la cabaña, le he enviado mensajes a Kelsi y a mi tía. Ninguna de ellas conoce el lugar donde me encuentro, ya les hablaré más adelante, cuando vuelva a Rye. David también ha intercambiado mensajes con alguien y nos hemos puesto en marcha.

Antes de salir de Libby, he escuchado el sonido de un nuevo mensaje y le he pedido a David que se detuviera.

Me ha llamado la atención que se tratara de la madre de Nicole. La semana pasada intenté comunicarme con Nicole, pero no obtuve respuesta. Lo intenté con su madre y el resultado fue el mismo. No había vuelto a pensar en ello. Es curioso cómo he apartado ese tema de mi mente, como si Nicole nunca hubiera existido.

Leo el mensaje ante la atenta mirada de David.

Querida, Ashley. Debo pedirte perdón por no haber contestado a tus mensajes preocupándote de por mi hija. No puedo engañarte, ella es tu amiga y también la persona a la que le salvaste la vida. De no haber sido por tu reacción aquel día en Londres, mi hija podría no estar con nosotros.

Nicole no está bien, Ashley. Espero contar con tu discreción, no quisiera que su estado de salud fuera motivo de comentarios entre los amigos que tenéis en común.

Ashley está ingresada en un centro de reposo, un centro en Nueva York donde la están atendiendo psicológicamente, lo que más necesita en este momento.

Hizo que nos preocupáramos mucho cuando nos habló de un supuesto novio que acababa de conocer y del que se estaba enamorando locamente. Se trataba de un médico que la atendió en una clínica de Los Ángeles y que ella construyó una historia sobre una relación que solo existía en su cabeza. Nos habló de un episodio en el ascensor, un desmayo inesperado que supuso el comienzo de una historia que ella describía como «el hombre de mi vida».

Esa misma historia, con los mismos detalles, la habíamos escuchado con el médico de Londres y eso nos alertó. Creemos que probablemente la relación con aquel hombre, el tal David, solo estaba en su cabeza. Si te hablo de

esto es porque sé que a ti también te hizo partícipe y entenderás la gravedad del tema.

Nos han dado muchas esperanzas en cuanto a su tratamiento y recuperación, pero para ello debe pasar un tiempo. Solo necesita reposo, ayuda profesional y cariño. Todo ello lo tendrá, por supuesto, pero seguro que entiendes que está siendo muy duro verla en ese estado.

Te iré informando de su recuperación. Sueño con verte un día en nuestra casa, cuando Nicole se haya recuperado y podáis abrazaros y planear algo juntas para compartir el tiempo que no pudisteis disfrutar en Londres.

De Londres nunca habla. Es como si nunca hubiera estado allí. Ni siquiera ha vuelto a nombrar aquel médico ni nada relacionado con su trabajo. Lo ha borrado por completo de su memoria. Alguna vez he mencionado Londres y me ha dicho que tiene ganas de ir, que no conoce la ciudad. Con estas palabras te podrás hacer una idea de su estado. Pero no quiero angustiarte, como te he dicho, solo necesita tiempo y cuidados, y somos optimistas, especialmente porque los médicos que se ocupan de ella lo son.

Gracias, Ashley. Cuídate mucho.

Espero que tu experiencia en Londres esté siendo buena. Cuento con tu discreción.

Susan Donovan

—¿Quién envía un mensaje tan largo? —me pregunta David, harto de esperar a que lo lea—. ¿Qué pasa, Ashley? ¿Por qué lloras? ¿Qué ha pasado?

Le muestro la pantalla de mi móvil y le pido que lo lea. Tarda en hacerlo, especialmente porque interrumpe la lectura de vez en cuando para mirarme y enjugarme las lágrimas que corren por mis mejillas.

—Joder... Nunca hubiera imaginado que se trataba de algo así... Pensaba que era una persona celosa, obsesiva, pero... esto que cuenta es evidente que forma parte de un trastorno serio. No soy psiquiatra, pero esa manera de distorsionar la realidad... Eso del ascensor, me ha impresionado. Así la conocí yo...

—Y a mí me contó algo muy diferente. ¿Es grave, David?

—Es serio, Ashley, debe tratarse de un trastorno de personalidad de los muchos que hay, pero... pensemos que podrá recuperarse y hacer una vida normal. Hay fármacos que lo consiguen, Ashley. No sabemos cuál es el diagnóstico, puede ser un episodio aislado... Verás cómo se recupera. Por lo que he leído, está en buenas manos. Esos padres se están desviviendo por ella. Aunque parezca raro que diga esto... Siento mucho que sea así. Nicole era un incordio, pero no era consciente de que estaba enferma.

David me abraza y deja que expulse todo lo que siento.

—Su madre cree que tú tampoco exististe.

—Sí, existí en su vida, aunque no con la dimensión que ella describía.

Nunca he sentido que Nicole y yo nos pareciéramos, siempre hemos sido muy distintas, pero es curioso y... triste al mismo tiempo que las dos nos enamoráramos de él, aunque de maneras diferentes.

A veces, pienso que esta historia avanza tan deprisa que... incluso podría haberla soñado.

Mientras me desahogo en sus brazos, me pellizco en la pierna para asegurarme de que no es un sueño.

Capítulo 56

Ashley

Cuando le he dicho adiós a mis padres, antes de partir hacia Kalispell, Montana, donde pasaremos la noche en un hotel antes de volar mañana hacia Londres, he sentido algo diferente a otras veces.

Hoy, la despedida contiene el saber que no hablaré con ellos en un tiempo y que aun así será algo breve; el saber que no volveré a verlos en mucho tiempo, y la añoranza de los días de paz y tranquilidad que el valle me ha regalado junto a David. Pero hoy no he sentido que había algo que aclarar, algo pendiente. Hoy he sentido que todo estaba en su lugar y me he marchado feliz, con la tristeza propia del momento de decir adiós.

Sé que David ha tenido mucho que ver en esta despedida «diferente». Los momentos que hemos vivido en el valle han sido un regalo, uno de vida, uno que ni en mis mejores sueños podría haber imaginado.

—Yo también —le dije ayer mientras observábamos a través de las ventanas de la buhardilla las maravillosas vistas del valle.

—¿Tú también qué?

—Que yo también me he enamorado de ti.

—¿En serio? ¿Y me lo dices ahora? Llevo días sufriendo en silencio, con una amargura que me estaba destrozando de todas las maneras.

—David... —le he dicho muerta de la risa.

—Joder, Ashley, es que no me lo esperaba, he tenido que improvisar una gilipollez para salir del paso.

—Se te da bien...

—¿Por qué me lo dices ahora?

—¿No te parece un buen momento? Yo he elegido unas vistas preciosas, paz, tranquilidad... Un lugar apartado del mundo... Tú me lo dijiste en la cama, cuando estaba medio dormida... ¡Yo gano!

—Tú ganas, cariño... Tú ganas siempre.

El beso de después, todavía hace que me tiemblen las piernas cuando lo recuerdo. No sabía yo que pudiera ser tan romántica... Claro que «nuestro romanticismo» no podría decirse que es muy común. Es imposible que no lo mezclemos con algo que nos haga reír.

Reconozco que me asusta pensar en lo rápido que David ha entrado en mi vida y todo lo que hemos hecho y nos hemos confesado en tan poco tiempo...

Sé que hay miles de cuestiones que están en el aire, pero prefiero no pensar en ellas. Lo de vivir el momento nunca se me ha dado mal, aunque reconozco que con David tengo que hacer un

esfuerzo para no pensar en lo que pueda pasar... mañana. Y es que... es la primera vez que siento que estoy unida a alguien y que forma parte de mí.

—Ashley, cuéntame un cuento.

—No —le digo mientras sigo mirando el techo.

Ambos estamos metidos en la cama de la habitación del hotel, en la misma posición que una momia egipcia, asomando las manos por el borde de la sábana y ausentes... muy ausentes.

—Solo uno.

—Ya te he contado muchos.

—Pero eso era en Inglaterra, en Montana seguro que son mejores.

—¿Qué les pasa a mis cuentos de Inglaterra?

—¿Mis cuentos? Siempre es el mismo, el de la dichosa princesa y el médico. Y nunca lo terminas.

—Porque no me dejas, siempre me interrumpes. ¿Dónde me quedé la última vez?

—En la princesa que se sentía atraída por el médico.

—Vale, le subiré el tono. Contaré que se enamora de él y que en la cama se lo pasan muy bien.

—Ashley... las princesas no follan, no seas vulgar.

—He dicho que se lo pasan bien bajo las sábanas...

—¿Y qué es eso sino follar? ¿Qué vas a hacer debajo de las sábanas, sino?

—Hacen el amor.

—Eso está bien, pero es cursi.

—Duérmete.

—Hasta que no me lo cuentes, no voy a poder. Uno cortito... Cambia la trama. Esta vez no quiero que sea médico... quiero que la princesa se enamore de un montañero.

Aunque el diálogo fluye, ni él ni yo podemos dejar de reír cuando escuchamos al otro, o incluso a nosotros mismos.

—¿Qué hace el montañero? —le pregunto sin dejar de reír.

—Pues lo mismo que he hecho yo con tu padre cuando me has traicionado y no has querido acompañarnos...

—¿Qué es lo que hacíais con él? —le pregunto a pesar de saberlo todo, pero deseando escucharlo de su boca por lo mucho que me divierte.

—Destripar un animal, cazar un castor, arreglar el pistón de la moto de nieve, curtir una piel, pasar un frío de cojones...

—¿Qué destripaste?

—Un bisonte, con sus mil trescientos kilos.

—Eres médico, no debería impresionarte ver las tripas de un bicho de esos.

—Soy médico y amante de los animales, y tripas que pesen trescientos kilos no he visto nunca.

—Ellos cazan para comer, también aman los animales.

—Sí, es lo que me ha dicho tu padre, al ver que casi me echo a llorar. Y... eso que el bisonte era feo...

—¿Qué más has hecho?

—Curtir la piel de un castor con... un mejunje hecho con el propio cerebro del castor... Pero... he aguantado estoicamente...

—Entonces la princesa se enamora de un montañero. Él es guapo..., con un mechón de pelo

que le cae por la frente y que parece haberle declarado la guerra, con unos ojos preciosos, unas manos...

—¿Y qué me dices de su personalidad? ¡Qué superficial la princesa! Solo le importa el físico.

—Me estoy cansando, montañero.

—¿Quieres que te cuente cómo hace el amor un montañero?

Me echo a reír al ver cómo mueve las cejas y me muestra su expresión más payasa e infantil.

Antes de que me dé cuenta, el montañero ya se ha abalanzado sobre mí.

Capítulo 57

David

Dos días después

Ha sido muy brusco volver a Rye, no solo por el maldito *jet lag*, que me está matando, o por la dura jornada que he tenido en el centro médico, sino por qué sé que tengo pendiente una conversación con Ashley y no sé ni cómo plantearse. No quiero ocultarle más tiempo quién es mi madre, mucho menos sabiendo que mañana se incorpora de nuevo al palacio y mi madre pasa más tiempo en él que antes, según me ha contado esta misma mañana.

Hank me ha lanzado varias indirectas, así que no puedo posponerlo más. Esta noche cenaremos en la casa de invitados para inaugurarla oficialmente y hablaré con ella.

Entiendo la postura de Hank, pero debe entender que acabamos de llegar prácticamente y que ninguno de los dos estaba en condiciones de mantener una conversación de esas características.

Me detengo en una tienda de Rye para comprar unos cuantos ingredientes que me faltan para la cena.

Al salir, cargado con dos bolsas, mientras las coloco en el maletero, veo a Ashley. Está a pocos metros de mí, delante de la cafetería de Ruby hablando con alguien. Es un hombre.

En esa escena hay algo que me está produciendo escalofríos, pero todavía pienso que la vista me está jugando una mala pasada.

Me subo al coche para observar con calma. Charlan animadamente.

Observo el coche en el que el hombre está apoyado.

¡No puede ser!

Lo observo detenidamente a él.

¡No me lo puedo creer!

¿Qué es lo que está pasando?

Es él... Está hablando con Ashley.

Se ríen, se dan un abrazo y se separan.

Él le dice algo, ella se da la vuelta y se echa a reír y vuelve a decirle adiós.

Ashley camina en dirección contraria a mí. Él se sube a su coche y pasa delante de ella. Reduce la velocidad, baja la ventanilla y vuelve a decirle algo que Ashley acoge entre risas.

Jamás suelo comprar en la tienda que hoy me he detenido, pero hoy así lo he decidido. Es como si el destino me hubiera traído hasta aquí, a esta zona de Rye que nunca frecuento para que pudiera ver esa maldita escena.

Ashley... ¿Qué haces con ese tío?

¡Maldita sea! Esto es superior a lo que puedo soportar.

Me dirijo a casa a toda prisa. No puedo soportar el vacío que se me ha desatado en el estómago y que me está provocando arcadas.

Nada más llegar, me dirijo a mi dormitorio, me siento en la cama e intento calmarme. No puedo creerlo... ¿Por qué, Ashley? ¿Por qué tienes relación con ese hombre? Decido darme una ducha y acabar de serenarme.

Veinte minutos después estoy aún peor, mi cabeza no deja de hervir.

Cuando salgo al salón, escucho a Ashley hablar con alguien por teléfono. En cuanto entro en la cocina se despide, no sé de quién, y cuelga.

—Se acerca a mí y me besa, pero yo apenas puedo moverme.

Me mira confundida por mi frialdad.

—¿Qué hacías con ese hombre? ¿Te he visto hablando con él?

—¿Por qué me hablas así?

—Te he preguntado, Ashley, ¿es que no quieres contármelo?

—No sé qué tengo que contarte si me hablas de esa manera...

—Ahora se trata de mi tono... ¿Es lo más importante? Te he visto con él, Ashley.

—Claro que se trata de tu tono. ¿Qué has visto?

—Te he visto con él, sé que lo conoces, es evidente. Os he visto reír, charlar... ¡Qué buen rollo! ¿Me lo quieres explicar de una vez?

—Pero, ¿qué coño te pasa? ¿Estás hablando de Harry? Es un amigo...

—¿Un amigo?

—Pero, ¿qué estás pensando? Harry es un amigo, pero eso no importa. ¿Por qué te comportas así?

—Me parece repugnante.

—¿Repugnante?

No puedo seguir con esta absurda conversación. Su mirada desafiante, su actitud...

—No puedo seguir aquí.

Salgo ante su atenta mirada.

Sé que ha dicho algo, pero no la he escuchado. Me encierro en mi dormitorio y después, solo dos minutos, decido salir de casa.

Cuando paso delante de la cocina ella está en la puerta mirándome fijamente. No le digo nada, solo le regalo un portazo al salir que hasta a mí me ha atravesado el cerebro.

Capítulo 58

Ashley

Son más de las doce de la noche y David no ha aparecido. Tampoco Hank. Aunque no sé nada de él, presumo que están juntos.

Hace cinco horas que se marchó y todavía sigo en estado de *shock*.

¿A qué ha venido esa escenita? No reconocía al hombre que tenía delante. De sus ojos parecía salir fuego y... esa manera de acusarme de... ¿De qué? No quiero creerme que me haya montado una escena por haberme visto hablar con Harry. No quiero ni pensar que es ese tipo de hombre, celoso... posesivo, y... otras cosas peores que no quiero ni pensar.

¿Esa es su forma de actuar cuando me ve hablando con alguien? ¿Con alguien o con un hombre?

Tengo ganas de llorar, más de lo que he llorado hace un rato. No consigo entender nada. Ni siquiera me ha llamado o ha venido a disculparse, claro que... ¿De qué me sirve una disculpa? Si David es así...

No, no, no puede ser. No he podido estar tan ciega. Esto tiene que tener algún sentido.

Escucho la puerta, pero la figura que veo delante de mí es Hank.

—Hank...

—¿Estás bien?

—¿Has estado con David?

Asiente con la cabeza.

—Está en la casa de invitados.

—¿Qué coño le pasa?

—¿Es verdad que estabas con ese tío?

—¿Tú también? ¿Qué estaba con quién? He ido a tomar un té con Harry, y... cuando he llegado, David estaba enfadado, furioso, me hablaba con un tono muy alto y muy despectivo... ¿Sabes qué está pasando? ¿Me lo puedes explicar? Y no me digas que tú no te metes, ¡haz el favor de hablar!

—Tranquilízate. Primero, háblame de ese hombre. ¿De qué lo conoces?

—¿A Harry?

Hank asiente con la cabeza. ¿Qué está pasando? ¿Hank también insiste en hablar de él?

—Hank, ¿de qué va todo esto?

—Dime de qué lo conoces, por favor.

—Lo conocí en el barco, era uno de los pasajeros que hacía el crucero. Es médico y me ayudó con los malditos mareos. ¿Qué tiene David en la cabeza? A parte de parecerme asqueroso que me monte una escena, no entiendo que crea que me he liado con un tío que podría ser mi

padre. Y en el caso de que crea eso... me parece más asqueroso que ni siquiera me pregunte, y mucho más que se comporte como un cretino.

—¿Harry Fitzroy?

Un momento, ¿qué está pasando aquí?

—Sí. ¿Lo conoces?

—¿Lo has visto muchas veces?

—Hank, es la primera vez que le he visto desde que nos bajamos del barco. Hoy me ha llamado porque pasaba cerca de Rye. Se dirigía a... no sé, un pueblo del sur, me ha dicho.

Se deja caer en una silla y expulsa aire.

—Hank... —le apremio—. ¿De qué le conoces? Habla.

—No le conozco personalmente, pero ha salido en muchas conversaciones con David. Ese hombre... le ha hecho mucho daño. Él es el culpable de que David dejara el hospital, con todo lo que eso ha supuesto para su carrera. Ha sufrido mucho, Ashley por culpa de ese malnacido. Y no solo David...

Estoy tan sorprendida que no me salen las palabras.

—¿Qué... qué pasó? ¿Estás seguro de que hablamos del mismo?

—David lo ha visto hablando contigo, y tú me acabas de confirmar su nombre...

—¿Por qué no me lo ha dicho? ¡Dios mío! ¡Qué casualidad!

—Porque su mente se ha nublado, es un tema muy delicado y doloroso para él. No entendía por qué hablabas con esa persona ni de qué la conocías.

—¿Y no era más fácil preguntar? Todo lo que me decía era... como una acusación, como si diera por hecho que yo... estaba liada, parecía... otra cosa. Pero tenía que haberme preguntado, al menos.

—En su cabeza han empezado a pasar muchas imágenes. ¿Te acuerdas de aquel episodio del aparcamiento en el que discutías con David? ¿El del hospital de Londres?

—Sí, ¿qué ocurre con eso?

—Esa plaza era de él. Está retirado temporalmente del hospital, pero su plaza era esa, en la que tú aparcaste y por la que discutisteis. David ha empezado a relacionar todos esos datos y... ha creído que lo conocías y que podía haber algo raro detrás.

—¿Raro? ¿Qué le pasó con Harry?

—Eso no te lo voy a contar yo, Ashley, es algo muy personal suyo... Yo ya te he dicho lo que podía contarte.

—Pero, ¿qué es lo que ha creído?

—Qué sé yo, que tú podías estar traicionándole... Se le han pasado mil cosas por la cabeza.

—Para eso están las preguntas. Voy a hablar con él, yo también estoy alucinando... ¡Qué casualidad! Si lo conocí en un barco...

—Sí, mejor aclara este tema. Está hecho polvo, Ashley.

—Debería ser él el que intentara aclararlo.

Me coloco mi abrigo y me dirijo a la puerta, pero Hank me detiene para entregarme unas llaves.

—Puede que no quiera abrirte —me suelta encogiéndose de hombros.

Capítulo 59

Ashley

Abro la puerta despacio y entro en el salón. Ni siquiera me he molestado en pulsar el timbre. David no está. Temo que se haya acostado... Necesito que esté despierto. Miro a mi alrededor. Aún no había visto la casa terminada... ¡Menuda manera de inaugurarla!

David aparece por el pasillo y se detiene a la entrada del salón, en el umbral de la puerta. Me mira sin decir nada.

Espero, pero sigue en silencio.

Está cansado, las señales de fatiga son visibles bajo sus ojos.

Estoy enfadada porque no me ha preguntado ni explicado nada sobre Harry, pero el relato de Hank me ha impresionado. Nunca me ha hablado de esa parte de su vida y quizás eso también me escuece.

Me acerco a él. Estoy temblando y no es lo que querría. Le cojo la mano mientras siento su mirada clavada en mí y temo que me rechace. No lo hace.

—He venido a contarte de qué conozco a ese hombre, luego me iré —le digo mientras tiro de su mano para que se siente en alguna parte.

Al principio muestra algo de resistencia a dejarse llevar, pero acaba por ceder.

Se sienta en el borde del sofá y yo elijo el sillón que está enfrente.

—Hice un crucero, como sabes, desde Nueva York hasta aquí. Pasé todo el trayecto mareada, en un estado que... ¡Ya te lo conté! Los médicos del barco me ayudaron, y también un pasajero que resultó ser médico y que estuvo pendiente de mí todo el crucero: Harry. Me dijo que se estaba tomando un tiempo sabático y que había decidido viajar en ese crucero. Fuimos juntos hasta Londres, en tren. En la estación nos despedimos, le di las gracias mil veces, e intercambiamos nuestros teléfonos con la promesa de reunirnos para tomar un té. Hoy me ha llamado por primera vez para proponerme ese té. Estaba de paso por Rye, camino hacia un pueblo del sur. Esa es toda la historia. No sabía que lo conocías, ni él te ha nombrado, ni yo tampoco. Y... lo del aparcamiento del hospital solo es casualidad. Yo no sabía nada de esa plaza, ni que él trabajara o hubiera trabajado en ese hospital. No intimamos hasta ese punto. Solo fue una relación cordial, dadas las circunstancias.

Me levanto cuando doy por terminado mi relato.

—Es lo mismo que te hubiera contado, si me hubieras preguntado antes. Lo mismo, David. Lo que quieras creer o añadir, no es asunto mío. ¡Buenas noches!

Me dirijo a la puerta.

—Se llamaba Emily —le escucho decir y me detengo—. Tenía diecinueve años cuando ingresó en el hospital.

David se levanta a avivar el fuego y vuelve a sentarse en el sofá, pero esta vez de forma más cómoda.

—No te vayas, por favor.

Vuelvo a sentarme frente a él.

—El día que ella ingresó en el hospital, más o menos a la misma hora, yo me encontraba en una pequeña taberna que había cerca del despacho de mi abogado, después de haber hecho un trámite con él. Era tarde y antes de dirigirme al trabajo, me detuve a comer algo rápido, me esperaba una larga jornada y no había probado bocado. Esa taberna se encuentra a seis o siete manzanas del hospital, algo lejos. Era la primera vez que acudía.

»Vi entrar al doctor Fitzroy. Le vi sentarse en la barra, y vi también cómo le servían un vaso generoso de *whisky* entre risas. Parecía conocer al camarero que le sirvió. Eran cerca de las dos de la tarde y me sorprendió que bebiera alcohol a esas horas, pero... yo desconocía cuál era su turno de trabajo. Yo estaba sentado en una mesa algo apartada y seguí observando. Antes de que yo terminara de comer, le sirvieron un segundo *whisky*, esa vez más generoso todavía.

»En otras circunstancias me habría acercado a saludarle, me caía bien, pero no lo hice. Esa misma tarde me enteré de la muerte de Emily en quirófano, por causa de una apendicitis que se complicó y le produjo una hemorragia. No presentaba ninguna complicación, a priori, y se había programado su intervención para unas horas después de su ingreso. Hay casos de apendicitis que no pueden esperar, pero no era el caso. ¿Quién se encargó de la intervención?

—¿Fue él?

—Exacto, un par de horas después de haberse tomado un par de copas... o quizás más, yo me fui antes que él de la taberna. Su familia denunció al hospital porque consideraron que no se había hecho un buen trabajo, no les convenció lo que les dijeron, que se había complicado sin más. Yo no le habría dado importancia de no haber presenciado ese episodio. Durante un tiempo dudé, no me resultaba fácil hablar con él de ese tema o dirigirme a mis superiores. Siempre intentamos protegernos los unos a los otros.

»Antes de tomar una decisión, decidí volver a esa taberna. Descubrí que... Harry vivía cerca de allí, así que deduje que solía frecuentarla, mucho más estando tan retirada del hospital. Algo me decía que aquello no fue un caso aislado. Aunque lo hubiera sido no podía beber antes de entrar al trabajo, mucho menos si él se dedica a cubrir muchos quirófanos de urgencia. Ese día no fue a la taberna, pero sí dos después. Me dediqué a hacerle una especie de seguimiento y a descubrir que frecuentaba esa taberna muchos días, antes de entrar en el hospital.

»Estudí el caso de Emily, también estuve pendiente de sus intervenciones en quirófano y, finalmente, decidí hablar con él. Lo negó todo y tuvimos un enfrentamiento. Lo denuncié ante mi superior y ante el tribunal médico del hospital, pero todo quedó archivado. Lo único que prosperaba era la denuncia de la familia y para eso ya tenían a los abogados del hospital trabajando a toda prisa.

»Es solo un resumen. Los que estuvieron con él en la intervención de Emily, apoyaron que había sido una complicación y encontraron la manera de justificar la hemorragia que le causó la muerte. Fue un corte sin precisión, y una capacidad de reacción nula por parte de ese hombre lo que la mató. Era imposible que los que estuvieron con él no lo supieran. Daba la sensación de que lo protegían, por miedo supongo.

—¿Y quedó en nada?

—No, me lancé a por todas. Después de un camino lleno de amenazas, frustraciones y mil cosas que prefiero no recordar, fui a ver al abogado de la familia de Emily. No me costó averiguar quién era, me ayudó mi abogado. Le conté lo que sabía de forma... extraoficial y le di

material para investigar. Eso conllevó un giro en la investigación... Y el hospital, ante las evidencias, se vio obligado a retirarlo de su cargo hasta que se celebre el juicio. Será dentro de un par de meses, creo, y yo estoy citado como testigo. Las cámaras de la taberna son claves en la investigación, así como el testimonio del camarero y... el de otros compañeros que, vista la gravedad, se han animado a cambiar su testimonio inicial.

»La noticia trascendió y... para que te hagas una idea, todos mis compañeros, excepto unos pocos, se pusieron en contra mía. Fue un infierno. Y decidí marcharme.

—¿Nadie te apoyó?

—Sí, pero muy pocos. Fue duro ver cómo se unían a una causa como esa, al grito de «somos compañeros y nos apoyamos».

—¿Por qué le apoyaron?

—Por cobardía, por miedo. Por causas menores, he visto caer buenos médicos, pero este señor tiene una familia muy influyente y adinerada que entrega cantidades de dinero muy generosas al hospital para la investigación y para apoyar el proyecto de convertirlo en el mejor hospital universitario de Londres.

—¿Por eso le apoyaban desde arriba?

—Sí, por eso, tardé poco en averiguarlo. Vi tanta hipocresía, tanta traición... Ese hombre no es una mala persona, Ashley, es muy querido por todo el personal porque siempre es amable con todo el mundo y siempre está de buen humor. Fue un buen médico, antes de ser adicto al alcohol, pero después se convirtió en un asesino. No fue fácil, pero no podía permitir que Emily fuera la primera de una larga lista. Encontrarme con todo eso fue como quitarle todo el sentido a mi carrera, todo. Estamos hablando de vidas humanas, la razón por la que nos ponemos la bata cada día. Y... lo que más me asquea es que mucha gente que lo apoyó sabía su problema con el alcohol.

—Lo siento, David, debió ser muy duro, pero no deberías haber desconfiado de mí de esa manera.

—No es lo que quería, pero no he sabido gestionarlo de otra forma. He revivido todo aquello en pocos segundos y sentir que tú pudieras estar traicionándome de alguna forma... me ha partido en dos.

—¿Hasta qué punto te ha perjudicado en tu carrera?

—Mucho, tuve que dejar el hospital, no podía seguir allí, me quemaba. Y... en adelante... no lo sé, pero seguiré luchando. Ni siquiera mi familia me apoyo, al menos mi padre no. Él me acusó de ser estúpido y tirar mi carrera por la borda. En todo este proceso nadie parecía entender que se trataba de la vida de una joven...

—¿Y los compañeros? Sigo sin entenderlo.

—Muchos tenían miedo a hablar y de recibir alguna represalia... Así funciona el mundo.

—Y en medio de ese infierno... te encuentras conmigo en el hospital.

Por primera vez me mira y sonrío.

—Ahora sé que es lo mejor que me pudo pasar, pero entonces no lo sabía.

Eso me da pie a lanzarme en sus brazos y besarlo impulsivamente.

—Siento que hayas vivido eso, David. No lo sabía. No sabía quién era ese hombre.

—Siento haberte hablado así, Ashley, se me ha caído el mundo encima cuando te he visto con él.

Nos quedamos dormidos un rato después, abrazados y agotados.

Ese relato me ha unido más a él, y también el dolor que he sentido cuando he creído que

David no era lo que parecía y que se había acabado el sueño.
Eso me ha hecho ver lo grande que es lo que siento por él.

Capítulo 60

Ashley

Tengo que contenerme las ganas de bostezar constantemente para poderme centrar en la pintura.

He llegado hace poco rato al palacio y hay un ambiente distinto. No hay estudiantes y todas las salas están cerradas. El señor Carter me ha dicho que podía seguir con mi trabajo, pero que solo le podía dedicar las mañanas.

Esto va de mal en peor.

La puerta famosa está sellada, pero todavía no puedo acercarme a pintar sobre ella, está demasiado húmeda.

El fresco empieza a gustarme más, puede ser que sin ese Percibal por medio me sienta mejor.

Escucho pasos, pero sigo centrada en unas pinceladas suaves que necesitan mucha concentración.

—Señorita Evans, ya está de vuelta —dice la señora Lyndhurst a mis espaldas.

Termino lo que estoy haciendo y me pongo en pie.

—Así es, señora Lyndhurst.

—Supongo que estará al corriente de lo ocurrido.

—Sí, claro, lo sabe todo el mundo.

—Ese incidente nos ha hecho replantearnos muchos aspectos de la apertura del palacio, por eso verás que hay menos actividad. Estamos revisando todas las obras para asegurarnos que todo está en orden. En cuanto al fresco... puedes tomarte tu tiempo.

—Me han dicho que solo puedo venir por la mañana. ¿Y por la tarde qué puedo hacer?

—Señorita Evans, como sabe, las circunstancias han cambiado. Lamento que haya coincidido con su trabajo aquí, pero, si se refiere a lo que hablamos sobre explorar otros campos... Ahora no es el momento, y me temo que durante su estancia aquí, no habrá cambios. Solo puedo decirle que puede continuar con el fresco, es lo único que puedo ofrecerle.

—¿Terminar el fresco por las mañanas es todo lo que puede ofrecerme?

—No necesita más tiempo. La parte central no tendrá que tocarla, Carter le proporcionará el boceto mañana mismo. Quiero que haya un contraste con el fresco original y se pueda apreciar la diferencia entre la parte restaurada y la original. El dibujo es sucesorio, con restaurar las partes laterales será suficiente.

Estoy a punto de desmayarme.

—En lo que sí puedo ayudarla es en el alojamiento. Dentro de tres días quedará libre una de las casas de los estudiantes holandeses y podrá ocuparla. Le avisarán cuando esté en condiciones.

—No es necesario, ya tengo alojamiento.

—Creí que lo necesitaba, eso me ha dicho el señor Carter.

—Sí, pero eso fue a mi llegada. Después encontré una casa gracias a un amigo.

—¿En Rye?

—Sí, así es.

—¿Dónde se aloja?

—En las afueras, con unos amigos. Uno de ellos, Hank Tyler, trabaja en la fundación, en el castillo de Bodiam.

—Sí, le conozco, hace mucho tiempo que está con nosotros. Es cierto... Carter me dijo que él te había recomendado... ¿Has dicho que vives con él?

—Sí —le digo de forma escueta, pero sorprendida de su interés.

—Entonces debes conocer a mi hijo...

—¿A su hijo? No lo creo...

—Si vives con Hank Taylor, debes vivir también con David. ¿No te ha dicho que es mi hijo?

—¿David? ¿Qué David?

—David Ellintong.

No puedo mirarla, la cabeza empieza a darme vueltas. Me siento mareada. Aun así, hago un esfuerzo por confirmar que he escuchado bien.

—¿David es su hijo?

—Sí, así es. No seréis muy amigos si no lo sabías...

No sé qué contestarle, así que sonrío como una boba.

—Tengo que seguir pintando.

—Claro. Mañana veré a David, le diré que hemos charlado. Asiento con la cabeza y sonrío de mala gana.

Estoy otra vez mareada. Me siento en el suelo y me bebo el contenido de la botella de agua de un trago.

Siento ganas de llorar y todavía no me he parado a analizar lo que esa mujer me ha dicho. No me puedo creer que David sea hijo de esa mujer.

Eso solo significa que la fundación...

Y que el palacio...

Me dirijo al baño y allí expulso todo lo que mi estómago se niega a contener.

Me refresco la nuca y las manos con agua y salgo dispuesta a hablar con el señor Carter, espero que esa mujer no se encuentre con él.

Como no tengo acceso, le pido a George que lo localice.

Sale pocos minutos después.

—No se encuentra bien. —Se adelanta a decir George.

—Señorita Evans, tiene mala cara. ¿Qué le ocurre?

—Algo que he comido no me ha sentado bien.

—Márchese a casa. ¿Quiere que la lleven?

—No, no, me irá bien tomar el aire.

Cuando salgo me encuentro con ese aire que tanto me hace falta, y con lluvia también, para variar.

Recuerdo que he quedado con Hank para almorzar, pero quedan más de dos horas.

Corro a cobijarme bajo el porche de una tienda de artesanía.

Busco el móvil en mi bolso.

David...

Hank...

David...

Me decido por Hank.

No espero que me atienda, debe estar ocupado, pero me equivoco y me contesta rápidamente.

—Hank, ¿tú lo sabías? Dime que tú no lo sabías —le pregunto mientras las lágrimas corren a toda velocidad por mi mejilla.

—Ashley, ¿qué es lo que sabía?

—Tú sabías que David era hijo de la señora Lyndhurst... Tú tenías que saberlo...

—Joder, Ashley... ¿Cómo...?

—Me lo ha dicho ella. ¿Tú lo sabías, Hank?

—Ashley, ¿dónde estás?

—¡Qué más da!

Cuelgo tras confirmarlo. Hank lo sabía, ¿cómo no?

Me dirijo a la casa dispuesta a meterme en la cama e intentar calmar la presión que siento por todo el cuerpo.

No saldo de mi asombro.

¿Por qué?

¿Por qué me han ocultado algo así?

Camino bajo la lluvia, protegida solo por un fino chubasquero, pero no me importa. El agua me reconforta al caerme en la cara.

Durante el camino, solo aparecen imágenes en mi cabeza. Es como si se tratara de un puzle que empieza a unir sus piezas.

«Cuéntame cómo ha ido», me solía decir.

Sus conocimientos sobre algunos temas...

La detención de Wallace aquella misma noche...

La manera en que me escuchaba...

La manera en que me invitaba a investigar...

La casa de su abuelo. Rye...

Cuando llego a casa soy consciente de que no quiero verlo, antes necesito respuestas y va a ser Hank quien me las dé, quiero que me explique por qué él me ha ocultado algo así.

Lo averiguo una hora después, en el salón, cuando Hank se presenta.

—Menos mal que estás aquí, te he buscado por todas partes. He ido al palacio y me han dicho que te encontrabas mal.

Guardo silencio.

—Ashley, lamento que te hayas enterado de esta manera, David lleva días queriéndotelo decir.

—¿Días? Hace casi dos meses que llegué.

—Ashley... David tenía problemas con su familia y no quería que nadie lo relacionara con la fundación. Él sospechaba que podía haber algo ilegal y yo también. Estábamos recopilando información... Cuando tú llegaste y supo que ibas a trabajar allí, me pidió que no te hablara de él. Yo, visto lo mal que os llevabais, no lo consideré importante.

—¿Y después? Porque te recuerdo que tardamos dos o tres días en dejar las discusiones.

—Yo no sabía que estabais liados. Cuando lo supe le pedí que te lo dijera. No pretendo

justificarlo, pero él tenía miedo de decírtelo y lo iba posponiendo.

—Él no posponía nada. Se acercó a mí y le funcionó. Le conté todo lo que iba descubriendo día a día. Él me escuchaba siempre atentamente. Claro, ¿cómo no me iba a escuchar? En cuanto le dije que sospechaba de una pintura y... bla, bla, bla... debió ver el cielo abierto.

—No es así, Ashley, no lo veas de ese modo.

—¿Cómo quieres que lo vea? Tú me lo has ocultado, él me lo ha ocultado. Llevo tiempo acostándome con él, he viajado con él hasta Montana... ¡Joder! Le dije que estaba enamorada de él —las lágrimas empiezan a correr desbordados por mis mejillas.

Hank intenta acercarse a mí.

—¡No te acerques, Hank! No quiero que me abracés.

—Lo siento, Ashley, no quería que esto ocurriera. Te aseguro que David quería hablarlo contigo. Hace unos días yo mismo le pedí que esperara, cuando estabas tan preocupada por tus padres.

—Joder, Hank, tienes un problema con el tiempo. De lo de mis padres hace solo unos días, y llevo acostándome con él muchísimo más. ¿Es que no ves lo absurdo que es lo que dices? Él quería ocultármelo, y tú lo consentiste. Fin de la historia.

Hank se sienta y se cubre la cara con las manos.

—¿Qué tiene que ver él con el palacio? Aparte de ser el hijo de la dueña.

—Nada, David siempre ha estado al margen, pero dentro de unos meses heredará la mitad de las empresas y será director junto a su madre de la fundación. Su abuelo lo estipuló así para cuando cumpliera los treinta.

Eso me duele todavía más. Solo le importa esa herencia, incluso me habló de ella.

—Necesito estar sola, Hank —le digo mientras me dirijo a mi dormitorio.

—Ashley —me sujeta el brazo— Perdóname, yo no quería hacerte daño ni ocultarte nada... David te explicará sus motivos, pero yo...

—David no me va a explicar nada. ¿Es que no te has enterado, Hank? Solo dices eso porque no tienes ni puta idea de cómo me siento. Estoy enamorada de ese capullo, estoy enamorada de él y me siento como si me hubiera hecho añicos. Me ha hablado de su familia, de lo que pasó en el hospital con Harry, de mil cosas más, pero, después de todo lo que hemos compartido, ¿no ha encontrado el momento de decirme que esa mujer es su madre y que la mitad o la parte que sea de la fundación es suya? Trabajo allí... y le he contado todo lo que hacía, incluso lo que pensaba de la estirada de su madre... ¿Eso no es jugar sucio? Él solo quería información... ¡Pues ya la tiene!

Hank tira de mí y me abraza. Estoy enfadada con él, dolida, pero no soy capaz de volver a negarle un abrazo porque lo necesito como respirar.

Capítulo 61

David

He pasado toda la noche dando vueltas por el salón, mirando mi móvil e intentando comunicarme con ella.

No responde a mis llamadas, ni a mis mensajes.

Cuando ayer por la tarde entré en casa y Hank me dio la noticia, creí que me iba a morir.

Ella se había marchado ya y Hank no sabía a dónde.

—No lo sé, David, tienes que creerme. Me ha dicho que necesitaba estar sola y se ha ido.

Se ha ido sin maleta, lo que significa que tiene que volver, pero si no lo hace hoy, me voy a volver loco.

No dejo de torturarme por haber permitido que eso pasara, por no haber escuchado a Hank o a la sensatez.

«Mañana se lo digo», eso es lo único que he hecho todo este tiempo. Y... ¿Para qué? Ahora más que nunca dejo de entender para qué lo he retrasado. Sí, tenía miedo de perderla, de que se sintiera engañada, pero... ¿Acaso no ha sido peor? El ovillo se ha ido haciendo más grande y... Debe sentirse tan engañada...

Hank tampoco está bien. Después de la conversación que tuvieron, me ha quedado claro cómo se siente ella y por qué necesitaba estar sola.

También le he fallado a Hank.

Si supiera dónde está, si pudiera explicarle...

Debí suponer que esto podría pasar. Mi madre está en el palacio todos los días, ¿cómo no lo he pensado?

Ayer por la noche, después de enterarme de lo ocurrido, llamé a mi madre para obtener algo de información. Ella, sin saber lo mucho que me interesaba, me contó lo sucedido. Una simple conversación que se inició tratando el tema del alojamiento de Ashley.

Tengo que irme al trabajo, no puedo volver a faltar, eso solo perjudicaría a mis compañeros, aunque al menos he ganado un par de horas pidiéndole un favor a uno de ellos.

No sé cómo voy a escuchar lo que esos pobres pacientes tengan que contarme...

Fingiré estar enfermo, que en cierto modo lo estoy, y volveré aquí a esperarla.

¿Dónde puede estar? Hank me ha jurado que no sabía nada. Hoy no ha aparecido por el palacio, ya lo he comprobado.

Espero que, al menos se comunique con Hank y este pueda decirme algo de ella que me ayude a localizarla. Tengo que hablar con ella como sea hoy mismo.

Capítulo 62

Ashley

Toda una noche da para mucho y un día entero también. Ese es el tiempo que le he dedicado a tomar esta decisión. Y esta vez nadie me puede decir que mi decisión ha sido impulsiva. Después de pasar un día entero en ese hotel de Hasting, ya no hay marcha atrás.

No he dejado de darle vueltas. Sé que estoy dolida, pero no puedo pensar en otra cosa que no sea salir de Rye. No puedo ver a David, no quiero hacerlo. Ya no confío en él y cada vez que repaso todo lo que hemos vivido lo veo más claro.

Él ha jugado, se ha divertido, ha obtenido lo que quería y... yo me he enamorado.

Puede que él sienta algo, quizás solo quiero creerlo, pero yo no soy capaz de volver a mirarlo.

No quiero sus explicaciones, ni todo lo que querrá decirme, no me importa. Cada vez que revivo algún momento con él veo más claro que todo era un juego.

Su familia...

La fundación...

Su herencia...

Si hubiera querido hablarme de ello tuvo muchas oportunidades, pero no lo hizo. Al principio, puede tener sentido, pero después no. Después solo vio a una tonta dispuesta a contarle todo lo que ocurría en el palacio. Si me hablaba de su familia, se arriesgaba a que yo no compartiera nada con él o fuera prudente al hacerlo.

¿Cuándo pensaba hacerlo? Puede que estuviera esperando a que todo petara.

Y yo... ¿Qué tengo que hacer?

¿Volver al palacio y seguir trabajando como si nada?

¿Le pido ayuda a David? ¿Le digo que su madre se está portando conmigo fatal y que me sigue tratando como a una estudiante? ¿Me quejo al señor Carter? ¿Hablo con mi contacto del programa? Esto último lo haré, claro que sí, pero a su debido tiempo.

¿Le cuento a David que su madre ayer rebajó mi trabajo y mi participación en el programa a... nada, a lo más bajo?

¿Le miro a la cara y le digo que le quiero después de que me mintiera de esta forma?

No, no quiero eso ni tiene sentido.

Hank ha puesto el grito en el cielo cuando le he hablado de mis intenciones. Como siempre, me ha dicho que me estoy precipitando, pero debe dar gracias de que aún haya sido capaz de hablarle de esas intenciones. Sigo dolida con él, aunque es distinto. Con él no se acaba, con David sí.

No puedo seguir en este lugar, participando en un programa ridículo que no han respetado y

que solo me hace sentir mal constantemente. Ni tampoco puedo seguir aquí sabiendo que él está cerca.

Hoy lo detesto con todas mis fuerzas, pero si lo veo me voy a desmoronar.

Voy a pasar dos días en Londres antes de salir hacia Los Ángeles. Quiero pasear por las calles de Londres, impregnarme de esta ciudad antes de irme, aunque cada rincón me recuerde a él.

Hank sabe que me marcho y que será dentro de dos días, pero no sabe dónde estoy. No quiero que se lo diga a David.

También sabe que he pasado por su casa, que he recogido mis cosas aprovechando la ausencia del doctor, pero no sabe que le he dejado una nota en la casa de invitados.

Cuando he visto que había colocado mi pintura de la campiña en el dormitorio de la casa de invitados, me he roto.

Y también cuando he pasado delante de su dormitorio. Y cuando he visto la chimenea, la terraza cubierta, la ducha...

Su ropa...

Me he llevado su camisa a la cara para olerlo una última vez y he creído que me iba a partir en dos del dolor que he sentido en medio del pecho.

¡Dios, cómo duele esto!

Capítulo 63

David

Empiezo a perder la esperanza. Hank me ha dicho que está bien, pero que no sabe dónde está. Tengo que creerle, dudo que haya querido compartirlo con él, aparte de estar dolida con Hank, teme que me cuente algo.

Si algo tengo claro es que no quiere hablar conmigo ni tampoco verme.

Eso me duele, aunque puedo llegar a entenderla.

Se ha llevado sus cosas. ¡Maldita sea! Ya poco queda de ella en esta casa, excepto que la veo por todas partes.

Entro en la casa de invitados, necesito torturarme un poco más con los recuerdos, aunque en este lugar no tengo demasiados. Solo los de la noche en la que le conté lo de Harry.

Ahora me parece tan estúpido ese tema...

Entro en el salón y encuentro la pintura de Ashley, la campiña, sobre el sofá. Y colgando de él una nota.

¿Qué significa esto? ¿Cuándo ha estado ella aquí?

Érase una vez una princesa...

Érase una vez un médico...

La princesa atravesó un océano y llegó a una tierra donde siempre llovía.

«Cuando somos enemigos», le dijo el médico a la princesa una vez. Y las palabras que siguieron... hicieron que dejara de llover.

Atravesaron unas montañas, comieron bichos inimaginables, lloraron juntos cuando conocieron lo frágil que es la línea entre la locura y la cordura.

Viajaron a muchos mundos bajo las sábanas y una vez, entre ellas, él dijo «Estoy enamorado de ti», y ella, a través de una ventana ovalada, con veinte grados bajo cero en el exterior, le dijo... «Yo también».

Y volvieron a la tierra de la lluvia, esa donde hacía tiempo que había dejado de llover.

Cada noche, la princesa le contaba al médico un capítulo nuevo del cuento.

Él se quejaba: «Demasiado lento», decía. «Este cuento nunca se acaba».

Y llegó una tormenta, una feroz, capaz de hacer añicos todo lo que encontrara a su paso. Unos la llamaron mentira, otros, cobardía, otros, juego sucio.

La princesa lo llamó «Fin del cuento».

Tal y como la princesa le dijo una vez observando las ruinas de un castillo: «Tal vez un día... fue».

Tal vez...

Pero dejó de ser, o... quizás, la cruda realidad es que... ¡Nunca fue!

Y llovió de nuevo.

Aquí tienes tu final, doctor.

Duele, pero dejará de hacerlo algún día.
Ashley.

Me dejo caer en el suelo abrazado a la nota.
Y lloro.
Lloro como nunca antes recuerdo haber llorado.

Capítulo 64

Ashley

—Creo que no eres consciente de que estás incumpliendo con unas normas. Esto no es un juego, señorita Evans. Su plaza se le otorgó por algo, y no puedo creerme que renuncie cuando le viene en gana.

La «mamá» de David está al otro lado del teléfono. Consulto mi reloj y me relajo al ver que tengo tiempo de escuchar su cutre discurso antes de embarcar.

He buscado un rincón en la terminal del aeropuerto para poder escucharla con atención.

A pesar de todo, me duele escucharla, mucho más sabiendo quién es ahora.

No le ha gustado que renunciara a mi plaza. Me habría gustado entregársela personalmente, pero no podía arriesgarme a que David apareciera por allí.

—Me está escuchando, señorita Evans.

—Por supuesto, continúe.

—Quiero que sepa que hablaré con el museo de Los Ángeles, y ya habrá podido adivinar que mi informe no la dejará en buen lugar. Son muchos los profesionales que luchan por conseguir esa plaza y usted renuncia a ella cuando le parece que no se le está dando el lugar que merece. No es muy profesional por su parte.

—¿Ha acabado?

—Sí, he acabado.

—Bien, le diré lo que vamos a hacer, Elisabeth Lyndhurst. Usted va a hacer un informe muy favorable sobre mí. Va a detallar que mi ausencia se debe a que usted no ha podido cumplir con el acuerdo debido a problemas externos del palacio, pero que mi paso por la fundación ha sido increíblemente bueno, admirable, responsable y digno de ser mencionado. Y lo va a hacer porque puede que haya algún periodista en Londres que esté dispuesto a escuchar cómo descubrí lo que había en el interior de la cámara del palacio. Les contaré detallitos que no han salido en la prensa, de esos jugosos que tanto les gustan a los periodistas; detalles que no se han publicado. Y les diré cómo delante de sus narices y de las de sus empleados se estaba cociendo una falsificación que se tarda meses en hacer. Les contaré que una trama como esa la descubrió una simple trabajadora de intercambio y le enseñaré el material gráfico del que dispongo. ¿Cómo cree que eso podrá afectarle? Sé que debe tener muchos contactos, pero no dude ni un minuto de que encontraré alguien a quien mi relato le seduzca. Y ahora, dígame, ¿cuándo cree que puedo tener ese informe?

La señora guarda silencio unos segundos.

—Creo que será mejor para ambas partes que redacte ese informe y nos olvidemos de todo —me dice con su peculiar tono arrogante.

—Bien. Y... ahora, si me disculpa, tengo que subirme a un avión camino de Los Ángeles, el

lugar del que nunca tenía que haber salido.

Sé que hablará con David de ese tema, y sé que redactará ese informe.

Debería sentirme aliviada, pero solo soy capaz de seguir las indicaciones que me llevan hasta la puerta de embarque luchando contra unas lágrimas que no voy a ser capaz de retener mucho más.

Odio las despedidas, y ahora tengo que despedirme de la tierra donde siempre llovía. Y de él...

Capítulo 65

David

Cinco días después

Todavía estoy dándole vueltas a la visita de mi madre. Ha sido breve, pero me ha impresionado su actitud.

Se ha decidido a visitarme después de que durante varios días no atendiera sus llamadas, y es que no estaba dispuesto a volver a hablar de Ashley de la manera en que lo hicimos la última vez que hablamos por teléfono.

No quiero ni recordar esa llamada. No solo por el tono que empleo mi madre, sino por el momento en que me dijo que Ashley le había dicho que se subía a un avión.

En ese momento todavía albergaba la esperanza de poder hablar con ella, de que Hank se animara a decirme dónde estaba o de que por alguna razón u otra averiguara su paradero. Cuando me enteré de que había presentado su renuncia en la fundación, mi esperanza empezó a desvanecerse, pero el momento en que mi madre me habló del avión...

No quiero ni recordarlo, especialmente por el tono que mi madre empleó y las quejas que me dio de ella. «Me ha amenazado». «Deberías haberme dicho que esa chica era la que te informaba de lo que sucedía en el palacio».

Confieso que cuando me habló de las amenazas solo pude sonreír. Puedo imaginarla diciéndole a mi madre que, o le hacía un informe favorable o le contaba a algún periodista los detalles que conocía sobre el robo de la obra del palacio.

Y no es mala idea para amenazarla. Ella y yo sabemos que las noticias que se han publicado sobre el tema no contienen todos los detalles que Ashley podría haber aportado. La noticia es jugosa.

En cualquier caso, el informe está redactado y enviado. Ya me he encargado yo de que solo contenga elogios hacia ella.

Por esa razón, me ha sorprendido tanto su visita, o más bien su actitud durante su breve visita.

—Esa chica te importa, ¿verdad, David? —Esas han sido las primeras palabras que me ha soltado nada más abrir la puerta y encontrarla frente a ella con una expresión que pocas veces he visto.

Me he negado a hablar de Ashley, pero conforme veía que ella venía dispuesta a adoptar otra actitud, he acabado confesándole lo que sentía por Ashley. ¡Lo que hace la desesperación!

—Tiene genio, me di cuenta el primer día —me ha dicho en un tono conciliador acompañado de una sonrisa de esas que pocas veces muestra—. No me gustó que renunciara a la plaza, pero entiendo que estuviera decepcionada. Desde que tuve esa desagradable conversación, he buscado información sobre su trayectoria. De ese tema siempre se ha ocupado Carter, pero le pedí que me pusiera al día sobre todo lo que sabía de esa muchacha. Tiene un *currículum* breve,

pero muy satisfactorio.

Esa ha sido su forma de elogiarla, no puedo pedir más.

—Si todo el mundo se comporta como vosotros, dudo que su *currículum* se amplíe. Este viaje era un sueño para ella, y solo la habéis arrinconado y ofrecido las migajas que cualquier estudiante o becario podría haber resuelto. Está claro que solo importaba el hecho de cumplir con vuestros compromisos con las entidades que forman parte de esos programas.

—No voy a discutirte eso, David. Tienes razón —me ha dicho antes de dirigirse a la puerta.

Esas palabras han sido impactantes para mí, pero no tanto como la forma en que me ha abrazado y dado las gracias por ayudarle en el asunto del robo.

—Si tanto la quieres, hijo, ve a buscarla.

No le he contestado. No valía la pena decirle que eso era lo que me proponía hacer.

Me centro en la pantalla del portátil y me olvido de la visita de mi madre. Son las dos de la mañana y soy incapaz de dormir.

—Hola, ¿no puedes dormir? —me pregunta Hank.

—Veo que no soy el único.

—¿Qué haces?

—Estoy intentando reservar un vuelo a Los Ángeles.

—¿En serio?

—Sí, ya sé que no me vas a decir dónde está, y lo entiendo, pero supongo que debe estar allí. Y ya sé dónde vive, he conseguido su ficha a través de la fundación.

—Claro.

—¿No vas a intentar persuadirme?

—No.

—No pretendo que me cuentes nada que no debas o quieras, pero... ¿Tu relación con ella ha mejorado?

—No hemos hablado apenas, solo algún mensaje.

—Supongo que sigue enfadada contigo.

—No, no está enfadada, está dolida, que es peor.

—Lo siento, Hank, una vez más te digo que siento haberte involucrado en esto.

—Me dejé involucrar, tengo mi parte de la culpa.

—¿Estás bien?

—No. No puedo estar bien sabiendo que le he hecho daño, ni tampoco viendo el estado en el que estás.

Unos minutos después anuncio el resultado de mi búsqueda.

—Creo que ya tengo el vuelo. Mañana a las ocho de la mañana sale un vuelo directo a Los Ángeles.

—¿Y tu trabajo?

—Tengo permiso por baja médica. Dos semanas. No estaba en condiciones de trabajar.

—¿Eso no te va a perjudicar?

—Cada vez veo más claro que tengo que adelantar el contrato con el hospital. Cuando me incorpore intentaré solucionarlo. Mi puesto lo está ocupando un antiguo compañero del hospital. Me está cubriendo durante la ausencia. Sé que está encantado... Puede que eso me ayude a salir del centro sin problemas, pero ahora solo me interesa esta reserva.

—Espera. No la hagas todavía.
—No vas a convencerme, Hank.
—Haz la reserva a Kalispell, no a Los Ángeles.
—No...
—Sí.
—¿Está en Montana?
—Sí, con Kelsi, nuestra amiga.
—Joder...
—Cambia la búsqueda.

Resignado inicio la búsqueda de un nuevo vuelo. No me puedo creer que tenga que trasponer hasta allí si quiero hablar con ella. Eso complica mucho las cosas.

—Hay un vuelo con dos escalas mañana: San Francisco y Salt Lake City. Mañana a las 16:45. Es la opción más cercana, pero una de las escalas es de seis horas.

Resignado, sigo con la reserva.

—¿No se habrá marchado cuando llegue? A este paso no llegaré hasta...
—Estará allí. Acaba de llegar prácticamente.
—Bien, pues si tiene que ser Montana, que sea Montana.
—Espera —me ordena.
—¿Algo que deba saber?
—Sí, no hagas una reserva, haz dos. Voy contigo.
No puede sorprenderme más, ni tampoco hacerme sentir mejor.

Capítulo 66

David

Solo hace dos semanas que recorrí estos caminos y me parece que fue hace una eternidad. Han pasado tantas cosas desde que estuve aquí con ella...

Ese viaje me pareció muy largo, pero esta vez se me está haciendo interminable.

Las horas de escala han sido como una tortura. No recuerdo haber mirado más veces el panel del aeropuerto rezando para que no se cancelara el vuelo, como había ocurrido con otros, debido al mal tiempo. Hank me ha aclarado veinte veces que los vuelos cancelados eran los que se dirigían a Alaska, pero yo solo podía pensar en que seguramente habría algún inconveniente que alargaría la agonía.

Me sorprende que, a pesar de haber estado aquí solo un par de semanas antes, el paisaje se haya ido transformando dejando claro que la primavera, esa que hace más de dos meses llegó a la mayor parte del mundo, empieza a asomar la cabeza, pero solo en cuanto a la tonalidad del paisaje, porque las temperaturas siguen siendo espantosas. Estamos acabando el mes de mayo y en el exterior hay dos grados bajo cero.

Respiro aliviado cuando reconozco el último tramo. La compañía de Hank no está siendo de gran ayuda. Si bien, no es de muchas palabras, muchas menos cuando conduce, y lleva haciéndolo las últimas ochenta millas.

—Es ahí. Joder, qué ganas. Estaba desesperado ya —me confiesa entusiasmado.

—¿Ahora lo dices? Podías haberlo dicho antes, al menos hubiéramos tenido conversación —le reprocho.

Veo dos camionetas aparcadas delante de la cabaña de sus padres y reconozco una de ellas, la de sus padres. Respiro aliviado. No dejaba de pensar que pudiéramos llegar y que ella no se encontrara aquí.

Yo no soy una persona pesimista, pero últimamente no dejo de verlo todo negro.

Estoy tan nervioso que no soy capaz de cerrar la cremallera de mi chaqueta de veinte centímetros de grosor y otras tantas capas de no sé qué textil térmico.

A los pocos segundos aparece la madre de Ashley, que muestra una gran sonrisa y se acerca a toda prisa.

Hank se acerca a ella y se funden en un abrazo que dura... demasiado. Sé que solo se han visto una vez, pero... Ashley les debe haber hablado mucho de él.

No sé qué hacer. Yo soy el malo.

Alice se acerca a mí sin perder la sonrisa y me abraza de igual forma que a Hank.

Vaya, mejor de lo que esperaba.

¿Y si Ashley no les ha contado nada?

—¡Qué sorpresa tan agradable! —dice Alice con su característica calma.

—¿Dónde está Ashley, Alice? Yo... supongo que ya sabes que... El caso es que necesito hablar con ella cuanto antes —No dejo de mirar en todas direcciones, pero no parece haber nadie más.

—Ya... peleas de enamorados... —dice sonriendo mientras empieza a caminar en dirección a la cabaña.

—Es increíble cómo se gestiona aquí la vida —le digo a Hank siguiendo a Alice, impactado por la poca importancia que le ha dado al tema.

—Dan ganas de mudarse...

Nos echamos a reír y entramos en el calor de la cabaña. Entro con cierto miedo, aún no me ha dicho dónde está su hija.

¿Y si se ha ido a poner trampas con su padre? Pienso mientras me tiemblan las piernas. La última vez se fueron en avioneta...

—Ashley y Kelsi están con Jack, en el arroyo. Vendrán pronto. Jack puso ayer unas trampas para castores y han ido a ver el resultado.

Alice nos entrega un caldo caliente que sabe bien. Amenazo a Hank para que no pregunte de qué está hecho y se ríe a carcajadas.

—Creo que está hecho con plantas del bosque... —me susurra mientras Alice mueve el fuego en la chimenea.

—¡Ah! Eso puedo soportarlo.

—Y huesos de puma...

—Eres un hijo de... —le digo sin poder seguir bebiendo.

—Con hortalizas de mi propio huerto, el que hay detrás de la avioneta —aclara Alice orgullosa refiriéndose a un pequeño huerto con sistema de invernadero del que siempre presume y que les proporciona la posibilidad de comer algunos tubérculos y hortalizas—. No asustes a David, Hank. El puma no está en nuestra gastronomía.

Hank sigue riendo y yo le golpeo con el codo.

—Pero sí que lo está el lince... —me dice Alice guiñándome un ojo.

Estoy nervioso, no dejo de mirar hacia la puerta. Aquí hay mucha gente y luego habrá más.

—Alice, me gustaría poder hablar en privado con Ashley, cuando llegue.

—Claro, puedes esperarla en el cobertizo, el del curtido, si quieres. Aquí dentro de la cabaña hay menos privacidad.

—Buena idea. Me voy hacia allí.

Cuando estoy a punto de salir, me detengo para pedirle algo a Hank.

—Hank... Podrías montar algo para que... cuando llegue, vaya engañada al cobertizo de las pieles.

—Yo no le miento —me dice sonriendo el muy...

—Claro que sí, David —interviene Alice—. Le gastaremos esa broma encantados. Deben estar a punto de llegar, así que vete hacia allí y cuando llegue, le pediremos que vaya al cobertizo a buscar algo... Ya se nos ocurrirá.

—Me gustaría dejarle una nota, ya que tengo oportunidad. Escribí algo durante el viaje y... no sabía en qué circunstancias la vería, pero, ya que es posible, me gustaría que leyese la nota

antes de verme.

—Claro, puedes dejarla en los tres troncos que hay junto a la forja. El resto déjame a mí.

Salgo de la cabaña temiendo que Ashley aparezca en cualquier momento, pero nada más lejos de la realidad.

Una hora después, congelado, todavía estoy escondido en el cobertizo y Ashley no ha aparecido.

No sé si conseguiré hablar con ella antes de morir de hipotermia.

¡Qué triste sería que encontraran mi cadáver aquí!

Capítulo 67

Ashley

Estoy tan contenta de que Hank haya venido... Nunca me lo hubiera imaginado. Me marché con un sabor tan amargo... Y las pocas veces que hemos hablado después, había tanta tensión...

Pero hoy se me ha olvidado todo, sé que volveremos a hablarlo, pero no quiero seguir con este sentimiento de decepción, no puede estar por encima de lo que Hank y yo hemos compartido durante toda una vida como amigos.

Si bien, me he alegrado de verlo, he sentido un pellizco tremendo en el centro de... lo más profundo porque solo hacía un par de horas que no pensaba en el doctor. Claro que, si soy sincera, no puedo negar que cuando he visto la camioneta, me han pasado mil cosas por la cabeza. E incluso cuando he descubierto que se trataba de Hank, he buscado inconscientemente a su alrededor para ver si venía acompañado.

Es que en medio de esta rabia y este dolor que siento por lo que ha pasado, no soy capaz de dejar de pensar en él. Esto va a ser más duro de lo que esperaba.

Sé que antes o después hablaré con Hank, y sé también que lo poco que me cuente no me va a gustar.

A pesar de todos los intentos que hizo por llamarme los primeros días, antes de bloquearlo, sé que no tardará en volver a su vida y yo... yo solo seré... Joder, ¡cómo duele!

Él podrá, pero yo no tengo ni idea de cuándo podré olvidarlo.

Quizás solo deje de doler... que ya es mucho. Pero olvidarlo... lo que se dice olvidarlo...

Aparto todo eso de mi cabeza. La angustia se ha vuelto a instalar en mi estómago y ahora mismo sería capaz de ponerme a llorar y no parar en media hora, pero no quiero. Hank y Kelsi están en la cabaña esperándome y voy a disfrutar de una situación que nunca antes se ha producido. Podremos estar unos días juntos y sé que me hará muy bien tenerlos aquí.

Entro en el cobertizo y busco el tronco corto que mi madre quiere añadir al fuego. El que tiene un cuchillo clavado en un extremo...

No veo troncos por ninguna parte... ¡Ah sí! Vaya, no parecen muy aptos para el fuego, están mojados...

Debajo del cuchillo hay un papel que me llama la atención.

Tengo que hacer un esfuerzo por entender lo que veo al pie del papel. Es el nombre de David.

Lo libero del cuchillo y lo leo sintiendo que el corazón se me va a salir del pecho. Me tiembla la mano.

Ashley, yo no quería un final para tu cuento. Quería que me lo contases eternamente. Que ese cuento nunca llegara a su fin.

Yo quería seguir hablando de princesas y de médicos no aptos para ser montañeros.

Yo lo quería todo, Ashley, y lo he perdido todo también.

Yo quería que fuéramos eternamente enemigos, de esa manera que solo tú y yo sabemos. Y que siguiéramos jugando bajo las sábanas mientras me escuchabas protestar por el contacto de tus pies congelados.

Yo quería seguir pintando bajo tu mano trazos de colores sin sentido o campiñas perfectas.

Yo quería ver el brillo en tus ojos cuando me hablas de tu trabajo y escuchar todo lo que me contabas de esos personajes tan importantes en la historia del arte de los que jamás antes había escuchado hablar.

Yo quería seguir viendo lienzos pintados por ti y colgarlos por todas partes.

Yo quería prepararte platos de pasta italiana rebosante de queso y seguir fingiendo que me gustaban tus espantosas hamburguesas al estilo tejano.

Yo quería seguir escuchando eternamente tu acento americano y seguir adaptando algunas de esas palabras que me has enseñado.

Yo quería seguir haciendo el amor contigo cada noche, en todas partes, y seguir alcanzando la «estratosfera» como tú decías.

Yo lo quería todo, y lo he perdido todo.

No quiero un final para este cuento, Ashley.

Perdóname, nunca quise que esto ocurriera. Nunca quise hacerte daño, y mucho menos perderte.

Nunca quise ese horrible final.

Cuéntame un cuento, Ashley, otro... uno nuevo, uno en el que la princesa perdona al médico y vuelven a ser enemigos.

Recuerdo aquel castillo, aquella frase que me penetró el alma, la misma que utilizaste en tu nota. «Tal vez un día... fue».

Tal vez, no, Ashley. «Fue».

Te aseguro que nunca dejo de ser.

Y... «Es».

Y quiero también un «Será».

Te quiero a ti, Ashley.

David.

El cuerpo me está temblando, pero tengo que hacer un esfuerzo por disimular, algo que no he podido hacer con las lágrimas. Me las enjugo y me doy la vuelta lentamente. He escuchado un sonido. Sé que el doctor está detrás de mí.

Capítulo 68

David

Ashley se da la vuelta lentamente y me mira con frialdad. No se mueve ni un solo músculo de su cuerpo.

—¿Qué esperas David? ¿Crees que, porque has venido hasta aquí y me has escrito esta cursilada, me puedo olvidar de todo?

Me lanza un taco de espuma, parecido a una esponja gigante, que hay sobre la mesa y lo esquivo con éxito.

—No, no es eso lo que pretendo, pero... tendrás que reconocer que venir hasta aquí no es cualquier cosa... y la carta... ¿Cursilada? ¿De verdad te parece una cursilada?

—Odiosa. Cursi, empalagosa. Deberías haber escrito que eres un auténtico gilipollas en vez de tanto «Yo quería» —Me lanza otra pieza de espuma, esta vez más grande.

Miedo me da. La mesa que tiene delante contiene de todo, y las espumas son lo único que no es de metal.

—Ashley, yo si quieres lo añadido, cariño, puedo escribir que soy un auténtico gilipollas, no hay problema.

—¿Te estás burlando, capullo? Escribe también que te has portado como un cabrón conmigo —Me lanza un conjunto de arandelas unidas por un alambre circular—. Y que has jugado muy sucio —Me lanza otro conjunto que consigo esquivar también—. Y que me has mentido, me has engañado —Otro conjunto de arandelas...

—No, Ashley, eso no es cierto.

—No tienes ni una maldita excusa que darme. Cuando llegué a Rye puedo entender que no me dijeras nada... No tenías por qué hacerlo, yo era la intrusa. Yo habría hecho lo mismo, si te soy sincera.

—¿Sí? Al menos ahí somos parecidos...

—Pero después no, capullo. Después no tenía ningún sentido, excepto si lo único que te importaba era que te hablara de tu maldita fundación y fuera tus ojos dentro de ella... —Me lanza una bota de cuero a medio terminar.

La esquivo. Su padre se va a poner furioso. Con el trabajo que cuesta hacerlas.

—Ashley, no quería eso de ti... Al principio sí, pero tampoco lo planeé, solo vi la oportunidad. Cuando llegaste a mi casa, pensé que después de lo mal que me caías, algo bueno podría obtener. Pero todo cambió en cuestión de días, Ashley, yo no pensaba en eso...

—¿No? —Me lanza la otra bota y la esquivo también—. Pues fueron muchas conversaciones, muchas en las que siempre estabas atento, siempre preguntando detalles... ¡Qué ingenua soy! «¿Qué más has averiguado?», me dijiste mil veces. Siempre aportabas algo, excepto cuando te hablaba de la imbé... De tu madre, de esa maravillosa señora que tienes por

madre. La misma a la que le contaste todo lo que yo compartí contigo y la misma con la que quedaste como un auténtico héroe por haber descubierto a los malos...

—Nunca me importó lo que mi madre pensara y sigue sin importarme —le digo mucho más serio.

—Tuviste muchas oportunidades, David, muchas. Yo era tu confidente, la idiota que te lo contaba todo. Y, mientras... Te divertías. Era perfecto. La tonta que me lo cuenta todo y la que me follo por las noches. Era una combinación perfecta.

—No, Ashley, eso no es cierto. Jamás lo vi de esa manera ni lo planeé. Jamás. Busqué la forma de decírtelo, pero me acojonaba la idea de perderte, de hacerte daño, de que no quisieras seguir conmigo. Yo mismo fui entrando en esa espiral sin salida.

—Mentira. Tú querías saber qué pasaba en la fundación porque hacía tiempo que habías recibido información de que algo estaba pasando, aunque fuera en otros lugares. Me lo contó Hank, sé que él fue el que te empezó a hacer dudar. Y lo entiendo, capullo, lo entiendo. Has recibido una herencia importante y tienes que mirar por tus putos intereses... ¡Es comprensible! Es demasiado patrimonio, demasiado dinero como para jugártela. Y al lado de eso... yo soy insignificante. Ni siquiera me he atrevido a compararme con la importancia de semejante legado... Pero que vengas aquí, aunque esté en el culo del mundo, que me escribas esta cartita tan romántica y que pretendas que me olvide de todo... No es posible, doctor. No tienes ni idea de cómo me sentí cuando me di cuenta de que me habías utilizado... De que todo lo que yo había creído ver estaba solo en mi cabeza... Como Nicole, la pobre. Solo que en esta ocasión no se trataba de inventarlo, sino de entender que no era real, que era un puto juego y que todo era una puta mentira, un juego divertido lleno de risas y sexo, pero una puta mentira.

Esas palabras me hacen daño. Sé lo mucho que le duelen.

Ashley se echa a llorar y salgo corriendo hacia ella.

La sujeto por los brazos y le pido que me mire.

—No, Ashley, no es eso lo que pasó. Hace mucho que me enamoré de ti, aunque no era consciente de ello. Se me escapó de las manos porque sabía que hablarte de mi familia implicaba una distancia. Debí hacerlo al principio, pero en ese momento no le daba la importancia que ahora. Me olvidé, me dediqué a disfrutar a tu lado y jamás me interesé por tu trabajo solo porque quisiera que me informaras... Si no hubieras descubierto nada habría sido igual. Me gusta compartir tu mundo, escucharte... Y cuando me contabas esas cosas que te hacían sospechar, solo sentía rabia, pero ni siquiera pensaba en que me estabas informando. Llegó a olvidárseme quién era mi preciosa familia... Nunca quise hacerte daño. Hank me presionaba y yo lo ignoraba. Le ponía fecha, pero no era capaz. Sé lo mucho que me he equivocado, acúsame de todo lo que quieras, pero no de que no me importaras o te utilizara porque eso sí es mentira. Ojalá pudiera volver atrás y repararlo, Ashley, pero no puedo.

Ella baja la mirada y deja que la abraze.

Permanecemos mucho rato abrazados sin decir nada hasta que decido que es el momento de seguir hablando.

—Ashley... Estoy loco por ti...

Ella me mira confundida.

—¿Y qué más?

—¿Soy sincero?

—¿Tú que crees, doctor?

—Ahora mismo te empotraría en una de esas paredes, pero hay tantas cosas colgando... Y tengo el culo y los pies tan congelados...

Intenta contenerse la risa.

—Bastaría con apartar algo de esas paredes... —me sugiere. Sonrió abiertamente y me pone un dedo en los labios—. Pero... Ni sueñes con que me vas a tocar mientras estés aquí.

—¿No? Eso no puede ser, Ashley... ¿Me has perdonado o no?

—Estoy en ello...

—¿Nada de tocarte?

—No. Mis padres viven aquí, es indecente... Una falta de respeto.

—Pero si follamos todas las noches cuando estuvimos aquí...

—Pero en esa época te quería más y estaba más ciega.

—¿Y ahora no me quieres?

—Menos.

—¿Y me querrás más?

—Puede.

—¿Nada de nada?

—Nada de nada.

—¿Me vas a putear con algo más?

—Con todo lo que se me ocurra. Es el precio, doctor.

—¿Volverás a llamarme David?

—Puede...

—Dime que somos enemigos, Ashley...

—Lo somos, doctor, somos enemigos.

Y aparece su sonrisa, una que me catapulta hasta el cielo.

—Te he dicho que no puedes tocarme, pero... besarme sí.

—¿Besarte sí?

Ella asiente con la cabeza mientras se le escapa otra sonrisa.

—Si no puedo tocarte, tampoco te beso...

Me golpea en el brazo y se va de mi lado.

Antes de salir, la detengo y la beso, la beso como si solo me quedaran dos minutos de vida.

Epílogo

Un año después. Rye, Inglaterra.

Me miro en el espejo por quinta vez en un minuto. Mi vestido rosa no puede ser más bonito, pero yo estoy desesperada.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —pregunto sollozando.

—¿Casarte? —me preguntan aterrorizadas Kelsi y mi tía al unísono.

—No, no me estoy casando, estoy encerrada en esta sala esperando a que Elisabeth nos dé la señal de salida. Casarme es lo que quiero hacer cuando salga de aquí. ¿Sabéis qué? Que ya me he hartado. Me largo. Salgo de aquí, me voy al jardín.

—Espera —me grita mi tía—. ¿Es que no vas a tener paciencia ni una sola vez en tu vida?

—Llevo aquí encerrada una hora y media.

—Catorce minutos, para ser exactos.

—¡Ah! ¿Sí? Da igual, o sales a ver qué pasa o salgo yo. ¿A qué viene tanta tontería?

—Es que ha habido un problemilla en el jardín con... algo, no sé qué ha pasado. Lo están arreglando.

Nos encontramos en una de las salas del palacio, una que hemos habilitado para que yo pueda vestirme. Hemos elegido este lugar porque para mí es un lugar especial, nada que ver con lo que fue en el pasado.

Después del episodio de Montana, volvimos juntos a Rye. David cambió de trabajo poco después firmando un contrato en el Royal Sussex Hospital, en Brighton, cubriendo la plaza de medicina interna, lo que él siempre ha deseado.

El juicio contra Harry, se celebró dos meses después de mi llegada a Rye. Para David fue muy duro verse las caras con él y con otros compañeros, pero estuvo mucho más tranquilo de lo que me esperaba. El doctor Harry Fitzroy, no salía de su asombro al verme acompañar a David. Aunque después de aquel encuentro volvió a llamarme un par de veces, nunca descolgué la llamada.

Fue condenado a diez años de inhabilitación, dos años de prisión y a indemnizar a la familia con una cantidad considerable. Lamentablemente, eso era lo que valía la vida de Emily. Tiempo después, Andrew, con el que tengo una relación estupenda, me dijo que Harry había ingresado en una clínica de rehabilitación para combatir su adicción al alcohol. Ojalá lo hubiera hecho antes de entrar en el quirófano aquel fatídico día.

Y yo... yo he acabado dirigiendo las visitas del palacio y todo lo que tiene que ver con ellas: mantenimiento, restauración... Todo menos las actividades administrativas.

¿Cómo llegué a este puesto?

No fue rápido ni algo que en un principio pudiera interesarme, pero con la madre de David fui fraguando una relación a fuego lento que terminó con esa propuesta.

David firmó la herencia de su abuelo, pero no forma parte activa de ella, muchas de las

funciones que tiene que desempeñar como heredero fundador las ha delegado en mí y yo me esfuerzo, con la ayuda de su madre, de estar a la altura.

Elisabeth se mantuvo algo distante al principio de llegar a Rye, pero poco a poco se fue acercando a mí para proponerme que la acompañara a distintos lugares relacionados con su trabajo. Si bien, no somos amigas íntimas, ni la elegiría jamás para contarle mis problemas, profesionalmente hemos conectado y me ha confesado en muchas ocasiones que se siente orgullosa de lo rápido que aprendo y de todo mi trabajo en general.

Es cierto que a su lado he aprendido tanto en tan poco tiempo... Y también he descubierto todas las caras del mundo del arte, muchas fantásticas, otras más oscuras. Esas no nos lo enseñan en la facultad.

Solo en una ocasión, hemos hablado del incidente del robo. Al poco tiempo de mi vuelta a Rye, me pidió que le contara con detalles todo lo relacionado con lo que fui averiguando. Ese día, para mi sorpresa, a pesar de conocer la mayoría de detalles, por primera vez me pareció una mujer más cercana, más sensible, más vulnerable.

Me habló del dolor que sentía por la traición de Wallace y... la entendí. Sé que las traiciones duelen mucho. Puede que ese día fuera el principio de nuestra buena relación, aunque no me atrevería a ponerle una fecha o a señalar un momento.

Hank combina su trabajo de restauración con la de comisario de arte en el castillo de Bodiam, ocupándose de las exposiciones temporales, las mismas que, con la ayuda de Carter, desarrollo yo en el palacio, aunque mis funciones también abarcan las exposiciones permanentes.

El cuadro de Memling, el original, ocupa un lugar privilegiado en el palacio y cada día recibe la visita de cientos de visitantes. Son tantas las personas que se interesan por conocer detalles de la falsificación, que nos estamos planteando exponerla en otra sala, pero todavía no lo hemos decidido. Estamos barajando los pros y los contras de esa decisión, no es algo muy usual, pero David solo ve «contras». Aunque él se dedica exclusivamente a la medicina, participa en todo lo que puede, especialmente en los debates que se ocasionan un viernes al mes en Londres, en la casa de sus padres, retomando la antigua tradición de cenar juntos.

David tiene una buena relación con su madre, aunque todavía está muy lejos de ser una relación estrecha. Pero se tratan con cariño y la distancia se acorta a momentos. En cambio, con su padre es diferente. La distancia es notable. Lo único que ha cambiado es que ya no discuten. Richard se abstiene de comentar algo que pueda ofender a David y hasta en alguna ocasión se muestra interesado por algo de su trabajo.

Yo, para sorpresa de todos, mantengo una relación excelente con Richard, consiguiendo que se ría a carcajadas muchas veces, algo que, según David, jamás había presenciado.

David me ha dicho que le han contado que Richard suele ir diciendo que lo mejor que ha hecho en su vida es conocerme.

—Eso ya lo sé yo, pero que lo diga él... no me gusta —dijo David refunfuñando.

—Eso son celos... —le dije para provocarlo.

Y... como siempre, acabamos riendo y haciendo saltar cojines por toda la casa para acabar bajo las sábanas o sobre la alfombra o sobre cualquiera de nuestros rincones favoritos de la preciosa casa georgiana, que son muchos.

Disfrutamos de total privacidad desde que Hank se mudó a la casa de invitados. Algo que nos permite estar cerca y lejos al mismo tiempo, lo ideal.

Kelsi me alisa de nuevo el vestido.

La puerta se abre y Elisabeth me indica que ya puedo salir.

Por fin.

No hay muchos invitados, solo los padres de David, Eleanor, la antigua niñera de David, que sigue trabajando para su madre, mi tía, Kelsi, Andrew, el amigo de David y Hank.

David me propuso que estudiáramos algo para que mis padres pudieran viajar sin estresarse demasiado, pero me negué. Ahora sé que aquel es su lugar y solo aquel.

Seguimos hablando cada cinco o seis semanas, pero ya no se tienen que desplazar hasta la tienda del señor Walker. Ahora tienen un sistema telefónico como el que tienen sus vecinos y, aunque el sonido no es muy nítido y en muchas ocasiones se queda bloqueado, nos sirve para comunicarnos con más comodidad y más frecuencia.

He dejado las dudas y las inquietudes atrás, enterradas. Ya nunca pienso que eligieron su vida por encima de mí, ya solo pienso que son felices y que me quieren a su manera. Aquellas montañas representan mucho para mí, por lo que me une a David. No hemos vuelto a ir desde la última vez que estuvimos todos juntos, pero lo haremos en breve, en cuanto llegue el verano, la única época que David ha jurado que volvería.

David es más de lo que podría soñar. La vida a su lado es tan divertida... Tan intensa...

Salgo al pasillo y me dirijo a los jardines. Ya no soporto más este secuestro. Mi tía y Kelsi me siguen de cerca y antes de llegar a la puerta, me sujetan para que haga un giro a la derecha.

Me sorprende que hagan algo así. Las miro sorprendidas y descubro el motivo de ese cambio de dirección.

La ceremonia se ha trasladado a la sala estrella del palacio, donde se encuentra la de Memling. Una vez expresé mi deseo de casarme rodeada de arte y se va a cumplir.

La sala no solo contiene esa obra, sino que, provisionalmente, han colocado todas las que saben que adoro.

Entro despacio. Han conseguido fusionar el arte con las flores de tal manera que parece algo más que un paraíso.

David está al final de la sala, sonriendo, vestido de forma no tan formal como su madre hubiera deseado, pero lo suficiente para estar radiante.

Yo avanzo con mi vestido largo ajustado y se escucha solo el ruido de mis tacones.

Al llegar a su altura, cuando he dejado atrás a los invitados, David me coge la mano y me la besa.

—¿Te gusta?

—Me encanta, cariño, es... increíble.

—Quería colocar tu obra, la de la campiña, pero hemos coincidido todos en que... no es una obra de arte. Hasta consultamos con un experto...

Le golpeo con el ramo y se echa a reír.

—¿Lo vas a decir o te has echado para atrás?

—Yo no me echo para atrás nunca —le suelto golpeándole de nuevo.

Escuchamos a alguien aclararse la garganta. Es el amigo militar de Richard, el que oficiará la ceremonia civil.

David le ha dado claras instrucciones de cómo la queremos: breve. Y también que nos deje improvisar lo que queremos decir sin rechistar.

Cuando se acerca el momento, David me mira, me coge la mano, me coloca una alianza preciosa y sonrío.

—Enemigos... para siempre —me dice guiñándome un ojo.
—Enemigos... por toda la eternidad —le digo haciendo lo mismo.
El militar mueve la cabeza y se escuchan murmullos y risas en la sala.
Solo nosotros sabemos qué significan esas palabras.
David me besa.
Rodeada de arte, rodeada de amigos y de familia.
Soy increíblemente feliz. Hoy sé que esta historia «fue», «nunca dejó de ser», y «será».
—Te quiero, Ashley.
—Te quiero, doctor.
—Ya sabía yo que lo estropeabas...

FIN

Gracias por haber llegado hasta aquí. Espero que hayas disfrutado con esta historia.

Si quieres conocer otras de mis novelas, aquí te dejo un listado de ellas. Las podrás adquirir en Amazon, tanto en formato digital como en papel.

Serie Error: Jodido Error.

Jodido Doctor.

Jodido Olivier.

Serie Suecia: Prohíbeme Soñarte.

Prohíbeme Despertar.

Mi nombre es Lago y estoy hablando de Noelia.

Lláname Infiel.

Hasta que escuché tu voz.

Y llegaste a tiempo.

Serie condenados. Julien. Condenados a encontrarnos.

Daniel. Condenados a entendernos.

De nuevo, gracias.

Abril Laínez